



La apasionante historia  
de María de Maeztu y la  
Residencia de Señoritas

# LA MAESTRA

MARILÓ MONTERO  
CARMEN GURRUCHAGA

- [MARILO Y GURRUCHAGA, CARMEN MONTERO](#)
  - [Sinopsis](#)
  - 
  - [Prólogo](#)
  - [I](#)
  - [II](#)
  - [III](#)
  - [IV](#)
  - [V](#)
  - [VI](#)
  - [VII](#)
  - [VIII](#)
  - [IX](#)
  - [X](#)
  - [XI](#)
  - [XII](#)
  - [XIII](#)
  - [XIV](#)
  - [XV](#)
  - [XVI](#)
  - [XVII](#)
  - [XVIII](#)
  - [XIX](#)
  - [XX](#)
  - [XXI](#)
  - [XXII](#)
  - [XXIII](#)
  - [Epílogo](#)
  - [Agradecimientos](#)
  - [o](#)
-

**MARILO Y GURRUCHAGA, CARMEN MONTERO**

*La maestra*

*La esfera de los libros*

## Sinopsis

La maestra es la historia de María de Maeztu y su sueño de abrir la mente, el estudio y la universidad a las mujeres de su época.

Estamos en 1915 y la apertura de la Residencia de Señoritas en Madrid trae vientos de esperanza a las jóvenes que anhelan ir a la universidad, que se cortan el pelo, se suben la falda y adoptan la bandera de la igualdad.

Por las páginas de esta novela, que recoge fielmente lo que aconteció, transitan entre otros relevantes personajes Victoria Kent, Clara Campoamor, Zenobia Camprubí, Josefina Carabias, Maruja Mallo o María Zambrano, mujeres de carne y hueso que tuvieron claro su relevante papel para conseguir que la sociedad avanzara. La Residencia de Señoritas fue la semilla que la guerra no consiguió secar del todo y que aún hoy sigue dando frutos. Un lugar en el comenzó a escribirse el futuro.

©2019, Montero, Marilo y Gurruchaga, Carmen

©2019, La esfera de los libros

ISBN: 9788491647263

Generado con: QualityEbook v0.87

*A mis hijos, Alejandro y Víctor,  
que fueron educados en valores de igualdad  
y aprendieron a ver a las mujeres como sus iguales.*

CARMEN

*Para mi madre, Mari Carmen (1932-1994).*

*Vivo por lo que tú no pudiste vivir.*

MARILÓ

## Prólogo

«Deseo morir en la religión católica, por la que mi hermano Ramiro dio su vida. Deseo que mi cuerpo, si muero lejos de la Patria, sea envuelto en la bandera española con la insignia de la monarquía, que es a mi entender el régimen de gobierno mejor para el pueblo español. Creo en la Comunión de los Santos, y en virtud de esa comunión, cuando alcance la bienaventuranza eterna, haré que se reinstaure la monarquía en España. Pido a mis discípulos del Instituto Escuela una oración por mi alma, ya que a todos consideré lo mejor de mi vida. No considero como enemigos míos más que a los que impidieron que yo volviese a ocupar mi puesto en España, fomentando la incultura, el mal irreparable que a mí me hicieron impidiendo la prosecución de mi obra educativa».

MARÍA DE MAEZTU

Este es el testamento político que dejó escrito a mano María de Maeztu unos meses antes de morir en Argentina y que al ser conocido conmocionó a muchas personalidades españolas. Ella, al final de la Guerra Civil había confesado: «Ideológicamente yo me encuentro hoy —sin que nadie me obligue a ello—, en la extrema derecha y en el más ortodoxo catolicismo». En el aspecto económico, podría decirse que murió siendo una mujer rica.

Pese a que en Buenos Aires tuvo una vida privilegiada, rodeada de personas amigas y conocidas, siempre quiso recuperar su puesto como directora de la Residencia de Señoritas. De ahí el odio que muestra en su testamento hacia aquellas personas que le impidieron retomar el trabajo emprendido en Madrid en favor de las mujeres universitarias.

Murió en Mar de Plata a los sesenta y seis años, el día 7 de enero de 1948, y el testamento se hallaba depositado en el Ministerio de Asuntos Exteriores de la capital argentina. Al conocerse el deceso, el Ministerio de Justicia de España reclamó su cuerpo a través del de Exteriores. La certificación para que saliera del país austral fue expedida por el cónsul adjunto y encargado del Registro Civil del Consulado General de España en Buenos Aires.

La pionera en la defensa de la igualdad de oportunidades de la mujer respecto al hombre y en incentivar a esta para que desarrollara aspiraciones superiores a las que tenía en la España de principios del siglo XX, recaló en la capital argentina como consecuencia del estallido en España de la Guerra Civil. Es más, tuvo que renunciar a uno de sus máximos anhelos, que era el de ejercer como catedrática de Pedagogía, cargo que le había sido otorgado en junio de 1936 y que, sin embargo, nunca pudo desarrollar por el golpe de estado del 18 de julio de ese mismo año.

A María de Maeztu, el estallido militar la pilló fuera de España y, aunque volvió rápidamente, perdió el trabajo de su vida, la obra a la que había dedicado los últimos veintiún años, el de directora de la Residencia de Señoritas. Y su queridísimo hermano, Ramiro, fue asesinado en octubre en Aravaca después de una «saca» de conocidos derechistas de la cárcel de Ventas, cuando un grupo de incontrolados mató a una serie de presos, personas importantes en la vida política española.

Con la ayuda de algunos amigos como el entonces ministro de Estado, Julio Álvarez de Vayo, entre otros, pudo salir de España rumbo a Buenos Aires, donde llegó sana y salva, pero anímicamente destrozada. Era una mujer que, a lo largo de décadas de vida laboral, había tejido una amplia red de importantes relaciones en ámbitos universitarios de todo el mundo occidental. Por eso, en 1937, le habían ofrecido una cátedra en el Bernard College de Nueva York, que rechazó porque era «un puesto innecesario» creado especialmente para ella, según sus propias palabras.

Así que, decidida a quedarse a orillas del Río de la Plata e instalada en la calle Viamonte, una de las zonas nobles de la capital, vuelca todos sus esfuerzos en fundar una residencia en Buenos Aires, donde contaría con el apoyo del Ministerio de Instrucción Pública, pero que nunca se haría realidad. En cambio, ocupa una cátedra de Historia de la Educación en la universidad bonaerense. Además, mantiene colaboraciones en el prestigioso diario *La Prensa* y disfruta de la posibilidad de dar conferencias, muy bien pagadas, en distintas ciudades del Cono Sur. Con todo ello, tenía un muy buen pasar.

No vuelve a España hasta 1945, donde es muy bien recibida por sus discípulas y por sus alumnos, sus amigos y amigas. Se muestra feliz de encontrarse nuevamente en su patria y en una entrevista que le hace el diario *ABC*, se declara convencida de que «a España, y con España a la América Latina, le va a tocar un papel muy importante en la nueva Era que ahora comienza». Regresó a Buenos Aires a continuar con su vida laboral y social y, estando de vacaciones en el

balneario argentino de Mar de Plata, en casa de una amiga, sufrió una angina de pecho y falleció repentinamente. En la misma ciudad se encontraba veraneando José María de Areilza, embajador de España en Argentina. El diplomático se hizo cargo del féretro, que trasladó al edificio de la embajada de España en Buenos Aires y de allí a la iglesia del Pilar, donde se celebró una misa de cuerpo presente. Después se embarcó con destino a España, para ser enterrada en el panteón familiar de Estella.

Su certificado de defunción se halla depositado en los archivos de la municipalidad del partido General Pueyrredon, provincia de Buenos Aires, cuya ciudad más importante es Mar del Plata.



*Comienza la labor docente de María de Maeztu. La escuela para niñas desfavorecidas en Bilbao. Proyecto de la Residencia de Señoritas*

«Juanita, ¡qué van a hacer estas dos hijas nuestras sin hábito y sin votos!».  
JOSÉ ORTEGA MUNILLA a Juana Whitney

Las mujeres seguimos generando desconfianza por muchos siglos que pasen. Solo cuando una ya ha demostrado mil veces su capacidad y talento es cuando la gente empieza a tenerte un poco de respeto. Suelen ser los buenos amigos quienes, compartiendo tu proyecto, orgullosos, son los primeros en pregonar tus hazañas. Yo he recibido el apoyo de tu hermano José Ortega, pero, pocos, por no decir nadie, imaginarían que yo iba a ser capaz de crear la primera Residencia de Señoritas de España. Hoy, mi querida amiga Rafaela, eres testigo de cómo tras esta puerta voy a comenzar mi «obra».

Rafaela delataba su emoción con una respiración agitada que hacía subir y bajar su pecho. Parecía que le iban a estallar los pequeños botones del vestido que llevaba abrochado desde los tobillos hasta la barbilla. Miraba a un lado y a otro de la calle, como si estuviéramos robando. No salía de su boca ni una sola palabra. Introduje la llave en la cerradura del portal de la calle Miguel Ángel número ocho de Madrid, e inevitablemente me recorrió un estremecedor escalofrío por todo el cuerpo, que me llevó a evocar cuando, doce años antes, el 22 de noviembre de 1902, abrí mi primera escuela, la Escuela de Párvulos del 4.º distrito de las Cortes de Bilbao. Solo tenía veintiún años.

Recuerdo que era la primera vez que caminaba por esa calle oscura de Bilbao. De algunas ventanas iluminadas por una tenue luz colorada salían gemidos de ardientes placeres. También se filtraban los clímax de los orgasmos masculinos y gritos penetrantes de mujeres por las contraventanas oscuras. El alba empezaba a iluminar las viviendas sociales de San Francisco, el barrio de prostitución de las Cortes de Bilbao, el suburbio más pobre de la ciudad. Entre los portales busqué el número ocho, donde debía estar mi puerta. La de una Escuela que no estaba dentro de la lista de centros, y donde, por las oposiciones que había ganado, podría impartir clases como maestra, título que obtuve con la nota de sobresaliente en la Escuela Normal Superior de Maestras de Vitoria, donde hube de matricularme como alumna de libre enseñanza. En Bilbao, donde vivíamos, no había posibilidad de estudiar Magisterio. Tras los resultados alcanzados en mis estudios en Vitoria me presenté a las oposiciones de maestros nacionales en Valladolid, quedando en un sexto puesto. Quise tener el control sobre mi futuro, por lo que me trasladé a Madrid para pedir el permiso especial que concedía el rey Alfonso XIII para ocupar mi plaza en Bilbao. Mamá habló también con Álvaro de Figueroa Torres, el conde de Romanones, para que me trasladaran de donde me había tocado la plaza, en Santander, hasta Bilbao para estar cerca de

mi familia. Lo conseguimos y pude ejercer de maestra con escuela propia en el lugar donde sabía que más se me iba a necesitar.

Encontré la puerta porque aún quedaba un pedazo del número roto colgando de un clavo oxidado. Introduje la vieja y pesada llave de forja en la cerradura. Acerté porque se abrió haciendo sonar un ruido de las bisagras oxidadas tan chirriante como inquietante. Era la primera vez que iba a acceder a ese espacio donde nacería el destino de mi vida, que quedó tallado en el epitafio de mi tumba.

Permanecí un buen rato sola, encerrada en aquel lugar oscuro observando cómo todo estaba lleno de polvo, de telas de araña en cuyas redes estaban atrapados varios insectos. Había suciedad por el suelo, las paredes agrietadas por el abandono y los ventanucos desvencijados repudiaban la entrada de luz. El techo era de tragaluces de viejos paneles de plástico rayado, por donde la sala podría bendecirse con los rayos del sol y por la ilusión que deseaba imprimir en mi primera escuela. Alguna rata echó a correr ante una inusual presencia. Recorrí toda la estancia mientras trataba de reconocer los diversos elementos que ahí yacían. Bártulos que me hicieron dudar si aquel habitáculo hubiera podido ser, en algún tiempo, un almacén de muebles, un frontón o un teatro. ¿Quién sabe? Poco me importó porque, después de muchas batallas con el ayuntamiento, al fin había conseguido un espacio donde educar a las mujeres, donde impartir educación a las niñas perdidas en la suerte de un destino muy desdichado.

Estudí Magisterio gastando más tiempo en luchar porque me dejaran matricularme que en mi preparación. Solo una mujer había conseguido entrar en la universidad. En el siglo XIX más del setenta y cinco por ciento de los españoles eran analfabetos y entre las mujeres casi el ochenta y seis. Muy pocas féminas querían estudiar. O, mejor dicho, a casi ninguna le dejaban cursar estudios según las leyes de momento. La sociedad dirigida por una avasalladora masculinidad nos relegaba a que fuésemos mujeres que atendieran bien las tareas del hogar. Si algunas sacaban arrojito para estudiar se inclinaban hacia temáticas que tuvieran relación directa con el cuidado de hogar, de sus maridos y los entretenimientos sociales. En realidad, estaban destinadas a sus «labores» y como mucho, a estudiar lectura y escritura, pero casi ninguna mujer, muy pocas, se interesaba realmente por las matemáticas y otras disciplinas similares. A fin de cuentas, tenían asumido que sus maridos eran los responsables de la economía familiar. Ellas debían lucir bellas, elegantes, y si tenían habilidad con el canto o el piano eran, entonces, las anfitrionas perfectas.

Mi amiga María Josefa, de una renombrada y adinerada familia, me contaba cómo memorizaba varias frases en francés para aspirar a conquistar a un hombre que fuera un buen partido para ella. Completaba su formación con alguna clase de piano para amenizar las reuniones que se celebraban en su casa, donde con su lucimiento embelesaría a algún pretendiente. Sus hermanas pequeñas estaban aprendiendo a bordar. Se pasaban horas adornando con delicado hilo pañitos de encaje y, quizás, alguna más osada se inclinaba por la pintura. María Josefa me confesó, entre risas, que a la mayor de sus hermanas, Soledad, le gustaba pintar, pero que papá y mamá solo le permitían que hiciera bodegones, paisajes y algún atardecer. Los retratos de los hombres le estaban prohibidos y más aún dibujarlos desnudos. Una vez quiso pintar a su profesor de arte y al descubrir su padre el lienzo del maestro de pie, apoyando su brazo derecho sobre una columna de mármol y mostrando todo su torso velludo y sus genitales colgando, estuvo castigada un mes sin poder salir a dar el paseo vespertino. Por supuesto, le prohibieron seguir recibiendo clases de pintura. Aquello estaba considerado como una auténtica aberración. En una ocasión, María Josefa fue a recoger a clase de pintura a su hermana Soledad y pudo ver que el tutor tenía apilados en el suelo un montón de cuadros de sus musas a quienes pintaba casi siempre desnudas.

Entre ellas su propia hermana.

En aquella época se mantenía en vigor la Real Orden de 11 de junio de 1888, promulgada por el rey Alfonso XIII, que admitía que las mujeres estudiaran, pero para poder acudir a la universidad como estudiantes privados debían pedir una autorización al Consejo de Ministros, que dirigía el conde de Romanones. Sin duda alguna, esta disposición del Estado era un freno para la dinamización de los impulsos femeninos hacia los estudios.

Recuerdo que yo tendría unos diez años cuando mi madre me contó una historia fascinante. No es que estuviera prohibido por ley que fuéramos a la universidad, pero la presencia de una chica en las aulas, repletas de hombres, era motivo de rumores y comentarios insoportables. La sociedad, simplemente, no lo toleraba. A fin de evitar semejantes humillaciones y distracciones, Concepción Arenal se disfrazaba de hombre para asistir a las clases. Tenía cumplidos los veintiún años cuando afrontó con rotundo valor el poder ingresar como oyente en la Facultad de Derecho de la Universidad Central de Madrid. Para evitar problemas decidió cortarse el pelo a lo chico y vestir con levita. Cubría todo su cuerpo con una capa negra de hombre y un sombrero de copa que había sisado en su casa. La historia que me estaba relatando mi madre me resultaba sensacional. Siguió narrando la heroica batalla de esa mujer. Cuando todos los estudiantes ya habían entrado a clase, un bedel la recogía para acompañarla hasta una sala vacía. Allí debía esperar a que el profesor de la materia fuese a por ella para llevarla hasta el aula donde la sentaba en una esquina como oyente. Al terminar se volvía a producir el mismo trámite, pero a la inversa. El profesor la llevaba a esa habitación vacía y el bedel la acompañaba hasta la puerta del claustro, donde era recogida por un familiar que la custodiaba cada día hasta la universidad.

Un día, el rector empezó a sospechar el motivo por el cual ese joven misterioso apenas se quitaba el sombrero, caminaba cabizbajo por la universidad y siempre estaba leyendo. No se relacionaba con sus compañeros. Ni ellos podían presumir de serlo. Así que le citó en su despacho para preguntarle si había algún problema con su integración. Concepción no pudo, entonces, evitar ser descubierta. El rector le permitió continuar sus estudios que duraron tres años. Al final, Concepción consiguió más que su deseada licenciatura de Derecho. Logró ser periodista y escritora. Se convirtió en una auténtica pionera del feminismo, de las ideas liberales y progresistas. Pero mi madre remató la historia confesando que siguió vestida de hombre hasta cuando daba conferencias e impartía charlas en público. La experiencia de esa maravillosa mujer resultó una gran inspiración para mí, ya que luchaba por lo que creía que era justo. Mi madre me decía que desde bien pequeñita yo era feminista. Le pregunté qué significaba eso y me contestó que era el derecho a tener las mismas oportunidades hombres y mujeres. Pues sí, en medio de tantos trastos rotos mi esperanza era elevar entre aquellos muros una escuela para las mujeres.

Si a alguien debo agradecerle que emprendiera la aventura de aquella nueva escuela, mi primera escuela, es a mi madre. Estudié gracias a ella, que nos educó a los cinco hermanos con mano severa y firme. No es una mujer común, puesto que al ser hija del cónsul británico en París creció en un ambiente culturalmente rico e intelectualmente abierto al mundo. Mi madre es una señora con gran personalidad, cosmopolita y liberal, muy alejada de las usuales costumbres españolas, aunque se integró a la perfección en España tras casarse con mi padre, de origen vasco, pero cubano de nacimiento. Aún conserva el acento francés. De hecho, la llaman «la francesita», ya que era el idioma que se hablaba en su casa, aunque sus padres eran británicos. Su vida era muy atractiva para las charlatanerías que circulaban por Vitoria: veían a una mujer

formidable por su gran personalidad marcada, cosmopolita, liberal, que hablaba con acento francés, pero también dominaba el inglés. Que venía de Inglaterra, pero que había nacido en Niza, y que conoció a mi padre —un vasco— en París cuando ella le daba clases de idiomas. Pero Joan Whitney, Juana como la llaman por aquí, es mucha mujer y muy respetada por todos. En Vitoria nadábamos en la opulencia gracias al trabajo de papá en Cuba, donde tenía haciendas de cuyos ingresos vivíamos todos. He de confesar que su repentina muerte no solo nos dejó huérfanos de sus escasas presencias, también de su gran cultura y amor. Su muerte nos llevó casi a la ruina. Mamá hubo de vender los caballos y carruajes con los que nos dábamos señoriales paseos por la ciudad. Se vio obligada a despedir a los criados que habían sido instruidos expresamente por ella para que atendieran a los invitados con la mayor cortesía, teniendo además en cuenta que ella convertía nuestra casa en un lugar donde celebrar elegantes comidas, en las que reunía a los grandes ilustres del momento. A casa venían políticos, escritores, artistas, poetas... aquello parecía más una institución cultural que un simple hogar.

Todo el dinero se lo quedaron los lejanos administradores cubanos y unos pleitos que duraron años. Desde aquí nadie ponía interés por sus propiedades, así que nos quedamos sin aquel patrimonio. Pobre mamá. Quedó sola, criando a sus cinco hijos. Pero lejos de hundirse dirigió los nuevos destinos de su familia con vigor y excelsa organización para decidir el porvenir de cada uno de nosotros. Montó una escuela en la calle Ledesma de Bilbao a la que llamó Academia Anglofrancesa. Academia de Señoritas. Y seguramente a causa de aquella experiencia que juntas compartimos dando clase a los niños, es este mi destino, es esta mi vocación, es esta mi obra. Me ha venido a la mente un libro que me regaló mamá: *Choix de Lettres*, de Madame de Sévigné, en el que me escribió una dedicatoria que revelaba los valores que quiso inculcarnos para afrontar la vida con determinación:

*A mi hija María:*

*Como cariñoso recuerdo del día en que te hiciste maestra elemental con brillantes y merecidas notas de sobresaliente, y no olvides nunca, queridísima hija, que, si el saber es uno de los más bellos adornos de la mujer, la discreción y la bondad son el valioso marco donde brillan en el hogar las madres, las esposas, las hijas y las hermanas.*

*Tu madre, Juana*

Allí creé mi escuela, justo en la zona del 4.º distrito de Las Cortes de Bilbao, en el barrio de San Francisco. Aunque era una joven maestra sabía que lo primero que necesita una escuela era limpieza, orden, sillas, alguna mesa y una pizarra. Empecé camino a casa y me proveí de una escoba de paja, un cubo de agua, cepillos para raspar el suelo y periódicos con los que poder limpiar los cristales de las ventanas. Conseguir que aquel almacén o antiguo frontón se convirtiera en una escuela fue una obra tan titánica como placentera. Trabajaba de día y hasta muy tarde por la noche. Mis hermanos también se entusiasmaron con mi proyecto. Ángela, muy inteligente y divertida, me ayudaba a sacar punta a los lápices que me llevaba a casa para que durasen más. Durante días enteros la veía rodeada de telas con las que confeccionaba cortinas para decorar las ventanas y disimular los patios de vecindad. Ella misma solicitó al Ayuntamiento, que daba pocas ayudas a la enseñanza pública, que le facilitasen unas cortinas para resguardarnos del calor que

penetraba por las claraboyas del techo. Incluso pintó biombos que colocamos delante de la calefacción para tajarla. Mi hermano Gustavo, el pintor, me regaló un montón de sus sensacionales dibujos con los que decoré toda la escuela. Mi amigo el poeta Ramón Bastera me obsequió con un montón de poemas para ponerlos por las paredes y que pudiera disfrutarlos todo aquel que nos visitara. A los pocos días aquello ya tenía aspecto de poder recibir a mis primeras alumnas.

Yo era desconocida en el barrio. Al terminar la reforma en la que convertí aquel local en una digna escuela, colgué un cartel en la fachada y esperé sentada en mi despacho a que sonara el timbre. Los días pasaban como las hojas de un libro aburrído. Viendo que nadie se animaba a entrar tuve que salir a patear la calle. Fui de puerta en puerta, hablando con las vecinas, cuyas vidas durante el día no delataban lo que hacían por las noches. Eran señoras cargadas de hijos que correteaban sin rumbo por las cuatro calles. Mujeres que por falta de conocimiento e inaccesibilidad cultural no consideraban asequible la escuela para sus hijos. Eso de estudiar era cosa de ricos y aristócratas. En el mercado, mientras compraba fruta y verdura, leche para los niños y pan para comer la familia, decidí conocer a cada una de ellas y así llamarlas por su nombre y ser correspondida. Ese barrio era especialmente desconfiado. Era el lado oscuro de Bilbao. A una de las vecinas del piso de enfrente, que tenía tres hijas, le comenté que había creado una escuela para enseñar a las niñas a leer, escribir, algo de matemáticas, gramática, algún idioma, filosofía y piano. Por supuesto, ella no quiso escucharme, agarrando a sus niñas para que regresaran de inmediato a casa. Todas las vecinas con las que hablé se mostraban huidizas. Me veían como a una mujer que se salía de las normas legales, sociales, y por ello consideraban que podría traerles problemas. Tras muchas luchas sobre cómo conseguir alumnas para mi escuela decidí cambiar mi argumento. Convencí a casi todas las mujeres del barrio de prostitución de las Cortes de que mientras ellas trabajaban en sus casas yo tendría a las niñas en las aulas, y así podrían evitar que las pequeñas incomodaran sus tratos sexuales. Al final, al cabo de los meses, en los que cayeron las hojas del otoño, pasaron los fríos y floreció una primavera, varias madres me encomendaron a sus hijas mientras ellas atendían a sus «huéspedes» durante la jornada. Así conseguí a mis primeras alumnas. Pronto la voz se corrió por el barrio y las prostitutas vieron en mi escuela, más que un lugar de aprendizaje, una oportunidad de liberarse de sus hijas mientras en casa tenían que trabajar como profesionales del sexo. Fui consciente del impacto que había supuesto el hecho de establecer mi escuela en el barrio de las putas cuando las vecinas suspendieron los bailes y guardaban el más profundo silencio durante el día para no interferir mis labores docentes. Corrí el visillo de la ventana de mi despacho cuando advertí que la banda sonora del sexo se había apagado. O las putas dejaron de trabajar de día para no molestar durante las clases a sus propias hijas, o aprendieron a hacerlo en silencio al objeto de que la hija de cada prostituta no tuviera motivo de distracción ni reconociera su voz.

La Escuela de Párvulos del 4.º distrito de las Cortes de Bilbao estaba llena de criaturas a las que daba clase desde las nueve de la mañana hasta las siete de la tarde. Luego tenían libertad de regresar a sus casas o de quedarse para hacer las tareas en silencio, lejos de los gemidos que en sus casas invadían cada rincón. Íbamos ganando en confianza. Con mi paga de maestra compraba en el viejo mercado piezas de tela con la que les tejía delantales a las niñas y les regalaba barras de jabón, de tal manera que no tuvieran en casa excusas para no asearlas. La higiene es fundamental para su salud y dignidad. Conseguí que muchas de mis discípulas pobres, y hasta con

padres desconocidos, fuesen a clase limpias y resplandecientes. Aceptaron con alegría el placer de vestir con ropa limpia cada día. Ayudó a ello que yo siempre cuidara, como mi madre me inculcó, mi vestimenta. Iba cada día con una falda hasta los tobillos y mis blusas no dejaban ver ni un ápice de mi escote. Lavaba la ropa a diario, como debe ser. La mayor parte del año usaba unos botines negros victorianos. Me sentía cómoda y los tacones bajos, gruesos y de goma, no delataban mi presencia al caminar. Siempre iba a clase con un sombrero, lo cual me llevó a ser bautizada cariñosamente en el barrio como «la maestra del sombrero». Ese viejo almacén o teatro, lo que fuese, quién lo sabe, se llenó de sonrisas, confianza y educación. Apliqué nuevos métodos de enseñanza. Con frecuencia me llevaba al grupo de estudiantes a la calle porque prefería que aprendieran de manera empírica y asimilaran mejor las materias cuando las mantenía en contacto con la realidad. Hui de obligarlas a estudiar de memoria. Es costumbre ofrecer a los niños libros de texto con los que estudiar de manera memorística, práctica que lleva, a la mayoría, a odiar los estudios porque se pueden hacer muy pesados. Yo prefiero que se acostumbren a interpretar el sentido de las cosas que oyen, a reconstruir las ideas recibidas, a estudiar y pensar por sí mismos, según sus propias energías y facultades, puesto que la función intelectual es, además, asimiladora y productora. Es verdad el dicho antiguo de que «la letra con sangre entra», pero no ha de ser con la del niño, sino con la del maestro.

En la escuela encontraron su principal disciplina. El lugar se llenó de flores, de niñas y de pinturas. Llegó a ser el rincón más plácido y bello de la primera enseñanza. Eso me lo decía mi madre cuando regresaba de trabajar, tras contarle las cosas que había logrado cada día. Y cuando me ofrecieron irme a las elitistas Escuelas de Berástegui, que estaban cerca de nuestra casa, ella me dijo: «María, has conseguido los prodigios más gloriosos que puedas alcanzar en tu carrera de maestra en esa pequeña escuela de párvulos. Renunciar al cambio que supone un ascenso de categoría académica es un rasgo de tu verdadero apostolado». No quise apartarme de mis niñas pobres del barrio de las Cortes, a las que llegué a querer tanto como en igual medida me quisieron ellas a mí. No podía dejarlas, abandonarlas en pleno objetivo vital, de un proyecto con el que se evadían de la realidad de sus hogares desordenados por un enredo de hechos que pregonaban los desastres de cada familia. Se ilusionaban con poder ganarse la vida gracias a su cultura y talento, con los que poder corregir el camino al que estaban irremediamente abocadas. Hubo una discusión en mi casa con mi hermana Ángela, quien me recriminaba el hecho de trabajar de balde en el barrio más pobre. Le contesté que con quien no podía «frente a mis niñas pobres», era con «aquellos niños de terciopelo...». Pero... ¡qué digo! Qué culpa tienen ellos, solo son niños.

—¡Madre mía!, y ¿cómo vamos a conseguir alumnas para llenar esto, María? —Rafaela Ortega había estado vagando por el edificio de Miguel Ángel, en Madrid, oteando sus posibilidades para convertirlo en un centro educativo para mujeres. Yo aún permanecía sentada, absorta en mi pasado.

—No te preocupes —le dije disimulando que repentinamente volvía a la realidad—. Pondremos anuncios en los periódicos y pediremos que nos hagan algunos reportajes de prensa. Tengo varias amistades que nos ayudarán a dar a conocer la Residencia de Señoritas.

El proyecto de abrir una Residencia de Señoritas en Madrid fue promovido por la Junta de Ampliación de Estudios, cuyo comité directivo encargó a su secretario ejecutivo, José Castillejo Duarte, que iniciase el proyecto. El Comité me eligió para que yo fuera la responsable de llevar adelante esta iniciativa que, según palabras de la Memoria de la Junta, está destinada a muchachas que sigan sus estudios o preparen su ingreso en las facultades universitarias, Escuela Superior de

Magisterio, Escuela de hogar y otros centros de enseñanza, y a las que privadamente se dediquen al estudio de bibliotecas, archivos, clínicas, etcétera. Quiere ofrecerles un hogar semejante al que tienen los estudiantes masculinos en el grupo universitario. Por ello se llegó al acuerdo de que la Residencia se abriera el 1 de junio de 1915. Empezamos a trabajar sin descanso. Los días pasaban y mi preocupación iba en aumento. Solo tres alumnas, venidas de Cataluña, se habían matriculado tras la inauguración en el mes de octubre. Si no conseguía al menos cinco, la Junta de Ampliación de Estudios me retiraría las ayudas y cancelarían el proyecto para mi obra.

## II

### *Innovador proyecto educativo de los Gulick en San Sebastián*

«Aunque mi visita al Instituto Internacional de San Sebastián fue hace más de veinticinco años, recuerdo con gran claridad la habilidad y el entusiasmo con que la señora Gulick abordaba la cuestión de la educación de las muchachas españolas».  
JANE ADDAMS, Premio Nobel de la Paz en 1931

Mikaela Mendizábal llega con gran entusiasmo a la Residencia de Señoritas en 1917. Iba a estudiar Filosofía y Letras en la Universidad de Madrid, la misma carrera que unos veinte años antes había cursado su madre, Pilar Jáuregui. Ella fue una pionera en este tipo de estudios, pues sus coetáneas prácticamente no cursaban ninguna especialidad y, si lo hacían, aspiraban como máximo a ser maestras. Tanto el bachillerato como la carrera los había estudiado en el Instituto Internacional que Alice Gulick había fundado en San Sebastián en 1892. Con anterioridad a esta fecha recibía el nombre de Colegio Norteamericano.

El matrimonio formado por William y Alice Gulick, pastores protestantes, había llegado a España él en labor evangélica y ella de educadora de chicas. Tras recorrer la Península para ver dónde les convenía instalarse, optaron por el norte y lo hicieron en Santander, porque la guerra carlista tenía interrumpidas las comunicaciones entre las capitales vascas y el resto del país. Allí Alice creó una pequeña escuela que no terminaba de crecer porque la conservadora y rígida sociedad santanderina los trataba como a proscritos por el hecho de ser protestantes, y todo ello pese a que la España de 1872 estaba regida por una Constitución liberal que garantizaba la libertad religiosa. Sin embargo, la exagerada influencia de la Iglesia católica seguía siendo muy fuerte, sobre todo en pueblos y pequeñas capitales de provincia. En 1874 había accedido a la corona de España Amadeo de Saboya, quien tras un corto periodo como rey dio paso a una aún más corta y agitadísima república.

La guerra carlista, que hizo esfumarse el sueño de una España liberal y democrática, terminó con la proclamación de Alfonso XII como rey el 29 de diciembre de 1875. En estas nuevas circunstancias, que durarán una década dado que el monarca fallece en 1885, se proclama una nueva Constitución que da al traste con la libertad religiosa, y aunque ésta garantiza que nadie podrá ser perseguido por sus ideas ni por practicar su propio culto, Wilson Gulick se sintió permanentemente acosado en su labor evangelizadora.

Alice estaba convencida de que su misión era educar a la mujer en general y, en este caso, a la mujer española que, en esos tiempos, no tenía opinión ni criterio propio, pues estaba sometida al varón, ya fuera su esposo, hermano o confesor. Carece de formación, por lo que no puede trabajar con sus hijos en labores académicas y, sin embargo, sí les transmite una imagen de mujer ignorante y sumisa. La señora Gulick cree que para que la sociedad avance hay que formar a la mujer, que es la que imprime valores y principios a los hijos al estar más tiempo en contacto con



ellos.

Así pues, un tanto asfixiados por la conservadora sociedad santanderina, el 6 de enero de 1880 se instalan en San Sebastián, una ciudad que les había gustado mucho en su primer periplo por la Península. Alquilan dos pisos de un inmueble de la avenida de la Libertad, esquina con la calle Miramar, frente a la playa de La Concha, en una ubicación inmejorable. Alice, una señorita bien, educada en Nueva Inglaterra, está convencida de que es el lugar idóneo para abrir una escuela internado al estilo de las de su país. También considera una gran ventaja que esté al lado de Francia, ya que cree que puede atraer a alumnas de ese país.

La capital guipuzcoana era en ese tiempo una ciudad liberal y cosmopolita y los Gulick se habían instalado en uno de sus mejores barrios, si no el mejor. El éxito de su proyecto educativo y de su implantación social fue tan grande que ABCFM (American Board of Commissioners for Foreign Missions) autorizó alquilar todo el edificio, en lugar de solo dos pisos. En el curso 1886-1887, además de las alumnas protestantes, procedentes de toda la Península, hay alguna católica.

Alice Gulick pertenecía a un grupo de mujeres profesionales feministas, volcadas en la lucha por la educación de la mujer. De ahí su empeño en comenzar desde que estas son pequeñas. Con este objetivo fundó un *kindergarten*, con el fin de que cuando llegaran a la edad escolar y después al colegio estuvieran bien preparadas. Pero también crea una escuela nocturna de alfabetización de alumnas. El colegio norteamericano de San Sebastián ponía en práctica las últimas ideas educativas de los Estados Unidos, que tan buenos resultados estaban dando.

Una de las maestras que colaboró en esta misión fue Susan Huntington, profesora norteamericana que trabajaba en San Sebastián aunque no cobraba, e incluso se pagaba ella misma su estancia. Conocía perfectamente el deseo de Alice Gulick de construir un edificio propio al estilo de los *colleges* de Nueva Inglaterra, en sustitución de la casa de pisos, para poder tenerlo todo: espacio para hacer gimnasia, laboratorios, sala de música... También sabía que el señor Clark, de la ABCFM, siempre encontraba una excusa para negar el dinero. Esta situación, que molestaba sobremanera a Alice Gulick, era motivo de conversación entre ellas.

—He recibido una nueva carta del señor Clark, en respuesta a la que le envié contándole que, por falta de medios, habíamos tenido que rechazar a diez alumnos.

—Pero ¿le dijiste que con un edificio adecuado y que con el equipo escolar necesario atraeríamos a más estudiantes de pago?

—Sí, y también que necesitamos por lo menos dos profesoras, porque yo no puedo seguir dando clases de Botánica, Historia moderna, francés y además atender el colegio y a mi familia.

—Supongo que habrás dejado constancia de tu protesta.

—Sí, es más, he ofrecido mi dimisión porque no soporto un sistema en el que la directora de una escuela no tiene ni voz ni voto.

Tras un antipático rifirrafe, el señor Clark le autoriza a recaudar fondos por sí misma, aunque no le augura mucho éxito, en un escrito en el que le comunica que el Prudential Committee del ABCFM le da permiso para solicitar ayudas directamente. España no es para la Junta Misionera un país importante, porque sus esfuerzos para la educación superior femenina están centrados en Turquía y en la India, motivo por el que en España no se debe invertir dinero.

Así pues, la señora Gulick viaja a Estados Unidos para conseguir financiación y poder construir un centro de estudios para señoritas siguiendo el modelo de Mount Holyoke de Massachusetts, en este caso en San Sebastián, donde la escuela norteamericana ha empezado a ser percibida como un prestigioso centro educativo, aceptado por los vecinos y reconocido por los educadores y por la prensa. Los métodos de estudio norteamericanos, más prácticos y menos teóricos que los españoles, tenían impresionados a alumnos y profesores. Las alumnas hablaban

tres idiomas: español, francés e inglés, estudiaban música, hacían gimnasia, practicaban en laboratorios, estudiaban la naturaleza en el exterior...

Sin embargo, pese a que no existían dudas sobre el nivel académico de las alumnas, el diploma de maestra, muy respetado, que conseguían al final de sus estudios no era reconocido oficialmente. Estaban muy preparadas, mejor que las de los colegios católicos o que las de las escuelas oficiales de Magisterio, pero al finalizar sus estudios no obtenían un título oficial. Por este motivo, la señora Gulick, en junio de 1891, decidió matricularlas como alumnas libres en el Instituto Guipúzcoa, para que de esta forma pudieran cursar el bachillerato de forma oficial. El resultado fue que todas las alumnas pasaron los exámenes con magníficas notas. Entre estas aventajadas estudiantes se encontraba Pilar Jáuregui, madre de Mikaela Mendizábal, quien, al igual que sus compañeras, sufrió un hecho discriminatorio machista en la entrega de diplomas. En el acto institucional, al que asistieron el claustro de profesores del propio Instituto, muy elegantes con togas y birretes, el alcalde de la ciudad y demás autoridades, los chicos silbaron a las alumnas del colegio norteamericano en el momento en que eran llamadas para recoger su diploma. Al terminar la distribución de los premios, el director, Carlos Uriarte, dijo: «He vestido esta toga durante treinta años y nunca he tenido ocasión de avergonzarme hasta hoy», y en nombre del claustro pidió perdón a las señoritas insultadas y a la directora del centro.

El colegio norteamericano, convertido en Instituto Internacional en 1892, no era una mera escuela protestante, por lo que tuvo éxito entre muchachas de la clase media alta a las que Gulick quería educar para, a través de ellas, lograr un cambio en la sociedad española. Cuando Alice Gulick consigue fondos para crear su centro ideal, un Mount Holyoke con sus laboratorios, gimnasios, bibliotecas..., se ve obligada a cambiar el nombre de Colegio Norteamericano por el de Instituto Internacional, dado que la legislación española prohibía a las comunidades religiosas extranjeras poseer bienes en el país. La propiedad tenía que estar en manos de una corporación aconfesional, que es lo que era el Instituto Internacional. Así nace en España el primer internado cristiano para educación de muchachas y la preparación de maestras.

En 1893 se gradúan las primeras bachilleres en el Instituto de Guipúzcoa. Algunas de ellas vuelven a las aulas para preparar por libre la licenciatura de Filosofía y Letras en la Universidad de Madrid.

Pilar Jáuregui le explica a Alice Gulick que siente la necesidad de estudiar en la universidad y que no quiere hacer Magisterio:

—¿Usted cree que aquí, en el Instituto, nos podrían preparar para que fuéramos a examinarnos por libre a Madrid como hemos hecho con el bachillerato?

—Claro que sí. Primero debemos conocer el temario de todas las asignaturas. Pero no os preocupéis, que iré a Madrid, donde conozco a algunas personas con un papel relevante en el mundo de la Educación, y ellas me ayudarán en esta labor.

Así, Alice Gulick viaja a Madrid y consigue resolver el asunto mucho antes de lo que esperaba, pues, por casualidades de la vida, conocía a Gumersindo de Azcárate, uno de los profesores más prestigiosos y miembro también de la Institución Libre de la Enseñanza. A través de él, Alice Gulick se puso en contacto con algunos profesores de la carrera y entendió que en todas las asignaturas debería elaborar ella misma el temario. Así lo hizo y preparó a las alumnas, concienzudamente, con su propio temario.

Cuando los titulares de las asignaturas le explicaron que ella había entendido mal y que debían debatir si aceptaban su trabajo, pensó que se le caía el mundo encima. Alumnas y profesoras pasaron un mal rato, pero tras estudiar detalladamente el currículum de las asignaturas que habían preparado estas chicas pioneras, el temario fue finalmente aceptado. Las estudiantes

aprobaron con sobresaliente los tres cursos, aunque en segundo y tercero se adaptaron al temario de los titulares de cada una de las materias, lo que simplificó la labor de la señora Gulick. Habían sido las primeras en graduarse en bachillerato con un profesorado exclusivamente femenino y ahora, en 1897, eran las primeras en conseguir el título de licenciadas, preparadas exclusivamente por mujeres norteamericanas y protestantes.

Para esas fechas, los componentes del Instituto Internacional habían sido aceptados dentro de la buena sociedad donostiarra. Eran invitados a actos sociales con normalidad y en conversaciones habituales se elogiaba la labor de estas misioneras protestantes en el mundo de la educación femenina. Y habían logrado algo más importante, no ser percibidos como representantes de la religión que abrazaba la clase social baja.

En una conversación entre Susan y Alice en la que, tras la celebración de una boda por parte de William Gulick, comentaron lo bien aceptadas que se sentían en la ciudad. Susan señaló:

—La boda de la pareja protestante alemana en la capilla de William (Gulick) ha resultado un éxito absoluto.

—Sí, nadie podía imaginar que el coro iba a ser la Sociedad Coral de San Sebastián, grupo católico en su totalidad, que tuvo el buen gusto de quedarse a la recepción.

—Me ha parecido muy llamativa la nota del diario refiriéndose a la boda: «Después de todo, los protestantes no son gente a la que haya que temer».

—Ha costado, pero lo hemos conseguido. Probablemente en Santander hubiera sido imposible.

Sin embargo, pese a la indiscutible calidad de la enseñanza del Instituto Internacional y a pesar de su éxito reconocido, en 1898 las matrículas decayeron de una manera alarmante. El motivo no fue otro que la crisis económica surgida en España y motivada por la guerra de Cuba. Además, la intervención directa de Estados Unidos en el conflicto obliga a los Gulick a trasladar el Instituto a Biarritz. En ese fin de ciclo, una de las personas que se vio obligada a hacer las maletas fue Susan Huntington que había estado trabajando durante tres años como voluntaria, pagando sus propios gastos, y que, lógicamente, había establecido una buena relación con algunas de las alumnas, especialmente con Pilar Jáuregui. Regresó a Estados Unidos, al Wellesley College, para terminar allí sus estudios.

Ese mismo año, nace en San Sebastián La Maison de France, un prestigioso centro de enseñanza, con alto nivel académico, que ofrece a los donostiarras la posibilidad de ser trilingües. Exactamente lo mismo que ofertaba el Instituto Internacional. Allí estudiará Mikaela Mendizábal hasta el momento de pasar a la universidad.

San Sebastián dejaba así de ser un lugar de referencia para la moderna educación norteamericana de la mujer en España. Ahora, el lugar estratégico era Madrid. Pero, paradojas de la vida, cuando Mikaela llega a la capital de España sabe que se va a encontrar con muchas personas conocidas en el Instituto Internacional, pues su madre y ella han mantenido la relación con todos durante esos años. La directora del Instituto Internacional y la labor de «vigilancia» que esta va a establecer sobre Mikaela, al menos en los primeros meses, es una de las razones por las que el matrimonio donostiarra no pone trabas al traslado de su hija a Madrid. Otra, y no menos importante, es la inmejorable prensa de la que goza María de Maeztu y su Residencia de Señoritas. Y hay algo más, la colaboración que su hija puede tener con Estados Unidos a través de su embajada en Madrid, emulando la que Pilar mantuvo ininterrumpidamente desde San Sebastián, durante la crudelísima Primera Guerra Mundial.

### III

#### *La Residencia de Señoritas de Madrid*

«Ha sido y es el único ideal de mi vida crear en el viejo solar de nuestra tierra un hogar para las mujeres estudiantes de España, donde encuentren cubiertas, de una manera adecuada, no solo las necesidades materiales, sino lo que vale más aún, el ambiente espiritual y la disciplina moral que hacen posible una vida noble y digna».

MARÍA DE MAEZTU

Así definía María de Maeztu la que fue la obra de su vida, la dirección de la Residencia de Señoritas, que abrió sus puertas en octubre de 1915, con treinta alumnas matriculadas el primer año, situada en la calle Fortuny de Madrid, en el mismo edificio donde antes había estado la Residencia de Estudiantes.

Era, en realidad, una modificación de los *colleges* femeninos de Estados Unidos. En palabras de su directora:

*No es ni convento, ni universidad norteamericana. Libertad de familia española bien organizada. Atención diligente y vigilancia meticulosa, pero sin que se sienta y sin aparato. En síntesis, hacer compatible la elevación intelectual con el mantenimiento de las virtudes morales de la mujer española.*

Rememoraba con Rafaela Ortega y Gasset el camino recorrido hasta llegar a este punto y atribuía, porque era justo, gran parte del éxito a las instituciones norteamericanas sin las cuales hubiera resultado imposible preparar a la mujer española para acceder a estudios superiores.

El Instituto Internacional realizó, durante décadas, el gran servicio de traer el influjo de la pedagogía y la cultura de los Estados Unidos. La proximidad de sus edificios —Miguel Ángel 8 y Fortuny 53— a los de la Residencia de Estudiantes y, sobre todo, la ya antigua relación entre el Instituto Internacional y la Institución Libre de Enseñanza, que se prolonga de forma natural en la Junta, permiten iniciar una amplia colaboración entre ambas instituciones.

María de Maeztu había «vivido» esta cultura (estudiar, recibir clases y, sobre todo, la influencia del modelo de mujer norteamericana) durante dos años en el Instituto, por lo que reconocía la deuda que la Residencia tenía con él, porque el Instituto había abierto el camino para la educación superior de la mujer en España. Su manera de organizarse y su sistema metodológico son las bases de la vida de las estudiantes en la Residencia.

Un factor importante fue asumir que la mujer era tan capaz como el hombre de seguir y completar una carrera y que no era necesario limitarla a la de Magisterio. María de Maeztu, pionera de esta idea, logró ponerla en práctica en la Residencia de Señoritas.

La personalidad de las profesoras norteamericanas en el Instituto influyó sin duda en las alumnas, pues aportaban un modelo vivo de la mujer moderna, en un momento en que muchas españolas estaban tratando de independizarse económicamente y llevar a cabo sus propias carreras, más allá de la de Magisterio.

—Y nosotras, Rafaela, les vamos a dar esa oportunidad. Aquí podrán estudiar la carrera que deseen. Solo nos faltan las estudiantes.

—De momento, ya tenemos algunas. De hecho, hoy ha llegado una que quiere hablar contigo.

—Pues hazla pasar.

—¿Su nombre? —pregunté a la joven que tenía sentada en la silla al otro lado de mi mesa del despacho.

—Victoria Kent —contestó con voz firme.

—¿Tiene estudios?

—He estudiado asignaturas de Magisterio en la Escuela Normal de Maestros de Málaga, pero ahora quiero terminar el bachillerato completo para poder ingresar en la universidad, donde deseo cursar Derecho. Quiero ser abogada.

En la misma habitación nos encontrábamos dos mujeres con diez años de diferencia de edad, ella con veinticinco, pero compartiendo los mismos ideales: el estudio y la igualdad de derechos para las mujeres. En mi Residencia implemento los sistemas educativos que vengo analizando a lo largo de todos estos años tanto en España como en el extranjero, y que confluyen en un objetivo: asistir de manera sustancial a las mujeres para que accedan a su preparación educativa en universidades. La Residencia no quiere ser un casino de intelectuales ni un club de sufragistas, sino sencillamente una casa de muchachas aplicadas al estudio cuya convivencia se ajuste a una libertad de familia española bien organizada. Y esta chica venía buscando saciar su deseo del alimento por el estudio. Estas exigencias pueden sonar pretenciosas, pero nada más lejos de aquello que debí aplicarme a mí misma a lo largo de mis años de preparación para convertirme en maestra de primera enseñanza superior en Valladolid. Ya entonces se decretó mejorar las Escuelas Normales, en 1901, y hube de someterme a la realización de exámenes, que nos motivaban a los futuros maestros a estudiar más intensamente para mejorar nuestra formación y, en consecuencia, la de los alumnos. Esta orden ministerial, la de examinar a los profesores, se debía repetir cada cuatro años. Si durante la entrevista de ingreso ponía de manifiesto mis elevadas demandas en la selección de chicas, se debía a que el nivel que estábamos adquiriendo los profesores, el de las maestras, especialmente el mío propio, al objeto de que se multiplicara, ya que en la primera década del siglo XX había que corregir las debilidades educacionales padecidas durante la segunda mitad del siglo XIX.

Seguí charlando con Victoria porque quería conocer sus orígenes, qué intenciones traía y si era digna de formar parte de la Residencia de Señoritas. Como conferenciante aprendí que tenía que aprovechar mis exposiciones públicas para reivindicar que los trabajos de los profesores estuvieran mejor remunerados, para levantar su ánimo. Las mujeres que nos incorporábamos a la profesión recibíamos menos parabienes que ellos, pero quedaba patente el hecho de que nuestro ánimo era más elevado que el suyo. Ramiro, mi hermano, adoptó mis reclamaciones y empezó a escribir artículos en los que reflejaba la situación de los maestros en España. A su criterio, que yo

compartía, las escuelas que estaban gobernadas por mujeres estaban mejor dirigidas gracias a la ternura y paciencia con la que tratamos a nuestros alumnos. Delicadeza y serenidad de la que muchos hombres carecen. Conservo con especial interés la revista *La Escuela Moderna*, donde queda patente que las escuelas primarias mantenían un estado primitivo, por lo que había que modificarlas: «Los Maestros que lo son de verdad, lo deben a su propio esfuerzo y no a las Normales a las que acudieron con la intención de formarse: sacaron de ellas el título que los capacita, pero no la formación que necesitan». Francisco Giner de los Ríos es el responsable vital de participar en esta necesaria reforma al crear la Institución Libre de Enseñanza en Madrid o el diseño de las Escuelas Graduadas en Cartagena o la enseñanza integral en Valencia. Cuando Ramiro vino de vacaciones desde Inglaterra, donde era enviado del periódico *La Correspondencia de España*, a Bilbao a finales de junio de 1904, admiró el proyecto que pensábamos que se necesitaba para nuestros niños, lo que le llevó a publicar el artículo titulado «Colonias escolares».

*¡Qué alegría en los trenes que marchan hacia el Norte!... Al llegar julio se hace imposible la existencia en estas tierras secas; disminuye el apetito, la piel se arruga, los nervios se crispan, huye el sueño de las sábanas abrasadas, la inquietud se apodera del espíritu; es la época de los delitos pasionales... Y los niños, los niños pálidos de las grandes ciudades, ¿no habéis notado lo que ganan con el aire del mar?... Pues no creáis que las familias ricas son las únicas que pueden ofrecer a sus hijos esas vacaciones que cierran el paso a la anemia que apunta y a la tisis que acecha. Existe una sociedad en Madrid, la Corporación de Antiguos Alumnos de la Institución Libre de Enseñanza, que se ha propuesto extender a los necesitados los beneficios del veraneo organizando colonias de vacaciones, a las que van, no los niños ya enfermos, que requieren cuidados continuos del médico, sino los endebles, los que, faltos de higiene o de recursos, son enfermos futuros.*

*Estas colonias escolares constituyen uno de los triunfos mayores de la pedagogía moderna. Desde que Walter Bion en 1876 implantara en Suiza las colonias escolares de vacaciones ese modelo se ha extendido por todo Europa y América... En Vizcaya ascienden a muchos centenares los que así veranean. Yo he visto aquellos chicuelos y chicuelas, que se crían desmedrados y pálidos bajo el humo de las fábricas bilbaínas, regresar colorados y alegres de las aldeas donde corren y saltan a su gusto y aprenden más cosas de la vida del mar, de los campos y de las tareas de labranza, que cuanto puedan enseñarles en locales cerrados. «Los viajes dan aliento a la imaginación, orden al espíritu, vigor al alma, fuerza y flexibilidad al cuerpo. Instruyen al hombre en la escuela de la necesidad: por los viajes, las ideas se engrandecen, las percepciones se multiplican, los prejuicios desaparecen, los idiomas se confunden; el federalismo de toda especie se aniquila. ¡Qué vasto campo de reflexiones ofrecen las virtudes del pobre, el egoísmo de rico, el esplendor de las ciudades, las escenas siempre variadas del espectáculo de la naturaleza y la imagen de la sociedad!», proclamó el diputado, a colación, Louis Portiez, en la Convención Nacional Francesa en un encendido debate en 1794. Muchos años después, en España aún estábamos debatiendo los beneficios de las excursiones, que se veían como gastos superfluos aunque, en realidad, suponían una auténtica inversión en el estudiante de la que se enriquece el pueblo.*

Otro tema que repetía en mis frecuentes conferencias era la absoluta necesidad de que se mejorase el sueldo de los profesores, que estaban muy mal retribuidos, por lo que caían más en el desánimo ejerciendo su trabajo. Por ley de 1901 ambos sexos teníamos que cobrar absolutamente lo mismo, pero tuvimos que denunciar, hasta en el Senado, que todavía prevalecía el criterio restrictivo y odioso que rebajaba el sueldo de las profesoras respecto de los profesores. Y Ramiro, en su artículo sobre este asunto se preguntó si se continuaría imponiendo al profesorado femenino una humillación que solo sirve para desalentarle:

*Lo mío es una vocación, pero si mi sueldo era bajo, el de las mujeres era muy inferior, y no por ello mi ánimo quedaba al nivel de mis retribuciones.*

En la misma medida de innovar en la manera de relacionarme con los alumnos le doy un valor sobresaliente a que la convivencia entre todos sea ordenada. Invito a que el grupo en su totalidad acepte la disciplina escolar que se les imprimirá en su ser cuando se relacionen en la calle con otras gentes de manera leal, tanto como exigirles que sean formales con sus responsabilidades con las que llegarán a colaborar a nivel social aportando su intelecto. En mi Residencia cultivamos el estudio y la disciplina higiénica, tan indispensable para gozar de una buena salud física y del espíritu.

Vitoria Kent escuchaba atentamente todas las cuestiones que le iba exponiendo para inculcarle mis principios y valores.

—Señora Maeztu, mi familia es muy humilde. Mi padre se gana la vida en Málaga haciendo trajes y vestidos, y mi madre se dedica a las labores del hogar. Pero es muy culta, ella es quien me enseñó a leer y escribir porque yo no quería ir a la escuela. Por lo visto en esta le dan más importancia a la religión y el comportamiento femenino que a estudiar derecho o economía. Un total adoctrinamiento católico, vamos. Mis padres son liberales, tienen una mentalidad muy abierta porque, fíjese, me han ayudado a venir a estudiar a Madrid ¡yo sola!

—¿Ha venido sola desde Málaga? —le dije con intencionada curiosidad.

—Sí, sí, por supuesto. No podemos permitirnos pagar tres pasajes de tren.

—¿Qué tal viaje ha tenido? La habrán tomado por una joven que iba a tomar los votos monásticos o que iría a contraer matrimonio. Seguro que se sentiría como un bicho raro en el tren.

—Así ha sido, señora Maeztu. Un hombre se me ha insinuado cuando iba a sentarse a mi lado en el vagón. Vio que el asiento estaba vacío y me preguntó si iba a ser ocupado por mi marido. Le respondí que no, que la plaza estaba libre. Él enseguida se sentó, se quitó el sombrero y quiso entablar conversación conmigo. Empezó a acribillarme a preguntas: que por qué viajaba sola, a dónde iba, que qué hermosa era... hasta que puso su mano sobre mi falda y le solté un bofetón. Todo el vagón se estremeció porque empecé a increparle por su grosero comportamiento. Llegué a decirle que era un desvergonzado. ¿Sabe qué me respondió?

—¿Qué le dijo él? —Estaba expectante ante aquella tremenda historia.

—Me dijo que para qué estaba ahí, siendo mujer y viajando sola. El trayecto fue muy desagradable. Nadie salió en mi defensa. Así que me cambié a un asiento al otro lado del vagón, junto a un matrimonio que viajaba con sus dos hijos y así parecería que era parte de la familia.

No pude evitar verme reflejada en ella, por lo que solidarizándome le conté lo que me

ocurrió durante mi viaje desde Bilbao a Salamanca, donde iba para estudiar a la universidad, cuando unos chicos de Deusto me humillaron hasta la saciedad por el mismo motivo. Al día siguiente me encontré a esos mismos chicos en el aula donde fui a examinarme. Tuvieron que tragarse su machismo al tener que compartir con una mujer no solo el viaje, sino la misma aula donde nos matricularíamos en Filosofía bajo la tutela de Miguel de Unamuno.

Después de compartir estas dolorosas vivencias que nos daban más fuerza en nuestra lucha, hubo que hablar del dinero para su matrícula. Victoria no traía el suficiente y yo, como directora de la Residencia, aún no podía darle una beca por falta de fondos asignados para ello. Empezamos cobrando cinco pesetas diarias por la pensión, cantidad fuera de su alcance. Pero Victoria, pronto encontró la solución:

—Daré clases particulares en los ratos libres —me dijo con entusiasmado aplomo—. Con eso pagaré mi estancia en la Residencia. Cuente conmigo para hacer todas las labores que sean necesarias en este hogar comunitario. Limpiaré el jardín, ordenaré las salas. Doña María, haré lo que me pida, pero ayúdeme a estudiar para poder llegar a ser abogada.

—Victoria, hace dos años que inauguramos la Residencia. Aquí fomentamos el carácter cooperativo, haciendo que las alumnas se interesen en la vida económica de la casa. Consecuencia de esto es la espontánea ayuda que prestan en estos menesteres: toman a su cargo la Biblioteca, cuidan el jardín y el orden de las habitaciones. Se les consulta antes de hacer cualquier modificación que afecte a la buena marcha de la Residencia y los acuerdos tomados son el resultado de una colaboración entre la directora y las muchachas. De este modo, sin necesidad de reglamento escrito, las alumnas cumplen con libertad las leyes que ellas mismas prescriben.

—Doña María: le doy las gracias y me ofrezco a usted incondicionalmente y, por si no fuera suficiente, hay una base muy firme de simpatía y admiración hacia su persona y su labor. Disponga como quiera de mis servicios.

Aquella muchacha malagueña tenía más que voluntad y tenacidad. Estaba sembrada del arrebatado andaluz de una mujer con fuerte carácter. Y eso me conquistó. Formó parte de mi proyecto de construir una «Escuela Heroica», una «Escuela de Trabajo».

—¡Muchísimas gracias, señorita Maeztu! En justicia tiene usted el gran prestigio que le adorna, como los ideales capitales que defiende. No la decepcionaré.

Los meses pasaban y la Residencia era cada vez más popular. En 1917, ya vivían allí sesenta y siete chicas. Recibía muchas peticiones de grandes familias, y también de otras no tan renombradas, para que sus hijas vivieran con nosotras, pero la Junta me ponía límites porque consideraba que si se masificaba la casa se perdería la idea original de que fuera el tipo de vivienda más parecido a un hogar. Compartía con ellos parte de sus razones, aunque cada vez que recordaba mi experiencia de alojamiento en Madrid en 1905, cuando me hospedaba en una casa de huéspedes en la calle Carretas donde pagaba un duro por la habitación, se me partía el alma ante esa limitación del número de residentes. Allí no había manera de estudiar. Voces, riñas, chinches, discusiones y un sinfín de ruidos de la calle me impedían dedicarme al trabajo. Comprendía que las jóvenes no se animasen a trasladarse de sus hogares hasta Madrid para terminar viviendo incómodamente en lugares desagradables. Por eso se me ocurrió que a las futuras licenciadas había que proporcionarles un hogar limpio, cómodo, cordial... semejante a los que había en el extranjero. De igual manera sigo opinando que la Residencia tiene capacidad para mantener el ambiente de un hogar aunque residan muchas más chicas. Convenceré de ello a los responsables de la Junta.

A pesar de esa norma limitadora, yo seguía publicando anuncios en los periódicos que



llamaran especialmente la atención. Los rumores eran más potentes que una publicación. El hecho de que se hubiera abierto una Residencia de Señoritas era para muchos una provocación. Para otros era un hecho innovador, por lo que los que conocían la Institución Libre de Enseñanza o La Junta de Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas mostraban especial interés. Aunque desde hacía cinco años las mujeres españolas podíamos cursar estudios universitarios sin el explícito consentimiento de otras instituciones oficiales, lo cierto es que éramos muy pocas las que peleábamos ejerciendo nuestra libertad para igualar la educación. Nosotras creíamos que había que reformar una sociedad estructurada por los hombres, dirigida por ellos y donde, además, eran hombres sus profesores. Yo luchaba apasionadamente porque las mujeres también impartieran clases, necesitaba que el talento femenino fuera ejemplo para mis futuras alumnas, para las venideras profesionales en todos los ámbitos de España, la política, la química, la ingeniera, la literatura, el arte...

*Lo confieso, soy feminista: me avergonzaría no serlo, porque creo que toda mujer que piensa debe sentir el deseo de colaborar, como persona, en la obra total de la cultura humana.*

*María de Maeztu*

Recibimos apoyo de grandes hombres como Francisco Giner de los Ríos, gran impulsor de la Institución Libre de Enseñanza y la Junta de Ampliación de Estudios, que ofrecía facilidades para la formación y la preparación profesional, que nos concedió las primeras ayudas. Entre ellas, una fundamental: este edificio, que hasta hace pocos meses era el International Institute for Girls in Spain.

En realidad, este iba a ser el gran proyecto de doña Alicia Gordon Gulick, su fundadora y directora, primero en Santander y San Sebastián. Su talante protestante la llevó a construir allí una escuela de educación primaria para niñas. Desde 1877 la pedagoga americana había trabajado con tanto éxito que personas e instituciones de Estados Unidos financiaron su instituto. Progresó de manera formidable hasta convertirse en una inspiración para muchos intelectuales y liberales que vieron en su centro educativo una iniciativa estimulante. Alice decidió trasladar su Instituto americano para señoritas a Madrid con el apoyo de la Junta de Ampliación de Estudios, pero falleció once años antes de la inauguración, de la que se encargó Susan Huntington Vernon. Tampoco Giner de Los Ríos pudo ver en marcha el proyecto, ya que murió ocho meses antes, en febrero de 1915.

Susan se había graduado en la universidad de Wellesley y la trajeron desde Boston para sustituir a Alice. Aunque más joven, tenía más experiencia profesional y alejó del Instituto toda relación con la política porque estaba más interesada en que pudieran convivir de manera cordial alumnas tanto católicas como protestantes, y de cualquier nacionalidad, inglesas, españolas, francesas, portuguesas, dominicanas, cubanas, puertorriqueñas... Convirtió el instituto que heredó como directora en el centro con las mejores profesoras, preparadas en universidades norteamericanas. Por todo ello lo rebautizó como Instituto Internacional de Boston. Nos ayudaron a crear nuestra Residencia alquilándonos por un simbólico precio de diez mil pesetas su edificio de Fortuny 53, dedicado a la vivienda, con hermosas instalaciones escolares producto del talento

y la generosidad norteamericanos. Los términos del contrato con los que la Junta alquiló todos los locales de Miguel Ángel 8, unos dedicados al estudio y otros para residencia de estudiantes, se prorrogaban cada tres años. La Junta era responsable directa de las niñas, pagaba todas las contribuciones, seguros de incendio y reparaciones de los edificios, y pagaba dos mil dólares para cubrir el sueldo de dos o más profesoras norteamericanas o inglesas, contratadas por la Junta. Además, asumía recibir a las alumnas del Instituto Internacional. Me encomendaron esta ilusionante tarea que yo ya había practicado en el Instituto; compartía ideales con ellos, ideales que pondría en práctica en la Residencia. Luego nos permitirían compartir aulas y clases, así como su fabuloso laboratorio. Aquí mismo, en la calle Miguel Ángel 8, lugar y hogar para mi obra.

El boca a oído funcionó y los padres empezaron a confiar en mi proyecto. En vez de dejar a sus hijas en hostales ruidosos donde vivían sin control de ningún tipo y teniendo que convivir con gentes de diferentes condiciones, podrían estudiar en un lugar de aprendizaje armonioso.

El estado de la educación en España venía siendo uno de los temas fundamentales cuando se pretendía la regeneración del país, especialmente para favorecer y mejorar el estudio en los grados superiores. Hubo un tiempo en que los estudiantes que venían de provincias a Madrid para estudiar tenían que vivir con patronas de huéspedes. Casi treinta años antes hubo quien calificaba de forma peyorativa esas formas de vida, como el catedrático y pensador regeneracionista Ricardo Macías Picavea, que atribuía a los estudiantes españoles el perfil de «disipados, holgazanes, amantes del escándalo, pobladores de todos los garitos, con un horror decidido al oficio y a todo lo que sea trabajo», comportamiento desordenado que achacaba a la falta de tutela de los chavales. Estas condiciones nuevas eran necesarias, y la Institución Libre de Enseñanza contribuyó a ello, estableciendo instalaciones honorables y con un servicio completo, desde la rama educativa hasta la alimentaria e higiénica. Muchos de los hostales donde se quedaban los alumnos no tenían servicios. Se necesitaban lugares adecuados para centrarlos en el estudio y alejarlos de las distracciones y tentaciones. De ahí que a aquellas casas de hospedaje las llamara «casas de Celestinas, cuarteles de la disipación mecánica femenina». Era el momento de fomentar que se dispusiera orden para conseguir el ambiente ideal de estudio y control de los chicos fuera de la tutela de sus padres. Y se construyó la Residencia de Estudiantes para hombres, que está aquí al lado en la calle Fortuny, y ahora llega el momento histórico de que, en España, siguiendo las influencias británicas y americanas, se inaugura la primera residencia para mujeres.

Quería llamarla también Residencia de Estudiantes, pero como ya existía la de estudiantes varones se generaba confusión. Así que propuse que la denominásemos «Residencia de Estudiantas», pero la RAE nunca aceptó el término. Viendo las dificultades para elegir su nomenclatura hube de optar por utilizar la designación de «Señoritas». Algo que no me gustaba por cómo se definía el significado del término en el diccionario, donde literalmente figuraba: «Término de cortesía que se aplica a la mujer soltera. Tratamiento de cortesía que se da a maestras de escuela, profesoras, o también a otras muchas mujeres que desempeñan un servicio, como secretarias, empleadas de la administración o del comercio, etcétera». Así que hubo de quedarse, a mi pesar, en Residencia de Señoritas. Aunque las señoritas eran mujeres avocadas al matrimonio y a sus labores, en la Residencia les ofrecíamos lo que necesitaban: cultura, seguridad, asepsia religiosa, silencio en los lugares de estudio, disciplina y pulcritud.

En el primer trimestre llegaron más chicas desde Badajoz, otras de Asturias, también de la

Escuela de Valencia nos enviaron a varias residentes, de León otro puñado que empezó ese curso, y cinco americanas que vinieron a estudiar lengua y literatura. Nuestra excelente relación con Susan Huntington Vernon contribuyó a crear un «hogar» fuera del propio hogar de las chicas.

La Residencia ya tenía vida. Era una unidad entre todas aquellas jóvenes que, cada día, veía cómo mantenían firme su espíritu, a pesar de que el trabajo que les fuera impuesto era muy intenso. Pero los intereses de todas eran una pura fusión de intelecto y de espíritu. El respeto y la adhesión entre todas fluía como había imaginado en mis mejores sueños. Nos levantábamos muy temprano para hacer deporte en el jardín. Disponíamos de un sensacional espacio lleno de plantas de más de tres mil quinientos metros cuadrados cuidados con mimo, para que todas, después de tantas horas de estudio encerradas, pudieran relajarse y tomar aire que les reconstituiera desde la piel hasta el espíritu. A nuestro parque privado, como a sus flores, lo manteníamos como la joya que era. De la fuente del centro brotaba un agradable chorro de agua que revivía hasta el alma. Allí estaban mis muchachas, como las de mi primera escuela, joviales, alegres, haciendo ejercicio y en contacto con la naturaleza. Protegidas por mí, bajo mi responsabilidad, y una gran verja de hierro acotaba la Residencia de las tentaciones de la calle.

Después del aseo personal y de dejar las habitaciones perfectamente ordenadas, muy temprano por la mañana, se ofrecía el desayuno en el comedor, donde las charlas culturales entre las estudiantes eran como la banda sonora de mi obra. El horario de clases era muy estricto y había que cumplirlo a rajatabla. Tan importantes eran las clases de Magisterio como las de música o cultura general. Mientras los profesores impartían este tipo de enseñanzas mi objetivo iba más allá. Quería añadir a la lista de asignaturas las de Ingeniería, Derecho, Medicina, o Química. El primer año empezamos con tres alumnas, y lo clausuramos con treinta residentes.

Rafaela me ayudaba a organizar todas las clases, los claustros de profesores, y ordenaba la vida de la comunidad. Cada vez que yo faltaba porque debía impartir una conferencia o irme de viaje a Estados Unidos, se quedaba ella al cargo, y se notaba que era hermana de José Ortega y Gasset, porque aun no teniendo estudios era una mujer culta que resolvía todos los problemas. Siempre la acompañaba su gran sentido de humor, que yo tanto agradecía. A pesar de las dudas que sus propios padres tenían sobre su capacidad intelectual, Rafaela Ortega se ganó con creces su puesto de vicedirectora de la Residencia. Su intención era ayudarme los primeros meses, pero se quedó por muchos años.

En 1917, y con el grupo de niñas y el de señoritas trabajando en paralelo, quise incrementar su autonomía formando un liceo. Nuestro trabajo llegó a los oídos del presidente de Gobierno, Eduardo Dato, quien en su programa llevaba la reforma de la enseñanza femenina. Estaba especialmente interesado en hablar conmigo y me citó en su propia casa. Fue muy cariñoso y me dijo que apoyaría todo lo que yo le planteaba sobre la creación del primer Liceo Femenino, cuyo funcionamiento fuera autónomo, tal como lo decidiéramos nosotras mismas. Solo un mes después de nuestra productiva reunión, en agosto de 1917, los socialistas organizaron una huelga general que paralizó nuestro proyecto. Al año siguiente el ministro de Instrucción Pública y Bellas Artes, Santiago Alba, dio la autorización para que se pusiera en marcha de manera experimental, mediante un Decreto de Fundación del Instituto Escuela a cargo de la Junta de Ampliación de Estudios. Era necesario que la reforma de la educación se hiciera desde la base, desde la primaria, secundaria y bachiller, ya que la superior e investigadora ya estaba en marcha. Pero en España hacía falta una verdadera reforma de la segunda enseñanza.

Mientras nosotros nos fortalecíamos, el grupo americano se iba debilitando con los años, hasta su desaparición en 1928, con gran disgusto de su representante Carolina Bourland.

—María —me llamó Rafaela por el pasillo cuando yo salía a una reunión que tenía en el Ateneo con Miguel de Unamuno, llegado desde Salamanca.

—Dime. Tengo prisa.

—Te espera al teléfono Clara Campoamor.

Rafaela y yo nos miramos como si se fuera a cumplir uno de los objetivos más complejos para mi obra, porque sabía que Clara estaba en las Escuelas Adultas de Madrid. Aquella llamada era toda una sorpresa para mí. Estaba convencida de que mi charla con la señora Campoamor ayudaría a cambiar el rumbo educativo para las mujeres.

—Llama a Miguel y dile que voy a retrasar un poco mi llegada a la reunión —dije a Rafaela sin dudarle.

## IV

### *La biblioteca de la Residencia. Clara Campoamor. El krausismo*

«No quiero ni un casino de intelectuales ni un plantel de sufragistas. Deseo una casa de muchachas aplicadas al estudio. Es compatible la elevación intelectual con el mantenimiento de las virtudes morales de la mujer española, su aumento de cultura racial y hondo sentimiento del honor y la dignidad».

MARÍA DE MAEZTU

Acostumbraba a refugiarme entre mis libros. Muchos días pasaba largas horas leyendo, estudiando todo aquello que podía interesarme culturalmente. Todos aquellos libros que he ido conservando a lo largo de treinta y cuatro años están aquí, en estas estanterías que ahora comparto con mis alumnas, a las que les exijo que cuiden con el mayor respeto cada una de las piezas, ya que desempeñan un papel fundamental en este hogar. Para conseguir que la biblioteca se convirtiera en una de las más valiosas de los centros universitarios españoles, el primer curso nombré como responsable a la bibliotecaria Mauda Polley; ella y su auxiliar, Phella Phipps, clasificaron todos los libros, periódicos y revistas de la época, nacionales y extranjeros. Aproveché su vasta experiencia para que impartieran clases de biblioteconomía a mis alumnas y Victoria Kent resultó ser muy destacada en ellas. Victoria es ahora la responsable de catalogar cada uno de los libros que fui trayéndome desde Inglaterra, Francia, Alemania, Estados Unidos, Argentina, desde todos los países donde iba a estudiar e impartir conferencias. La alumna Kent es uno de mis orgullos. Llegamos a contar con más de catorce mil volúmenes, muchos de los cuales fueron donados durante años por el Instituto Internacional. Me inspiré en la pedagoga catalana de origen francés Francesca Bonnemaison para adoptar los estatutos de la Biblioteca Popular de la Mujer, que fundó en Barcelona en 1909, convirtiéndose, en aquel entonces, en la primera biblioteca pública femenina creada en Europa.

Sentarme entre esas obras inmortales, las preferidas de mis pupilas, como las de santa Teresa, Calderón, Lope de Vega, Tirso de Molina, Rosalía de Castro, Cervantes, sor Juana Inés de la Cruz y otros tantos escritores célebres, hace que sienta el abrigo de toda esa sabiduría que tan feliz me hace. Compensa hasta mi mala salud, que intento ocultar ya que no me interesa que cualquiera crea que mis depresiones o fatigas físicas, como mi débil corazón, pudieran ser motivo para retirarme de la dirección de la Residencia. Precisamente acabo de escribir una carta a mamá donde le explico que desde que comenzó el curso en septiembre, y por el gran crecimiento del número de chicas matriculadas —tenemos ya 210 residentes—, no fui a pasar las navidades con ella porque tenía un fuerte catarro. Estoy muy agotada, de veras. Será por el intenso trabajo y también debido a mi edad. Tengo ya cincuenta años, llevo treinta y tres de actividad y a veces me encuentro excesivamente cansada y desilusionada. Tanto que solo aspiro a buscar una solución que me permita pasar los últimos años entregada en exclusiva a las tareas intelectuales que nunca debí

abandonar.

Allí estaba mi gran muro de la sabiduría elevado libro a libro, frente a mí, cual pared firme que sustenta un majestuoso edificio. Con fuertes cimientos indestructibles. La cultura es la mayor defensa para una mujer.

Clara Campoamor entró en la biblioteca y aunque abrió con cautela la puerta me despertó. Me había quedado dormitando con un libro en las manos a la hora del té. La costumbre de tomar el té a diario me supone un gran confort. Es quizá la hora del día en la que más centro todo mi ser después de haber abordado muchos problemas durante la mañana y antes de tener que afrontar otros tantos hasta la caída del sol. Me equilibra. Este ritual, adquirido durante mi primera estancia en Inglaterra, traté de que se llevara a cabo en la Residencia cual acto religioso. Una reunión diaria de las muchachas en el comedor o el salón cada tarde les aportaba un enriquecimiento humano y académico al favorecer las charlas entre ellas, en las que expresaban sus distintas inquietudes.

—Señorita Maeztu. Siento haberla despertado. Venía a buscar un libro de consulta.

—¡Por Dios, señorita Campoamor! No estaba dormida. Estaba concentrada.

—Claro, claro —dijo para no contrariarme. Pero ella ya sabía, como otras tantas alumnas, que yo dormía muy poco por las noches ya que prefería dedicar ese tiempo al estudio y a la preparación de las nuevas clases que quería incorporar a la Residencia.

—Descuide —añadió—. Estoy familiarizada con el orden de la Biblioteca porque conozco el sistema de clasificación de Melvil Dewey.

Clara y yo teníamos amistad desde que ella llegó a Madrid, y esta se acrecentó desde 1914, cuando tras ganar las oposiciones, en las que quedó en el primer puesto, consiguió una plaza en el Ministerio de Instrucción Pública. La señorita Campoamor era tremendamente lista, muy inteligente y estudiosa. Por aquella época trabajaba en las Escuelas Adultas como profesora especial de taquigrafía y mecanografía. Alternaba sus estudios en la Facultad de Derecho, en 1924, con su trabajo de auxiliar mecanógrafa en el Servicio de Construcciones Civiles del propio Ministerio. Publicó varios artículos en *La Tribuna* mientras ejercía de secretaria para su director, el señor Salvador Cánovas Cervantes. Su interés por los estudios era admirable, así como el resultado de sus notas. En pocos años, en 1925, Clara llegó a ser la segunda mujer en formar parte del Colegio de Abogados de Madrid, treinta días después de que lo hiciera nuestra amiga Victoria Kent. Podemos decir que compartimos la ideología del filósofo alemán Karl Christian Friedrich Krause.

—¿En qué le puedo ayudar, Clara?

—Quisiera releer a Krause. Su *Fundamento del Derecho Natural, o ensayo filosófico sobre el ideal del Derecho*.

—Entiendo. Está en esa estantería, en Filosofía y Psicología. La editorial es Jena y lo publicó en 1803. Sabe, Clara —añadí aprovechando la oportunidad que su petición me brindaba—, Krause se adelantaba a proclamar y defender que las mujeres no éramos meras procreadoras, ni madres, ni simples amas de casa. Eso a principios del siglo XIX. ¡Fíjese qué maravilla! Su ideología se basaba en que la mujer no era inferior al hombre ni en el ámbito biológico ni en el intelectual. Por lo que inspiró con sus publicaciones y conferencias que se fundaran centros

académicos donde la cultura fluyera entre numerosos intelectuales y políticos de ambos sexos sin distinción alguna, que al tiempo calaron especialmente en España. Krause decía que tanto varones como hembras, teniendo cada uno sus perfiles particulares, eran complementarios formando una «unidad humana» y las mujeres en consecuencia éramos «la mitad esencial de la humanidad».

—Para Krause el hombre era un ser incompleto sin la mujer —señaló Clara.

—En efecto, pero distinguiendo que cada uno tenía diferentes funciones, aunque no de naturaleza. Por eso dejó escrito: «tenemos que tratar a nuestras niñas de una manera completamente igual que a nuestros niños, y darles una educación igual de buena que a los muchachos; así los niños ya no aprenderán a ver a sus compañeras de juego como seres inferiores sometidos que están destinados solo al servicio del varón».

—Por eso dice que las niñas no deben trabajar mientras los niños juegan.

—Tampoco deben quedar excluidas de aquellas materias de la enseñanza que en nuestros días son tan honrosas y tan conducentes al progreso material del género femenino como al del masculino; así los niños tampoco mirarán en su formación a las niñas como a quienes están por debajo de ellos.

Clara se sentía fortalecida al encontrar en Krause su misma filosofía. Abrió el libro y leyó: «No es cierto que las mujeres tengan que ser dirigidas y educadas preferentemente por el sentimiento y los varones por la razón. Pues varones y mujeres son seres humanos, y por tanto ambos tienen la misma capacidad de entendimiento (...). Y más bien, precisamente porque en las mujeres predomina el sentimiento, necesitan más y de manera especial, que su sentimiento esté y actúe unido a la razón pura y verdadera».

—Para Krause la coeducación era —completé mi argumentación— una consecuencia lógica de la identidad de hombres y mujeres, de su relación. En definitiva, un reflejo de su complementariedad. ¿Pero en qué estás exactamente, Clara?

—María, estoy trabajando en un nuevo artículo: «El derecho de la mujer en España». Con la situación política actual, tenemos una posibilidad real de proponer que las mujeres votemos en las próximas elecciones. Estoy hablándolo en el Colegio de Abogados, y estudiándolo, especialmente con Victoria Kent. Se ha creado una comisión en el parlamento que preside el abogado socialista Luis Jiménez de Asúa, quien se está inspirando en la constitución de la República de Weimar, Rusia y México. En la última reunión que hicimos en la comisión para la redacción del anteproyecto hubo ciertas reticencias, incluso opiniones negativas, a incluir como fundamento de privilegio jurídico el nacimiento, la clase social, la riqueza, las ideas políticas y creencias religiosas. Y hay algo contra lo que me opuse de manera radical, y es el punto en el que quieren dejar patente que «se asume en principio el reconocimiento de la igualdad de derechos de los dos sexos». ¡¿En principio?! —exclamó indignada.

—¿Y qué propusiste tú, Clara?

—Que no podrán ser fundamento de privilegio jurídico la naturaleza, la filiación, el sexo, la clase social, la riqueza, las ideas políticas ni las creencias religiosas. El Estado no reconoce distinciones o títulos nobiliarios. En el artículo 40 ha de quedar muy claro que todos los españoles sin distinción de sexos son admisibles en los empleos y cargos públicos según su mérito y capacidad, salvo las incompatibilidades que las leyes señalen.

—¿Cómo quedaría la ley concerniente al derecho al trabajo de la mujer? Porque aún tenemos graves problemas en este asunto.

—El trabajo será una obligación social, y estará protegido por ley. Además, se propone la necesidad de regular los casos de enfermedades, accidentes, paro laboral forzoso, vejez, invalidez y muerte. Así como el trabajo de las mujeres y de los jóvenes, y especialmente la protección a la

maternidad. Se controlarán las jornadas de trabajo, el salario mínimo y familiar. En fin, que estamos avanzando, pero cuesta mucho esfuerzo y disgustos. En el caso de los matrimonios vemos oportuno que se defienda la igualdad entre ambos sexos y que se pueda disolver por mutuo acuerdo a petición de cualquiera de los cónyuges, con alegación de causa justa. Tenemos que legislar la ley del divorcio con un criterio máximo. Los italianos están en nuestra misma idea, aunque no hay muchos más países que hayan aprobado este punto. Nuestra propuesta sería una de las más progresistas porque muchas mujeres que quieren divorciarse no lo hacen por sus convicciones religiosas. Eso de ser excomulgadas, de que te prohíban tomar el sacramento, a las más conservadoras les aturde la conciencia. Hay gran controversia en la comisión.

—A día de hoy, todavía Ángel Ossorio Gallardo defiende que solo voten las viudas y solteras, porque si lo hacen las casadas la decisión de a quién votar podría generar un conflicto matrimonial.

—Exacto —contestó Clara—. Y otros dicen que si votaran las mujeres casadas, lo harían a la derecha, por dictado de los curas que escuchan en sus misas. Y eso va en contra de la República. Los republicanos de izquierda, los radicales-socialistas son los que más se oponen. No entiendo cómo sienten ese peligro si muchas mujeres se manifiestan republicanas. ¡Ah!, ¡querida María! Qué lucha tan ardua como apasionante. Veremos cómo va evolucionando esto cuando llegue al Parlamento.

La charla que mantuvimos, sencillamente deliciosa, fue interrumpida por la llegada de mi secretaria Eulalia Lapresta, que venía a buscarme. No le gustó mucho que nuestras voces fueran más elevadas de lo que dictaban mis propias normas. Ella misma, cual señorita de provincias de clase media alta, nos lo recordó:

—Señorita Campoamor, sabe que la corrección es el lema de esta casa. La compostura y el silencio son perfectamente conventuales.

—¿Conventuales? —preguntó extrañada ante tal adjetivo la abogada.

—Esta residencia es una institución donde predomina el silencio «conventual», cual convento —repuso con cierta ironía antes de tener que detallar una explicación.

Clara prefirió no seguir con este tira y afloja, y quedó enfrascada en el estudio sobre la filosofía krausista y la construcción de los nuevos artículos legislativos. Yo la miraba con una ternura que disimulaba con mi obligada rectitud, que imponía mantener el respeto entre superiores y alumnas. Pero, Clara me conquistó, como también lo hicieron Victoria Kent, Carmen de Burgos, María Goyri, Isabel Oyarzábal, María Lejárraga, Rosa Chacel, María Teresa León, Ernestina de Champourcín, Carmen Conde, Maruja Mallo, Ángeles Santos, María Zambrano, Carmen Gómez Escolar, María del Carmen Martínez Sancho, María Capdevila d'Oriola, Felisa Martín Bravo o Dorotea Barnés.

El caso de Clara Campoamor es digno de especial mención ya que se quedó huérfana de padre con tan solo diez años. Su madre, María Pilar, era costurera y al haber perdido el sueldo de Manuel Campoamor como contable en un periódico, tuvo que poner a trabajar a su hija para ayudar a la familia. Eran tres hermanos, pero uno falleció. Ella y su hermano Ignacio, que siempre ha mostrado mucho interés por la política, aspiran a grandes objetivos tanto para ellos como para la sociedad española. Ni más ni menos que su contribución a la proclamación de la Segunda República.

Abandoné la biblioteca para irme a la reunión a la que estaba convocada. Mientras subíamos, desde el gran vestíbulo volví a saborear el ambiente de mi obra. Ahora me enorgullecía la estética de la decoración de la Residencia. El patio de la entrada era muy hermoso y estaba embellecido



por las altas columnas de hierro fundido y la gran escalera doble de mármol que distribuía el espacio hacia las diferentes aulas y habitaciones, en las que conseguimos que, destacando solo algunos elementos arquitectónicos, las jóvenes se sintieran confortables, pero con las comodidades justas para evitar distracciones gratuitas.

De Eulalia Lapresta me gustaba su firmeza de valores. Era una alumna muy aplicada. Entró para preparar sus oposiciones y por eso la elegí para que fuese mi secretaria. Me gustaba hasta su corrección a la hora de vestirse. Cuidaba mucho su indumentaria, cuyo color nunca iba más allá del lila, aunque tendía, circunspecta, hacia los grises y negros. Eso sí, el pelo lo llevaba perfectamente peinado con unas ondas muy armoniosas.

—Eulalia —le pregunté—, ¿está ya preparado el claustro para reunirme con los profesores? Quiero empezar a cursar ya las invitaciones a artistas nacionales y quiero igualmente traer a escritoras e investigadoras extranjeras. Escribiré a Marie Curie.

—Sí, doña María. Ahora mismo convoco a todo el profesorado a la sala de reuniones.

Desde mi despacho, llamé personalmente a mi hermano Ramiro y a José Ortega y Gasset con quienes quería organizar el elenco del profesorado y los actos extraescolares. Mi ambición en aquel momento era que pudiesen venir a participar en nuestras actividades Marie Curie y Virginia Wolf.

*El Instituto Escuela. Isabel Oyarzábal. Conferencias en la Residencia*

«Aspiro, señores, a que reconozcáis que la mujer tiene destino propio; que sus primeros deberes naturales son para consigo misma, no relativos y dependientes de la entidad moral de la familia que en su día podrá construir o no construir; que su felicidad y dignidad personal tiene que ser el fin esencial de su cultura, y que, por consecuencia de ese modo de ser mujer, está investida del mismo derecho a la educación que el hombre».

EMILIA PARDO BAZÁN, 1892, Congreso Pedagógico Internacional

En un periodo en el que las mujeres en la universidad son una minoría silenciosa, el deseo de saber se convirtió en un virus contagioso. En la Residencia de Señoritas ingresan el primer año treinta chicas y a lo largo de sus más de veinte años de vida sus aulas llegan a albergar a centenares de ellas en un solo curso, que pasaron como profesoras, alumnas o colaboradoras. Un gran porcentaje de las mismas acabó en pupitres universitarios.

Muchas de estas chicas no tenían permiso para dormir en la Residencia. «Lo que hizo Maeztu fue no hacer obligatorio el internado. Muchas señoritas iban a clases preparatorias y volvían a sus casas. Además, como los padres eran reacios a su asistencia a las aulas universitarias, crearon un método para impartir clases en la Residencia y que solo tuvieran que ir a la universidad a examinarse», comentan Almudena y Margarita, ambas alumnas de la Residencia. Las recogía un autobús para asistir a los exámenes y así la toma de contacto era mínima, pero había contacto. Una de las muchas y maravillosas triquiñuelas que María de Maeztu ideó para conseguir su objetivo. «Si muchas de ellas no alcanzaron a ponerlo en práctica (ir a la universidad), al menos lograron transmitir ese espíritu a su entorno y a sus descendientes».

Otras, en cambio, llegaron a conseguir becas de intercambio con *colleges* estadounidenses. Algo que en las primeras décadas del siglo XX era impensable. «El International Institute for Girls in Spain que se asentó en Madrid a principios de 1900 fue fundamental para la Residencia. Ayudó con medios materiales, programas de intercambio y con condiciones muy ventajosas en edificios y profesorado».

Así, poco a poco y una a una, podemos hablar de mujeres que sin la labor de María de Maeztu nos serían mucho menos conocidas, y que ahora suenan con una fuerza revolucionaria: Zenobia Camprubí, célebre sobre todo por ser la esposa de Juan Ramón Jiménez, pero que fue una brillante traductora y una conspicua feminista, miembro destacado del Lyceum Club y su secretaria; Victoria Kent, jurista y política, la primera mujer miembro del Colegio de Abogados de Madrid; Josefina Carabias, reputada periodista, una de las primeras en ejercer el oficio en España; María Zambrano, filósofa y ensayista; o Maruja Mallo, destacada pintora surrealista, fueron algunas de las alumnas o profesoras de la Residencia. También Clara Campoamor, la gran impulsora del sufragio femenino; Concha Méndez, destacada escritora, o Gabriela Mistral, la gran

poeta chilena, premio Nobel de literatura, cooperaron en la Institución dando clases magistrales o impartiendo conferencias.

Las generaciones que pasaron por la Residencia de la calle Fortuny representaron la vanguardia de las mujeres ilustradas de tres décadas de nuestra historia. Pedagogas como Juana Moreno, Carmen Castilla o Carmen Isern, científicas como María García Escalera o Cecilia García de Cosa, políticas como Victoria Kent o juristas como Matilde Huici, fueron residentes que marcaron el rumbo de muchas universitarias que irrumpieron, aunque acompañadas por los profesores, en las aulas anteriormente reservadas a los varones. La onda expansiva de reivindicaciones feministas que representó la Residencia y sus incontables conferencias abiertas al público fue calando en las mujeres españolas más avanzadas. Ciertamente es que las «modernas» que se movían en torno a la Residencia procedían de clases medias ilustradas, con facilidades para el estudio, familias cultas, políticamente liberales y de tradición krausista. Muchas de ellas hablaban varios idiomas, habían viajado y estaban al tanto de las novedades internacionales. María de Maeztu comprendió que la situación de inferioridad de las mujeres estaba vinculada a la falta de educación y a la carencia de perspectivas profesionales. En 1910 había en España un ochenta por ciento de mujeres analfabetas. La Residencia pretendía formar a profesoras, a intelectuales y a científicas con el propósito de atender a la futura educación de todas las mujeres. El movimiento pedagógico liderado por María de Maeztu sirvió de guía espiritual de una generación pionera y feminista que luchó para que las mujeres alcanzaran la enseñanza secundaria y universitaria. Los nombres más interesantes de las intelectuales y políticas de esas décadas estuvieron vinculadas a la Residencia: Maruja Mallo, Concha Méndez, Isabel Oyarzábal, Anita Gasset, Antonia Suau, Clara Campoamor, Elena Fortún, Zenobia Camprubí, María Moliner. Para compartir experiencias comunes, innumerables profesoras extranjeras dieron conferencias invitadas por María de Maeztu. Marie Curie durmió en la Residencia femenina, aunque su conferencia fue impartida en la Residencia de Estudiantes, y Victoria Ocampo tuvo un gran éxito en una conferencia sobre Harlem. Pero a lo largo del tiempo, también poetas como Pedro Salinas, Federico García Lorca o Rafael Alberti dieron sus recitales entre cierta algarabía y algún escándalo. José Ortega y Gasset, José Bergamín, Xavier Zubiri, Ramiro de Maeztu, Pío Baroja y Miguel de Unamuno fueron invitados habituales. La experiencia de la Residencia de Señoritas dio lugar en el año 1926 a la creación del Lyceum Club, también de la mano de María de Maeztu, con su compromiso pedagógico con las mujeres siempre en activo.

María de Maeztu desayuna con José Castillejo, secretario de la Junta para la Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas, y le plantea su deseo de convertir el edificio de la calle Miguel Ángel en un Liceo autónomo en el que educar a niñas, desde pequeñas, en valores de igualdad y en la convicción de que tienen los mismos derechos que los hombres.

—Para conseguirlo necesitarás que el Gobierno lo apruebe por decreto.

—Ya, pero el Gobierno lo preside Dato y, por fortuna, es uno de los políticos españoles interesados en la educación de la mujer. De hecho, ya he concertado una entrevista con él.

—¿Para cuándo la tienes?

—El próximo jueves.

—Cuando hayas hablado con él, ¿me comentas qué te ha dicho?

—Sin duda.

El resto del día transcurrió con la rutina habitual.

Acostumbraba a pasar horas en su escritorio, despachando la correspondencia que mantenía con los padres para quitarles la preocupación que pudieran albergar ante los peligros que corrían sus hijas solteras en la capital. En sus misivas, intentaba tranquilizarlos transmitiéndoles la seguridad de que iban a estar perfectamente controladas y asesoradas: «La labor de la Residencia no se limita a dar a las alumnas una intensa formación intelectual. Intenta ofrecer a las muchachas un ambiente sano, favorable a los ideales morales, utilizando para ello la acción de la vida corporativa en un régimen de prudente libertad», les explicaba.

Los hermanos Maeztu, Ramiro y María, criticaban el sistema educativo español y defendían el británico, que los dos conocían muy bien y que, en su opinión, había dado magníficos resultados para integrar a la mujer en el mundo laboral e intelectual.

—En Inglaterra, las mujeres lo dominan todo: el vapor, el tranvía, los trenes, los espectáculos, la calle y el hogar. Solo están excluidas del Parlamento, de la City, de los tribunales y de la Marina Militar —explicaba María a Rafaela Ortega.

—Que son, precisamente, las cuatro columnas de la sociedad inglesa que se mantienen en su esencia exclusivamente masculina —replicó Rafaela.

—Pero podría decirse que el resto del país ha sido abandonado por los hombres en favor de las mujeres.

—Ojalá que aquí lo podamos hacer igual de bien que los británicos.

Llegado el día, María fue a la sede de la Presidencia de Gobierno, el palacio de Villamejor, ubicado en el Paseo de la Castellana, número 3, y le explicó a Dato qué quería hacer con la educación de las mujeres en España y por qué deseaba hacerlo de una manera concreta. El titular del Ejecutivo estuvo de acuerdo con sus tesis y se comprometió a firmar el decreto en la primera oportunidad que tuviera.

Ante tan magníficas expectativas, María regresó entusiasmada a la Residencia. Aquella había sido una de sus mayores aspiraciones desde hacía años.

Entró por la puerta y corrió a contarle las novedades a su amiga Rafaela.

—Parece que lo vamos a conseguir, o por lo menos es lo que me ha asegurado el presidente del Gobierno.

Sin embargo, Dato debió afrontar la huelga general organizada por los socialistas en agosto de 1917, que tuvo como consecuencia su desalojo de la presidencia del Gobierno y su sustitución por Manuel García Prieto. Así pues, la enseñanza de la mujer quedó una vez más postergada.

En la calle Miguel Ángel 8, edificio propiedad de la institución norteamericana, se instalaron, con carácter experimental, las clases del Instituto Escuela en el curso 1918-1919. El ministro Santiago Alba encargó a la Junta para la Ampliación de Estudios la elaboración de un decreto para su fundación y, de esta manera convivieron el grupo de niñas dirigido por María de Maeztu, y el de niñas del Instituto Internacional, dirigido por las norteamericanas.

Esta experiencia educativa, cuyo deseo era extender a la enseñanza secundaria oficial los principios pedagógicos de la Institución Libre de Enseñanza, así como de la pedagogía europea más avanzada de su época, resultaba positivo para todas, porque tenían la oportunidad de convivir con una cultura diferente a la propia y con personas también distintas, algo no habitual en la España de aquellos años. La única diferencia fue que mientras para las alumnas españolas la

matrícula era gratuita, las niñas que eran educadas por profesoras estadounidenses debían pagarla, por lo que paulatinamente fue aumentado el número de alumnas españolas en detrimento de las americanas.

La secretaria de la Residencia verificaba que todo estuviera listo para cuando las estudiantes regresaran de la Universidad a almorzar, pero, sobre todo, para la charla-coloquio que esa tarde iba a ofrecer Isabel Oyarzábal en el salón de la Residencia.

Las residentes habían oído hablar de ella, de sus osadías, de su brillantez, pero no la conocían. Por ello, las expectativas ante su charla habían incrementado la concurrencia.

Isabel era la viva imagen de una mujer moderna, independiente, feminista, trabajadora... Un ejemplo a seguir para muchas de las alumnas. Había pasado muchos veranos en Inglaterra, porque su familia la había enviado a aprender inglés, pero ella se había buscado la vida y encontrado la manera de ganar dinero con su trabajo. De esa forma se dio cuenta de que podía ser económicamente independiente, sin depender de un padre o un marido, y esa era la idea básica que deseaba transmitir a las estudiantes.

—Las mujeres estamos peor preparadas que los hombres y el índice de analfabetismo es muy superior entre nosotras que entre ellos. Esta situación, injusta por sí misma, hace que muchas chicas dediquen su tiempo a buscar un pretendiente con el que poder casarse. No se dan cuenta de que en ese momento acaban de perder su independencia, porque para ser libres debemos ser económicamente independientes; en caso contrario, es imposible.

Probablemente estas no fueron sus primeras palabras, porque como mujer bien educada debió saludar a sus anfitrionas y a las autoridades que se encontraban en el salón, pero seguro que fue el mensaje que quedó grabado en muchas de las personas que acudieron a escuchar su conferencia.

También habló de su vida laboral, de su columna en el diario *El Sol*, bajo el seudónimo de Beatriz Galindo, en honor de la mujer más culta e influyente durante el reinado de los Reyes Católicos, o de su corresponsalía para periódicos ingleses. Cuando las cosas no iban tan bien, se empleaba como traductora o lo que fuera menester.

—Voy diariamente al teatro y al terminar la función acudo a un café donde, con una taza de chocolate y amigos como Azorín o Valle Inclán —que no para de mecer su larga barba—, escribo mi columna sobre feminismo, la necesidad de que las mujeres tengamos el derecho al voto, el atraso que sufrimos con respecto a las mujeres europeas, la ausencia de educación en las mujeres españolas o lo obsoletas que han quedado nuestras normas morales —contaba a unas jóvenes entusiastas de su personalidad.

Al acabar la charla, las alumnas no pararon de hacer preguntas sobre su vida, su experiencia, sus actitudes, en ocasiones atrevidas y desafiantes, y un sinfín de cuestiones. La conferenciante, como respuesta, repitió una definición que una persona, de la que no facilitó su nombre, había hecho sobre ella: «lo suficientemente frívola para ser atractiva, lo suficientemente profunda para conseguir su objetivo y lo suficientemente subordinada a la clientela para no provocar críticas».

—Ustedes se declaran sufragistas y hablan del voto de la mujer, pero también hay mujeres feministas que están en contra de que la mujer pueda ejercer ese derecho. ¿Qué están haciendo ustedes para conseguirlo? —preguntó una de las residentes.

—Hace unos meses, con mucho esfuerzo, hemos fundado ANME, la Asociación Nacional de Mujeres Feministas, una asociación sufragista y a favor de los derechos de la mujer, que no es de derechas ni de izquierdas, es transversal e interclasista. Como no tenemos el apoyo de ningún partido político, nos mantenemos con las cuotas de las socias, por lo que os animo a asociaros a

aquellas de vosotras que estéis a favor del sufragio universal —comentó medio en broma, medio en serio.

—Dar a la mujer la posibilidad de votar, no tiene por qué ser forzosamente positivo para la sociedad. Es más, algunas pensamos que en este momento podría resultar negativo —respondió inmediatamente Victoria Kent, que era una de las residentes.

—Nosotras no creemos que el hombre sea un ser superior al que le corresponden más derechos que a la mujer. Defendemos y luchamos por la igualdad entre los dos sexos y dentro de esta se encuentra el derecho al voto. Pero, evidentemente, no todas las personas opinamos lo mismo —zanjó la ponente que no tenía el más mínimo deseo de polemizar con una alumna.

—Está claro —concluyó Victoria Kent.

La mayor parte de las alumnas quedaron impresionadas con la charla de Isabel Oyarzábal, pues muchas de ellas tenían inquietudes feministas. Algunas se habían pasado entre ellas unos ensayos, recientemente publicados por María Lejárraga y su marido Gregorio Martínez Sierra, titulados «Cartas a las mujeres de España», «Feminismo, feminidad y españolismo» y «La mujer moderna». En todos ellos se insta a la mujer a tomar conciencia de su deplorable condición civil y social, animándola a aprender y formarse para tener acceso a la vida laboral y reivindicar sus derechos. Por todo ello, algunas habían comentado que resultaría muy interesante contar con su presencia en alguno de los actos que organizaba la Residencia.

No hablaban de Gregorio Martínez Sierra, porque en el Madrid de la intelectualidad se sospechaba que era su mujer la que en realidad escribía los textos, y las residentes también habían oído comentarios al respecto. Además, consideraban imposible que un hombre, por muy moderno que fuera, pudiera entender el alma de la mujer de esa manera.

Las que estaban interesadas en escuchar una conferencia de María Lejárraga consultaron con María de Maeztu si en la próxima charla la ponente podría ser ella. La directora, en principio, no consideró oportuno que acudiesen de forma consecutiva dos personalidades con muchos puntos en común. Con ello y con todo, respondió que se lo pensaría.

Influía, además, el conflicto no hecho público, pero sí murmurado, sobre la autoría real de los escritos de Martínez Sierra, que María de Maeztu también conocía. Pese a la convicción de que la autora real de todos los escritos firmados por el matrimonio era en realidad ella y que en muchas obras en las que ni siquiera aparecía la firma de María, su papel era hacer de «negro» de su marido, y este podría sentirse ofendido si no era invitado a dar la charla.

Lo consultó con algunas de las profesoras y conferenciantes amigas, y entre todas decidieron que incluso podría resultar positivo debatir un tema tan importante y, a la vez, tan controvertido sin que entre ambas charlas, la de Oyarzábal y la de Lezárraga, mediase demasiado tiempo. Una de las mujeres que más empeño puso fue Clara Campoamor.

—Gregorio Martínez Sierra lleva años engañando a María con Catalina Bárcena, que para mayor humillación es la actriz protagonista de las obras de teatro que ella crea y que él firma. Por eso me parece interesante, desde el punto de vista feminista, traerla y darle el protagonismo que se merece.

—Está bien. Lo haremos, pero el título de su conferencia versará sobre el teatro en España, dado que es autora teatral, casada con un director de teatro y propietarios del Teatro Lara —le respondió María.

—Me parece una buena idea, y en el coloquio, las residentes podrán preguntar sobre aquellos asuntos por los que estén interesadas, más allá del teatro —añadió Clara.

—Está bien —zanjó la directora.

Un viernes a las seis treinta horas se presentó la autora teatral en el edificio de la calle Fortuny para disertar sobre «La mujer en las artes escénicas». Al acceder al salón se llevó una muy grata impresión porque se hallaba repleto de jóvenes expectantes.

Habló con orgullo de *El amor brujo*, una obra cuyo libreto habían escrito, según dijo, su marido y ella con música de Manuel de Falla y que había sido protagonizada por Pastora Imperio. Explicó que si había llegado a ser una mujer intelectualmente respetada se debía a que siempre había seguido los postulados en educación de Emilia Pardo Bazán. «Una persona que toda su vida defendió la promoción social, cultural y política de la mujer española y nuestro derecho a recibir una educación idéntica en contenidos e intensidad a la del hombre».

Este punto de vista chocaba en cierta medida con los postulados krausistas, enunciados por Karl Krause, filósofo alemán contemporáneo de Hegel, Schelling y Fichte, introducidos en España por Gumersindo de Azcárate y por Giner de los Ríos, promotores de la Institución Libre de Enseñanza y las instituciones creadas con posterioridad hasta llegar a la Residencia de Señoritas. De suerte que la mayoría de las oyentes, procedentes de clases medias ilustradas, familias con posibilidades económicas, cultas y políticamente liberales, no se planteaban una educación que respondiera a criterios igualitarios: el acceso de las mujeres a la educación debía hacerse de tal manera que no transgrediera el orden establecido, sino que las convirtiera en el soporte fundamental de la familia haciendo de ellas las perfectas esposas, amas de casa, educadoras de su descendencia y administradoras de la fortuna familiar. En cambio, Lejárraga defendió enérgicamente que la educación debe redundar en la mujer misma, en su propio destino, porque la mujer es un ser libre, capaz de bastarse a sí misma y ocupar dignamente su puesto en la sociedad. La directora de la Residencia pensó, «vamos a tener no solo un debate, sino dos o quizás tres». Por eso, antes de abrir el turno de palabra a las asistentes para que realizaran las preguntas que considerasen oportunas, tomó la palabra para mediar y limar asperezas:

—Independientemente de la corriente filosófica que cada una de nosotras pueda defender, existe un hecho objetivo e irrefutable y ese es la situación de inferioridad de las mujeres, vinculada a la falta de educación y a la carencia de perspectivas profesionales. Hay un ochenta por ciento de mujeres analfabetas y tenemos que reducir esta cifra tan terrible empeñándonos en fomentar la educación de la mujer desde edades tempranas, independientemente del lugar en el que crezcan. Y sin más, doy la palabra a quienes han venido a escuchar a tan brillante ponente.

La primera en preguntar fue una chica, Eleonora Guerrero, de Andalucía y más concretamente de Sevilla, que procedía de una familia muy tradicional. Para ella la cifra de analfabetismo era una obviedad insoslayable que en su tierra podía comprobar día a día, pero no terminaba de entender qué necesidad había de pelearse permanentemente con el sexo contrario.

—Usted escribe y firma con su marido en lo que, visto desde fuera, me parece una relación armónica en una pareja, pero sabe que muchas personas no lo ven así. ¿Lo hace porque no tiene la valentía de firmar sola sus propias obras o porque cree que es lo normal? Se lo digo porque me extraña que usted, defensora a ultranza de la independencia de la mujer, se proteja bajo el ala de su marido —preguntó con total ingenuidad, sin saber que había puesto el dedo en la llaga.

—No, nada de eso. Trabajamos así porque nos complementamos. No existe ninguna otra razón.

Otra de las alumnas más curiosas, la catalana Edelvina Puig, que además tenía inquietudes literarias, lanzó una pregunta con mayor intención que la anterior:

—¿No considera paradójico y contradictorio que una mujer progresista y feminista permita que un hombre, en este caso su marido, le robe el protagonismo que usted merece?

—Nuestras obras son hijas de un legítimo matrimonio, por eso con el nombre del padre

tienen bastante —respondió torpemente, reconociendo, de manera implícita, que su matrimonio podía ser legítimo, pero que existía esa otra relación ilegítima, extramatrimonial, de la que muchos hablaban.

En ese punto tan tenso, Clara Campoamor, que se encontraba en la sala, intervino para suavizar el ambiente.

—Hemos venido a escucharla hablar de teatro, de cómo surge la inspiración para crear una obra y si desde la primera palabra el autor ya se imagina el escenario en el que va a ser representada.

—La técnica no siempre es la misma, depende del tipo de libreto. Pero en general hay que cuidar la calidad del texto y, una vez que tienes la idea, definir cuántos actos va a tener y cuántas escenas cada acto y cuidar muchísimo los diálogos. Así que el escenario y los actores es lo último que se vislumbra. Aunque en nuestro caso, el escenario generalmente lo conocemos porque es el de nuestro teatro, pese a que a veces escribimos para que nuestras obras sean representadas en otros foros.

—Usted acaba de casi confundir la UME, la Unión de Mujeres de España, de tendencia más de izquierdas y socialista que ANME. No se declara sufragista, ¿cuáles son sus objetivos? —preguntó Victoria Kent, quien se identificaba mucho más con María Lejárraga que con Isabel Oyarzábal.

—Crear conciencia de independencia y ciudadanía en las mujeres a través de conferencias públicas y gratuitas. En cuanto a nuestra ideología, somos independientes y aconfesionales y lo demostramos aceptando socias de todas las clases sociales y de cualquier partido político.

Afortunadamente, ahí terminó el turno de preguntas, sin que Victoria o Clara enfrentaran sus posturas sobre el voto femenino. Ambas eran fervientes feministas, pero con posturas opuestas sobre el sufragio femenino. Kent negaba el derecho de voto a las mujeres, considerando que la Iglesia, sus padres, sus maridos o sus tutores votarían por todas y cada una de ellas. Campoamor, en cambio, confiaba más en la mujer y en su independencia de pensamiento respecto del de los hombres que las rodeaban.

Terminadas las preguntas, María pudo conversar tranquilamente con sus anfitrionas sobre temas en los que existía coincidencia, como la necesidad de mejorar la educación de la mujer en España desde edades tempranas o intentar erradicar el analfabetismo. Pero también celebraron una reunión, presidida por María de Maeztu, para seguir hablando de un asunto que llevaban tiempo barajando: la posibilidad de fundar un Lyceum Club femenino como el que ya existía en Londres y que todas ellas conocían.

En este sentido, tomó la palabra Carmen Baroja, gran admiradora de Lejárraga y Oyarzábal.

—Llevamos tiempo reuniéndonos con el deseo, ya muy antiguo en nosotras, de formar un club para señoras. Esta idea resulta un poco exótica en Madrid, pero las que hemos visto el de Londres sabemos que son eficaces y se expanden, pues en la capital inglesa ya hay varios, y todos ellos funcionan muy bien.

Carmen Baroja compartía la teoría de Isabel Oyarzábal según la cual si las mujeres estaban consideradas inferiores al hombre era por la falta de preparación que, además, las hacía dependientes económicamente y obligadas a reducir su futuro al matrimonio o al convento.

—En cuanto la mujer sea independiente económicamente dejará de buscar novio, serán libres y harán lo que deseen.

Era una feminista convencida por la lógica que le había llevado a ese punto en el camino. Creía que la estupidez humana no tenía nada que ver con el sexo, pues había visto a tantos hombres inútiles como a mujeres incapaces, y, sin embargo, ellos, por el mero hecho de haber



nacido varones, gozaban de un sinnfín de prerrogativas en todas partes. Esta realidad era algo que la enfurecía y le hacía ser más combativa.

La Residencia de Señoritas ya se había asentado y no paraba de recibir alumnas de las que un gran porcentaje terminó en las aulas universitarias. Existían numerosos incentivos para querer estar allí más allá de desear cursar una u otra carrera, pues proporcionaba la posibilidad de conocer de cerca a personalidades del mundo de la cultura o la ciencia, inaccesibles para el común de los mortales, pero que, sin embargo, acudían a la institución a dar una conferencia, o en el caso de las mujeres que quizás dieran la conferencia en otro centro, dormían en la Residencia, y era posible acceder a ellas. Fue el caso de Marie Curie, con sus dos premios Nobel, que fue a dar conferencias en la Residencia de Estudiantes, pero pasó la noche en la de Señoritas.

Otro de los incentivos era conseguir una de las becas de intercambio que se llevaban a cabo con *colleges* estadounidenses. Algo que en las primeras décadas del siglo XX en España era impensable, pero que fue posible gracias a esas sinergias entre el Instituto Internacional y la Residencia, lo que convirtió a esta en una institución excepcional. Milagros Alda fue la pionera en participar en estos cursos de intercambio, y Emily Porter la primera estadounidense acogida en la Residencia de Señoritas. Más adelante, treinta y una becarias fueron a Estados Unidos y diecisiete norteamericanas vinieron a España. Las españolas enseñaban la lengua propia en el Smith College, pero el intercambio tuvo dificultades pues la dirección del *college* estadounidense no quería que, de igual manera, sus estudiantes tuvieran que dar clase en el Instituto Escuela:

—Han ido con el fin de conocer España, el país, su lengua y su cultura, pero no a trabajar.

Carmen Castilla fue la última española que viajó a Massachusetts. Visitó Nueva York, donde se encontró con Susan Huntington y Emily Porter.

—He visto el cielo abierto. Los americanos han sabido rodear la cultura de un ambiente atractivo: por vivir en estos campos, remar en estos lagos y hacer toda clase de deportes en estos *colleges* y universidades, vale la pena soportar al profesor más pesado.

En contraposición opinaba:

—Nuestras universidades y escuelas son tan feas, tan oscuras y tan pobres que el profesor, de no ser un santo, tiene que dar clases muerto de tedio. En cuanto a los alumnos, lo mejor que pueden hacer es no ir.

*San Sebastián durante la Primera Guerra Mundial. La familia Mendizábal*

«A su majestad la reina María Cristina de Habsburgo este monumento costeadado por suscripción pública iniciada por el Pueblo Vasco. Septiembre MCMXIX».  
Inscripción en el monumento conjunto histórico de la plaza del Centenario en San Sebastián

La Primera Guerra Mundial desangraba a Bélgica, pero sobre todo a Francia, mientras que España permanecía neutral. Ante la grave situación de una Europa sumida en el dolor, una ciudad fronteriza como San Sebastián, situada en un lugar estratégico, adquirió una importancia inusitada como destino turístico internacional para las clases privilegiadas y como polo de desarrollo industrial, aprovechando las fábricas existentes en la provincia, que durante el segundo tercio del siglo XIX había acometido el proceso de industrialización.

Era el periodo de la llamada «Belle Époque», un tiempo frívolo de suntuosas fiestas, pero al mismo tiempo de grandes negocios. La ciudad construyó nuevas e importantes infraestructuras de ocio como el hipódromo, y ya disponía de un casino, así como de diversos hoteles, también de lujo. Por San Sebastián pasaron celebridades del mundo de las letras, actores, pintores... Además de Azorín. Sorolla o Baroja, que era del terruño, la «Bella Easo» fue visitada por celebridades como Buster Keaton, Josephine Baker o Charlie Chaplin, quien aprovechó su estancia para ver corridas de toros.

También se convirtió en ese primer tercio del siglo XX en la ciudad favorita de la aristocracia española. La reina María Cristina, viuda de Alfonso XII, veraneaba en ella, en el palacio de Miramar, construido en 1893 y situado en lo que se ha dado en llamar Pico de Loro, un saliente en las rocas que divide las playas de la Concha y de Ondarreta. En los jardines ubicados en el paseo marítimo que lleva su nombre se halla emplazada una estatua de la reina. Con su majestad llegó toda la élite española, los cortesanos, la alta burguesía y el gobierno. La regente acudió todos los veranos hasta 1929 y solo faltó en 1898, el año de la pérdida de Cuba y Filipinas en la guerra con Estados Unidos. Hasta la reina de Inglaterra, monarca de la mayor potencia mundial del momento, había visitado la ciudad en 1889. Se celebraban reuniones de intelectuales que llenaban los bonitos cafés situados en torno a la bahía de la Concha y la avenida de la Libertad.

Pero muchos años antes de este auge, San Sebastián ya era una ciudad cosmopolita. De hecho, el matrimonio Gulick —los fundadores del Instituto Internacional— trataba habitualmente con el cónsul de Alemania, con distintos artistas extranjeros que residían en la ciudad, con el cónsul honorario de Estados Unidos en San Sebastián, que era en realidad un hombre de negocios; con los corresponsales de algunos diarios extranjeros... Así mismo, era invitado a fiestas en casa de unos y otros. Pero es cierto que, posteriormente, la desgracia que asolaba Europa la hizo crecer

aún más como destino turístico, al sustituir a la siempre internacional Biarritz. Podría decirse que durante esos cinco años recibió a sus propios ilustres visitantes, a los que sumó los que ya no podían visitar la villa francesa.

En esa época de la que en el imaginario colectivo solo permanecen imágenes de personas jugando en el casino o apostando en las carreras de caballos y de jóvenes en la playa con sus recatados bañadores, o paseando por la ciudad, perfectamente vestidas, o sentadas en la terraza de uno de los muchos de sus cafés, la Bella Easo era además algo mucho más importante para la situación por la que atravesaban los europeos: la cabeza de una industria que exportaba hacia Europa, bien por barco, desde el puerto de Pasajes, o bien por tren, desde Irún, toneladas de suministros, armas y municiones esenciales para los países que participaban en la contienda. Un asunto de máxima importancia ya que, en función del bando que accediera a dichos suministros, se podía desequilibrar la relación de fuerzas en aquella cruenta guerra. La situación cambió en 1917 con la entrada de Estados Unidos en el conflicto.

De hecho, en 1917, en España hubo una huelga general inducida por agentes secretos de los imperios centrales con el fin de paralizar la industria que tanto y tan bien abastecía a los ejércitos aliados. En este sentido, San Sebastián se había convertido en un polo de desarrollo tecnológico y económico que, a la altura de 1916, interesaba mucho a los gobiernos que trabajaban arduamente con todos los recursos necesarios (tanto bélicos como diplomáticos), para conseguir que armas, municiones, productos sanitarios, alimentos y equipamientos no desequilibrasen las fuerzas de los contendientes y así poder seguir disputando el liderazgo en Europa y el mundo.

Esta pudo ser una de las causas por las que la bonita ciudad bañada por el mar Cantábrico pasase a ser un escaparate de lujo durante el periodo de la guerra, pero también uno de los motivos por los que se convirtió en un nido de espías. En Donostia y su entorno los agentes de uno y otro bando podían realizar sus misiones con mayor seguridad al tener a muy pocos kilómetros la frontera con Francia. Por ello, la presencia de agentes secretos era habitual en la zona, y en este sentido, como ciudad fronteriza, existía una larga tradición que puede remontarse al siglo XVI.

San Sebastián, durante la Gran Guerra, se convirtió en un lugar en el que el contraespionaje estaba a la orden del día y donde los espías comían, charlaban y alternaban con los donostiarras. En ese lugar creció y se educó Mikaela Mendizábal. Para ella era normal ir con sus padres a una casa en la que los propietarios podían ser alemanes, franceses o estadounidenses y escuchar conversaciones de diferente sentido sobre los avatares de la Gran Guerra. Los franceses decían que la ciudad era un nido de espionaje germánico, mientras que los alemanes aseguraban lo contrario. Uno de los lugares elegidos para transmitir informaciones era el casino de la ciudad, ubicado cerca del puerto, en los famosos jardines de Alderdi Eder. Por allí pasaron artistas como Sara Bernhard, Mata Hari, Raquel Meller, jeques, maharajás...,

Dos de ellos, que además eran espías muy famosos, fueron ejecutados en Francia pocas semanas después de haber estado en San Sebastián recabando información para un destino al parecer equivocado. La más conocida es la famosa Mata Hari, nombre artístico de una mujer nacida en Holanda que era, en realidad, una agente (no tan secreto), conocida en todo el mundo. Su tercera visita a la ciudad (la primera fue en 1914, tras el atentado de Sarajevo), en 1916, supuso el final de su vida aventurera. Se hospedó en el hotel Londres, en la habitación 322, con vistas a la bahía de la Concha. Jorge Luis Borges, el escritor argentino, habría dicho que por unos días se compró la playa de la Concha. En el cuarto que ocupó existe una placa recordando su visita. También caminó por el paseo marítimo, por los bonitos cafés que adornaban la avenida de la Libertad y por el casino de la capital, donde se fraguaban muchos acuerdos y donde probablemente llevó a cabo su última operación de espionaje, la que la condujo a la muerte.

Supuestamente, estaba trabajando para los alemanes y, por tanto, traicionando a los ingleses, motivo por el que los franceses la detuvieron y la pusieron ante un pelotón de fusilamiento. La espía más famosa del mundo (de hecho, se han realizado algunas películas basadas en su personaje) había vivido en Java con su marido. Allí aprendió bailes exóticos que le sirvieron para seducir a los hombres de los que pretendía obtener información. Contratada por el servicio inglés de contraespionaje, aparentemente pasaba sus informes a los alemanes, convirtiéndose así en una agente doble.

El otro espía mundialmente conocido, Bolo Pachá, llegó a la Bella Easo meses después y también terminó sus días ante un pelotón de fusilamiento francés. Era muy popular en la ciudad, donde, ataviado con elegantes trajes de la época, se paseaba por todos los centros de reunión social: el casino de la ciudad, el club de tenis, el hipódromo..., Frecuentó la buena sociedad y llegó a reunirse con el conde de Romanones, que era el jefe de Gobierno de España y que veraneaba en San Sebastián, al igual que el resto del Ejecutivo.

Las autoridades francesas lo detuvieron el 29 de septiembre de 1917 y meses después corrió la misma suerte que Mata Hari. Los franceses los acusaron de espiar para los alemanes, en un momento en que la sociedad francesa estaba frustrada por una guerra que no terminaba y que le hacía perder a toda una generación de jóvenes en los campos de batalla.

Ambos agentes eran internacionalmente conocidos en su papel por lo que cabe preguntar si su trabajo y resultados eran realmente eficaces. ¿Qué información podrían haber obtenido estos dos famosos espías de sus intrigas donostiarras? Nada que no pudieran conseguir otros menos conocidos y, precisamente por ello, mucho más eficaces. Estos otros, auténticos agentes secretos, sí hicieron llegar información de calidad sobre el grado de desarrollo económico y tecnológico de la España neutral de aquellas fechas. Esta realidad de espías en las calles pretendiendo saber qué cantidad producían y en qué manos caían los productos químicos de Lizariturri y Rezola, las armas de Eibar o las chapas de hierro, forma parte de la historia del País Vasco durante la Gran Guerra.

Uno de estos empresarios guipuzcoanos era Eustaquio Mendizábal, padre de Mikaela. Hombre serio, trabajador de ideología más bien conservadora y partidario de que la guerra la ganaran los aliados. Las relaciones sociales que mantenía su mujer con sus compañeras de estudio y sus maridos, así como con las personas extranjeras que procedían de las amistades del matrimonio Gulick y sus amigos del mundo empresarial, lo convirtieron en un objetivo de las potencias occidentales. Así, sin darse cuenta, se descubrió pasando información al bando aliado. No era un espía al uso, pero sí un informante, dado que disponía de información fidedigna sobre otras empresas, personas, autoridades o aparentes simples ciudadanos que quizás trabajasen para el bando contrario. Todo comenzó un día, en una reunión social de las muchas que se celebraban en la ciudad, a la que acudió con su mujer. En un momento determinado se le acercó un súbdito inglés que mostró interés por su fábrica.

—Buenas tardes. Me llamo Elton Horse y acaban de comentarme que es propietario de una importante fundición de hierro, aquí cerca.

—Sí, está ubicada al lado del puerto de Pasajes, pero no es tan importante ni tan grande, aunque ahora sí trabajamos mucho construyendo chapas y piezas de hierro para los barcos en general y para los que participan en la Gran Guerra, en particular. De hecho, pese a fundir toneladas de hierro diarias hemos tenido que bajar la producción de barandillas, farolas, estufas; en fin, de todo aquello que puede hacerse con hierro.

—Qué interesante. ¿Podría decirme si vende indistintamente a los dos contendientes o le

compran más los aliados?

—La mayor parte de la producción de Guipúzcoa sale para el bando aliado; los alemanes no compran tanto.

Elton Horse se quedó extrañado de la naturalidad con la que aquel confiado hombre había respondido a una pregunta llena de intención.

—Supongo que si España es neutral, usted también lo será. ¿Pero tiene alguna preferencia?

—Prefiero que la guerra la ganen Francia e Inglaterra y no se lo digo porque sea usted inglés, sino porque es verdad.

Entonces le hizo saber lo importante que sería para los aliados conocer qué producía Guipúzcoa y a qué destinos se enviaba la producción. También si algún conciudadano suyo «trabajaba» para los alemanes o cualquier otra información que él creyera de interés. Así, sin darse cuenta, y sin recibir nada a cambio, se convirtió en un espía para los aliados.

Una de las informaciones que proporcionó a Horse fue la de la producción de los teledirigidos del ingeniero, inventor y matemático cántabro Leonardo Torres Quevedo. Eustaquio supo de este gran invento porque la patente la llevaba un ingeniero donostiarra. Así el Reino Unido se hizo con ellos y construyó más de sesenta de esos ingenios que sirvieron para levantar el bloqueo de los submarinos alemanes. Y hay quien dice que para ganar la guerra.

Pero con el final de la Primera Guerra Mundial descendió considerablemente la demanda de hierro; en consecuencia, disminuyó la producción y, por tanto, los beneficios. Retomó y aumentó la fabricación de barandillas, farolas o verjas. No obstante, no desapareció el contacto del propietario de la fundición con las personalidades extranjeras que vivían en San Sebastián o con las que tenían relación con el mundo diplomático.

## VII

### *Mikaela Mendizábal. Robert Anderson. Desafíos de España en 1917*

«Comprendía que no había muchacha de provincias dispuesta a estudiar en la universidad si tenía que vivir en una casa de huéspedes soportando voces, chinches o riñas. Por eso pensé que a las futuras intelectuales había que proporcionarles un hogar cómodo, limpio, cordial..., semejante a los que existían en el extranjero».

MARÍA DE MAEZTU

Mikaela llegó a Madrid un luminoso día de octubre del año 1917 y lo primero que le sorprendió al salir de la estación de tren fue precisamente la luz de Madrid. No pudo evitar compararla con el bastante habitual gris de su querida tierra y le pareció que era un buen presagio para su nueva vida, que comenzaba ese día. En la estación la esperaba una persona del Instituto Norteamericano enviada por una amiga de su madre para llevarla a la Residencia de Señoritas, el lugar que iba a ser su hogar en los siguientes años.

Un edificio vetusto, pero elegante. Lo primero que se veía nada más atravesar la puerta era una escalera de caracol con filigranas en la barandilla. Ahí se encontró con Rafaela Ortega y Gasset que inmediatamente se interesó por ella.

—Buenos días, soy Rafaela Ortega y querría saber qué necesita y en qué la puedo ayudar.

—Mucho gusto. Soy Mikaela Mendizábal y le agradecería que alguien me mostrara mi habitación y me enseñara el lugar en que puedo asearme.

—Yo misma lo haré —respondió Rafaela, sin aclararle que era la mano derecha de la directora de la Residencia, ni su relevante papel en la institución.

Juntas subieron las escaleras que daban a las habitaciones de la planta superior, en las que también destacaba su sobria pero refinada decoración. Las alumnas no podían cambiar los muebles y muy poco del interior, salvo la incorporación de alguna luz para poder ver mejor en el momento de leer.

Mikaela empezó a instalarse y acordó con Rafaela que bajaría al comedor a la hora del almuerzo, donde conocería a algunas de sus compañeras.

La habitación estaba impecable, dado que se aprovechaban las vacaciones estivales en las que las alumnas volvían a sus casas, para pintarlas y repasarlas. Sabía, porque así se lo habían comunicado al solicitar la plaza, que todas las mañanas, antes de salir para la facultad, debía dejar la cama hecha y el cuarto ordenado, con el fin de que el servicio pudiera limpiarlo diariamente sin problema. Se aseó un poco, vació las maletas y, casi sin darse cuenta, llegó la hora de bajar al comedor.

Mientras descendía por las escaleras observaba el aspecto del edificio que, a primera vista, resultaba acogedor, de sobria y sencilla elegancia, y que utilizaba las piezas de barro y la cerámica artesanal como elementos decorativos, pero también como utensilios para usar en el

servicio de mesa. Pensó que todo ello transmitía una sensación de austeridad que resultaba al mismo tiempo elegante. Le gustó esta decoración mitad moderna, mitad popular.

A los pies de la escalinata la esperaba Rafaela, que amablemente la condujo a una mesa heterogénea, no sin explicarle que al ser comienzo de curso, aún faltaban muchas alumnas por llegar.

—Las mesas son ocupadas por ocho comensales, por lo que hoy, y de forma provisional, la completarán las cinco alumnas norteamericanas que han venido a estudiar Lengua y Literatura española y usted, pues según me han dicho, habla inglés fluidamente.

—Sí, sin problema; así practico el idioma.

La secretaria de la Residencia hizo de maestra de ceremonias y las fue presentando. Ocuparon la mesa las seis, a la espera de que se incorporaran otras estudiantes que dominaran el inglés y así poder mantener una fluida conversación con sus compañeras extranjeras.

Mikaela se fijó en los uniformes del personal femenino, que eran negros con delantal blanco, así como en los guantes blancos que utilizaban para el servicio de comedor. Le pareció un lujo que en una residencia universitaria estuviera todo cuidado hasta el último detalle. Lo comentó con sus compañeras de mesa y estas le informaron de que, además, todos los días se cambiaban manteles y servilletas y que ellas también estaban entusiasmadas con el orden y la pulcritud.

—No hay nada que objetar —señaló Mikaela.

—En absoluto, porque incluso la comida es de una calidad inusual —respondió una norteamericana.

—¿Conoces Madrid? —preguntó a continuación.

—No, no he estado nunca y tengo muchas ganas de visitarlo todo.

—Pues podemos enseñarte algunos lugares que ya conocemos y descubrir otros juntos, si te parece.

Mikaela se mostró encantada del recibimiento, porque había pensado que le iba a resultar difícil entablar relación con gente nueva, aunque ella no era tímida en absoluto. Al acabar la comida manifestó su deseo de subir a descansar a su habitación, no sin antes pedir una conferencia con San Sebastián para hablar con sus padres y contarles qué le había parecido todo.

—De acuerdo, pero te esperamos a las cinco de la tarde en el salón para tomar el té. Es una costumbre de esta casa.

—Allí estaré.

Un hábito, el de tomar té diariamente, que tenía diversas finalidades pues, por un lado, las jóvenes aprendían a manejarse en un salón tanto si eran las anfitrionas como las invitadas y, por otro, se reunían las estudiantes que residían en los distintos edificios de la calle Fortuny y, de esta manera, confraternizaban unas con otras.

Porque, aunque ella contaba con los contactos que sus padres tenían y con otros que ella misma había hecho con las personas de Madrid que veraneaban en San Sebastián o con otras relacionadas con la monarquía o el gobierno que también pasaban el verano en la Bella Easo, consideraba oportuno trabar amistad con las que iban a ser sus compañeras en el día a día. Sus progenitores le habían dejado claro que su principal misión era estudiar, pero también relacionarse con otras personas, aprender de ellas y divertirse.

Era una muchacha alta, delgada y muy elegante. De pelo color castaño oscuro y unos enormes ojos verdes en forma de almendra, por lo que le resultaba imposible pasar desapercibida por mucho que lo intentara. En una época en la que la mujer española difícilmente superaba los ciento sesenta centímetros, ella alcanzaba los ciento setenta y cinco y, además, por la cercanía de su ciudad natal con Francia, su indumentaria era más moderna y más colorida que la de la mayoría de

las mujeres del resto de España, que en ese tiempo vestían ropajes oscuros. Y para colmo, su educación y su forma de desenvolverse resultaba mucho más liberal en lo que se daba en llamar moral y buenas costumbres. Tenía un carácter fuerte, gran personalidad y poca capacidad para callar, incluso en las circunstancias en que esto fuera lo más conveniente para ella.

Esta actitud abierta a conocer cosas nuevas, que hacía de ella una mujer muy atractiva, chocaba, sin embargo, con la férrea disciplina impuesta por María de Maeztu en la Residencia de Señoritas, dependiente de la Junta para la Ampliación de Estudios. Casi todas las noches, la directora de la Residencia invitaba a un grupo pequeño de estudiantes, entre seis u ocho, a cenar en su apartamento privado de la calle Fortuny 30. Así sabía qué pensaban, qué les preocupaba, qué relación mantenían las unas con las otras, cómo iban en sus estudios...

Un lugar así tenía más ventajas que inconvenientes para vivir como estudiante en Madrid, pues si es verdad que existía un control de horarios, también es cierto que durante mucho tiempo fue casi la única oportunidad que tenían las chicas de provincias de poder estudiar fuera de su ciudad, dado que no estaba bien visto que residieran en una casa de huéspedes. Una vez más, existía una clara discriminación en función del sexo, pues los chicos sí podían vivir en casas de huéspedes, estudiar lo que quisieran y entrar y salir a la hora que les apeteciera y sin carabina obligatoria. Ellas, simplemente, lo tenían prohibido.

Otra de las ventajas de la Residencia, más allá de ofrecer alojamiento y comida, era que disponía de una amplia oferta cultural con conferencias de personalidades como García Lorca, Alberti o conciertos o excursiones de carácter cultural a las ciudades próximas a Madrid. Además, su directora consiguió en muy poco tiempo hacer de este hogar temporal un lugar en el que las chicas aprendían a estudiar, a pensar, a ser independientes, a vestir adecuadamente, a tomar el té y a ser unas buenas anfitrionas.

La joven donostiarra conoció a la directora el primer día de su llegada a la Residencia. Después del té de las cinco, María la llamó a su despacho para darle la bienvenida y cruzar algunas palabras con ella.

—Buenas tardes, soy Mikaela Mendizábal y agradezco mucho que me hayan admitido y permitido permanecer en esta casa mientras estudio mi carrera universitaria.

—Estamos encantadas de tenerla aquí, porque no podíamos tener mejores referencias de su familia. Su madre fue una pionera en los estudios universitarios y mi amigo Azcárate me contó cómo ella y otras cuatro compañeras vinieron de San Sebastián a Madrid para examinarse por libre, después de haber sido preparadas por las profesoras del Instituto Norteamericano de San Sebastián.

—Sí, así fue, y además sacaron una puntuación extraordinaria.

—Pues deseo que usted siga sus pasos y se encuentre cómoda entre nosotras. Hoy estará cansada después de ese pesado viaje en tren, por lo que supongo que estará deseando irse a descansar

—Sí, claro. Pero estoy esperando una conferencia que he pedido por la tarde para hablar con mis padres y confío en que me la pongan antes de la cena. Buenas noches.

—Buenas noches.

Pero estas buenas intenciones por parte de las dos no impidieron que de vez en cuando tuviera sus más y sus menos con la directora. Mikaela había sido educada en un liceo liberal, en una ciudad liberal y por unos padres liberales. Todo ello hacía que le pareciera más lógica la libertad que disfrutaban los chicos o a la que tenían las estudiantes extranjeras que moraban en la misma Residencia que ella. Por eso consideró un agravio comparativo esa diferencia de trato, y



así se lo planteó en varias ocasiones a María de Maeztu.

Mikaela congenió inmediatamente con las alumnas norteamericanas que habían venido a estudiar Lengua y Literatura española. Eran mujeres refinadas, muy modernas e independientes, activas y deportistas, que gozaban de una sólida preparación intelectual. Para Castillejo, de la Junta de Ampliación de Estudios, suponían una contribución inestimable para la educación de estudiantes femeninas españolas.

Pero existía una importante diferencia entre las unas y las otras, y es que las estadounidenses podían salir solas, sin pedir permiso y sin tener que dar explicaciones. En cambio, las españolas debían hacerlo siempre acompañadas, a no ser que sus padres o tutores hubieran enviado un escrito a la dirección de la Residencia en el que las autorizaban a salir a casa de algún conocido o acudir a algún acto concreto. Esas eran las normas que ella llevaba muy mal y que le ocasionaron algunos problemas.

Las salidas del centro se regulaban imitando la libertad que las alumnas tenían en casa de sus padres y si una entidad organizaba bailes fuera del recinto residencial, se pedía autorización a la familia. Si una residente se iba a ausentar una noche del centro, la petición debía hacerse un día antes. Sin embargo, sí se permitía acudir por la noche, en grupo, al Teatro Real o a la ópera, acompañados por algún miembro de la dirección.

El primer fin de semana, sus amigas estadounidenses habían quedado con unos compatriotas suyos y la invitaron a ir con ellas. Se apuntó, sin acordarse de las estrictas normas que la Residencia imponía a las alumnas españolas.

—Hemos quedado por la tarde en el hipódromo, pero antes podríamos dar nosotras un paseo por el parque del Buen Retiro —propuso una de las americanas.

Las demás aprobaron el plan y todas juntas salieron de Fortuny en dirección a Castellana para ir caminando hasta el famoso parque de lo que habían sido los jardines reales en el siglo XVII, pero que desde 1868 formaba parte del patrimonio municipal.

—Qué barbaridad, menudo tamaño tiene el parquecito —comentó Mikaela.

—Ciento dieciocho hectáreas y un perímetro de cuatro kilómetros y medio —respondió Hannah Campbell, que se lo había estudiado y lo sabía todo.

Con ella como guía fueron a ver de manera rápida el Palacio de Velázquez, el estanque de las barcas, luego visitaron el Palacio de Cristal y antes de dedicarse a pasear visitaron los restos de las ermitas de San Pelayo y San Isidoro.

—Volveremos otro día para acabar de verlo —propuso la nueva amiga de Mikaela.

Las seis chicas se dirigieron hacia una de las puertas del parque para encontrar un lugar en el que comer algo en el paseo de Recoletos, que no quedaba lejos del hipódromo de la Castellana.

Podían haber ido a almorzar a la Residencia, pero lo cierto es que les hacía mucha ilusión sentarse en el Café Gijón, que no conocían, porque era muy famoso por las tertulias que se organizaban en su sala. Coexistían tres tertulias, la de los poetas, la de la juventud creadora y la de escritores y lectores. Así pues, con suerte, podrían ver a Valle Inclán, Santiago Ramón y Cajal, Benito Pérez Galdós o cualquier poeta perteneciente a la generación del 98. Las estadounidenses que habían venido a España a estudiar Lengua y Literatura española se mostraron muy interesadas por conocer quién pertenecía a esa generación y por qué se llamaba así.

—Fue Azorín quien, en 1913, acuñó ese nombre para aglutinar a los escritores y poetas nacidos entre 1864 y 1876 afectados por la crisis moral, política y social que se desató en España tras la derrota militar contra Estados Unidos en 1898, que concluyó con la pérdida de Cuba, Filipinas y Puerto Rico.

—Además de Azorín, ¿quiénes eran sus miembros?

—Ramiro de Maeztu, que es hermano de la directora de la Residencia, Miguel de Unamuno, Pío Baroja, Ángel Ganivet, Valle Inclán, Jacinto Benavente... En fin, todos los autores de cierto nivel.

—¿Hay alguna mujer que forme parte de ese grupo?

—No, y bien podrían haber incluido a periodistas y escritoras como Carmen de Burgos, que firmaba con el seudónimo de Colombine, Consuelo Álvarez Pool o Concha Espina, por ejemplo.

Por fin llegaron caminando al número 21 del paseo de Recoletos, donde estaba el Gijón, y entraron en el local. Lo primero que les llamó la atención es que no había una sola mujer, como si el don de la escritura fuera patrimonio del sexo masculino. Se miraron entre ellas preguntándose si continuaban avanzando o volvían sobre sus pasos. Sin necesidad de hablar, las seis hicieron notar su deseo de quedarse, por lo que se dirigieron a las mesas de mármol claro y asientos de color rojo. Les hubiera gustado pararse a ver los numerosos cuadros que decoraban las paredes, pero como todo el mundo estaba mirándolas, consideraron que para ser el primer día ya habían llamado demasiado la atención.

Pidieron agua para beber y lentejas para comer, pero lo más importante no era el menú, sino ver quién estaba allí, qué autores podían reconocer y si se estaba desarrollando alguna tertulia. No tuvieron suerte, porque en ese momento no había entre los presentes ningún escritor de prestigio, pero el maître, muy simpático, les propuso que visitaran «La Cava», nombre que daban al comedor situado en la planta baja. Se trataba de un espacio con los techos cubiertos de madera de roble y con aspecto muy señorial.

Después de comer pagaron y antes de salir agradecieron al responsable del comedor su amabilidad.

—Espero verlas de nuevo por aquí —les dijo antes de despedirse.

—Volveremos, sin duda, y más ahora que ya sabemos cuándo se llevan a cabo las tertulias que han dado fama al local.

Salieron del Café Gijón y se dirigieron al hipódromo de la Castellana donde las estadounidenses habían quedado con sus amigos. Lo normal era que los chicos fueran a buscar a las chicas a la Residencia y que a partir de ahí marcharan a donde tuvieran previsto, en este caso el hipódromo. Pero como ellas pensaban estar por la calle y sin horarios, prefirieron quedar a las cinco en la puerta de la entrada principal del recinto.

Mikaela se había convertido en una aficionada a las carreras de caballos desde que en julio de 1916 el rey Alfonso XIII inaugurara el hipódromo de San Sebastián, aprovechando la neutralidad de España en la Gran Guerra y que Francia y Bélgica habían dejado de organizar carreras con tal motivo. La pista donostiarra se había convertido en el lugar de cita los domingos de verano de lo mejor de San Sebastián y de los muchos madrileños que veraneaban en la Bella Easo, atraídos por el hecho de que los monarcas y parte del gobierno permanecieran allí durante el estío. Mientras caminaban por el paseo de la Castellana, Mikaela contaba esto a sus recientes amigas:

—Es muy entretenido, porque además se aceptan apuestas para todas las carreras y aunque está feo que una señorita apueste, yo lo hacía a través de mi padre. Le decía qué caballo creía que iba a ganar y esa era mi apuesta, al margen de las que pudiera hacer él.

Las estadounidenses se mostraron extrañadas por la cantidad de cortapisas que tenían las mujeres en España, y así se lo comentaron.

—Es verdad, pero lo cierto es que San Sebastián es, probablemente, si no la que más sí una de las ciudades más liberales de España. Así que ya veremos qué nos encontramos aquí. Y sí, a mí también me resultan extrañas las costumbres de la ciudad de Madrid. Al fin y al cabo, mi madre

fue educada en San Sebastián por profesoras estadounidenses y yo en el Liceo francés.

Los cuatro estadounidenses estaban allí, perfectamente vestidos, aunque un poco modernos para el tipo de indumentaria que todavía se usaba en Madrid: chaqueta sin chaleco, camisa, pantalón de corte clásico a juego con la chaqueta y zapatos acordonados de estilo inglés. Ellos ya habían sacado las entradas para todos así que, sin dilación, entraron en el recinto.

Tampoco eran menos llamativos los vestidos de ellas seis. Los de las norteamericanas, porque en Estados Unidos la moda iba por delante, y el de la vasca porque acostumbraba a vestir moda francesa, que también era más moderna que la española.

—De cualquier manera, también aquí vamos a llamar la atención —señaló Violet, una de las americanas.

—Pero nos mirarán menos que en el Gijón —respondió sonriendo Hannah Campbell.

—Que nosotras vistamos de forma diferente, se entiende mejor porque venimos de otro continente en el que la moda es distinta. Pero se supone que tú no deberías vestir de forma tan llamativa para España.

—Ya, pero San Sebastián, al ser una ciudad fronteriza con Francia está muy influenciada por todo lo que llega de Europa, en la que la pérdida de nueve millones de vidas en la guerra ha influido tanto en la vestimenta de la mujer como en su papel en la sociedad, pues necesariamente tuvo que incorporarse al mundo laboral.

—Y, consecuentemente, también al auge de los movimientos feministas y la exigencia de libertad e integración activa de la mujer en la sociedad.

—Efectivamente. Y, terminado el conflicto, la mujer no va a permitir que le obliguen a volver a encerrarse en casa. Y para trabajar necesitará una vestimenta más cómoda, alejada de aquellos vestidos imposibles, encorsetados, sofisticados, larguísimos y ajustados al cuerpo.

—Y harán como ahora nosotras: acortar y aflojar los vestidos, y cortarse el pelo para que peinarse resultara más cómodo.

—Eso es, y lo extraño es que las españolas con poder adquisitivo estén tardando en modernizarse, pues existe un diseñador, Mariano Fortuny, un célebre pintor, que inventó hace ya unos años un método de plisado propio, llamado «delphos», que hace que cada uno de sus vestidos de seda sean únicos y diferentes, pues se adaptan de tal manera al cuerpo de cada mujer, que parecen modelos distintos. Durante la guerra las mujeres adoptaron pantalones y chaquetas de corte masculino para ir a trabajar.

—¿Usas pantalones? —preguntó algo extrañada Mikaela.

—Yo sí, pero no sé si aquí me atreveré a ponérmelos.

Casi sin darse cuenta, entre charla y charla, terminaron las carreras.

—¿Vamos a tomar algo por el centro? —preguntó Robert Anderson, uno de los americanos, que se había fijado mucho en Mikaela.

—Gracias, pero no. Preferimos volver a la Residencia porque llevamos todo el día fuera de casa.

—Os acompañamos —dijeron los chicos.

Durante el trayecto, no demasiado largo, Robert quiso entablar una conversación con Mikaela, pero no le resultó fácil porque las charlas se cruzaban entre unas y otros, hablando de las carreras y de los *jockeys*. Tras aquella larguísima jornada llegaron a la Residencia con tiempo suficiente para sentarse en la mesa a la hora de la cena. Se despidieron en la puerta y las chicas entraron.

Rafaela estaba esperándolas en el recibidor

—Mikaela, te espera la directora en su despacho. Le gustaría hablar contigo antes de cenar.

Se dirigió al despacho y tocó la puerta con los nudillos. Una voz desde el interior autorizó el acceso de la chica.

—Pasa y toma asiento —le dijo la directora con tono grave.

Ella se sentó y miró a María de Maeztu con expresión de curiosidad por saber de qué se trataba.

—Mikaela, no sé si conoces que las normas de la casa para las estudiantes españolas son diferentes a las de las extranjeras. Vosotras no podéis salir sin permiso y sin ir acompañadas, tampoco podéis faltar a la hora del almuerzo si no habéis sido autorizadas a hacerlo. Las normas son estrictas y deben ser respetadas por todas.

—Lo cierto es que no pensé que fueran tan estrictas. Creía que había que pedir permiso para llegar tarde por la noche o para dormir fuera de la Residencia, pero no para pasear por Madrid, ir a ver un espectáculo o similar.

—Pues sí, debes tener permiso de tus padres, así como de la dirección de la Residencia.

—No se preocupe, que a partir de hoy solicitaré esas autorizaciones.

—Buenas noches. Puedes ir al comedor.

—Buenas noches.

Mikaela, mujer decidida y acostumbrada a superar obstáculos y dificultades, salió del despacho dispuesta a buscar una solución para evitar que se reprodujeran situaciones incómodas que ella no entendía, dada la educación liberal que había recibido, más parecida a la de las norteamericanas que a la de las españolas. Pero ya tenía claro qué hacer. Cenó con sus amigas y pidió una conferencia para hablar con sus padres con el objetivo de que estos enviaran una nota a María de Maeztu en la que, siempre que a ella le pareciera bien, daban permiso a su hija para ir a cenar a tal sitio, visitar a alguna persona que ellos o su hija habían conocido en San Sebastián, ir al teatro, acudir al hipódromo de la Castellana o cualquier otra actividad que para ellos, liberales de verdad, era absolutamente normal y a la que, en su opinión, ella podía asistir sin necesidad de tener que llevar carabina, pues en San Sebastián solía hacerlo así. Ahí se notaba la influencia que las mujeres del Instituto norteamericano habían tenido en la educación de la madre de Mikaela.

Así pues, la estudiante donostiarra no solía tener dificultad para salir con sus amigas estadounidenses que, por lo general, se encontraban con sus amigos de la misma nacionalidad. Con este grupo de personas ella se sentía más identificada que con el resto de las estudiantes españolas. Esto ocasionó cierto resquemor en algunas de ellas, que no acababan de entender si su postura era altiva, despectiva, orgullosa o simplemente esnob.

Pero Mikaela era una persona responsable y tenía claro que su presencia en Madrid se debía a la necesidad de obtener un título universitario, porque esa era la exigencia de sus padres. Significaba esto que en ningún momento desatendía sus obligaciones académicas, y en este aspecto congeniaba con las demás residentes, en el trabajo intenso diario y la gran curiosidad intelectual por aprender. Por eso acudía a la mayor parte de las actividades culturales que se programaban desde la Residencia.

La influencia de las estudiantes norteamericanas, a través del Instituto, obligó a que las españolas que no hablaban inglés se vieran inducidas a seguir un curso de por lo menos tres días a la semana para aprender esa lengua. Otra particularidad era la obligación de asistir a un curso de educación física. Ni el inglés ni la gimnasia eran asignaturas habituales en los centros educativos españoles.

Estas circunstancias le otorgaban a Mikaela cierta libertad para salir con sus nuevas amigas, ya que ninguna de ellas tenía necesidad de asistir a las clases de inglés. Esto dio lugar a que la

relación con el grupo de estadounidenses, hombres y mujeres, fuera cada vez más íntima. En especial con uno de ellos, Robert Anderson, que con cualquier excusa acudía a buscar a Hannah Campbell cuando en realidad a quien quería ver era a Mikaela.

Accedía al hall interior de la Residencia y preguntaba por Hannah.

—No se encuentra en la Residencia.

—¿Y Mikaela Mendizábal?

—Sí, ahora la llamamos.

Aparecía Mikaela, que le explicaba dónde se hallaba Hannah y a la hora que volvería.

—Bueno, ¿puedes decirle que he venido?

—Lo haré. Hasta la próxima.

Esta situación se repitió unas cuantas veces hasta que un día Robert se decidió a «confesar»:

—Mikaela, ¿de verdad crees que vengo a ver a Hannah? Vengo cuando sé que no está, porque en realidad quiero verte a ti.

La pobre Mikaela no entendía la necesidad de dar tantas vueltas para terminar diciendo la verdad.

—¿Y a qué viene dar tantos rodeos, en lugar de ir directamente al asunto?

—El miedo al fracaso, al rechazo, a no saber cómo lo ibas a entender tú...

—¿Y si Hannah ha terminado creyendo que realmente tienes interés por ella, después de insistir con tantas visitas?

—Ya se lo explicaré —concluyó él antes de despedirse hasta la siguiente ocasión—. Cuando vuelva a verte ya habrás tenido tiempo de pensar si quieres empezar o no una relación conmigo. Adiós.

Robert formaba parte de la escasa representación diplomática que Estados Unidos tenía en Madrid, dado que el consulado general estaba ubicado en Barcelona, pues desde que en 1797 se iniciaran las relaciones diplomáticas entre España y Estados Unidos, el cónsul residía en la Ciudad Condal. En Madrid solo había un encargado de negocios y un jefe de misión, auxiliados por un grupo de funcionarios.

Fue el segundo presidente de Estados Unidos, John Adams, quien nombró a William Willis primer cónsul de su país en Barcelona con el fin de promover el comercio entre la joven democracia norteamericana y la próspera región textil española. En 1895, poco antes de la guerra de Cuba, dada la importancia comercial y política de la Ciudad Condal, el gobierno de Estados Unidos le otorgó la categoría de consulado general. Este permaneció abierto durante la Guerra Civil y, en 1937, cuando el Gobierno de la República se instaló en Valencia, el consulado fue autorizado a actuar como embajada de Estados Unidos en España.

Mikaela y sus amigas acostumbraban a encontrarse con el grupo de jóvenes en lugares de ocio. Podían merendar en uno de los muchos cafés que existían en el centro de Madrid, ir al cine o, si era fin de semana, al hipódromo de la Castellana, ubicado relativamente cerca de la Residencia de Señoritas, en aquel tiempo en las afueras de Madrid. Durante sus años de funcionamiento fue un lugar de encuentro de la alta burguesía y la aristocracia de la época en el que se fraguaban negocios, pero en el que también se conseguía buena información sobre lo que se cocía en el país.

Ante las elecciones generales de febrero de 1918, Robert había mandado a sus superiores en Estados Unidos una nota en la que explicaba que la tranquilidad generada por la neutralidad española durante la Primera Guerra Mundial había sido interrumpida por la calamidad y desasosiego provocado por la crisis económica y por el «error» del gobierno español, decidido a

emprender una guerra sin demasiado sentido para controlar Marruecos. Las crisis económicas, como la que vivía España, no son buenos momentos para emprender acciones bélicas, lo que añadido al fallecimiento de miles de soldados en una guerra no bien argumentada, solo provoca tristeza y una mayor frustración en la población. Por todo ello, explicaba Robert, la sociedad descontenta provocó un levantamiento popular en 1917, cuyo eje central estuvo en Barcelona. Allí se celebró dicho año la Asamblea de Parlamentarios, convocada por la Lliga Regionalista. Además, las Juntas de Defensa, unas organizaciones corporativas militares, legalizadas en 1917 y autorizadas por Alfonso XIII, actuaron como un contrapoder a la autoridad civil. Y, también ese mismo año, tuvo lugar la huelga general revolucionaria sofocada violentamente por el ejército. Todo ello generó una profunda crisis política que no había podido ser sosegada y que solo se apaciguó superficialmente mediante un acuerdo con la Lliga, que aceptó apoyar un gobierno de concentración nacional, promovido activamente por el rey, presidido por el liberal García Prieto y en el que estaba Cambó, con el compromiso de celebrar elecciones en 1918. En esas circunstancias se celebraron los comicios generales en febrero de 1918, en los que solo podían votar los hombres.

El partido más votado fue el Liberal Conservador de Eduardo Dato, pero sumados los votos de las dos facciones del partido liberal, dirigidas por García Prieto y Romanones, obtuvieron más escaños, por lo que, en primera instancia, el jefe de Gobierno fue Manuel García Prieto. Sin embargo, apenas había pasado un mes cuando fue sustituido por un gabinete de concentración con conservadores, liberales y miembros de la Lliga, dirigido por Antonio Maura. Era la consecuencia de haber llevado a cabo unas elecciones sin «apaños», de las que surgió un parlamento multipartidista poco manejable que hizo añorar el «turnismo» pactado.

Esta latente inestabilidad política preocupaba seriamente en Estados Unidos, y sus superiores así se lo habían hecho saber a Robert Anderson, que trataba de anticiparles en sus informes qué podía suceder. También preocupaba seriamente a Estados Unidos el porqué de tanto alemán en España en general y en el País Vasco en particular. En esta labor, Mikaela resultó de gran ayuda para Anderson, pues obtenía información con bastante sencillez a través de los amigos de su familia en Madrid, muy vinculados a la clase política, y por las relaciones paternas en el País Vasco.

A estas alturas de la relación, Anderson ya le había confesado a Mikaela que era un espía en España, que trabajaba para su país bajo el paraguas del cuerpo diplomático.

—Necesito anticiparme a lo que va a suceder en política para informar a mis superiores en Estado Unidos —comentó a Mikaela.

Ella, con la franqueza que la caracterizaba, le sugirió la posibilidad de que la acompañara a algunos de los encuentros que mantenía con las personas bien informadas que conocía y podrían resultar de su interés.

—Si puedes acompañarme, estaría genial, porque tú sabes exactamente qué te interesa conocer y sabrás qué preguntar.

—Pero precisamente eso es lo que me preocupa. ¿No crees que al verme mostrarán suspicacia y se sentirán más cohibidos a la hora de hablar?

—No lo creo, porque son muy normales y les gustará charlar con un diplomático, aunque sea estadounidense... Te lo digo por el inmenso «cariño» que la mayoría de los españoles tienen a los norteamericanos, después de la guerra de Cuba y Filipinas —señaló con ironía—. Pero es broma. En general, son personas nada prejuiciosas.

—Podemos decirles que soy periodista, corresponsal en España del *Washington Post*. Así hablarán con menos recelo. ¿Te parece bien?

—Si tú lo ves mejor, a mí me parece bien.

—De acuerdo. Cuando lo consideres oportuno, te acompaño.

Y así sucedió. Uno de los muchos domingos que Mikaela iba a almorzar a casa de la familia González de Quesada, pidió permiso para poder llevar a su amigo. Esta familia tenía varios negocios y uno de ellos, vinculado al del padre de Mikaela, en Guipúzcoa, pero, sobre todo, participaba activamente en la vida política española. Mikaela puso en antecedentes a su novio de lo productiva que podría resultar esa reunión social para sus intereses, pero ninguno de los dos podría haber imaginado hasta qué punto sería trascendental en sus vidas.

## VIII

### *Los papeles comprometedores*

«Si a título de ambición personal no debo insistir en postular para la Academia, en nombre de mi sexo creo que hasta tengo el deber de sostener, en el terreno platónico, y sin intrigas ni complots, la actitud legal de las mujeres que lo merezcan para sentarse en aquel sillón, mientras haya academias en el mundo».

EMILIA PARDO BAZÁN

El recibimiento de los González de Quesada al novio de Mikaela fue muy cariñoso. A lo largo de la comida, con exquisita urbanidad, los anfitriones procuraron evitar conversaciones comprometidas, pero a lo largo de la misma se creó una atmósfera de cordialidad muy intensa; Anderson gustó, y mucho, a González de Quesada, que quedó entusiasmado por la franqueza del joven y por lo mucho que coincidían sus opiniones. Al término de la comida, mientras el servicio retiraba los manteles, los cuatro pasaron al salón, para tomar café y una copa de coñac los hombres. Allí prosiguió la charla, que ahora sí discurrió por caminos mucho más intensos.

Hubo un momento de incertidumbre cuando Quesada comentó a Anderson que había conocido en San Sebastián al director del *Washington Post* e interrogó incisivamente al joven sobre su papel en el periódico. Anderson no pudo por menos de vacilar en su respuesta, en realidad conocía muy poco sobre la materia: su supuesta «tapadera» había resultado ser una inesperada encerrona. Rompió el *impasse* Mikaela, que con su gran intuición comprendió que la única solución en aquellas circunstancias era sincerarse y reconocer la naturaleza del trabajo de Robert y sus intenciones al acudir a esa comida.

—Robert no es periodista —confesó, rompiendo el incómodo silencio que se había instalado en el salón—. Lamento mucho haberos dicho algo semejante, pero lo hice en parte obligada ya que en realidad es un diplomático estadounidense que trabaja en la delegación de su país en Madrid, y en buena medida su labor es confidencial.

Se puso en pie azorada, depositando su taza en la mesita.

—Os pido mis más sinceras disculpas. No era mi intención engañaros.

Hasta ese momento no había mirado a Quesada a los ojos, y cuando lo hizo quedó sorprendida, porque en vez del gesto adusto que esperaba encontrar en su anfitrión, lo que vio fue una sonrisa socarrona y franca del gran amigo de su padre.

—Mikaela, siéntate por favor. En realidad, soy yo quien debería pedir os perdón, porque todo eso ya lo sabía. Cuando me dijiste que vendrías con tu novio, confieso que hice algunas indagaciones: tus padres querrían saber mi opinión de tus amistades en Madrid. Es cierto que conozco al corresponsal del diario de la capital federal de Estados Unidos; hablé con él y no solo me dijo que no tenías nada que ver con ese periódico, sino que me señaló cuál era tu verdadero trabajo. Pero en cuanto lo supe vi que se abría una oportunidad inmejorable, porque actualmente



tengo —bueno, más bien tenemos— un problema en el cual nos podrías ser de gran utilidad.

Hubo una pequeña pausa antes de retomar la palabra, durante la cual tanto Anderson como Mikaela intentaron reponerse de la pequeña conmoción que les producían las palabras de Quesada, que poco a poco se iba transformando en curiosidad. Indudablemente, Quesada no era un mero industrial amigo de la familia de la chica, sino alguien mucho más involucrado en la política nacional de lo que jamás hubieran supuesto.

—Me explicaré —prosiguió Quesada—. Se trata de un asunto grave que afecta a la Casa Real. Nuestro augusto monarca, Alfonso, es al parecer un tanto liviano en cuanto a lo que se refiere a sus aficiones venéreas. De casta le viene al galgo, porque su padre fue muy poco ejemplar en este aspecto, y mucho menos lo fueron su abuela Isabel o su bisabuelo Fernando. Corren muchos rumores sobre sus infidelidades, y entre otras se habla de la actriz Carmen Ruiz Moragas. La reina Victoria Eugenia lo lleva con bastante resignación, pero el problema es el nuevo lío que se ha sabido de las «juergas del señorito» —señaló con ironía Quesada—. Al parecer no se le ha ocurrido nada mejor que financiar el rodaje de unas películas subidas de tono, que llaman pornográficas. Yo no he visto ninguna, ¡válgame Dios!, pero los que sí lo han hecho dicen que son de una obscenidad insufrible. Esas películas, protagonizadas por meretrices, se han filmado en Valencia, por los hermanos Baños, y las ha financiado el monarca para su particular recreo. El problema es que existen unos documentos que prueban la relación del rey con los cineastas; obran en poder de un valenciano, un tal Olegari Bofill que es importador de equipos cinematográficos y proveedor de los hermanos Baños. Por suerte, Bofill ha resultado ser monárquico, y ha decidido hacer entrega a la Casa Real de dichos documentos comprometedores. Pero hay otros que también conocen su existencia y quieren apoderarse de ellos para su propio provecho; ¡imagínad lo que pasaría si llegan a manos de los partidarios de la república! Pero nos preocupa mucho más la embajada alemana, que quiere obtenerlos para presionar al rey para que se decante por los germanófilos a pesar de la neutralidad de España en las grandes pugnas europeas.

Quesada hizo una pausa en su explicación, que tanto Robert como Mikaela seguían con atención.

—Bofill ha viajado a Madrid y está alojado en el hotel Palace por cuenta de las autoridades. Hemos acordado con él que mañana lunes, a las doce del mediodía, abandonará su habitación, la número 320 en la tercera planta del hotel, dejando la puerta sin cerrar. Tenemos que acudir al hotel y, disimuladamente, entrar en la habitación: los documentos están en el cajón superior del escritorio de la sala, en un portafolios de cartón jaspeado, sin membrete ni rótulos. El problema es que hay que hacerlo de forma clandestina y subrepticia, y que yo, lamentablemente, soy bien conocido en el hotel. He pensado que podrías ocuparte tú, Robert. Es un servicio impagable por el que quedaríamos eternamente agradecidos, a ti y a tus superiores, aunque no quiero ocultarte que entraña sus riesgos.

Hubo un momento de expectación, en el que ambos jóvenes intercambiaron una mirada de inteligencia. Mikaela tomó la palabra.

—Mi querido amigo, cuenta con nosotros. Mañana a las doce estaremos puntualmente en el Palace.

Poco más tarde, ya en la calle, Mikaela se dirigió a Robert con voz decidida:

—Seré yo quien vaya a recuperar esos papeles. Para ti sería mucho más arriesgado: muchas personas saben que eres diplomático estadounidense y, además, una jovencita inocente tiene muchísimas más posibilidades de pasar inadvertida.

Robert protestó, pero fue imposible doblegar la audacia de la muchacha.

Al día siguiente Mikaela se vistió con sus mejores ropas y se maquilló ligeramente. Acudió a la universidad, como hacía habitualmente. Allí la recogió Robert con un coche de la legación. A las once y media estaban en la plaza de Neptuno.

—No me dejes en la carrera de San Jerónimo, sino en el otro lado de la plaza, cerca del Ritz. No me esperes, porque el coche podría llamar la atención. Espérame en el mesón La Casa del Abuelo, en cuanto tenga los documentos los llevaré allí.

Robert aceptó el plan a regañadientes, y antes de dejarla la hizo jurar que si notaba cualquier cosa rara, inmediatamente abandonaría el plan y saldría de allí, con los papeles o sin ellos.

Mikaela entró en el hotel fingiendo un empaque que estaba muy lejos de experimentar realmente, pues por dentro la consumían los nervios. Tomó asiento en la amplia cafetería de techos altísimos de la planta baja, y cuando la atendió un camarero encargó un café con leche y preguntó por la ubicación de la toilette. Se dirigió hacia allí con paso majestuoso y, tras cerciorarse de que nadie la observaba, tomó la escalera, desdeñando el ascensor, maquinaria casi inédita en España y que constituía por sí misma una atracción más del lujoso hotel.

Subió sin apresurarse y en la tercera planta se orientó hasta encontrar la habitación 320. Estaba tomando el pomo con su mano cuando la sobresaltó una voz a sus espaldas:

—¿Puedo ayudarla en algo, señorita?

Mikaela dio un respingo. Detrás de ella estaba una camarera de planta que la miraba recelosamente. Se forzó en aparentar tranquilidad y empaque.

—No, muchas gracias. El señor Bofill me aguarda abajo y me ha pedido que recoja una cosa que se ha olvidado. Cosa de un minuto.

Entró en la habitación y cerró la puerta. Esperó con el corazón golpeando en su pecho hasta que escuchó unos pasos que se alejaban por el pasillo. Ante sí había una salita decorada con gusto, pero sin ostentación. El bureau estaba cerca de la ventana; abrió el primer cajón, donde encontró el portafolios, lo tomó apresuradamente y salió sin indagar más en la habitación. Bajó de nuevo las escaleras sin apresurarse, cruzó el vestíbulo y salió del hotel caminando despacio con el rostro bien alto. Una vez en la calle, respiró por fin con alivio, y se encaminó con presteza hacia su cita con Robert.

Al llegar a La Casa del Abuelo se dirigió a la mesa que habitualmente ocupaba con Robert, con el portafolios firmemente apretado contra su pecho. Ante su sorpresa, advirtió que el joven no estaba esperándola. Se inquietó ante esa ausencia, pero se sentó confiando en su pronta llegada. En ese momento, un joven pelirrojo que estaba en la barra se dirigió a su encuentro.

—¿Mikaela?

La joven asintió, mirándolo con inquietud.

—No nos conocemos, soy Patrick Green, compañero de Robert —dijo con marcado acento americano—. Me ha pedido que venga a hacerte compañía porque él se va a retrasar. Ha quedado con una persona, no me ha dicho con quién, en una cita que no podía eludir, pero pensando que podrías inquietarte por su tardanza me ha dicho que te atienda hasta que llegue.

—Encantada —dijo Mikaela tendiéndole la mano.

—¿Qué quieres tomar? —se ofreció caballerosamente Green.

—Un café con leche. —Y al decirlo recordó que no había consumido ni pagado el que pidió en el Palace. Una pista más para que la recordaran en el hotel. Suspiró.

—Está tardando demasiado, ¿no crees que le puede haber sucedido algo? —preguntó Mikaela verdaderamente inquieta viendo pasar los minutos.

—No, no te preocupes, quédate tranquila. Había quedado con una persona que no conozco

antes de venir aquí. Por eso y por temor a llegar tarde, me envió a mí. Pero en ningún caso me insinuó que se tratara de algo peligroso. Lo cierto es que no sé por qué está tardando.

Después de esperar durante varias horas en el citado bar, ambos comenzaron a preocuparse seriamente. Finalmente, decidieron que Mikaela volviera a la Residencia como si su día hubiera transcurrido con normalidad y que fuera ella quien guardara los documentos, pues así nadie los encontraría porque no los buscarían en la Residencia. Así lo hizo y Patrick, el amigo de Robert; pidió un coche para que trasladara a la muchacha, mientras que él tenía la intención de permanecer en el local esperando a su amigo.

Llegó a la Residencia donde la aguardaba la directora, extrañada de que no hubiera ido a almorzar y de que tampoco hubiera avisado. Estaba preocupada por si la joven había tenido algún percance grave.

—Mikaela, ¿estás bien? ¿Te ha pasado algo? He sabido que no has ido a la facultad, tampoco has venido a la hora del almuerzo y no has avisado. ¿Tienes algún problema?

No supo qué responder, pues estaba tan preocupada que ni siquiera había preparado una mentira. Así que tuvo que improvisar.

—Sí he ido a la facultad, pero al llegar allí me estaba esperando una amiga de mis padres para preguntarme si podía acompañarla al médico y en ese asunto he estado ocupada todo el día.

La directora no acabó de creerse el embuste, pero la vio tan angustiada que prefirió no seguir preguntando.

—Está bien. ¿Necesitas algo?

—Sí, quiero hablar con mis padres lo antes posible. ¿Pueden pedirme una conferencia con San Sebastián?

—Claro, en cuanto esté lista te avisamos.

Mikaela no podía controlar sus nervios por lo que prefería no encontrarse con sus amigas. Subió a su dormitorio y buscó un lugar seguro en el que ocultar los malditos papeles. Después cogió un libro e intentó concentrarse en la lectura, pero tampoco lo consiguió. Se sentía como un animal enjaulado. Estaba deseando hablar con sus padres. Tras casi una hora, que a ella le pareció una eternidad, subieron a avisarle de que su conferencia estaba lista. Bajó las escaleras a toda prisa y nada más tomar el auricular dijo sin más preámbulos:

—Tenéis que venir a verme urgentemente.

—¿Qué te pasa? —preguntó su madre con preocupación

—Ya os contaré cuando vengáis. Pero es urgente.

—De acuerdo, hablo con tu padre y en cuanto lo tengamos todo listo te avisamos.

—Gracias, un beso.

Volvió a su habitación con la firme intención de no bajar a cenar, pero la directora envió a Rafaela para que la obligara a hacerlo.

—Dice la directora que baje a cenar, porque opina que le sentará muy bien. Tiene usted mala cara.

Se dio cuenta de que no le quedaba otra opción, por lo que la siguió hacia el comedor. Se sentó en la mesa e intentó disimular. No obstante, sus amigas se dieron cuenta de que le pasaba algo. Una de ellas no pudo evitar preguntárselo, a lo que ella respondió intentando poner la mejor cara posible.

—Nada grave. Es que no me encuentro bien. Estoy destemplada, puede que me haya resfriado.

Hizo auténticos esfuerzos para tragar la sopa que le habían llevado de parte de la directora.

—Esto le sentará bien —dijo la camarera perfectamente ataviada con traje negro y guantes

para servir.

—Gracias.

El segundo plato era tortilla de patatas con tomate, que no quiso comer. Sí aceptó la manzana asada que había de postre. Estaba terminando de cenar cuando vinieron a buscarla porque su padre la llamaba por teléfono. Acudió con celeridad a la cabina y tras saludar escuchó a su padre que le decía que al día siguiente estarían en Madrid.

Hacía poco tiempo que se había producido un gran avance en el transporte ferroviario, por lo menos en la línea que iba de París a Madrid y que, obligatoriamente, pasaba por San Sebastián. El servicio de diligencias había sido sustituido por trenes que ofrecían un servicio de coche cama.

—¿Cómo venís?

—Cogemos hoy por la noche el coche-cama que viene de París y vamos durmiendo. Mañana por la mañana estaremos ahí. Primero iremos al hotel a dejar las maletas y luego, si te parece bien, almorzamos juntos.

—Muchas gracias. Qué ganas tengo de veros.

Se puso tan contenta que ni siquiera preguntó en qué hotel iban a hospedarse. Volvió a la mesa y contó a sus amigas, ya con otra expresión en la cara, que sus padres estarían en Madrid al día siguiente. Una de ellas pensó que el viaje de sus progenitores se debía al estado de salud de Mikaela y, preocupada, preguntó por ello:

—¿Tan mal te sientes que haces venir a tus padres?

—No, no es por eso. Ha coincidido que vienen a visitar a amigos que conocen porque veranean en San Sebastián.

Subió a su habitación, durmió entre pesadillas y sobresaltos, pero por la mañana se levantó normalmente como si nada hubiera sucedido. Desayunó con sus compañeras y se dirigió a la facultad, esperando recibir, en algún momento, alguna noticia de Robert. Sin embargo, no sucedió nada diferente al acontecer de otras mañanas en sus clases, salvo que le resultaba muy difícil concentrarse o tomar apuntes. Estaba finalizando el curso académico y más le valía prestar atención si deseaba aprobar todas las asignaturas.

Había quedado con sus padres en Lhardy para comer un magnífico cocido porque quedaba muy cerca del hotel en el que ellos se hospedaban. Durante el almuerzo, a trancas y barrancas, les contó todo lo acontecido el día anterior y lo que le resultaba más preocupante, que su novio no había aparecido y que ella tenía los documentos en su poder.

—No te preocupes —le dijo su padre intentando transmitir una serenidad que no estaba muy claro que tuviese, mientras su madre, atónita, permanecía en silencio.

—¿Cómo no voy a preocuparme si no sé si Robert está vivo o muerto y no tengo idea de qué hacer con los documentos?

—Tranquila. Vamos al hotel y allí, con serenidad, decidimos qué es lo mejor.

—¿En qué hotel estáis?

—En el Palace.

—No pienso aparecer por ahí ni loca. ¿No veis que alguien me puede reconocer?

—Estupendo. Si te reconocen y ven que estás con nosotros, nadie va a buscar otra relación diferente que la de una hija que estudia en Madrid y va a ver a sus padres al hotel. Tranquila — repitió el padre una vez más.

Una vez en el hotel, los tres se dirigieron al ascensor y subieron a la habitación haciendo ostentación de que era su hija la joven que los acompañaba. La madre llamó por el interfono para pedir unos téis y también que le prepararan un baño de sales con agua caliente, con el que pensaba calmar los nervios de su hija.

—Por suerte no estáis en el tercer piso, porque las mujeres que trabajan en el servicio de habitaciones están distribuidas por plantas. ¡Menos mal! —suspiró.

Mikaela, con los nervios del día anterior, no había visto el baño, pero sobre todo no fue consciente de la existencia de un interfono pues en caso de haberlo visto, habría pasado mucho más miedo solo de pensar que la camarera de planta podría avisar de su presencia en la habitación del comerciante valenciano.

—Todo va a salir bien —afirmó la madre.

Los tres se sentaron en torno al escritorio que había en la habitación para decidir cuál era el plan que iban a seguir.

—Se me ocurre llamar al secretario del rey para contarle lo sucedido, pero sin decir que tú tienes los documentos. Y sobre todo para preguntarle si sabe algo de Robert Anderson —sugirió su padre.

—Yo creo que no hay que mencionar los documentos, sino únicamente comentarle la desaparición de mi novio. Y ver si él sabe algo de lo sucedido.

La madre asintió a la propuesta de su hija pues, igual que ella, consideraba muy peligroso poner por delante unos documentos comprometedores para la monarquía.

—De acuerdo. Pero en ese caso, no tiene sentido hablar con el secretario de Alfonso XIII, sino con algún ministro del gobierno de Maura o con algún diputado.

—Eso lo hacemos como tú creas que vaya a dar mejor resultado.

—En el gobierno a quien mejor conozco es al ministro de Industria, pero no creo que tenga mucha relación con la diplomacia de Estados Unidos, o sí. Vamos a pensar, antes de actuar.

Mientras Mikaela se daba el baño de agua caliente y su madre trataba de tranquilizarla contándole anécdotas de sus amigas de San Sebastián, su padre consideró que en primer lugar deberían hablar con el amigo de Anderson, por si él tenía alguna noticia. Si no sabía nada, que era lo más probable, contactaría con su amigo diputado, que cuando estaba en Madrid se hospedaba en el Palacio. Sin embargo, ni su hija ni su mujer estuvieron de acuerdo con esta opción, pues lo fundamental era no difundir lo sucedido. En cuanto al amigo americano, ambas opinaron que si tuviera noticias, buenas o malas, se habría puesto en contacto con Mikaela.

Así pues, volvieron a la primera opción, que era hablar con el secretario de su majestad. Le dirían que Robert, el novio de su hija, había desaparecido. Que había quedado con ella en La Casa del Abuelo y que no se presentó a la cita. Sus amigos tampoco sabían nada de él y que Mikaela estaba muy preocupada porque, según había comentado, su novio conocía la existencia de unos documentos que, al parecer, afectaban a la honorabilidad de los reyes. Madre e hija estuvieron de acuerdo, aunque no podían evitar el temor de que sus antagonistas acabaran relacionando a Mikaela con los documentos.

—¿Y si vienen a por mí?

—Eso no va a suceder, pues ni remotamente van a pensar que están en tu poder. Debes continuar con tu vida normal, salvo algunas salidas extra que harás porque tus padres están en Madrid.

—Sobre todo porque está a punto de finalizar el curso y tengo mucho que estudiar si pretendo aprobarlo.

El padre de Mikaela aparentaba una serenidad que no tenía. Era consciente de lo complicado de la situación para su hija y de la cantidad de puntos débiles y agujeros que tenía la versión que iba a ofrecer a la Casa del Rey. Pero no veía otra solución. Por otro lado, tenía la firme intención de hablar con la representación diplomática de Estados Unidos, pero sin que lo supieran ni su mujer ni su hija.

Para entonces, las autoridades españolas eran sabedoras de la desaparición del ciudadano estadounidense y habían comenzado a indagar. Lo único que sabían con seguridad era que había mandado a su amigo a encontrarse con Mikaela por si se retrasaba, pero sin darle más explicaciones. La única certeza que tenían era que no había desaparecido voluntariamente.

Mientras su mujer estaba en la Residencia para hablar con María de Maeztu aprovechando su estancia en Madrid, el padre se entrevistó con el secretario del rey al que contó lo acontecido al novio de su hija y el temor de que a Mikaela le pudiera suceder algo malo.

—Tenemos noticias de lo sucedido y en cuanto a tu hija, yo no me preocuparía demasiado, a no ser que ella conozca la causa por la que Robert Anderson puede haber desaparecido.

—Creo que lo desconoce, pero eso no significa que quienes han hecho desaparecer a Robert vayan a descartar que mi hija sepa algo más de lo que realmente conoce.

—Lo que procede es esperar y ver si el ciudadano estadounidense aparece, porque no se lo puede haber tragado la tierra.

Mientras tanto, la madre de Mikaela y María de Maeztu mantenían una conversación sobre el futuro de la muchacha y sobre la desaparición de Robert.

—Supongo que esta visita imprevista tiene que ver con lo que le ha sucedido al novio de Mikaela.

—Sí. Ella está muy afectada y hemos venido para apoyarla en este difícil final de curso que va a tener. ¿Cree usted que lo terminará bien?

—Es muy buena estudiante y muy buena chica, así que no tiene por qué tener ningún problema para sacar todas las asignaturas. Esperemos que esta situación se solvente cuanto antes y que no le afecte demasiado.

—Lo pregunto porque resultaría interesante que pudiera irse a Estados Unidos en uno de esos cursos de intercambio que ustedes proponen —dijo la madre en previsión de que su hija tuviera que abandonar España más pronto que tarde.

—Podría ser. Usted mantiene una relación muy buena con Susan Huntington, lo que, sin duda, facilitará las cosas. Además, estará más tranquila si su hija se encuentra con una persona conocida.

—Es cierto. ¿Me pongo en contacto con ella o lo hacen desde la Residencia por la vía de intercambio?

—Lo hacemos desde aquí. Por esto no ha de preocuparse.

Al día siguiente al mediodía, los tres fueron a Casa Botín, en la calle de Cuchilleros, a comer cordero asado en horno de leña. Durante la comida hablaron de la posibilidad de que Mikaela hiciera el curso siguiente en Estados Unidos, pero no mencionaron a Robert Anderson. Terminada la comida, regresaron caminando hasta el hotel. Al entrar y pedir la llave de la habitación, el conserje le pasó al padre una nota que había dejado en persona un señor que no se había identificado. La abrió muy nervioso y la leyó. Se quedó blanco y con un tono de voz lo más bajo posible dijo:

—Robert ha aparecido muerto.

Sin abrir la boca se dirigieron al ascensor para subir a la habitación. Una vez que estuvieron en su interior, Mikaela preguntó:

—¿Cómo ha aparecido, dónde, cuándo?

—La nota solo dice que unas lavanderas del río Manzanares han visto flotar un cuerpo y han avisado a las autoridades que han ido a rescatarlo. Por lo demás, supongo que habrá sido identificado por sus compañeros de la legación diplomática.

—Quiero ir a la zona del río en que ha aparecido y hablar con las lavanderas.

—No me parece lo más conveniente —respondió su padre.

—Conveniente o no, quiero ir allí y hablar con las mujeres que lo han visto.

—En ese caso, ¿no te parece mejor que llamemos al amigo que te acompañó en La Casa del Abuelo y vayamos con él?

—Está bien —aceptó Mikaela a regañadientes.

Telefonó al amigo y acordaron ir al día siguiente por la mañana, porque durante la tarde él debía llevar a cabo numerosos trámites relacionados con la identificación del cadáver, la repatriación del mismo, etcétera.

Mikaela estaba presa de una crisis de ansiedad. No paraba de llorar y sus padres no tenían cómo consolarla. Por un lado, quería ver el cuerpo de Robert, por otro hablar con las lavanderas, por otro salir corriendo por si la perseguían a ella. Su padre intentaba tranquilizarla.

—Si prefieres, te quedas a dormir con nosotros en el hotel y mañana hacemos lo que mejor te parezca.

—No, gracias. Debo aparentar que mi vida transcurre normalmente, con el lógico disgusto de haber perdido a mi novio, pero nada más.

Se despidió de su madre; su padre la acompañó a la Residencia para que compartiera la tarde con sus compañeras y quedaron en que pasaría a recogerla al día siguiente para ir al Manzanares. Entre las amigas hablaron del agobio de los exámenes finales y de la fiesta de final de curso que estaban organizando en la que participarían Dalí, Buñuel y García Lorca.

—Pues ayer por la tarde coincidí con ellos en el Palace. Debían ir a esa cervecería del hotel que se ha puesto tan de moda.

—Se llama La Brasserie —dijo una de ellas.

—No lo sé. Estaba allí con mis padres y simplemente los vi pasar —comentó Mikaela aparentando que no sucedía nada anormal.

Se disponía a ir a su habitación cuando la detuvo María de Maeztu.

—Me gustaría hablar un rato contigo.

—¿Ahora?

—Sí, si te encuentras con ánimo.

—Sin problema.

—Pues vamos a mi despacho.

Una vez dentro, la directora utilizó un tono lo más amable posible para expresarle sus condolencias por la pérdida de su novio y preguntarle por sus planes de futuro.

—Como sabes, tu madre ha estado aquí esta mañana y hemos comentado la posibilidad de que el próximo curso hagas un intercambio con un *college* estadounidense. ¿Te parece una buena idea?

—Sí, siempre que sea capaz de terminar este curso sin problema. Estoy muy agradecida por todo lo que han aportado las enseñantes norteamericanas a la educación en nuestro país. Si no hubiera sido por ellas, mi madre no tendría la formación de la que dispone, ni yo tampoco estaría en esta maravillosa Residencia. Estoy totalmente de acuerdo con el papel que la educación estadounidense proporciona a la mujer. Por lo tanto, creo que en Estados Unidos me sentiré bien en ese aspecto, aunque, evidentemente, me sentiré sola. Por lo menos al principio.

—Ya sabes que allí está Susan Huntington, que además de amiga de todas nosotras lo es en especial de tu madre.

—Sí, lo sé.

—Bueno, intenta descansar que mañana te espera un día muy duro.

—Sí, pienso ir a la delegación diplomática para ver el cuerpo de Robert, pero también al río Manzanares para intentar hablar con las lavanderas que lo hallaron. Así que mañana no iré a la facultad.

—Me hago cargo.

—Buenas noches.

—Buenas noches.

Mikaela apenas durmió, pero a las diez de la mañana ya estaba, ansiosa, en la puerta de la Residencia esperando la llegada de su padre. El señor Mendizábal apareció con un coche conducido por el amigo de Robert. Ella subió en la parte posterior del mismo y pidió que, en primer lugar, la llevaran al lugar del Manzanares donde había aparecido el cuerpo sin vida de su novio.

—Patrick, ¿se sabe cómo ha muerto? —preguntó.

—Están haciéndole la autopsia porque aparentemente se ha ahogado, pero nosotros dudamos de esta versión. Por ello, hemos enviado un médico forense para que acompañe al español en la realización de la autopsia.

—Quiero ver su cuerpo.

—No podrás hacerlo mientras esté en el instituto anatómico forense. Podrás en cuanto termine la autopsia.

—De acuerdo, ¿vamos al Manzanares?

—Sí, claro.

Llegaron a la zona del río que se halla entre el puente del Rey y el puente de Segovia, el lugar en el que se ubican la mayoría de las cinco mil lavanderas que diariamente se dedican a lavar la ropa de los «ricos de Madrid». Un oficio del que ninguno de los tres conocía antes su existencia. Preguntando a unas y a otras, finalmente dieron con el grupo de mujeres que avistó un cuerpo flotando boca abajo.

—¿Ustedes son las mujeres que dieron aviso a las autoridades al ver el cuerpo flotando?

—A las autoridades propiamente no. Avisamos al guardia que suele andar por aquí y él se ocupó de todo lo demás.

—¿No vieron otras personas raras por aquí? ¿Personas que habitualmente no vienen por esta parte del río?

—Mire, señorita, por aquí nunca viene nadie, solo los portadores que por la mañana nos traen la ropa que «habemos» de lavar y por la tarde se la llevan ya seca a casa de «los ricos». El guardia vigila que nada nos pase y sanseacabó. A veces venimos con nuestros hijos y otras veces los dejamos en un centro que han puesto para que no pasen aquí las calamidades que sí pasamos nosotras: frío, calor, lluvia o nieve.

El padre de Mikaela intentó congraciarse con la portavoz de las lavanderas.

—Duro oficio el suyo.

—Duro e insano. Pero es de los más antiguos porque estamos aquí desde hace cuatrocientos años.

—En todos estos siglos las condiciones habrán mejorado, digo yo.

—Sí, en que el jabón se hace con sosa y aceite, lo que nos destroza menos las manos, y que la ropa mojada para frotar y quitar la suciedad la apoyamos en unas tablas de madera con dientes de sierra en lugar de en unas piedras. La ropa ahora se seca en los secaderos públicos.

—Bueno, muchas gracias y vayan con Dios.

—Con Dios —respondió ella.



Caminaron en silencio hasta donde habían dejado estacionado el vehículo. Mikaela fue la primera en hablar:

- Evidentemente no tenía signos de violencia, porque estas señoras lo hubieran comentado.
- Que no tiene signos de violencia es algo que yo ya sabía —aseveró Patrick.
- Pues yo no me creo que se haya caído al río y se haya ahogado.
- Nosotros tampoco. Por eso hemos mandado un forense. Habrá que esperar al resultado.
- Sí —confirmó ella compungida.
- ¿Dónde los dejo?
- En el hotel, si no le importa —respondió el padre de Mikaela.

Reunidos con su madre, Mikaela propuso volver a La Casa del Abuelo.

- Podemos comer gambas a la plancha y observar si hay movimientos extraños.
- Me parece peligroso.
- Ninguno de los tres somos unos ingenuos y podemos detectar si hay algún parroquiano sospechoso. Eso significaría que Robert habló antes de que lo asesinaran.
- Ya estás presumiendo que lo han asesinado —saltó su madre.
- Me parece una evidencia indiscutible —respondió ella.
- De acuerdo —zanjó el padre—. Vamos.

Llegaron al bar y pidieron lo típico del local, vino dulce y gambas a la plancha, y se sentaron como una familia más.

—Les voy a hablar de usted —dijo en voz baja Mikaela.

Sus padres pusieron cara de interrogación, pues no entendían a qué venía semejante cambio repentino.

—Es por no llamar la atención. Aquí, a diferencia de nuestra tierra, los hijos siempre hablan de usted a sus progenitores. Es un signo de respeto.

—Pues «respétanos» —aceptó con ironía el padre, tratando de destensar el ambiente.

Disfrutaron de las gambas y no vieron nada sospechoso ni que les llamara la atención. También ellos trataron de pasar desapercibidos. Pidieron la cuenta y se fueron a tomar el postre al hotel. Mikaela, agotada, pidió que la llevaran a la Residencia. Quería descansar un poco y aprovechar el resto de la tarde para estudiar.

—Además, así te doy los dichosos documentos y me deshago de ellos. Si registran mi habitación no los encontrarán.

—De acuerdo.

Llegaron a la calle Fortuny, ella subió a su habitación con unos periódicos entre las manos. Bajó y entregó a su padre los diarios. Escondidos en medio, estaban los famosos documentos. Quedaron para almorzar juntos al día siguiente.

—En cuanto sepamos el resultado de la autopsia, nos volveremos a San Sebastián.

—Está bien —dijo ella.

La tarde transcurrió sin pena ni gloria, pero sí sirvió para que ella, algo más tranquila al haberse liberado de los papeles, repasara algunas notas de cara a los exámenes. Bajó a cenar y charló con sus compañeras. A la mañana siguiente irían juntas a la facultad y prepararían algunos de los exámenes.

Se llevó una taza de tila a la habitación y se dispuso a dormir, porque no le quedaba más remedio que seguir su día a día, terminar el curso y, sin pasar por San Sebastián, viajar a Estados Unidos. Eso era lo que ella debía interiorizar y olvidarse de lo demás, por muy triste que estuviera. Y entre las características de su personalidad una de las principales era la disciplina.

Al día siguiente, la familia fue a almorzar a casa Labra, el restaurante que el 2 de mayo de 1879 albergó el nacimiento del PSOE. Su padre había sabido extraoficialmente, a través de Patrick, que el resultado de la autopsia era indiscutible y dejaba claro que había sido asfixiado antes de ser arrojado al río, pues los forenses no encontraron agua en sus pulmones.

Así se lo comunicó a su hija, quien con mucha serenidad les transmitió su intención de centrarse en aprobar los exámenes y después viajar a Estados Unidos para permanecer allí algún curso, dando clase en un *college*.

—Te acompañaré y así veo a Susan —le dijo su madre.

—Me parece bien. Pero ahora lo importante es que pueda acabar sin problemas. Todo el mundo sabe que era la novia de Robert y también los que lo han asesinado. Vosotros tened cuidado, porque en San Sebastián hay muchos espías alemanes que, en mi opinión, son los responsables de esta muerte.

—Tranquila. Antes de volvernos a San Sebastián hablaré nuevamente con el secretario de Alfonso XIII y con el diputado maurista. Estoy seguro de que los miembros de la delegación estadounidense, desde la distancia, cuidarán de ti.

La noticia ya había sido publicada por la prensa: «Un diplomático estadounidense asesinado en Madrid».

«Los alemanes saben que alguien tiene los documentos y no pasará mucho tiempo hasta que descubran que los tengo yo», pensó el padre.

Por eso se propuso aguardar tan solo a que su hija estuviera sana y salva en Nueva York antes de entregar los documentos al miembro del gobierno de Maura con quien tenía relación.

*Sevillana y jerezano. Rocío Alvear y Ramón Guerrero*

«Los embajadores son espías públicos y, sin faltar a la ley divina ni al derecho de las gentes, pueden corromper con dádivas la fe de los ministros para descubrir lo que injustamente se maquina contra su príncipe».

DIEGO DE SAAVEDRA FAJARDO

Había llegado a estudiar a Madrid Ramón Guerrero, un chico de Jerez de la Frontera, hijo de unos amigos de los padres de Rocío Alvear. Nada más natural, pues, que ambos salieran juntos de vez en cuando y descubrieran conjuntamente los lugares más significativos de la capital de España. Para ello, sus padres hubieron de pedir permiso a la dirección de la Residencia para que Ramón y la niña pudieran salir sin carabina, dado que ambas familias eran grandes conocidas.

Sin embargo, durante mucho tiempo Ramón no se puso en contacto con ella, hasta el punto de que a la niña sevillana casi se le había olvidado que sus padres le habían anunciado la visita del hijo de sus amigos. Pero de repente, tras escuchar a su madre una y mil veces que, por favor, cumpliera con el mandado que le había encomendado, un fin de semana de mediados de primavera, el jerezano telefoneó a la residencia y preguntó por ella.

—Hola, ¿sabes quién soy?

—Así, de repente...

—Soy Ramón Guerrero, hijo de Marga y Manolo, amigos de tus padres, de Jerez.

—¡Ah! Es verdad, hace tanto tiempo que lo había olvidado.

—Disculpa, pero he estado muy liado; por eso no he podido comunicarme contigo —dijo él a modo de excusa.

—No te preocupes. ¿Puedo ayudarte en algo?

—Te llamaba por ver si nos encontramos para pasear y charlar.

—Sí, está bien. Pero tiene que ser en fin de semana, que yo he de estudiar mucho ahora que se acercan los exámenes finales. Este no puede ser, porque ya tengo compromisos.

—¿El próximo? —preguntó él.

—De acuerdo.

La niña, casi por obligación, combinó que él pasaría a recogerla el sábado siguiente y que juntos irían a algún lugar de moda en la capital. Le daba mucha pereza porque ella ya tenía organizadas sus salidas con el grupo de la Residencia. Pero accedió pensando en sus padres.

Ramón Guerrero se presentó en el recibidor de la Residencia de Señoritas un sábado a las doce del mediodía. Apareció ella muy guapa y muy elegante, con un vestido muy moderno, por encima del tobillo, suelto al cuerpo y con un tocado en la cabeza color crema, a tono con el conjunto. El jerezano, que esperaba encontrarse con una recatada y monjil señorita sevillana, se

quedó impresionado con la belleza y elegancia de la niña, pues la recordaba vagamente de haberla visto alguna vez en su casa, pero con muchos menos años. Y como el recuerdo no era muy bueno, había tardado tantos meses en llamarla a pesar de la insistencia de sus padres.

Juntos salieron hacia el centro de Madrid. Él había tenido tiempo de conocer muchos garitos de la ciudad, pues por ser hombre podía entrar y salir a su libre albedrío sin que nadie lo controlara. Sin embargo, como la niña sevillana era hija de unos amigos de su familia pensó que tendría que llevarla a lugares decorosos para que no saltara la alarma en su casa. Decidió que, para impresionarla, podría llevarla a algunos bares o restaurantes que tenían su historia.

—Si te parece bien, en primer lugar iremos a un almacén de vinos situado en la calle Mayor, que fue testigo privilegiado del atentado contra nuestros reyes el día de su boda.

—Pero afortunadamente ninguno de los dos sufrió ningún daño —repuso ella.

—Ellos no, pero sí hubo veinticuatro muertos y cien personas heridas.

—Verdaderamente fue un milagro que sus majestades salvaran la vida

—Sí, todo ocurrió cuando la comitiva volvía de la iglesia de los Jerónimos camino del palacio Real, a la altura de la casa de vinos; un anarquista llamado Mateo Morral, que se alojaba en una pensión, arrojó desde el balcón de su habitación una bomba envuelta en un ramo de rosas pálidas. El artefacto desvió su trayectoria al tropezar con el tendido del tranvía por lo que en lugar de explotar sobre la carroza real acabó estallando sobre el gentío apostado para ver pasar la comitiva.

La niña se quedó impresionada de que Ramón, que llevaba menos tiempo que ella en Madrid, conociera ya los entresijos de los bares de la capital.

Así pues, se pusieron de acuerdo en tomar un tranvía que les dejaba prácticamente en la puerta de la casa de vinos.

Era la primera vez que ella salía sola con un muchacho y, aunque era una persona de confianza, estaba algo nerviosa por la falta de costumbre.

Llegaron al bar y ella no sabía qué pedir porque no estaba acostumbrada a beber vino. Así pues, él pidió una jarra de vino, que era lo típico en el lugar, y agua. La niña, obviamente, no probó el vino y solo bebió el agua.

—Siento haber tardado tanto tiempo en llamar, pero la verdad es que llegar a Madrid, ubicarme en el piso en que estoy viviendo, conocer la ciudad, acostumbrarme a las clases... ha llevado lo suyo. Ahora que me manejo mejor, he podido sacar tiempo para verte —reiteró con la intención de causar una buena impresión o, por lo menos, borrar la idea negativa que ella se había hecho de él.

—No te preocupes, yo pensé que, pasado tanto tiempo, ya no ibas a llamar así que tampoco le di más importancia —comentó ella con esa naturalidad e ingenuidad que la caracterizaba.

—La suerte es que por fin hemos podido coincidir y que estamos dispuestos a disfrutar juntos de esta ciudad tan acogedora para la gente de fuera.

—Yo tampoco he podido disfrutarla tanto, porque al ser mujer, no tengo libertad para salir si no es acompañada o en excursiones conjuntas que se programan desde la residencia en la que vivo. Por suerte, entre nosotras nos llevamos muy bien y las actividades que organizan suelen ser muy interesantes. ¿Tú dónde vives?

—En un piso que tienen mis padres aquí en Madrid y que está relativamente cerca de la Facultad de Derecho.

—¿Vives solo?

—Sí, pero en realidad es el piso de toda la familia, y si alguno viene a Madrid por cualquier motivo se queda en la casa. Mi madre ha contratado a una señora para que me ayude a tener la

vivienda ordenada, precisamente porque si ella viaja a Madrid no quiere ver todo hecho un desastre. Pero a mí me viene bien porque lo tengo todo a punto, ropa, comida, casa limpia.

—¿Duerme en tu casa?

—No, que va. Viene por la mañana y se va cuando termina de hacer todo.

Con tanta charla, él había acabado la jarra de vino. Entonces sugirió que podrían ir a comer algo a casa Labra, un bar restaurante cercano a la Puerta del Sol, muy antiguo y donde podrían picar algo o comer sentados en una mesa del local. Se fueron dando un paseo hasta que llegaron a la Puerta del Sol y después a la calle Tetuán, donde se ubica casa Labra.

—Te sigo y tú pides lo que quieras, que a mí todo me va bien —dijo ella.

—¿Prefieres que nos sentemos en una mesa del comedor o que nos quedemos en la zona del bar? —preguntó él.

—Lo que te parezca más divertido —contestó.

—En la del bar —afirmó él con total convicción.

Esa zona tiene pocas mesas por lo que lo más probable es que hubieran tenido que quedarse de pie. Él se acercó a una especie de taquilla donde se pide la comida, mientras ella observaba divertida un espejo enorme en el que podía leerse «el que bien bebe hace lo que debe». El deber no era otra cosa que la obligación de abonar la consumición. Juntos se acercaron a la barra para pedir la bebida y tuvieron la suerte de que una mesa quedó vacía y pudieron sentarse.

El camarero muy amablemente se acercó para decirles que él les llevaría la comida: bacalao rebozado y croquetas de bacalao. Ella volvió a pedir agua mientras que él siguió con el vino.

No estaba bien visto que una señorita pidiera vino o cerveza en un lugar público. Sin embargo, él quiso tentarla para que lo probara.

—Es un vino de muy buena calidad —afirmó, al tiempo que explicó que no era un Valdepeñas peleón.

—De vinos tú debes saber mucho, no en vano tu familia tiene una bodega.

—Sí, pero conozco los vinos de Jerez y no tanto los de otras regiones de España.

En un gesto de osadía total, impropio de su personalidad, Rocío tomó el vaso y probó el vino. Un gesto que a él le gustó.

—No entiendo nada de vinos, pero tiene un sabor agradable. Me gusta —aseveró ella.

Estuvieron hablando de sus carreras universitarias, de qué asignaturas resultaban más fáciles o más difíciles, de la diferencia de carácter entre los andaluces y los castellanos... y en este punto ella añadió que en la Residencia había chicas de todas partes de España, amén de unas cuantas procedentes de Estados Unidos.

—A esto hay que añadir las charlas interesantes que con mucha frecuencia vienen a darnos personalidades del mundo de la cultura, de las artes o de la ciencia. Me gusta el lugar en el que estoy viviendo, aunque si he de decirte la verdad, echo de menos poder salir y entrar a mi antojo. Pero si no me lo permiten es porque así lo han decidido mis padres, pues la dirección de la residencia se limita a aplicar las normas que nuestras familias han dado.

—Debe ser que les aterra imaginarte deambulando sola por Madrid. Aunque bien podrían haberte dejado en un piso con alguna persona de su confianza.

—Podrían, pero no han querido. Por algún motivo han preferido que me integre en un grupo heterogéneo, en lugar de estar sola o con una tata en un piso. Y, salvo por la dificultad para entrar y salir, yo también lo prefiero. La experiencia está siendo muy buena.

Terminaron de comer y como todavía era pronto para volver a la Residencia él le propuso ir juntos a festejar San Isidro, el patrón de Madrid.

—Es una tradición que se celebra desde el siglo XVI en la pradera de San Isidro. Allí van

los madrileños y los turistas todos los años a pasar el día festivo comiendo, bebiendo, bailando... ¿Te gustaría?

Ella dudó por un momento, pero finalmente consideró que se haría muy tarde para volver a la Residencia.

—Me encantaría, pero si no te importa y no tienes nada mejor que hacer, podemos ir mañana. Si no puedes, no te preocupes pues, sin duda, algunas compañeras también querrán conocerlo.

—No, no. Me haría feliz que me dejaras acompañarte mañana y pasar contigo el día en la pradera de San Isidro.

—De acuerdo.

Salieron del restaurante y, poco a poco, empezaron a caminar rumbo a la calle Fortuny. La charla entre ambos resultaba fluida y estaba claro que a él la muchacha le gustaba mucho.

—Pasaré a recogerte mañana a las once —dijo.

—Muy bien —respondió ella.

Llegó a la Residencia y se encontró con sus amigas. Les contó con una mezcla de encanto y escepticismo todo lo que había vivido ese día. El chico era guapo, había intentado impresionarla, pero a ella le parecía un poco cara dura.

—Ha tardado meses en llamar, porque debía tener una mala imagen de mí y, al final, obligado por sus padres, lo ha hecho.

—Pero al verte se ha quedado impresionado y ahora quiere cortejarte —dijo riéndose Macarena, una muchacha que también era sevillana, con la que acostumbraba compartir confidencias, pero mucho más extrovertida.

—Sí, se cree en la obligación de conquistarme para demostrarme que es un hombre con todas las de la Ley. Por eso me parece un «sin fundamento».

—Ya, pero mañana vas a ir a San Isidro con él, ¿o no? —preguntó otra amiga con cierta ironía.

—Voy a ir y ya os contaré.

La conversación derivó por otros derroteros, pues todas tenían algo que contar sobre su sábado particular. La sobremesa se prolongó un rato y, finalmente, cada una subió hacia su dormitorio.

A la mañana siguiente, durante el desayuno, Rocío tuvo que soportar bromas de sus amigas.

—Ten cuidado no vaya a propasarse, que a lo mejor tiene más de dos manos.

Ella, que era muy recatada, se ruborizaba inmediatamente con ese tipo de comentarios.

—No digáis tonterías. En primer lugar, porque no creo que esas sean sus intenciones, y en segundo lugar porque, aunque las tenga, habrá de reprimirse, porque es amigo de la familia y porque yo no se lo voy a permitir.

—Pues ten cuidado, que te has arreglado mucho para una mañana campestre.

—Tampoco es que haya traído a Madrid mucha ropa diferente y adecuada como para ir de romería; me he apañado con lo que tengo.

A la hora acordada llegó el señorito a recogerla. Había alquilado un coche con conductor para que los llevara hasta la pradera del santo. Al llegar allí se dieron cuenta de que, a primera vista, no era muy diferente a las ferias que se celebraban por Andalucía y que, lógicamente, ellos sí conocían.

—Si no fuera por la indumentaria, podríamos creer que estamos en nuestra tierra —comentó

ella.

—La verdad que sí, pero me parece que lo que venden los puestos también es diferente — respondió el muchacho.

—En cualquier caso, no tiene nada que ver con el ambiente que recoge Goya en uno de sus cuadros. La ropa tampoco es la misma.

—No lo conozco, pero sí me han dicho que muchos extranjeros vienen a Madrid en estas fechas porque han conocido de su existencia gracias al texto de Benito Pérez Galdós *Mayo y los isidros*.

—Pues eso no lo sabía yo.

Después de dar una vuelta para ver un poco el ambiente, se rieron de ellos mismos porque debían ser los únicos en toda la pradera que no habían llevado comida para sentarse en el césped a comer.

—Tendremos que arreglarlo comiendo y bebiendo lo que venden en los puestos.

—Claro. Podemos alimentarnos de encurtidos y escabeches. Beber vino de Valdepeñas y de postre manzanas caramelizadas.

—Todo me parece bien, menos el vino.

—También hay limonada.

—Prefiero la limonada.

Ella permaneció sentada mientras él se ocupó de comprar las viandas y las bebidas, excepto el postre: las manzanas. Volvió junto a ella y dieron cuenta de los alimentos, mientras charlaban y reían.

—Me han dicho que por la tarde hay música y bailes, puede resultar muy divertido.

—A mí también me han dicho que se baila el chotis, un baile que desconozco. Pero podemos ver cómo lo hacen los demás. Según algunas compañeras, no es fácil y tampoco está bien visto porque la pareja tiene que estar muy pegada mientras baila.

—Tonterías. Tampoco estará demasiado bien visto que vengas conmigo sola y sin carabina a esta romería y, sin embargo, estamos aquí.

—Porque mis padres le han dicho a la directora que puedo salir contigo porque eres el hijo de unos amigos suyos. Si no, hubiera resultado imposible.

—Sea por el motivo que sea, aquí estamos. Y por eso mismo, si queremos y sabemos, podemos bailar.

—Bueno, de momento vamos a por las manzanas y también tengo ganas de comer garrapiñadas.

—Eres un poco caprichosa, ¿no te parece?

Ramón compró las manzanas y las garrapiñadas y siguieron paseando por el recinto, yendo de un lado a otro, escuchando el organillo y viendo a los madrileños ataviados con el traje típico de chulapas y chulapos, dispuestos a bailar el chotis; un baile que, en realidad, es de origen checo y que llegó a Madrid a mediados del siglo XIX, pero que los madrileños adoptaron rápidamente.

—No parece demasiado difícil. Agarro tu mano con mi mano y la otra la apoyo en tu cintura y, de puntillas, giro sobre mí mismo y tú giras conmigo. Luego damos pasos hacia adelante y hacia atrás y ya está. ¿Lo intentamos?

Ella no estaba demasiado segura de querer bailar, pero le dio vergüenza negarse.

—De acuerdo —dijo sin demasiado entusiasmo.

Bailaron un rato, se rieron, pero para ella era la primera vez que un hombre la abrazaba de esa manera y estaba tan próxima a él que sentía su aliento. No sabía bien cómo reaccionar por lo que de una manera casi violenta dio por concluido el baile y la jornada.

—Se está haciendo tarde y antes de irnos me gustaría acercarme a un puesto de rosquillas para llevárselas a mis compañeras de la Residencia.

Él estaba molesto, pero también disimuló.

Había dos tipos de rosquillas, las tontas, sin recubrimiento, y las listas con baño de azúcar muy fino.

—¿Me da una docena de cada? —pidió en uno de los puestos.

El vendedor se las ensartó en un bramante. Ella pagó, aunque él intentó adelantarse y ella no lo permitió. Juntos se dirigieron a la salida del recinto para buscar un coche.

Durante el trayecto de vuelta a la Residencia reinó el silencio. Ambos estaban contrariados, aunque por diferentes motivos. Ella trató de romper el hielo hablando de las clases que tenía el día siguiente, de la proximidad de los exámenes, de las conferencias interesantes que había podido disfrutar... pero la tensión no desaparecía. Es más, iba *in crescendo*, por lo que el viaje se le estaba haciendo eterno.

—Tú también tendrás que preparar exámenes, ¿o no? —preguntó para que él no tuviera más remedio que contestar.

—Sí, por supuesto. Tendré que estudiar muchísimo si quiero sacar el curso adelante. Es más, creo que no voy a poder hacer otra cosa que estudiar —respondió con sequedad.

Volvió a instalarse el silencio y, finalmente, llegaron a la Residencia. Él, por pura cortesía, bajó del coche para despedirse amablemente.

—Adiós, ha sido un día estupendo —dijo ella.

—Hasta pronto —respondió él, que subió nuevamente al coche y se marchó.

Rocío acabó el curso con muy buenas calificaciones y regresó a Sevilla a casa de sus padres donde sus hermanos menores no paraban de hacerle preguntas sobre la capital. De finales de junio a finales de septiembre pudo hacer lo que se le antojara, siempre dentro de un orden, pues no tenía ninguna asignatura pendiente para los exámenes de septiembre.

Su madre le propuso ir a un internado de verano a Inglaterra para perfeccionar el inglés. Casualmente también iba la hermana de Ramón Guerrero, y podrían ir juntas.

—Por cierto, ¿has sabido algo más de Ramón?

—No, madre. Así como apareció de repente, desapareció de la misma manera.

—Su madre me ha dicho que ha estado muy agobiado con sus estudios, que son muy difíciles y ha tenido que dedicarles mucho tiempo.

—Será eso —respondió ella lacónicamente.

—Pues si te parece, os vais juntas en un barco que sale de Cádiz.

A finales de verano, en el Puerto de Santamaría se reunieron las dos familias, y Ramón y Rocío volvieron a encontrarse. Se saludaron educada pero fríamente, y él comenzó a dar toda clase de disculpas, sin que nadie se las hubiera pedido: que si ha tenido que estudiar mucho todo el verano porque le han quedado dos asignaturas, que si el final de curso fue horriblemente duro y por eso no volvió a comunicarse con ella, que si no sé qué, que si no sé cuántos... En fin, una serie de tonterías con las que lo único que hizo fue quedar en ridículo.

—¿Cuándo vas para Madrid? —pregunto él

—A mediados o finales de septiembre —respondió Rocío.

—Te llamo sin falta.

—Como quieras —aceptó ella con total indiferencia, pues no creía ni una palabra de lo que



él decía.

Esta actitud de Rocío molestó mucho al señorito jerezano, al que no le gustaba que a la niña le importara un comino lo que hiciera o dejase de hacer. Así que, demostrando una vez más que era un cretino inmaduro e irrespetuoso para con ella, se propuso conquistarla, que cayera rendida a sus pies.

Rocío, durante ese verano, había mostrado mucho interés por la política española y ante la imposibilidad de encontrar lectura crítica sobre la dictadura de Primo de Rivera, había hallado textos sobre la dictadura de Mussolini en Italia y sobre las diferentes formas de gobierno. Podría decirse que no tenía las ideas muy claras, porque hay que asimilar los conocimientos para poder formarse un criterio propio, pero estaba segura de que los totalitarismos no le gustaban en absoluto. Y también sabía que Primo de Rivera era un dictador totalitario que coartaba las libertades de los ciudadanos. En los textos que le habían prestado había leído sobre el destierro de Miguel de Unamuno y la mala relación que el dictador mantenía con los intelectuales del país.

Pero eran pensamientos y lecturas íntimas que no podía compartir con nadie, pues tanto familiares como amigos eran partidarios de Primo de Rivera, que no en vano era andaluz y, por supuesto, proclive a la monarquía.

Por todo ello, durante el verano, mantuvo correspondencia con una amiga suya de la Residencia, con la que iba todos los días a la Universidad Central y que era de Gijón. Se llamaba Emma García y puede decirse que fue la persona que despertó en ella las inquietudes políticas e intelectuales.

Ella fue la que le contó que un mes después de haber publicado en el semanario *Nosotros* una carta en la que atacaba al Directorio Militar de Primo de Rivera, Miguel de Unamuno fue suspendido de empleo y sueldo como catedrático y, además, perdió todos sus cargos académicos en la Universidad de Salamanca. Ese mismo día se había clausurado el Ateneo de Madrid. A Unamuno lo desterraron a Fuerteventura y, cinco meses después, cuando el dictador le quiso perdonar, él no aceptó el indulto y se autoexilió a Francia. Primero a París y más tarde a Hendaya. Rocío había obtenido los dos folletos que contra el rey («Alfonso XIII *demasqué*») y contra la dictadura había escrito desde el extranjero Vicente Blasco Ibáñez. Obviamente, tenía escondidos estos textos para evitar que los encontrara cualquier persona de la familia o del servicio. Sentía muchos deseos de volver a Madrid, pues la vida que llevaba en la capital le parecía mucho más interesante y entretenida.

***Mikaela Mendizábal en América. Matrimonio con Stuart Hamilton. El desastre de Annual. Regreso a España. Dictadura de Primo de Rivera. La Asamblea Nacional Consultiva y el proyecto de nueva Constitución***

«La libertad se aprende ejerciéndola. Defendí en Cortes Constituyentes los derechos femeninos. Deber indeclinable de mujer que no puede traicionar a su sexo. Estoy tan alejada del fascismo como del comunismo, soy liberal».

CLARA CAMPOAMOR

Hace ya tres años que Mikaela y su madre, sin incidencias ni imprevistos, llegaron a Nueva York donde fueron recibidas por su amiga Susan Huntington. Juntas pasaron unas semanas deliciosas hasta que Mikaela se instaló en Massachussets y su madre volvió a España. Cuando el señor Mendizábal recibió la buena nueva se dispuso a entregar los documentos que involucraban a la monarquía y que nadie sospechaba estuvieran en su poder. Tras el asesinato de Robert, quienes conocían su existencia pensaban que se hallaban en América en poder de Mikaela o que quien los tuviera los habría destruido ante el temor a que pudieran atacarle por ellos. Así pues, Mendizábal viajó de nuevo a Madrid, organizó una cita con el secretario del rey y se los entregó para que los guardara a buen recaudo. Había terminado una pesadilla.

Mikaela, una vez instalada y mucho más tranquila, trabajó dando clases de Lengua y Literatura española, en principio gracias al intercambio entre la Residencia de Señoritas y el Smith College de Northampton, y más tarde, porque su buen hacer le había proporcionado una plaza fija. Allí coincidió con Carmen Castilla, que fue la última maestra que pudo aprovecharse de ese intercambio, y ambas disfrutaron de lo que consideraban el milagro pedagógico de los americanos, que consistía en ser capaces de rodear la cultura de un ambiente atractivo.

Durante estos tres últimos años a Mikaela le había dado tiempo a enamorarse y a casarse con un amigo de Robert, también diplomático, que residía en Nueva York y al que en breve iban a enviar a España, al consulado general de Barcelona. España vivía una vez más momentos convulsos, que no habían cesado desde la pérdida de Cuba y Filipinas en 1898. La guerra de Marruecos había desestabilizado el país, sobre todo Cataluña, por lo que la Casa Blanca consideró conveniente aumentar el número de diplomáticos en España. Mikaela Hamilton, que tras la boda había adquirido el apellido de su marido según la costumbre estadounidense, mantenía sentimientos encontrados ante esta próxima eventualidad. Por un lado, le hacía ilusión regresar a España, tener a sus padres más cerca, recuperar amigos, satisfacer sus inquietudes feministas, volver a pelear por la igualdad de derechos de la mujer... pero por otro, temía revivir los últimos días en Madrid, antes de su angustiada y precipitada marcha.

Stuart Hamilton intentaba calmar a su mujer, mostrándole la parte positiva del viaje.

—Viviremos en Barcelona y no en Madrid, por lo menos de momento; una ciudad que parece muy interesante y que tú no conoces bien. Ahí tendrás todo un mundo por descubrir.

—Eso es cierto. Lo primero que haré será buscar trabajo en algún colegio, o también puedo escribir —dijo algo más animada—. Por cierto, ¿me quieres contar cuál es ese problema tan grave que afecta a España y que te obliga a salir con tanta premura, o se trata de un secreto de Estado? —añadió a continuación.

—En absoluto es un secreto de Estado. Simplemente la situación está muy revuelta tras la presentación en el Congreso de los Diputados del Informe Picasso que, al parecer, le afecta directamente al general Berenguer, muy amigo del rey.

—Pero esos avatares están teniendo lugar en Madrid, no en Barcelona. Entonces, ¿por qué te mandan a esa ciudad?

—Porque así lo han decidido, y como soy un disciplinado diplomático, me limito a obedecer —respondió sin querer dar demasiadas explicaciones—. La verdad —completó su argumentación—, es que el informe elaborado por el general Juan Picasso sobre lo sucedido en Annual es demoledor para los altos mandos del Ejército. Acusa de negligencia al general Berenguer, de temerario al general Silvestre y de incompetente al general Felipe Navarro. La derrota de los españoles en lo que ya se conoce como «desastre de Annual», a manos del líder rifeño Abd-el-Krim, supuso un duro revés al dominio español de Marruecos y amenaza con afectar a la misma monarquía.

Rocío escuchaba con atención.

—Los hechos investigados por el general Picasso —prosiguió su esposo— se refieren a una serie de acciones militares en el Rif previas y durante el abandono de la posición de Annual, la posterior y penosa retirada y la rendición del fuerte de Monte Arruit entre julio y agosto de 1921, en los que murieron unos doce mil hombres. Los militares acusados lo tienen ciertamente difícil, porque también el fiscal coincide con la versión de Picasso. José García Moreno, que así se llama el fiscal, asegura que «el desastre del Annual se debió a la negligencia e irresponsabilidad del alto mando». Además, está la muerte del general Manuel Fernández Silvestre, también muy amigo de Alfonso XIII, que cayó la misma mañana en la que se produjo la desbandada de Annual. Aparentemente, se suicidó.

—Sí, es todo muy extraño y muy complicado para el gobierno y la monarquía.

La campaña del Rif contra las fuerzas de Abd-el-Krim fue objeto de investigación por parte del general Picasso, que se trasladó a Melilla para analizar *in situ* todas las actuaciones del Ejército durante esa campaña: telegramas, órdenes de mando, traslado de impedimenta... Interrogó a los testigos que pudo encontrar con vida y llevó a cabo un exhaustivo trabajo. El resultado fue que el 18 de abril de 1922 entregó en el Congreso de los Diputados el expediente de un informe final de casi 2.500 folios, redactados por él mismo. Dos días después, el Consejo Supremo de Guerra y Marina encontraba indicios de responsabilidad penal contra las actuaciones de los generales. El Ministerio de la Guerra remitió copia al presidente del Congreso de los Diputados que estableció la primera comisión parlamentaria. Hubo disputas muy fuertes, dado que los monárquicos y los defensores del buen nombre del Ejército contemplaron el Expediente Picasso como un instrumento elaborado para hacer daño al rey y no como un trabajo cuyo resultado podría satisfacer a la mayor parte de la población, decepcionada por lo sucedido en la guerra de Marruecos en la que, según algunas fuentes, perdieron la vida alrededor de catorce mil soldados. Sin embargo, los militares africanistas, entre ellos Francisco Franco, habían sido firmes partidarios de continuar con la guerra de Marruecos, debido a que gracias a los «méritos de guerra», lograban ascensos con una rapidez inusual. Las críticas llegaron hasta el rey.

El breve gobierno de García Prieto quiso apaciguar el clamor popular que hablaba de corrupción generalizada, poniendo en marcha una segunda investigación parlamentaria.

El círculo se estrechaba sobre Alfonso XIII, que era el jefe del Estado y del Ejército, después de que su amigo Berenguer fuera condenado por un tribunal militar y apartado del servicio. Y ya se comentaba la posibilidad de que Primo de Rivera perpetrara un golpe de Estado antes de que se dieran a conocer los resultados de la segunda comisión de investigación. Como los miembros de la comisión no llegaban a ningún acuerdo y las calles estaban cada vez más revueltas, se convocó un pleno general para el 2 de octubre con el fin de tratar este mismo asunto.

Esta era la razón por la que Stuart Hamilton tenía tanta prisa por trasladarse a Barcelona, pero no quería contárselo a su mujer para que no se preocupara más de lo estrictamente necesario. Sin embargo, no tuvieron tiempo de llegar a la capital catalana antes del 13 de septiembre de 1923, día en que el general Primo de Rivera dio el golpe de Estado que impidió que se celebrara el pleno previsto para el 2 de octubre. Podría decirse que el golpe militar tenía un objetivo que no era otro que impedir el debate parlamentario. El general proclamó la dictadura con el visto bueno del rey, y probablemente en ese momento acabó, de nuevo con la intervención de los militares, el sistema de la Restauración por el que tanto había luchado Cánovas del Castillo.

De modo que el éxito del golpe militar lo facilitó Alfonso XIII al no respaldar al gobierno que había salido de las elecciones de abril de ese año y ceder el poder a Primo de Rivera, lo mismo que había hecho un año antes el rey de Italia, Víctor Manuel III, al nombrar jefe de Gobierno a Mussolini.

A partir de esa decisión, el rey deja de ser un monarca constitucional y pasa a ser el jefe de una nueva forma de Estado: una dictadura con rey. El conde de Romanones, presidente del Senado, y Melquiades Álvarez, presidente del Congreso, fueron los primeros en comprobar que Alfonso XIII no era un monarca constitucional cuando pasados tres meses desde el golpe le recordaron, con nulo éxito, que la Constitución de 1876 le obligaba a convocar elecciones. Fueron inmediatamente destituidos mediante un decreto firmado por Primo de Rivera y refrendado por el rey.

El matrimonio Hamilton, mientras todo esto sucedía, se hallaba cruzando el océano en un transatlántico de la compañía White Star Line, que había vuelto a dedicarse al transporte de pasajeros después de haber perdido sus barcos en la Primera Guerra Mundial. Aún debían permanecer varios días en la nave antes de arribar a su destino. No obstante, recibieron por cable la noticia del golpe militar dado en Barcelona por Primo de Rivera.

—Definitivamente, los partidos tradicionales de la llamada Restauración han perdido toda su fuerza —comentaba Mikaela.

—Sí —respondió Hamilton—. Y lo peor es que van adquiriendo poder los partidos republicanos y las centrales sindicales, crecidas tras el triunfo de los bolcheviques en Rusia.

—Y para contrarrestar ese poder, en España imitamos a Mussolini y al autócrata húngaro Horthy en la figura de Primo de Rivera.

—Lo curioso es que, al parecer, la sociedad española, harta de tantos desmanes, lo ha acogido con alivio y ha creído al militar en su compromiso de reformar las instituciones, modernizar la economía española y marcharse a los noventa días.

—Será la primera vez que un golpe militar no elimina las libertades públicas y políticas y permanece en el poder todo el tiempo que pueda. Mira lo que ha hecho Mussolini en Italia.

—Primo de Rivera ha asegurado en su manifiesto que su propósito es permanecer solo tres meses, el tiempo suficiente para «regenerar» el país. Es lo que asegura en su proclama, de

acuerdo con el cable que nos han enviado.

—No tengo ninguna confianza en que cumpla su promesa, porque no conozco a ningún dictador que lo haga.

El 28 de septiembre de 1923 la pareja arriba a Barcelona y se instala en un piso de la avenida de la Nacionalidad Catalana, que había sido alquilado por los compañeros de Stuart para ellos. En pleno «estado de guerra», declarado por la dictadura, con las Cortes disueltas y tras la reciente proclamación de un decreto que prohibía el uso de otra lengua que no fuera el castellano, ni de símbolos distintos a los nacionales, se habían restringido las libertades políticas, anulado el sistema de representación, suspendido las garantías constitucionales y censurado las publicaciones de la prensa.

Alarmada por lo que estaba viendo, Mikaela quiso hablar con María de Maeztu para comunicarle que ya están en España y que, en cuanto esté instalada y centrada, se trasladará a Madrid para hacerle una visita y hablar, si fuera posible, con algunas de las escritoras, periodistas o actrices que se hallan en Madrid. Pero no puede dejar de preguntarle por el golpe de Estado y por el futuro que se avecina.

—El dictador ha nombrado una institución, integrada exclusivamente por militares, que ha dado en llamar Directorio Militar. Para que le asesoren en temas de gobierno y en la promulgación de los decretos que tendrían fuerza de Ley.

—Y aquí en Barcelona están todos alterados porque la primera medida que ha tomado ha sido la destitución de las autoridades provinciales y locales, gobernadores civiles, alcaldes, presidentes de las diputaciones, que han sido sustituidas por militares, cuya primera misión ha sido el restablecimiento del orden público por el método expeditivo de declarar el estado de guerra.

—Sí, sí. Lo hace para suspender garantías constitucionales como la inviolabilidad del domicilio o la libertad de reunión y asociación. Además, si consideran que un delito es político, a esa persona le va a juzgar la jurisdicción militar en lugar de la civil.

—Pues aquí han proclamado un decreto el 17 de septiembre para extender las milicias parapoliciales del Somatén a todas las provincias españolas.

—La dictadura exhibe como gran éxito que se ha restablecido la paz social, algo totalmente lógico cuando reprimen, con la ayuda del Ejército, cualquier tipo de manifestación contraria a las estrictas normas impuestas por ellos.

—Y mucho más fácil todavía si aplican la política de divide y vencerás.

—No sé a qué te refieres.

—Pues que Primo de Rivera ha intentado atraerse a los socialistas para provocar una división en su seno. Por un lado están los posibilistas, partidarios de colaborar con la dictadura, como Julián Besteiro, Largo Caballero y Manuel Llaneza. Por otro, están los contrarios a esta postura, encabezados por Indalecio Prieto y Fernando de los Ríos.

—Pero finalmente están colaborando con Primo de Rivera...

—Claro, porque ganaron los posibilistas y se integraron en el Consejo de Trabajo. Se dice que incluso Largo Caballero va a terminar formando parte del Consejo de Estado. Si esto sucede, que parece lo más probable, Indalecio Prieto dejará de formar parte de la Ejecutiva del PSOE.

—¿Y qué ha sucedido con la CNT?

—Que ha pasado a la clandestinidad.

—¿Qué barbaridad! Estoy deseando viajar a Madrid para poder hablar de todo. En cuanto pueda, allí estaré.

—Cuando quieras. Ya sabes dónde encontrarme y me alegra mucho que estés de vuelta. Un abrazo.

Stuart estaba muy ocupado, pues en Cataluña la actividad política contra la dictadura era frenética, aunque clandestina. Una de las excusas de Miguel Primo de Rivera para destruir las instituciones democráticas fueron las posturas de los separatistas catalanes. Por lo tanto, pocos días después del golpe, el Directorio promulgaba un decreto contra el separatismo, que castigaba con severas penas los «delitos contra la seguridad y la unidad de la Patria», juzgados por tribunales militares. Esta postura era la imagen de «un nacionalismo español autoritario y beligerante» para los nacionalistas radicales de Cataluña.

—La Lliga ha apoyado el golpe en la creencia de que Primo de Rivera no iba a perseguir el catalanismo y ahora se han dado cuenta de que precisamente es lo que está haciendo.

—Me parece muy ingenuo que políticos con experiencia creyeran que una dictadura iba a tener un comportamiento diferente a lo que su propio nombre define.

—Es así, pero confiaron en las promesas hechas por el dictador antes de dar el golpe.

—Pues pecaron de ingenuos, porque era obvio que iban a perseguir el uso del catalán y tratar de imponer el castellano en todas las instancias, sobre todo en las administrativas.

—Pero es que se están produciendo situaciones que rozan el ridículo, como impedir la celebración de los Juegos Florales o el baile de la sardana. Se puede entender que no permitan izar la bandera catalana, pero el resto de las decisiones arbitrarias y contrarias al sentido común van a generar numerosos conflictos con instituciones profesionales o deportivas en las que lo natural es hablar catalán entre sus integrantes.

—Es así, pero verás que si no obedecen serán clausuradas *sine die*.

—Probablemente. Pero será un error.

Y, efectivamente, la tensión fue en aumento hasta el punto de que Primo de Rivera se reunió en Barcelona con algunos dirigentes políticos catalanes para calmar los ánimos. Pero solo consiguió el apoyo de la Unión Monárquica Liberal cuyo líder, Alfonso de Sala Arguemi, pasó a presidir la Mancomunitat tras la dimisión de Puig i Cadafalch. Aunque un año más tarde dimitió cuando se aprobó el Estatuto Provincial, que prohibía la Mancomunitat. El distanciamiento entre Cataluña y la dictadura fue creciendo hasta el punto de que Acción Catalana llevó el caso a la Sociedad de Naciones y Francesc Macià, un antiguo militar fundador del Estado Catalán, se convirtió en el símbolo de la resistencia de Cataluña a la dictadura.

La dictadura, como es consustancial a cualquier sistema político de esta índole, prohibió los partidos políticos, y a cambio creó un partido único, la Unión Patriótica, en el que se refugiaron muchos de los caciques de turno, de suerte que si la pretensión de la dictadura era terminar con el caciquismo y los casos de corrupción, no lo consiguió. Lo intentó disolviendo las diputaciones provinciales, a excepción de las del País Vasco y Navarra, y solo logró la desafección de la Lliga Regionalista de Josep Puig i Cadafalch, que había creído en la buena voluntad regionalista de Primo de Rivera y que, sin embargo, había designado a españoles de la Unión Monárquica Liberal para las cuatro diputaciones catalanas.

El matrimonio Stuart no tenía intención de quedarse en Barcelona durante mucho tiempo, que es lo que aseguraban a Stuart sus superiores. Por este motivo Mikaela no comenzó a trabajar,

aunque sí dedicó mucho tiempo a escribir un ensayo sobre la dictadura de Primo de Rivera. Tenía información suficiente, alguna no publicada, que le contaba su marido, y conocimiento histórico como para hacer un buen trabajo.

Así y todo, se sentía sola y aunque los primeros meses estuvo muy ocupada en instalarse y organizar su casa, una vez que la mudanza hubo acabado descubrió que tenía muchas horas al día para leer, pensar, escribir... pero todo ello en el más absoluto silencio. El primer mes habían estado sus padres en Barcelona para acompañarla y para disfrutar de su compañía. Pero después regresaron a San Sebastián con la promesa de ir a pasar las Navidades con ellos.

Por ese motivo, en cuanto su marido entraba por la puerta, lo acosaba a preguntas. Había escuchado en la radio que el dictador, que había hecho desaparecer todos los partidos políticos, tenía la intención de crear uno «nuevo para hacer una política nueva». Le parecía una tomadura de pelo.

—¿Has oído que va a crear un partido único? ¿Será cierto? ¿Tú qué crees?

—Dice que no es suficiente lo hecho hasta ahora para «regenerar» el país, poner fin a la «oligarquía» y «descuajar el caciquismo», sino que también es necesaria una «política nueva», que se apoye en «gentes de ideas sanas» y hombres «de buena fe» que formarían un «partido político, pero apolítico, que ejerce una acción político-administrativa». Una fuerza política que no definiera los objetivos ni las políticas a aplicar, sino que se hiciera cargo de la administración del Estado llevando a la práctica el lema regeneracionista de «menos política, más administración».

—¿Y cómo se va a llamar ese partido no partido?

—La Unión Patriótica de Primo de Rivera era, según él, un partido «apolítico». Uno de sus ideólogos es el escritor José María Pemán, empeñado en diferenciarlo del fascismo. Por eso lo define como tradicional socialcristiano.

—Pero este hombre está en contra del sufragio universal porque lo considera un error.

—Así es. No va a haber elecciones, si es lo que preguntas.

—¿Y quiénes van a integrar ese partido?

—Personas procedentes de la derecha tradicional católica, del «maurismo» y de otros sectores apolíticos. Obviamente, ahí estarán los oportunistas de siempre.

La Unión Patriótica nació en abril de 1924 y fue un partido «organizado desde el poder y por el poder». Para su constitución, el dictador se surtió de personas procedentes del mundo católico, vinculado a la Asociación Católica Nacional de Propagandistas, que encabezaba Ángel Herrera Oria y que había sido la organización que había impulsado las primeras «uniones patrióticas» con el fin de constituir el gran partido de la derecha católica.

Stuart, preocupado por el éxito de Primo de Rivera en la guerra de Marruecos y la posibilidad de que la consecuencia fuera muchos más años de dictadura con la aquiescencia del rey se trasladó a Madrid, donde de entrevistó con un miembro del partido maurista, que conocía muy bien a Primo de Rivera y que tenía información sobre sus planes futuros.

—El dictador es un gobernante pragmático que improvisa soluciones a los problemas a medida que estos van surgiendo y que actúa generalmente por impulsos, guiado por su intuición que, en el caso de la guerra con Marruecos, le ha proporcionado un gran éxito y mucha popularidad.

—Pero ¿cómo lo consiguió cuando todo hacía pensar que el Ejército español no tenía ninguna posibilidad en el Rif?

—La estrategia consistió en replegarse en el sector occidental, con el objetivo de, más tarde y con la ayuda de Francia, volver a ocupar la zona con efectividad.

—¿Cómo sabía que Francia iba a pelear con España?

—Porque al replegar a España, empujaba a Abd-el-Krim hacia el Protectorado vecino, donde Francia iba a tener que defenderse. Como no podría hacerlo en solitario, propondría a España una colaboración para luchar conjuntamente contra el sublevado marroquí.

—Así, Primo de Rivera, de la mano de los franceses, regresa al territorio previamente abandonado y obtiene un gran éxito militar, amén de aparecer ante el rey y el pueblo español como un gran estratega.

—Efectivamente. Y consigue lo que lleva un año persiguiendo, que su majestad le autorice la creación del Directorio Civil. Porque, en realidad, sus intenciones respecto a los militares eran ir sacándolos poco a poco de Marruecos para reducir gastos.

Hamilton regresa a su casa en Barcelona después de haber dado cuenta a sus superiores de lo hablado con el «maurista» y de la más que posible creación del Directorio Civil. Estos le habían propuesto que se trasladara a Madrid, que era donde se estaban fraguando los cambios.

Transmitió a Mikaela la sugerencia de sus superiores y ella se mostró feliz ante la posibilidad de volver a vivir en la capital. Mikaela pide a su marido que le cuente cómo ha visto Madrid, la vida en la ciudad, los movimientos políticos...

—Recuerda que estoy escribiendo un ensayo sobre la dictadura.

—Es cierto. Pero tengo que decirte algo que no te va a gustar, porque significa que tenéis dictador por un tiempo largo.

—¿Por qué?

—Porque Miguel Primo de Rivera se ve a sí mismo como un hombre exitoso: tras su acierto en África ha conseguido ser muy popular. Y esta circunstancia le ofrece la posibilidad de hacer dar un paso atrás a los militares y poner en marcha un Directorio Civil, que concluirá con la formación de un gobierno cuasi civil, aunque los puestos más importantes estarán reservados para los militares: Presidencia, Vicepresidencia y Gobernación, y el Ministerio de la Guerra.

—Pero la Constitución seguirá suspendida y seguro que tampoco tiene intención de convocar elecciones, por lo que es firme su convicción de seguir ocupando la presidencia de gobierno sin haberse sometido a las urnas.

—Este personaje tiene muchísima suerte. Creo que es superior el beneficio que le proporciona la diosa Fortuna que su capacidad como estratega.

—No lo dudes. Ahora, tras la imagen de gran militar que le persigue, jamás confesaría que su más íntimo propósito era sacar poco a poco y con dignidad a los soldados españoles del Rif, por el enorme gasto que su permanencia allí suponía para las arcas del Estado. Ese deseo suyo no tenía fácil salida debido a los compromisos internacionales que había adquirido España con otros países. Tampoco confesará que fue el mariscal francés Pétain el que le obligó a penetrar en el interior de Marruecos y que fue esa hazaña la que le otorgó el éxito y el triunfo final. Eso sí, gastando un dinero que él no quería, pero que, como hombre pragmático que es, lo dio por bien empleado.

—En algún momento tendrá que desaparecer esa suerte que lo acompaña.

—En algún momento, pero mientras tanto de nuevo consigue lo que quiere, que es ir institucionalizando el régimen sin convocar elecciones y sin Constitución que defienda los derechos y libertades de los ciudadanos.

—¿Cuándo nos trasladamos a Madrid?

—Lo antes posible.



Primo de Rivera, en su afán por perpetuarse en el poder y en un gesto típico de dictadores populistas, anuncia su deseo de mejorar la vida laboral de los trabajadores españoles. Con este fin, da un paso más en su intención de institucionalizar el régimen y crea algo parecido a una organización sindical, la Organización Corporativa Nacional, que deberá regular las relaciones entre trabajadores y empresarios, bajo la tutela del Estado. Su impulsor, el ministro de Trabajo Aunós, es un firme defensor de la doctrina católica y, en este caso, de la doctrina social de la Iglesia.

El dictador utilizó una vez más la máxima de «divide y vencerás» al ofrecer la representación de la clase obrera al sindicato socialista, la Unión General de Trabajadores, lo que generó una importante división interna entre los socialistas, ya que la UGT aceptó el ofrecimiento. La colaboración de UGT con la dictadura produjo una honda fractura con algunos líderes como Indalecio Prieto o Fernando de los Ríos, que se opusieron por considerarla injustificada y oportunista.

La pareja formada por Mikaela y Stuart Hamilton se instala en Madrid en enero de 1926, después de haber pasado las Navidades en San Sebastián con los padres de ella. Para vivir, eligen el barrio de Chamberí, y más concretamente un piso en el paseo del Cisne (actual calle de Eduardo Dato), cerca de la glorieta de mismo nombre (hoy de Rubén Darío).

Ella entró inmediatamente en contacto con la Residencia de Señoritas donde María de Maeztu la recibió con los brazos abiertos y le ofreció colaborar hasta final de curso en la organización de eventos y en lo que fuera necesario para las actividades extraacadémicas de la Residencia.

—Este final de curso, si te parece, nos ayudas con las conferencias y demás actos y el próximo, a partir de septiembre, ya barajaremos la posibilidad de que puedas dar clase en la Escuela de Niñas, el Instituto Escuela...

—Te lo agradezco mucho porque así tengo tiempo de seguir escribiendo el ensayo sobre la dictadura de Primo de Rivera que, por cierto, ya debería haber terminado, de acuerdo con las promesas propagandísticas de su primera proclama.

—Ya, lo que dificulta tu trabajo es que hasta que no termine, no puedes concluir el libro.

—Ese es el problema, que Primo de Rivera quiere perpetuarse en el poder y no para de hacer cosas para darle carta de normalidad democrática a lo que es una auténtica anormalidad, pues seguimos sin derechos y con las libertades coartadas. Además, tampoco convoca elecciones.

—Para el 13 de septiembre, tercer aniversario del golpe, va a organizar una especie de referéndum, que evidentemente va a ganar y podrá aparecer ante el rey como un dirigente con respaldo popular. Su pretensión es que Alfonso XIII, reacio a que convocara una Asamblea Consultiva, no elegida, la autorice.

—Para colmo de las incongruencias, a ese plebiscito vamos a ser convocadas todas las mujeres mayores de dieciocho años, igual que los varones. En el censo electoral las mujeres somos el cincuenta y dos por ciento. Habrá que ver cuántas participamos. El Estatuto Municipal de 1924 redactado por la dictadura estableció, por primera vez en España, el sufragio universal femenino. Se reconoce a las mujeres cabeza de familia como electoras y elegibles y se las incluye en el censo electoral, con el resultado de que en el nuevo censo, de 6.783.629 electores, 1.729.793 eran mujeres. Las elecciones municipales previstas para 1925 nunca llegaron a celebrarse.

—Lo que no acabo de entender es que la izquierda, sistemáticamente, se oponga a que las

mujeres tengamos derecho a votar y que la derecha esté a favor.

—Bueno, esto no es la derecha, es la extrema derecha militar. Es fascismo, como en Italia.

—Tienes bastante razón. Pero la derecha tradicional también se ha mostrado partidaria, en cambio la izquierda nunca. ¿Recuerdas las discusiones entre Victoria Kent y Clara Campoamor?

—Discusiones que perviven hoy en día.

Mikaela volvió a casa con la sensación de que iba a hacer algo que le gustaba. Además, podrá seguir con su libro, que estará terminado y listo para publicar el día en que el dictador se marche. No ha buscado editorial, porque piensa que estando Primo de Rivera en el poder nadie va a publicar un libro crítico con su forma de gobernar. Stuart considera oportuno buscar un editor en Estados Unidos, pero ella prefiere que sea publicado en España.

—Aún hay tiempo para decidir ese asunto. Ahora voy a empezar con el trabajo en la Residencia, que me gusta mucho y, además, puedo ayudar en otras cuestiones en que lo necesiten.

—Me hace feliz verte tan ilusionada y con ganas de hacer cosas.

—Estoy tan ilusionada que mañana mismo voy a hacer propuestas de actividades, principalmente conferencias y charlas. María de Maeztu me ha sugerido que si el conferenciante puede, convoque los viernes. Si resulta imposible, podría ser otro día por la tarde. Es como lo vienen organizando desde que empezaron con este tipo de actos, hace ya diez años.

—Y ¿tienes idea de por quién empezar?

—Clara Campoamor, Concha Méndez y Gabriela Mistral continúan dando clases magistrales a las nuevas alumnas. Y con el prestigio que ha adquirido la Residencia no creo que haya demasiadas dificultades para atraer intelectuales o personas del mundo científico a su sede.

Al día siguiente comenzó con su tarea y le propuso a María una serie de nombres entre los que estaban García Lorca, Dalí, Azorín, Unamuno... para ver si los aprobaba y empezar a contactar con ellos, considerar posibles fechas...

—Mikaela, hay un asunto que para mí es muy importante y es el de las alumnas externas. Quizás podrías ayudarnos un poco con ellas y un día a la semana darles una charla informativa sobre el papel de la mujer en Estados Unidos, por ejemplo.

—Me gustará hacerlo, pero tendremos que ir con cuidado para no enojar a sus padres, bastante reacios a que sus hijas tengan una educación «liberal». Les escandaliza el carácter laico de la institución y que católicas y protestantes estudien juntas.

—Las familias fueron el motivo por el que no hice obligatorio el internado, pues pese a la rigidez de horarios, sus padres no iban a darles permiso para dormir fuera de casa. Tampoco quieren que acudan a clases a la universidad por miedo a no se sabe qué. Por eso las preparamos aquí y exclusivamente acuden allí a examinarse.

—Con ello el objetivo está casi logrado, pues las inquietudes culturales las tienen en su interior y, además, ven que otras mujeres estudian en condiciones de igualdad con los hombres y eso no se les va a olvidar, aunque a ellas no se lo hayan permitido.

—Claro que sí. Ese es el fin, que transmitan ese espíritu a su entorno y a sus descendientes.

Mikaela, en la primera charla les contó *grosso modo* que las universidades norteamericanas se guiaban por los criterios del honor, la disciplina y responsabilidad personal, mientras que la metodología docente daba prioridad a la investigación, la experiencia y la práctica como modo de aprendizaje directo y personalizado, en lugar de memorizar. También les habló de la importancia de aprender a trabajar en equipo y del valor que le daban al ejercicio físico, así como al contacto con la naturaleza.

Cada vez se iba integrando con mayor intensidad en el núcleo de mujeres que rodeaban a

María de Maeztu, por lo que participaba en los encuentros que mantenían para debatir sobre la educación en España, en qué aspectos se podía mejorar o la enorme brecha que existía entre los derechos de los muchachos y los de las muchachas. En estos encuentros fue tomando forma la idea de fundar en Madrid un club solo para mujeres, semejante a los que ya existían en otros países. Así nació en noviembre de 1926 el Lyceum, que escandalizó a muchos hombres, a pesar de que ellos disfrutaban de sociedades parecidas desde hacía mucho tiempo.

Mikaela seguía llenando páginas del ensayo que estaba escribiendo sobre la dictadura de Primo de Rivera. Cada vez que se producía un nuevo acontecimiento o que sabía de algún nuevo hecho, aunque este no fuera de conocimiento público, ella daba un nuevo empujón al libro. En esta ocasión escribe sobre la creación de la Asamblea Nacional:

*Un año después de aquel simulacro de plebiscito convocado por Primo de Rivera para continuar en el poder, el rey Alfonso XIII firma, en septiembre de 1927, la convocatoria de la Asamblea que debía «preparar y presentar escalonadamente al gobierno en un plazo de tres años y con carácter de anteproyecto, una legislación general y completa que a su hora ha de someterse a un sincero contraste de opinión pública y, que en la parte que proceda, a la real sanción». Es decir, en tres años deberá redactar una nueva Constitución para España, lo que significa que Primo de Rivera permanecerá tres años más como presidente de una dictadura.*

*En el llamamiento a la Asamblea Nacional Consultiva se establece que pueden formar parte de ella «varones y hembras solteras, viudas o casadas, estas debidamente autorizadas por sus maridos». Está formada por cuatrocientas veintinueve personas, entre ellas quince mujeres, de las cuales dos son seleccionadas como representantes del Estado y el resto en función de sus propios méritos y como representantes de diversas actividades de la vida nacional, como María de Maeztu, Carmen Cuesta del Muro, doctora en Derecho; Blanca de los Ríos de Lampérez, escritora; María de Echarri, inspectora de Trabajo; Natividad Domínguez de Roger, de la Asociación para la Enseñanza de la Mujer; María Dolores Perales y González Bravo, concejal en el Ayuntamiento de Madrid; Trinidad von Scholtz-Hermensdorff, duquesa de Parcent, en representación del Estado como dama de la reina, o Concepción Loring y Heredia, la primera mujer en la historia en hablar en una asamblea parlamentaria española. La Asamblea abre sus puertas el 27 de octubre de 1927, con trece escaños femeninos. Dos de las elegidas han renunciado por diferentes motivos: Dolores Cebrián y Fernández de Villegas, esposa del socialista Julián Besteiro, y Esperanza García de Torre, esposa de Torcuato Luca de Tena, fundador de ABC.*

*Surge un debate importante entre las mujeres sobre si aceptar formar parte de esa Asamblea sin haber sido elegidas por sufragio universal, lo que puede interpretarse como un apoyo explícito a la dictadura que ha disuelto las Cortes y ha hecho desaparecer la Constitución que recogía los derechos de los españoles. En el otro lado están quienes opinan que, pese a la más que evidente carencia democrática, hay que participar e ir avanzando, aunque sea un dictador quien, por primera vez, permite que las mujeres formen parte de una asamblea nacional no electa, que no tiene carácter legislativo, pero sí consultivo y cuyos debates se celebran en sede*

*parlamentaria.*

*También en el PSOE vuelve a haber división entre los partidarios del sí, encabezados por Largo Caballero, y los del no, por Indalecio Prieto, y Besteiro, que prefiere no tomar partido. Finalmente, los socialistas deciden no participar y Dolores Cebrián, esposa de Besteiro, rechaza el ofrecimiento.*

*Pese a todo, el 11 de octubre de 1927 es una fecha histórica para las mujeres en España porque trece ocupan, por primera vez, un escaño en el Congreso.*

*Paradojas de la vida, ha tenido que ser un dictador, usurpador de los derechos a los ciudadanos, quien permita a las mujeres participar activamente en la vida política y que una de ellas, Concepción Loring, sea la primera en tomar la palabra para hablar de la enseñanza de la religión en los institutos el 27 de noviembre de 1927, un día después de la creación del Lyceum Club de Madrid.*

—El debate está en la calle y también en la Residencia, entre las maestras de la escuela de niñas, en el Lyceum... en todas partes. Y nosotras no lo vamos a obviar —señaló María de Maeztu.

—Primo de Rivera lleva en el poder desde 1923 y estamos en 1927. ¿No os parece curioso que se arme semejante revuelo en el momento en que se abre la mano a la participación de la mujer? —apostilló Zenobia Camprubí.

—Está claro que, durante este tiempo, el régimen ha tenido diferentes iniciativas y los hombres no se han opuesto a ellas ni se han tildado a sí mismos de colaboradores de una dictadura —añadió Concha Méndez.

—A mí no me cabe duda de que lo que ha molestado es que las mujeres hayamos metido un pie en la vida política, porque ahora ya no nos sacan. Y cada vez vamos a ser más —aseveró Clara Campoamor.

—No comparto vuestras opiniones. Yo no soy partidaria de colaborar con el dictador en ninguno de los casos. Hay que luchar por echarlo y no ayudarle a que se mantenga —señaló Victoria Kent.

—No me extraña tu opinión, porque tampoco eres partidaria de que las mujeres podamos votar —rebató Clara.

—Nada tiene que ver una cosa con la otra. No soy partidaria de que las mujeres votemos y sabes por qué, pero me parecería bien que hubiera mujeres en el Congreso elegidas democráticamente, por sufragio universal.

—Ni tan universal, ni tan democrático, porque estaría reservado a los hombres.

—Todas tenemos claro lo que opináis vosotras dos sobre el derecho al sufragio de la mujer y también sabemos que ninguna va a convencer a la otra. Así que, si os parece bien, podemos dejarlo porque se asemeja a una discusión recurrente —intervino María.

—Cuéntanos a las que no hemos podido asistir cómo ha sido la intervención de Concepción Loring —pidió Mikaela pensando que, además, le vendría muy bien para añadirlo al libro.

—Ha interpelado al ministro de Instrucción Pública y Bellas Artes, Eduardo Callejo de la Cuesta.

—El que ha hecho la reforma de la educación secundaria.

—Efectivamente. Ha destacado el hecho de que es la primera mujer que hace uso de la palabra en el congreso y se ha lamentado del menosprecio con el que se trata la asignatura de religión en los institutos, en el nuevo plan de estudios de la enseñanza secundaria.

—Que acaba de aprobar él mismo. ¿Y qué le ha contestado el ministro?

—Muy ceremoniosamente la ha felicitado por haber sido la primera mujer que habla en la

Asamblea y en el edificio y después se ha comportado de forma prepotente. Ha calificado el tema de la interpelación de simpático, genuinamente femenino... para descalificar su intervención. Finalmente, se ha quitado la interpelación de encima al asegurar que la reforma no es suya, sino de todo el gobierno y que dará traslado al mismo del ruego de la marquesa de La Rambla.

—Lo más molesto ha sido que en ningún momento la ha llamado por su nombre y que ha ironizado sobre «el grupo de mujeres que el gobierno ha querido llevar a la Asamblea...» — aclaró María López Monleón, una de las trece mujeres que había participado en la Asamblea, y que se había trasladado en el mismo coche que María hasta la Residencia.

*Auge de la Residencia. Disciplina interna*

«Lo fecundo... es no creer que las cosas y los seres son porque sí y en virtud de pura generación espontánea. No; todo lo que es, lo que está ahí, lo que tiene forma, sea lo que sea, es producto de una fuerza, huella de una energía, síntoma de una actividad. En este sentido, todo ha sido hecho, y siempre es posible indagar cuál es la potencia que lo ha fraguado y que en cada obra deja para siempre la señal de sí misma».

JOSÉ ORTEGA Y GASSET, *Estudios sobre el amor*

Sabía que mi residencia se llenaría de mujeres estudiantes. Pero no había calculado que la popularidad de la Residencia de Señoritas alcanzara tan favorable aceptación en tan poco tiempo. Rondábamos ya las ciento treinta estudiantes sumadas conjuntamente extranjeras y españolas. En la segunda mitad de los años veinte (1925-1930) muchas mujeres pegaron una patada a las puertas de su casa para emprender su camino hacia la universidad, hacia la libertad e independencia. Tantas limitaciones legales provocaron nuestra rebeldía. Puede sonar agresiva esta metáfora, pero tenemos que entender que las chicas se veían obligadas a discutir en casa, se veían en la situación de tener que convencer tanto a sus padres como a sus madres, para que las dejaran ampliar sus estudios. ¿En qué momento se decidió que las mujeres eran un objeto para los hombres, quienes decidían por nosotras sin permitirnos dar nuestra opinión? ¿Y cuántos siglos tuvimos que soportar la prohibición de vivir, y de aprender a vivir incluso cuando alguna sacaba el arrojo de reivindicar la necesidad de hablar, actuar, decidir, opinar, frente a quienes le podían reventar la cara o el cuerpo con una tremenda paliza para que se callara? Nunca entenderé el origen de nuestra esclavitud que, desgraciadamente, todavía, en cierta medida y en ciertos lugares, perdura. Claro que había mujeres que estudiaban, pero la asignatura natural elegida por ellas, inducidas por la costumbre, era Magisterio. Una carrera que encajaba con el perfil de una mujer entregada, también a los niños. El contrato que se les hacía a algunas maestras era denigrante: hubo casos en que se obliga a las maestras a firmar que nunca aceptarían contraer matrimonio; tampoco se les permitía fumar bajo amenaza de despido, ni beber cerveza o vestir con ropas de colores alegres. Además, nunca podían ponerse pantalones, siempre debían ir con faldas.

La figura del maestro tradicional estaba marcada por el rigor y la falta de empatía hacia los niños a su cargo, frente a la educación impartida por las mujeres, que eran más pacientes y sensibles para afrontar las personalidades tan vivas de los niños inquietos. Ejercían de madres, pero en las escuelas. Su actividad no representaba un peligro de adoctrinamiento femenino para los estudiantes. Y así las mujeres tenían algo que hacer en el mundo laboral, pero en lugares sin decisión trascendental para las nuevas políticas sociales. La Escuela Normal de Magisterio notó una importante bajada de matriculaciones en favor de las residentes que deseaban acudir a la Escuela Superior de Magisterio. Su número era elevado, pero muchas alumnas empezaron a dejar

en segundo plano el deseo de ser únicamente profesoras.

Con nuestro magnífico laboratorio, que les permitía hacer prácticas durante su estancia en la Residencia de Señoritas, se facilitaba que muchas cogieran el gusto por la carrera de Farmacia. Otro de los motivos por los cuales elegían esta titulación, era porque a la hora de ejercer la profesión, esta les permitía combinar la vida laboral con la atención de su hogar.

Con tantas muchachas a mi cargo necesitaba ayuda para controlar que todas mantuvieran un correcto comportamiento. En estos años empezamos a poder matricularnos en las universidades y a ejercer la profesión para la que nos habíamos preparado, pero las mujeres casadas aún tenían que pedir permiso a sus maridos para poder trabajar y recibir el sueldo correspondiente. No era fácil que una mujer pudiera abrir su propio negocio. Estaba mal visto que una señorita caminara sola por la calle tras la caída del sol. Yo tenía que vigilar porque ninguna de mis chicas se viera envuelta en cualquier incidente, ni de día ni mucho menos de noche, puesto que cuando el día duerme la vida de la noche está indefectiblemente ligada a posibles graves problemas.

Me gustaba charlar con mis alumnas cada día, excepto los sábados y días festivos, de nueve a diez de la mañana y de dos y media a cuatro de la tarde, para que me expusieran sus problemas e inquietudes y solicitaran mi consejo. Las animaba de esta manera a descubrir sus auténticos talentos para que supieran elegir la carrera adecuada. Eso les proporcionaba un gran impulso para acometer con seguridad su proyecto profesional con el que emprender estudios de educación superior. Si veía que algunas alumnas no se acercaban a visitarme al despacho yo misma las convocaba para que comieran conmigo en mi pabellón. Las reunía de cinco en cinco para que no se sintieran tan cohibidas puesto que, consciente de que imponía mucho respeto entre ellas, temían acercarse a interrumpirme. Me llamaban María «la Brava». En una ocasión recuerdo haber regañado a una residente porque consideré que no se esforzaba lo suficiente para todo el potencial que yo veía que tenía. Ella se conformaba con estudiar mecanografía así que la animé, tanto a ella como a su padre. A otro padre, llamado Tomás Almodóvar, le escribí una carta en la que le decía que su hija debería seguir la carrera de comercio, pues nos parecía muy poco trabajo el que le darían las clases de música. Dedicándose solo a esos estudios perdería por completo el hábito del trabajo, lo que de ningún modo queríamos que ocurriese en nuestra casa. Solo en este caso le daríamos plaza en la Residencia.

En menos de diez años las residentes que estudiaban cultura general, la mayoría desde que iniciamos nuestro proyecto, desaparecieron. En el laboratorio se juntaban muchas chicas que compartían sus experimentos, ya fuesen para Farmacia, Química o Medicina. Resultaba fascinante verlas acometiendo estudios técnicos y conquistando las denominadas «carreras de hombres». Verlas ataviadas con la bata blanca, que hasta hacía bien poco era una prenda exclusiva para ellos, resultaba sensacional. El laboratorio estaba repleto de chicas que dejaban de ver como una rareza que una mujer estuviera manejando matraces aforados, material de vidrio volumétrico, calculando la medición de líquidos, pipetas y buretas, o mezclando en el Erlenmeyer para lograr una evaporación controlada de líquidos. Y con los kitsatos haciendo ensayos de destilación o filtraciones al vacío. Allí estaban naciendo las primeras científicas que habían adquirido hasta entonces una «filosofía natural» que no era otra cuestión que haber estudiado nociones de química porque sus padres eran científicos y, solo por observación, tenían conocimientos iniciales que luego pudieron ampliar con sumo detalle en ese laboratorio de prácticas.

Entre residentes extranjeras y españolas teníamos el cupo completo. La vida en la casa era

muy dinámica y tenía que ocuparme de tantas almas y tan distintas, que llegó un momento en que necesité ayuda para controlarlas. Siempre he sido muy estricta con la disciplina, tanto en la casa como en la calle. La vigilancia sobre cada una de esas criaturas era constante, por lo que empecé a acudir a otras alumnas de máxima confianza para conocer cada detalle de las vidas de todas ellas. Era necesario hacer una revisión de todas las instalaciones que utilizábamos para poder distribuir las secciones. La casa madre era la número 30 de la calle Fortuny, pero empecé a instalar a las alumnas en las casas colindantes: en los números 24, 26 y 28. La segunda sección estaba ubicada en los números 1 y 3, ambas eran viviendas y hoteles en la calle de Rafael Calvo, cuyos dueños, muy generosamente, nos cedieron un buen número de habitaciones. La más amplia era la de Fortuny 53 y la sensacional de Miguel Ángel 8, donde situamos las otras dos secciones tras un acuerdo con la Corporación de Boston. Para controlar las cuatro secciones me hizo falta nombrar a una directora en cada una de las casas, una directora de grupo en la que debía tener plena confianza para otorgarle independencia y que pudiera tomar decisiones en cada una de sus secciones. Para mí era tan importante controlar la evolución de sus estudios como que las chicas se sintieran como en su casa. Una cosa es que deseen estudiar y otra olvidarnos de que han dejado la comodidad de su hogar y se han alejado de la enriquecedora relación diaria con sus familias. Esa carencia emocional había que cubrirla. Era, pues, necesario, que las directoras de grupo tuvieran esa doble habilidad de responder a sus múltiples necesidades y demandas. A quienes mejor conocía era a mis antiguas alumnas, algunas de las cuales estuvieron años en la Residencia, por lo que podía confiar en ellas para que asumieran dicha responsabilidad con total seguridad para mí. Eulalia Lapresta era mi mayor apoyo. En ella depositaba toda mi confianza; de hecho, ambas vivíamos en el pabellón 28 de Fortuny y desde allí dirigíamos la administración de todas las secciones. Y en ella confié para que fuese la encargada de elegir a las directoras de grupo. Las conocía tan bien como yo y les inculcaría todos los valores que defiende. Pero una cosa es que Eulalia elija bien y otra que todo haya de resultar perfecto. A causa de ello recibí una visita en mi despacho de una de las directoras designadas, Susana Mocoroa.

—Dígame señorita Mocoroa, ¿en qué la puedo ayudar?

—Doña María: estoy muy agradecida porque usted y Eulalia hayan confiado para que yo sea directora de grupo. Pero estoy tan pendiente de las idas y venidas de las chicas, de consolarlas con sus problemas amorosos, familiares y académicos que ya no tengo tiempo para mí. Algunas se muestran rebeldes con su vestuario porque visten con pantalones cuando salen de la Residencia y me causa mucha incomodidad el hecho de tener que convencerlas de que vistan con faldas, al menos, mientras están aquí. Yo no quiero ser la guardiana de si se cortan el pelo, pasean solas o se acortan las faldas enseñando los tobillos. Algunas tienen que soportar improperios en las calles de gente que se escandaliza por esa forma de vestir, pero la que las tiene que aguantar luego soy yo.

—¿Conoce la historia de Luisa Capitello, señorita Mocoroa?

—No es de mi grupo. ¿Quién es esa alumna, doña María?

—No es una alumna, Susana. Es una mujer recientemente fallecida en Puerto Rico. Le voy a contar su historia y lo que ella nos ha aportado. Luisa Capitello se ha convertido en la primera mujer conocida que ha sido arrestada por llevar pantalones. Se formó tal revolución que incluso hay una coplilla por allí, por Puerto Rico y Cuba, sobre ella: «Doña Luisa Capitello, con razón o sin razón, ha armado tremendo lío con su falda pantalón». Ella, la valiente, la descarada, la que tiró por el suelo todas las leyes sociales que miraban mal el hecho de que una mujer no vistiera con falda, fue Luisa Capitello, cuya madre era una institutriz francesa, Margarita Perón, y su padre un español, Luis Capitello, un heredero que perdió su rango y trabajaba como obrero de la



construcción. Estos antecedentes ayudaron sin duda a imprimir en ella un, para mí, admirable carácter. Capitello decía que siempre usaba pantalones, pero se los tapaba con las faldas. Es decir que se ponía pantalones y encima el vestido obligado por las normas sociales. Pero un día, en un acto de rebeldía, siguiendo sus reivindicaciones a favor de los derechos de igualdad entre hombres y mujeres, decidió salir a la calle con un traje de chaqueta de caballero.

—¿La metieron en la cárcel? —preguntó asustada Susana.

—La sentaron en el banquillo de los acusados cual criminal, por escándalo público, sí. El juez García Sola le preguntó por lo que había pasado. Y ella le contó que, sencillamente, cuando paseaba durante la noche por la calle Neptuno de Puerto Rico iba vestida con chaqueta y pantalón, y según publicaron los diarios, dijo que, sin haber dado lugar a escándalo de ninguna clase, le sorprendió un pudoroso vigilante. Ella le dijo al juez que usaba siempre pantalones. Que se los había puesto en Puerto Rico, México, Estados Unidos y que nunca fue amonestada. De hecho, durante su declaración, se levantó las faldas para enseñarle al magistrado que bajo ellas llevaba puestos unos pantalones bombachos de color blanco que le llegaban hasta los tobillos. Pero que la noche que la detuvieron había decidido vestir con el traje de chaqueta blanco de caballero al completo, incluso con corbata y sombrero de ala, usando dicho vestuario masculino de manera impecable y ejerciendo su libérrimo derecho.

—¡Madre mía, qué osadía y qué necesidad de montar un escándalo!

—Para ella el pantalón era el traje más higiénico y más cómodo. En sus declaraciones a la prensa reivindicaba que el traje de hombre estaba más en concordancia con sus ideas avanzadas que una saya de percal planchada. Ella vivía convencida de que no era un escándalo. Más aún, en las crónicas periodísticas se defendió aseverando que si se le antojara vestir una indumentaria, cuyo uso nadie tiene derecho a monopolizar, se la pondría tan campante.

—¿Y cumplió condena?

—El juez recriminó al vigilante que la detuvo en la calle por molestarla de manera inapropiada y a ella la absolvió.

—Es cierto, doña María, que el vestuario está en constante y evidente evolución. Pero esa responsabilidad ante las chicas de mi grupo me supera. No tengo el arrojo de Luisa Capitello. ¡Además, me impide dedicar más tiempo a mis estudios!

—Estas son mujeres inspiradoras. Continuar sus logros es honrar sus sacrificios.

—Doña María —dijo Susana bajando la cabeza, dando a entender que ella no estaba capacitada para afrontar esas batallas—, ya lo he hablado con Eulalia, pero ella me ha remitido a usted. Le ruego me libere de esa responsabilidad. Le propongo que me sustituya con otra chica que yo podría recomendarle. Quiero tiempo y libertad.

—Señorita Moco-roa, ya sabe que es norma de la Residencia que yo haga la propuesta y el nombramiento de todo el personal que trabaja en la casa. No podría, pues, en conciencia, nombrar a una persona a quien no conozco ni de vista. Si usted no va a hacer con agrado lo que le propusimos, también como experiencia para su preparación profesional, déjelo llevándose mi más sincera decepción. Pero ya me encargaré de encontrar a alguien que la sustituya. ¡Ah! Recuerde que notará la falta de las mil pesetas anuales que por dirigir el grupo le otorgaba la Junta. Y ahora puede retirarse. Debo despachar de manera inmediata otro asunto importante.

Me quedé sola y apenada. No todas las chicas están preparadas para soportar tanta responsabilidad. Creía que Susana podría con ello, pero no. También yo tenía que asumir errores. Me gustaba dar oportunidades a las alumnas para que se vieran en diferentes ámbitos y comprobar cómo los afrontaban. Es evidente que no toda persona está capacitada para estas cuestiones tan pesadas como delicadas.

Eulalia esperaba en su despacho a que finalizara nuestra reunión y al salir la señorita Susana Mocoroa, la hice pasar.

—¿Qué ha pasado al final, María? —me preguntó Eulalia.

—Yo no puedo ni quiero obligarla. Debemos encontrar a otra alumna que esté titulada y, desde luego, lo que deseo es que el grupo no esté abandonado ni un solo instante, atendiendo a los múltiples problemas que en cada momento surgen. Debemos ir eligiendo a alguien que consiga convertirse en una autoridad intelectual para las alumnas, llevando nota de las que no estudian y de las que no asisten a sus clases. El cargo de directora es lo que yo llamo consagración a la tarea, es como todas las obras humanas de acción creadora si se realiza con vocación auténtica y supone fervor entusiasta hasta dedicarle, sin sentirlo, todo el tiempo.

—Me pongo a ello de inmediato, aunque mientras tanto yo me haré cargo, además, de ese grupo. ¿Has hablado ya con Carmen Pardo? Yo no puedo más con ella. Es muy rebelde y desobediente.

—Ya he terminado de escribir la carta a su tío. Si quieres puedes leerla, toma. Hazlo en voz alta que yo te escuche.

Eulalia tomó la carta manuscrita. Las dos estábamos tensas. No era un plato de gusto tener que despedir a otra alumna de la Residencia por su comportamiento. Hacía pocos días que había enviado otra misiva al padre de Guadalupe García para advertirle de que a su hija la acompañaba un chico hasta el Instituto. Yo puedo corregir a mis residentes, establecer un procedimiento moral, pero animo a las chicas a que gocen de una sana libertad y jamás hacer de espía. Mis principios son confiar en ellas, solo sus actos excesivos me obligan a tomar medidas extremas.

Eulalia leyó en voz alta mi carta a don Pedro Palomares, tío de Carmen Pardo, que decía lo siguiente:

*Muy sr. mío y amigo:*

*Desde hace tiempo deseaba escribir a V. y si antes no lo he hecho es porque en atención al afecto que su sobrina me inspira y al respeto que me merece la generosa conducta de V. para con su sobrina Carmen, deseaba meditar mucho sobre cuál fuera el plan que más convendría para el próximo curso con Carmen.*

*Como ya le he dicho en repetidas ocasiones cuando he tenido el gusto de hablar con V., me parece que convendría emplear con Carmen Pardo una gran severidad que el régimen de esta casa hace poco fácil, pues, aunque es verdad que las alumnas están aquí sometidas a reglas muy estrictas, partimos, para obtener su educación, de que ellas procedan con absoluta sinceridad en sus actos y veracidad en sus palabras en todo momento, pero especialmente cuando se dirijan a nosotras. De Carmen no hemos conseguido, a pesar de mis esfuerzos y tenacidad, que aprenda a proceder como persona consciente de sus actos. Aunque tiene diecisiete años es lo mismo que si tuviera diez y se conduce con un género de infantilismo que exige que durante un tiempo la tenga V. recluida en un convento o que viva en una familia que no la dejen sola ni un solo momento, cosa que a mí me sería muy difícil hacer. No solo no ha aprobado todas las asignaturas como ella le ha dicho a V. sino que no se ha presentado a examen de ninguna y por consiguiente nos ha engañado a todos de tal manera que yo ya no puedo admitirla de nuevo en la casa. Es decir, por V., la admitiría y me impondría toda clase de sacrificios, pero sé que no adelantaremos nada con ella, pues como no dice la verdad no me permito suponer que pueda corregirla y dirigirla por el camino del deber. Además, mantiene relaciones más o*

*menos amorosas con un muchacho militar que estaba esta primavera en África, y que ella me dijo era su primo y así lo creo, pero eso también la distrae mucho de sus obligaciones.*

*Por todo lo cual, y aunque me sea muy doloroso, me veo en el deber de advertírsele a V. a fin de que pueda tomar una determinación.*

*Queda suya afectísima*

—Es una carta muy dura, María. La niña tiene solo diecisiete años y puede que el muchacho sea, de verdad, un primo suyo.

—¿Otro primo, Eulalia? Temo que no es así en este caso. Esta criatura ni tiene predisposición al estudio ni ganas de cultivarse. Ya hemos hecho lo posible. Terminará el curso, y el año que viene ya veremos si han servido los correctivos familiares.

—Eulalia —proseguí—, me siento más orgullosa de las alumnas de clase media más modesta que de otras, ya que esta es la más valiosa de la sociedad española. Saben que el estudio les dará la independencia económica y esa necesidad es un incentivo en su ánimo. Ellas sí que conseguirán manejar su economía y las gestiones administrativas que ahora solo ejecutan sus padres o sus maridos, en los casos de las mujeres casadas. Quienes ven que tienen la economía resuelta y sufren de carácter débil se relajan porque creen que van a conseguir un título solo por estar aquí. Creen que la Residencia es un aval académico para sus diferentes universidades y en eso se equivocan. Por eso debo ser firme en estas decisiones tan dolorosas.

Me costaba mucho equilibrar las cuentas de la Residencia, pero prefería ajustarlas con lo que pagaban las residentes extranjeras y así becar a las que procedían de clases modestas. Es de justicia y una obligación por parte de quienes fomentamos la educación universitaria reconocer a quienes aman los estudios y distinguirlos de quienes pierden el tiempo y el dinero de sus padres.

Las becas que consigo sonsacar de nuestros presupuestos nos serán recompensadas por la satisfacción, y, en el futuro, cuando ellas ya hayan acabado aquí, tengo ideado crear un «pacto de honor».

—¿En qué consiste, ese pacto de honor, María?

—Ahora mismo estoy utilizando el dinero de las extranjeras para poder tener becas a unas diez niñas al año. Pero esto veo que es insostenible en el tiempo. Ese pacto de honor consistirá, cuando nuestra economía nos obligue, en que en el momento que empiecen a trabajar nos irán devolviendo el dinero que les hayamos prestado. Mientras tanto seguirán haciendo trabajos en favor de la Residencia. Limpiarán los jardines, las instalaciones, ayudarán a organizar los espacios comunes. Todo aquello que pueda aportar a mantener el nivel de nuestro hogar. Fíjate todo lo que ya están haciendo Victoria Kent y Matilde Huici; las dos se van a convertir en las primeras abogadas de España y Kent está investigando el caso de la agresión a Victorina Durán, además de seguir como auxiliar en la biblioteca. Matilde resulta una gran aportación dando clases preparatorias a las estudiantes del Instituto Escuela. Ellas tienen ganas de estudiar y yo les cedo una beca para que puedan conseguirlo. De otro modo, ninguna podría continuar aquí ni en la universidad.

—Tuvimos becas a Victoria, Matilde...

—Francisca Bohigas, que vino de Barcelona a estudiar Magisterio, y se matriculó en leyes. Es muy amiga de Victoria y Matilde. Pidió una beca a la Junta de Ampliación de Estudios porque quería estudiar en Ginebra las tendencias europeas en psicología y educación. Pero yo veo que

tiene mucha inclinación hacia la política. Esa mujer llegará lejos, y ya verás cómo su influencia política impulsará a las mujeres. Me resulta muy edificante que Kent, siendo socialista, se lleve tan bien con Bohigas, que es de derechas. Esto también me enorgullece, que se haya conseguido bajo nuestro techo como parte de los valores de convivencia fundamentales. Da igual nuestra ideología: nos unen los objetivos de libertad.

—¿Josefina Carabias está también becada?

—En efecto. Los padres de Josefina son dueños de tierras en las que cultivan y crían ganado, en Arenas de San Pedro. Pero llegó aquí después de grandes discusiones con ellos, que no le permitían estudiar. En lugar de trabajar en el campo de Ávila ella se pasaba el día leyendo o metida en el mundo del teatro. Me contó que estudió por su cuenta el bachiller y con él se vino a Madrid cual billete de emancipación, dejando graves discusiones en su casa. Se ha matriculado en Derecho, pero está colaborando con la revista *Mundo Gráfico*. Yo veo que será periodista porque cada vez que habla conmigo parece que está practicando entrevistas para las revistas. Es muy feliz y en el Ateneo se ha hecho gran amiga de Miguel de Unamuno y Ramón del Valle Inclán.

—¿Cómo es que está entre las becadas Concha Méndez? Es de familia rica de San Sebastián.

—Su caso es excepcional. Sabes que choca totalmente con el comportamiento misógino que impera en su casa. Cuando la entrevisté para ver si la aceptaba me contó que, en una ocasión, un amigo de sus padres que estaba visitándolos en casa les preguntó a sus hermanos qué querían ser de mayores. No se dirigió a ella, así que, sin rubor alguno, se acercó para contestarle que ella quería ser capitán de barco. Me provocó una gran carcajada cuando me lo contó. Pero lo más tremendo fue lo que le respondió él: «Las niñas no son nada». Al final era coherente que Concha se buscara un mundo propio. La cultura adquirida en Francia amplifica su tono intelectual. Ya ves que pasa todo el día escribiendo poemas por los jardines de la Residencia. Pero mantiene tertulias muy enriquecedoras con Rafael Alberti y Federico García Lorca, aunque creo que tiene una relación especial, diría que íntima, con Luis Buñuel. Se les ve mucho juntos durante sus veraneos en San Sebastián.

—María, he de contarte algo que ha ocurrido en la Puerta del Sol y en eso está involucrada Concha. Al parecer salió de paseo por Madrid con Maruja Mallo, Margarita Manso, Salvador Dalí y Federico García Lorca. Ya sabes que ellas son muy rebeldes y quieren acabar con estereotipos. ¡Bueno, pues decidieron quitarse el sombrero en medio de la plaza! La gente las empezó a insultar, las abuchearon e incluso me dicen que les llegaron a tirar piedras. ¿No te han comentado nada?

—Sí, estoy al corriente —respondí a Eulalia para tranquilizarla—. Y aunque yo sigo con mi sombrero, he de confesarte que esa manera de reivindicar su liberación me parece oportuna.

—Es que dijo que iba a salir a la calle con un globo de helio atado a la muñeca para poner sobre él su sombrero. ¡Y cada vez que tuviera que saludar descubriría el globo!

—Es divertido, ¿no te parece? Y un acto de valentía, sin duda. Una liberación de tantas ataduras a las que estamos, sometidas las mujeres. Déjalas hacer, porque eso nos ayudará a todas. Pero me gusta su teoría, ellas aseguran que tienen la necesidad de quitarse el sombrero porque se les congestionan las ideas. No tengo intención de amonestarlas por ello. También me gusta la lucha por feminizar la gramática. Antes eran todos poetas y ahora son poetisa, pintora y escritora.

Eulalia y yo íbamos haciendo el repaso semanal por cada una de las alumnas que más destacaban en la Residencia. Por ello salieron con naturalidad los casos de Cecilia García de Cosa y Elisa Soriano. Esas dos mujeres tenían mi admiración especial, eran fundamento de mi orgullo por mi obra, ya que se convirtieron en las primeras chicas que ganaron una oposición como médicos de la marina mercante. Y las dos eran mis becadas.

Cecilia era muy tenaz. Consiguió una plaza en el mercante holandés Zelanda y viajó en dos ocasiones a Sudamérica. Una de esas veces, coincidiendo con que mi hermano Ramiro seguía de embajador en Buenos Aires, a donde fue destinado durante la dictadura de Primo de Rivera, la homenajeó nombrándola portadora de la medalla que se había acuñado en Argentina con motivo de la visita del buque *Juan Sebastián Elcano*. Cuando se la entregó al rey, este se quedó estupefacto al ver que Cecilia era una mujer de veintitrés años.

En medio de la charla llamó a la puerta una alumna. Juana Moreno, una de las primeras residentes que acogí. Quizás me encariñé especialmente con ella por el hecho de que era huérfana. Y esta condición, a su vez, podía ser motivo de su comportamiento, que le recriminé. «A mí me gustan las discípulas rebeldes —le dije— cuando su rebeldía se refiere a asuntos concretos de la ciencia que el maestro ha enseñado: pero usted no se ha acercado a mí en tal actitud más que para pedirme aumento de sueldo o para reprocharme lo poco que he hecho por usted en la vida. Puse en mis primeras alumnas cuanto supe y cuanto pude, y libré batallas para que su vida en esta casa les fuera más grata y les sirviera de aprendizaje fecundo en la vida. A usted le concedí una beca en la Residencia para que hiciera su preparación de ingreso en la Escuela Superior de Magisterio y no lo consiguió. Al no realizar sus propósitos la coloqué en la Residencia junto a mí para que cubriera usted los gastos de experiencia en la enseñanza, y en dicha institución ha alcanzado usted el sueldo máximo. Le proporcioné una beca para que fuera usted a estudiar a América y a aprender inglés. Nada más. Creo, por consiguiente, que ha llegado el momento de que afronte la vida sin mi ayuda, ya que esa pobre ayuda mía no es para usted más que estorbo y entorpecimiento».

Juana Moreno era una de sus alumnas preferidas. La escena narrada constituyó un duro toque de atención, que a la postre fue efectivo. Juana siguió trabajando y colaborando en la Residencia durante bastantes años más, llegando a sustituir a María en la dirección de primaria del Instituto Escuela tras la dimisión de esta en 1934.

*El Lyceum Club*

«Confieso que yo misma no estaba convencida de nuestra razón, pero hice lo que pude por entender. Me presentaron a la gran sufragista, la señora Despard, quien expresó su esperanza de que España se uniera pronto al movimiento. No podía imaginar a ninguno de mis amigos deseando tal cosa».

ISABEL OYARZÁBAL

La Residencia de la calle Fortuny ha sido el germen de escritoras, pedagogas, juristas o científicas, formadas mediante prácticas en el laboratorio fundado por Mary Louis Fuster, que conforman esa élite intelectual femenina de las primeras décadas del siglo XX, valiente hasta el punto de atreverse a acceder a un mundo que hasta entonces estaba reservado solo para los hombres. Este grupo, liderado por María de Maeztu, funda en noviembre de 1926 el Lyceum Club femenino, la primera organización cultural española laica y exclusivamente femenina que se crea a imagen y semejanza de la de Londres, nacida en 1903. Al igual que esta última, la institución cuenta con siete secciones: la social, la de música, la de artes plásticas e industriales, la de literatura, la de ciencias, la internacional y la hispanoamericana.

En la primera reunión oficial de esta nueva institución se nombra presidenta a María de Maeztu, porque es una de las grandes figuras del feminismo en Madrid, por su liderazgo y porque tenía la posibilidad de ofrecer un espacio físico para las reuniones; Victoria Kent e Isabel Oyarzábal son elegidas vicepresidentas, Zenobia Camprubí secretaria y como tesorera Amalia Galarraga de Salaverria. Son socias destacadas Clara Campoamor, María Teresa León, María Lejárraga, Ernestina de Champourcín, Maruja Mallo, Elena Fortún, Victorina Durán, Carmen Baroja, la jovencísima Hildegart Rodríguez, Concha Méndez, María Goyri y Carmen Conde.

Ellas, que desarrollan su trabajo con absoluta normalidad y con total transparencia su lucha por la igualdad de los derechos de la mujer con respecto a los del hombre, no pueden entender la gran oposición masculina a la que deben enfrentarse por haber «osado» crear un club femenino con la única pretensión de tener un lugar propio en el que poder ser ellas mismas, hablar libremente, compartir ideas, así como luchar por los derechos civiles de la mujer.

—Ya, pero con la Iglesia hemos topado, que diría Sancho —comentó Zenobia.

—Con la Iglesia y con el machismo de los hombres, incluso con el de algunos que se creen cultos y consideran natural que ellos puedan reunirse en un club al que solo los hombres pueden acceder, pero les parece una aberración que las mujeres hagamos lo mismo —añadió Clara Campoamor.

—Hace tiempo que queríamos tener una casa donde poder reunirnos y traer a nuestras amigas, o a señoras extranjeras. Trataremos de fomentar en las mujeres el espíritu colectivo, facilitando el intercambio de ideas y encauzando las actividades que redunden en su beneficio;

aunaremos todas las iniciativas y manifestaciones de índole artística, social, literaria, científica, orientadas en bien de la colectividad —defendió Isabel Oyarzábal.

—Ya, pero los machos españoles y los curas no pueden permitir que las mujeres «salgan del hogar de forma incontrolada», como ellos dicen.

—Está bien. Pero nosotras debemos centrarnos en lo sustancial: somos la primera organización femenina democrática donde las mujeres no tienen que ser de clase alta, sino haber demostrado su compromiso con la sociedad. Vamos a ayudar a las mujeres que quieren crecer y aprender proporcionándoles un lugar donde llevar a cabo sus aspiraciones y sentirse menos solas —concluyó la presidenta.

Las mujeres en España, en 1926, viven con un desfase importante respecto a otras féminas europeas y al margen de inquietudes culturales, actividades sociales, intereses o deseos de equipararse a los hombres en derechos... excepto, claro está, la vanguardia de las mujeres ilustradas, que habían pasado por la Residencia de la calle Fortuny. La mayor parte de estas procede de familias acomodadas que pueden costear los estudios de sus hijas y que ven con naturalidad el hecho de que también las féminas puedan estudiar. Sin embargo, pese a componer casi una élite dentro de la sociedad española, sus acciones tienen un gran impacto en el panorama social de su tiempo, pues su eco se va expandiendo por diferentes clases hasta llegar a rincones impensables, en el momento en que una maestra o una enfermera ejerce su trabajo en barrios pobres y marginales. Además, como las conferencias en el liceo son abiertas al público, el quehacer de estas mujeres va despertando interés en otras que, si bien son más tradicionales y viven cómodamente en sus casas con su familia, también tienen curiosidad por aprender. Por eso, pese a no ser universitarias, consideran que las actividades del Lyceum son una oportunidad para cultivar sus intereses y alejarse del ámbito doméstico, aunque solo sea por unas horas. Es precisamente una de estas mujeres de la burguesía ilustrada la que propone a María de Maeztu invitar a la reina Victoria Eugenia al Club. Ella la conoce y sabe de sus inquietudes sobre el papel de la mujer en la sociedad del siglo XX.

—Su personalidad y sus gustos encajan perfectamente con nuestro ideario y propósitos. Le gustan la música y las artes plásticas, y también los ejercicios físicos. Ella alienta cualquier iniciativa a favor de la cultura, principalmente aquellas actividades de carácter social y de educación femenina. Y su presencia en el Club, si es que accede, callará muchas bocas.

—Ciertamente es una mujer con una gran personalidad. De una belleza que nadie cuestiona, es culta y feminista, pero dadas sus circunstancias, no sé si va a querer complicarse más la vida —respondió la presidenta del Lyceum.

—Todo el mundo sabe que la reina Victoria Eugenia es portadora de una enfermedad, la hemofilia, que aunque ella no la sufre, ha transmitido a alguno de sus hijos. Este padecimiento ha provocado el distanciamiento de su marido y la infelicidad de ella al conocer que, amén de otros deslices, tiene como amante a Carmen Ruiz Moragas, con la que procreó dos hijos, Leandro y María Teresa.

—Para colmo tiene en contra a los nobles, a su suegra y a parte de los españoles que la aceptaron mal por ser extranjera.

—Pues por todos estos motivos creo que va a responder afirmativamente a la invitación, ya que va a venir a un lugar donde va a ser bien recibida y alabada.

—El matrimonio con el rey no empezó bien, porque recordad el atentado el día de su boda y el hecho de que la madre del rey quería una mujer austriaca para su hijo. En cambio, él eligió a una inglesa.

—Pero ella se defiende de todas estas agresiones en la medida de sus posibilidades. Cuentan una anécdota, no sé si cierta o no, según la cual entre los nobles que conspiraban para quitársela de en medio estaba el duque de Lájara. La reina lo llamó a sus aposentos y le dijo: «Si estás detrás de esta conspiración, yo no te puedo castigar, pero Dios lo hará». Y cayó fulminado ahí mismo.

—También ha revolucionado la corte en cuestión indumentaria al introducir la ropa más suelta y de líneas rectas, que disimulan sus formas anchas. Me han dicho que ahora la viste Balenciaga.

—Fuma y es muy cercana en el trato —apostilló la que mejor la conocía.

Las directivas del Lyceum acuerdan que sea María de Maeztu, como presidenta de la institución, la que escriba una carta invitándola formalmente a ser la presidenta de honor y que la señora que ha hecho la propuesta se la entregue al secretario de su majestad.

El texto que envían a la reina, consensuado por el cuadro directivo firmado por María de Maeztu, explica que el Club está abierto a todas las mujeres, que pretende ser un espacio en el que compartir inquietudes intelectuales del momento con todas las mujeres que así lo deseen. No es solo un lugar de reunión donde tomarse una taza de té y cambiar impresiones, sino un centro cultural donde se organizan cursillos, conferencias, conciertos o exposiciones a cargo de intelectuales, científicos o artistas nacionales o extranjeros.

También le mencionan las dificultades y diatribas surgidas con algunos hombres, contrarios a que las mujeres, en España, dispongan de un lugar propio: «Hemos sido insultadas públicamente con adjetivos tales como ateas, madres desnaturalizadas, club de las maridas, casino de señoras, revolucionarias irredentas, enemigas de la familia cristiana, desertoras del hogar. Los insultos han llegado a tal grado que Victoria Kent y María Huici tuvieron que poner sus conocimientos en derecho al servicio de sus amigas para defenderlas ante los tribunales».

Por todo ello, le pide encarecidamente que, si sus compromisos se lo permiten, tenga a bien acudir a alguna sesión del Lyceum, en la fecha que ella considere conveniente.

Sin embargo, aún no se había producido una de las situaciones más humillantes y menos esperadas. La directiva del club invita a Jacinto Benavente, premio Nobel de Literatura en 1922 «por haber continuado dignamente las tradiciones del teatro español», a dar una conferencia similar a la que habían pronunciado Unamuno, que leyó su drama *Raquel encadenada*; García Lorca, que disertó sobre «Imaginación, inspiración y evasión en poesía», Alberti, etcétera. Sin embargo, el insigne premio Nobel se negó a entrar a este «antro» femenino bajo el argumento de que a él no le «gusta hablar a tontas y a locas».

Las personas que habían cursado la invitación se sintieron indignadas porque era una agresión directa por el mero hecho de ser mujeres, por el desprecio hacia ellas que destilaba la respuesta y porque Benavente gozaba de gran prestigio entre determinados sectores de la cultura y de la intelectualidad de la época. Sin embargo, María de Maeztu intentó suavizar la cólera que reinaba entre sus compañeras.

—No debemos preocuparnos, pues en toda su obra se aprecia ese desprecio por la mujer, que debe tener algo que ver con su condición de homosexual. No vamos a darle más importancia.

—Este ha sido el más burdo en su reacción, pero si nos dedicamos a estudiar lo que sobre el género femenino han escrito nuestros intelectuales más respetados, deberíamos criticar abiertamente a todos ellos.

—Quizás no sea el momento —cortó María intentando aplacar los ánimos.

Pero el deseo de la mayoría de las asistentes a aquella reunión era despotricar contra quienes, desde la autoridad moral que les proporciona su prestigio intelectual, han escrito sobre la



mujer como un ser inferior desde el punto de vista de la inteligencia.

—Mirad que Gregorio Marañón, científico y médico reconocido internacionalmente, ha escrito sobre «el carácter sexualmente anormal de estas mujeres que saltan al campo de las actividades masculinas y en él logran conquistar un lugar preeminente. Agitadoras, pensadoras, artistas, inventoras; en todas las que han dejado un nombre ilustre en la historia se pueden descubrir los rasgos del sexo masculino, adormecido en las mujeres normales, que en ellas se alza con anormal pujanza, aunque sea compatible con otros aspectos de una feminidad perfecta» — advirtió María Lejárraga, directora de la Biblioteca.

—Pues Ortega no va a la zaga. Y lo peor es que como goza del prestigio de ser un liberal ilustrado sus opiniones sobre la mujer toman carta de naturaleza y de verdad científica.

—Esperad, que voy a traer de la biblioteca unos artículos publicados en la *Revista de Occidente* y os leo algún párrafo: «Toda la vida psíquica de la mujer esta fundida con su vida física pues el alma femenina es más corporal que la del hombre, y su psique, radicalmente distinta, se caracteriza entre otras cosas por una sequía de imaginación, una falta radical de curiosidad y una sensibilidad más profunda y vigorosa. De tal manera que el punto fuerte de la mujer no es saber, sino sentir. Saber las cosas es tener conceptos y definiciones, y esto es obra de varón. La mujer no sabe. La mujer, por tanto, a diferencia del varón, viene a ser incapaz de conocimiento racional —no se maneja con conceptos y definiciones—, tiene dificultades para la reflexión o el pensamiento abstracto y en su lugar procede por medio de instintos y sentimientos. Esta carencia intelectual, así como su falta de imaginación, facilita que la mujer se adapte al papel secundario que le impone la naturaleza. Porque la mujer normalmente imagina, fantasea menos que el hombre, y a ello debe su más fácil adaptación al destino real que le es impuesto».

—Tiene algunos mucho peores, como cuando escribe que lo que caracteriza a la mente femenina y la hace diferir radicalmente de la masculina es, sobre todo, la irracionalidad: «El centro del alma femenina, por muy inteligente que sea la mujer, está ocupado por un poder irracional. Si el varón es la persona racional, es la fémica la persona irracional».

—Puestas a competir en discursos escritos por este hombre supuestamente inteligente y racional, yo destacaría aquello de que el hombre inteligente siente un poco de repugnancia por la mujer talentada, como no sea que en ella se compense el exceso de razón con un exceso de sinrazón. El hombre, ante la mujer demasiado racional siente amistad y admiración, en vez de amor.

—Bueno ya es suficiente —concluyó María de Maeztu—. Estamos aquí para analizar nuestra actuación durante el año.

—Pese a que nos mantenemos exclusivamente con recursos propios, hemos logrado afrontar todas las iniciativas que nos habíamos propuesto a principios de año. La Casa de Niños para hijos de mujeres trabajadoras ha funcionado, también hemos crecido en aceptación social femenina, pues cada vez son más mujeres las que sienten que este es «su» lugar —explicó Zenobia Camprubí.

—Y hemos conseguido, con la ayuda y el trabajo de todas, que por nuestra sala de conferencias pasen personas socialmente muy influyentes, como García Lorca, Ricardo Baeza, Unamuno o Rafael Alberti, entre otros, que de esta manera han mostrado su apoyo a nuestra iniciativa y a los objetivos que perseguimos.

—Acordaos del escándalo que montó Alberti al presentarse en la sala de conferencias vestido de tonto, metido en una levita inmensa, con un pantalón de fuelle, cuello ancho de pajarita y un pequeño sombrero hongo, con una paloma enjaulada en una mano y un galápago en la otra, ya que la conferencia se llamaba: «Palomita y galápago» y armó la marimorena.

—Enfadó a unos, que lo consideraron poco serio, y divirtió a otros. Pero quien no conocía el Lyceum, lo conoció a partir de ese día. No sé si se habló del contenido de su conferencia, pero sí de su indumentaria.

—¿Podemos volver al motivo que nos ha traído hasta aquí? —preguntó la presidenta del club

Lógicamente, todas respondieron afirmativamente y continuaron tratando los temas del orden del día. Antes de despedirse Zenobia Camprubí preguntó si no había llegado ninguna respuesta de la Casa Real.

—No, de momento no.

El Lyceum seguía con su día a día, pero sus actividades estaban cada vez más enfocadas a ser un lugar de intercambio y difusión de la obra de las escritoras de lo que se ha dado en llamar la Edad de Plata de la Literatura española. Las socias más importantes como Isabel Oyarzábal, María Teresa León, Elena Fortún y muchas otras dan a conocer sus escritos en el Lyceum. Cada una de ellas aporta algo y surge entre ellas una amistad verdadera, llena de complicidad. Evidentemente, no pueden estar de acuerdo en todo y cada vez que surge el debate sobre la oportunidad o no de conseguir el sufragio femenino, se posicionan en contra las que se sitúan ideológicamente más a la izquierda, con Victoria Kent como referente, y a favor las que se ubican en posiciones más liberales, encabezadas por Clara Campoamor.

También se debatió en las salas del Lyceum sobre la retirada del artículo 438 del Código Penal que castigaba solo con el destierro el asesinato de la mujer adúltera. Y puede afirmarse que fue todo un éxito, pues se consiguió que desapareciera esta flagrante discriminación.

Finalmente llega el día en que María de Maeztu recibe la esperada comunicación de la Casa Real aceptando la invitación. La reina Victoria Eugenia pensaba a asistir a una de las conferencias. La junta decidió ofrecer a su majestad la presidencia honorífica del Lyceum, que aceptó otorgando así al club la máxima legitimidad de manos de la monarquía. La presidenta reúne al cuadro directivo y barajan la posibilidad de organizar un concierto en lugar de una conferencia.

—Ese día tenemos a Benjamín Jarnés. A mí no me parece mal. Va a leer *Viviana y Merlín*, y a su majestad le puede interesar.

—En cualquier caso, me parece mejor comunicárselo.

Desde la Casa Real consideran oportuna esa especie de novela-ensayo o novela intelectual, a juzgar de algunos, escrita por Benjamín Jarnés, en la que Viviana roba la magia a Merlín y lo supera. En realidad, el único deseo de la reina, y así se lo hizo saber a María de Maeztu, era estar allí para dar apoyo público a una iniciativa con la que estaba totalmente de acuerdo y, al mismo tiempo, sacar los colores a algunas personas que por ser hombres creen tener superioridad moral para agredir o humillar a las mujeres.

Por fin llega el día de la visita de su majestad y en el Club todo son nervios. Han confirmado prácticamente la totalidad de las personas que habían sido invitadas, incluidos los hombres que no son muy favorables a la existencia del Lyceum y aquellos que tienen un concepto erróneo de la inteligencia de la mujer.

Todos los invitados están en los lugares que les han sido asignados cuando llega la reina, acompañada por una de sus damas, la duquesa de Parcent, y por María de Maeztu que la ha esperado en la puerta. Al entrar en la sala de conferencias se oye una ovación cerrada de todos los asistentes. Esta batalla la han ganado «las maridas».

*Problemas para el Lyceum Club. Gira americana*

«Debe ser magnífico llevar un nombre glorioso sin que haya costado nada el derecho de poseerlo.  
Yo para mantener el mío —muy modestito— tengo que dejarme la piel en cada escena».  
MARÍA DE MAEZTU

Los insultos que venían de la calle eran tan potentes que se filtraron hasta mi despacho.

—¡Mira, ahí va el Club de «las Maridas»! ¡Marimachos! ¡Groseras!

Las voces increpantes me llegaban enredadas entre unos cuantos insultos y más carcajadas.

La escena era, sinceramente, vergonzosa. No nos quedaba más remedio que lidiar con ello.

Me levanté de la silla de mi despacho, donde estaba preparando la próxima reunión con la Junta y el grupo fundador, para entender qué sucedía. Desde mi ventana volví a ver, avergonzada, el grupo de mujeres y hombres que habitualmente se acercaba a hacer ruido desde la calle. Aunque estábamos en un paraje a las afueras de Madrid, rodeados por un extenso campo, árboles, naturaleza y el canto de los pájaros, algunas personas incluían en su paseo el recorrido frente a la Residencia donde se detenían para insultarnos. Muchos de sus criterios se fundamentaban en la creencia de que la educación robustecía y aportaba atributos varoniles a las mujeres.

Hoy remarco aquí lo que defendí desde la primera conferencia que ofrecí en 1904 en Bilbao, al subrayar que la sociedad evolucionará cuando una mujer sepa y pueda llenar más perfectamente que en la actualidad los fines que la naturaleza y la sociedad le tienen señalados. Que la mujer no es inferior al hombre, que deben dársele medios para nivelarla con ellos y que su cerebro es perfectamente igual al de los hombres más talentosos. Simplemente, no estaban de acuerdo con que hubiera un lugar donde a las mujeres se les preparara para formarse en estudios superiores. Desde mi juventud tuve enfrente también a los jesuitas quienes estaban en contra de los nuevos métodos educativos. Me odiaban. Estaba, en cierta medida, acostumbrada a las críticas de la sociedad que consideraba nuestro estancamiento como la mejor solución para la evolución. Herencia de Fernando VII, interpreto, quien cerró las universidades al considerarlas focos del liberalismo. Su hija, la reina Isabel II, «la reina de los tristes destinos», las reabrió. En 1855 la situación educativa en España era paupérrima. Miles de pueblos no tenían escuelas. Los que las tenían carecían de mesas y asientos, así como de locales mínimamente higiénicos para los estudiantes, que a menudo sufrían escoliosis que deformaban sus espaldas o desarrollaban miopía. Entonces se decía que los bancos de pesada madera de las escuelas y universidades estaban diseñados para hablar y escuchar, pero no para hacer. Parecía que lo que pretendían los profesores era tener retenidos a los niños para que no pudieran moverse y mantenerlos controlarlos.

Se calcula que, en toda España, en el año 1859, solo había cincuenta y seis bibliotecas públicas con 1.628 libros en total, que eran los únicos a los que tenían acceso los interesados en

leer. El número de estudiantes era ínfimo, unos 6.104 universitarios, de los cuales la mitad estudiaban Derecho, y diez mil alumnos de secundaria ya que solo había abiertos cincuenta y tres institutos. Julián Sanz del Río creó un grupo de profesores para intentar mejorar la enseñanza, pero al estar inspirados en el krausismo fueron expulsados por el ministro Manuel Orovio Echagüe bajo la orden del papa Pío IX, quien ponía trabas también a la libertad de cátedra. No se permitía ejercer la docencia con libertad de enseñar y debatir sin verse limitado por doctrinas instituidas. Pero sí les dio tiempo para, en ese difícil ambiente, hacer intentos con los que favorecer el crecimiento educativo de la mujer. Quizá el más fructífero se produjo con la llegada del gobierno liberal tras la revolución de 1868 que destronó a Isabel II. Sanz del Río, Francisco Giner de los Ríos y Fernando de Castro, krausistas, eran los que se encargaban de la educación de la mujer. De Castro, que llegó a ser nombrado rector, hubo de enfrentarse a muchas dudas internas, éticas y morales. Tendría sus debates internos entre su vocación como sacerdote y su lucha por «el progreso, el liberalismo y la civilización moderna». En 1868 creó las Conferencias Dominicales para la educación de la mujer o Academia de conferencias y lecturas públicas para la educación de la mujer. El primer conferenciante fue el político Manuel Ruiz Zorrilla, que ocupaba un puesto de diputado en las Cortes durante el gobierno provisional que se formó tras la revolución «Gloriosa» y fue jefe del Gobierno con Amadeo I, tras el gobierno provisional presidido por Serrano, primer presidente de la Primera República Española.

Por eso las voces de ese grupo que nos increpaba a las puertas de la Residencia me recordó aquellos convulsos tiempos. Se equivocaban al tomar como un insulto «El club de las maridas», en vez de mentarlo con su nombre de Lyceum club, con el que fue fundado en 1926, porque quien así las bautizó fue Pío Baroja, con gran acierto, por destacar la intelectualidad de todas las que lo componían.

—Señoritas, hoy las he convocado para que conozcan personalmente a las responsables de la Fundación de la Residencia de Señoritas que les está dando a todas ustedes la posibilidad de poder estudiar la carrera que deseen. Mientras accedían a esta su casa han sido increpadas por personas que no defienden la igualdad de oportunidades entre hombres y mujeres. Es por ello que quisiera presentarlas por sus propios nombres, y no por el de sus esposos, que es como se identifica a las mujeres casadas despreciando su talento e intelecto personal. Voy a ir mencionándolas una a una para que puedan visualizar la diferencia entre distinguir a las mujeres como individuos, por sus propios valores y no por los de sus esposos. Son mujeres —proseguí— que están muy interesadas en compartir con otras mujeres profesionales y de diferentes ideologías su parecer sobre los temas de la actualidad. Se reúnen, como ya lo hacen en Londres, en un club, de señoras que luce con esplendor en aquel país y que aquí se ve como algo exótico. En vez de conformarse con quedarse cómodamente en sus casas tomando el té convocan a conferenciantes para escuchar sus opiniones. Tengan presente la importancia de este club ya que vivimos un tiempo en el que parece que estamos asistiendo al comienzo del eclipse de Miguel Primo de Rivera. Para quienes nos humillan en la calle, sin duda todo ello es algo intolerable.

Empecé a mencionarlas para que identificaran una a una a las mujeres que tenían enfrente: Mabel Rick, estudiosa del *bel canto*, mujer culta donde las haya que comparte sus días y debates junto a su marido Ramón Pérez de Ayala, reconocido periodista y escritor a quien conoció en Florencia y con quien se casó en Estados Unidos. Conocida en la calle como la señora de Ayala.

Gertrudis Araquistáin, socia del Lyceum Club Femenino Español e integrante del Comité Nacional de la Agrupación de Mujeres Antifascistas. Conocida en la calle como la esposa de Luis Araquistáin Quevedo, director de la revista *España* en este momento.

Luisa Graa, quien junto con la anterior acaba de ser expulsada de Alemania por sus actividades revolucionarias y republicanas.

Dolores Cebrián, profesora en la Escuela Normal de Maestros de Toledo y concejal del Ayuntamiento de Madrid por el distrito de Chamberí, está casada con el catedrático Julián Besteiro.

Le damos, así mismo, la bienvenida a Amparo Hurtado Díaz, una de sus fundadoras, quien considera que en esta Segunda República perviven muchos intelectuales que defienden públicamente que la inferioridad humana es inherente a nuestro sexo.

—En realidad, señoritas —me interrumpió Amparo—, este Lyceum de mujeres es la primera asociación feminista del país. Nuestra existencia y organización, en la que demostramos que cuestionamos la condición social, delata el malestar de quienes no permiten nuestro crecimiento e independencia. Nos llaman criminales, liceómanas, ateas, excéntricas y desequilibradas.

Concha Fagoa intervino con cierta ironía para añadir que se nos considera un casino femenino, lleno de mujeres jugadoras.

—Y esto porque a mí me gusta jugar a las cartas —añadió con sorna—. Semejantes discursos provienen de sectores eclesiásticos para quienes estamos dominadas por el demonio. Los falangistas han heredado ese machismo fanático llegado de Italia y Alemania que denuncia la «afemenización» de España y temen nuestra colaboración en el sector público.

—Este Lyceum Club, este «club de maridas» que presido, aunque yo sea mujer soltera —puntalicé—, nos ayuda a reafirmarnos como seres necesarios para nuestra cultura y sociedad. Aquí podemos hablar con total libertad de nuestros derechos civiles, de nuestros problemas sociales. Aquí mostramos nuestros talentos y proponemos cambios, incluso, en la política y la justicia.

—Muchos intelectuales no quieren aceptar nuestra invitación para asistir a nuestra sede en la calle de las Infantas 31, el edificio que se encuentra ubicado al lado de la Casa de las Siete Chimeneas —comentó Carmen Baroja—. Sin ir más lejos cursamos una a Jacinto Benavente quien nos dijo, literalmente, que no tenía tiempo para atendernos. Que no podía dar una conferencia «a tontas y a locas». Estas, estimadas señoritas, son las acciones que nos dan a conocer el profundo sentir de muchos.

—No olvidemos que el insigne doctor endocrinólogo Gregorio Marañón reduce la utilidad de las mujeres a ser únicamente madres. Muchos juristas están asumiendo su discurso que dice estar basado en estudios científicos que demostrarían que somos biológicamente distintas, inferiores a ellos, lo que nos remite a una vida limitada a estar recluidas en nuestros hogares.

—Hemos iniciado una campaña para que sea suprimido el artículo 57 del Código Civil, que nos obliga a depender de las órdenes de nuestros maridos. Estamos tratando de erradicar el 438 del Código Penal, artículo intolerable que castiga solo con el destierro al marido que mate o hiera de gravedad a su mujer si esta le ha sido infiel. Defendemos la igualdad económica y luchamos por poder votar en la próxima oportunidad que surja.

—Nuestra idea —retomé mi discurso—, como se ha dicho a la lo largo de este encuentro, es defender los intereses morales y materiales de la mujer admitiendo, encauzando y desarrollando todas aquellas iniciativas y actividades de índole exclusivamente económica, benéfica, artística y literaria que redunde en su beneficio. Así como fomentar el espíritu colectivo, proporcionando a sus asociadas en el local de la Sociedad cuantas comodidades sean posibles para hacerles agradable su estancia en él, facilitando así el intercambio de ideas y la compenetración de sentimientos. Existe una campaña feroz también surgida de otros grupos de mujeres, como la Unión de Damas Españolas del Sagrado Corazón, que han lanzado circulares, y que por su

ignorancia de nuestras bases fundamentales creen que adoctrinamos a niñas para demoler la sociedad, la familia católica, apostólica y romana. En fin, seguiremos con nuestros objetivos sabiendo que lo que hacemos se sostiene en estos fundamentos.

—Matilde Huici, abogada, Victoria Kent, política, compañera vuestra muy entregada a la Residencia y vicepresidenta de este Lyceum, Isabel Oyarzábal miembro de la institución, Zenobia Camprubí, nuestra secretaria en el Lyceum, escritora y traductora, miembro de la Asociación Nacional de Mujeres Españolas, Mabel Pérez de Ayala o Mabel Rick como ella prefiere ser conocida, defensora del republicanismo, Victorina Durán a quien todas conocéis, Matilde Calvo Rodero, Carmen de Mesa, Encarnación Aragoneses, escritora conocida como Elena Fortún, Rosario Lacy de Elorrieta, Ernestina de Champourcín y Clara Campoamor. Son un centenar de mujeres reformistas, entusiasmadas por la igualdad de condiciones. Por formar parte de él, para su sostenimiento las afiliadas aportamos una cuota mensual y con la celebración de las actividades que vamos organizando recaudamos fondos para el mantenimiento de la sede.

—La taquilla de la obra de *El mirlo blanco*, que representamos —dijo Carmen Monné—, nos benefició mucho. Se preparó el programa con *Ligazón*, de Valle Inclán, *Arlequín*, de Pío Baroja y el cuento *Marinos vascos*, de mi esposo Ricardo Baroja. Pusimos las butacas a veinte pesetas y se llenó el salón. Reunimos más de 4.000 pesetas. Las hermanas María y Elena Sorolla, hijas de Joaquín, célebre pintor, vendieron todos los cuadros de la primera exposición que organizaron. Montamos conciertos en el club, por los que hay que pagar. Y tenemos la subvención del ministro de Instrucción Pública y Bellas Artes. El señor Barnés nos aporta 10.000 pesetas.

Después intervine yo:

—Como entenderán estos actos congregan a la burguesía madrileña, mujeres e hijas de escritores, profesores, médicos..., junto a mujeres de la colonia extranjera. La identidad, nuestra identidad, es única, individual e intransferible. Nadie debe intentar ser quien no es. Debemos luchar por construir nuestra propia personalidad para distinguirnos por ella, cuestión nada fácil si deseamos vivir en consecuencia y coherencia con nuestros principios. La emancipación es una labor ardua que atiende a nuestros propios deseos por ser quienes somos. Siempre estaremos en crecimiento permanente en función de aquellas cosas a las que queramos adherirnos. Pero mi recomendación es que podamos vivir de manera autosuficiente sin la necesidad de ser lo que otra persona o institución nos aporte. Son nuestros derechos humanos. Nosotras no seremos señoras de nadie. Seríamos, en cualquier caso, compañeras, amantes, amigas, pero no únicamente «esposas de». Eso es un desprecio a la valía de la mujer. El «señora de» nos anula y deriva a ser propiedad de otra persona, ya que estás a su servicio para acatar sus deseos, obedecerlo prioritariamente sin pensar en nosotras mismas. Ese servicio antiguo que convierte a la mujer en casi una esclava ha de ser desterrado de nuestra sociedad. Para ello es necesario tener interés por la cultura, la lectura y la motivación de la experimentación, la búsqueda de nuestro talento para fomentarlo hasta el punto de que hallemos nuestra identidad. No toleren que retuerzan sus identidades. Cuando alguien se dirija a ustedes como «señora de», corrijan con elegancia, educación, pero con determinación, haciéndose respetar y repitan con rotundidad su nombre. Puede que la primera vez que lo hagan resulte incómodo, pero no habrá una segunda ocasión, pues alcanzarán la conquista de su reconocimiento y posición social. Su identidad tiene un origen, que es cuando sus padres deciden cómo se llamará. A lo largo de su vida dependerá de ustedes mismas, de su reivindicación íntima de cómo quieren ser, y ser identificadas como individuos. Al final de sus días serán mencionadas, presentadas y recordadas por lo que fueron y no por «de quién» fueron. De ser así desaparecerán de la historia —concluí.

Los aplausos fueron atronadores cuando terminé mi disertación nacida desde lo más hondo

de mis entrañas. Sí, tenía rabia, mucho genio, pero era necesario mostrar el carácter para que fuera ejemplo y espejo de muchas jóvenes que necesitaban mirarse en alguien de quien recoger fuerzas y argumentos.

—No me extraña que la apoden «María la Brava» —escuché que mi querido hermano Ramiro le comentaba, entre sonrisas orgullosas, a su amigo Pepe Ortega y Gasset.

—Es una auténtica luchadora, se ve que se le va la vida en ello. El discurso es muy necesario frente a las publicaciones que está realizando Cecilia de Luengo. ¿Leíste lo nuevo sobre la mujer y el hogar? —preguntó Ortega—. Dice Cecilia que «las mujeres deben considerarse las últimas de la casa y a su marido el primero. Que lo mismo que la mujer derrochadora, la falsa economista hace su hogar frío y repugnante: aleja al hombre, que se refugia en el café o en el casino, cuando no forma otro hogar donde encontrar la paz y el descanso que no tiene en el legítimo. Por su negligencia y por su ignorancia, la mujer labra su propia desdicha: fomenta los vicios del hombre». Y más espanto produce, querido Ramiro, cuando se dirige a las jóvenes. Ha publicado que «su vida útil, benemérita de altruismo, se alejará de las torturas del ridículo y las inconfesadas amarguras de las solteras (...) desdichadas desahuciadas de la vida».

—Son publicaciones a las que mi hermana María hace oídos sordos. Ya me dijo literalmente, cuando hablamos de este tema, que «el camino no puede ser más áspero y a veces las espinas te quitan la salud, pero la finalidad me parece cada vez más certera y luminosa». Es un gran Lyceum, querido Pepe, porque estas mujeres con lo que se defienden de esas doctrinas, con lo que rompen los límites que las cercan en sus hogares, es con los libros.

Y allí estábamos las «Sinsombrero», con un Código Civil que nos equiparaba con los menores de edad, con los dementes, sordomudos y analfabetos. Las mujeres estábamos destinadas a ser esposas, solteras o monjas. ¡Ah! O terminar poniendo un estanco. El resto de lo que hiciéramos estaba muy mal visto. No quiero decirles aquellas que proyectaban su talento sobre diferentes escenarios, que actuaban en obras de teatro, cantaban o bailaban. Ellas sí que eran excluidas de la sociedad.

—Mi próxima conferencia estará dedicada, exclusivamente, a exponerles la evolución de la mujer a lo largo del siglo XIX. Desde Matilde Padrós, quien fue la primera mujer en licenciarse en 1893, pasando por María Goyri, que es una de sus profesoras, hasta nuestros días. La señora Goyri tuvo la valentía de estudiar la carrera de Filosofía y Letras en el año 1893. Cuando se matriculó en la universidad de Madrid el secretario le advirtió que no se hacía responsable de lo que le pudiera ocurrir tanto dentro como fuera de la universidad. Goyri sabía que no había ninguna ley que le impidiera estudiar, pero se le exigió que aportase una autorización especial del Ministerio de Fomento. Terminó los estudios de manera brillante. Les diré que se convirtió en la esposa de un gran intelectual, don Ramón Menéndez Pidal. Las cosas han cambiado en estos años, pero debemos evolucionar. Muchas de ustedes han elegido estudiar Magisterio, Música o Cultura General, pero no olviden el ejemplo de María Goyri, Concepción Arenal y Elena Maseras, pionera al inscribirse en la Facultad de Medicina en la Universidad de Barcelona como mujer de pleno derecho y que al entrar en clase recibió una ovación de todos sus compañeros varones. Seguiré con muchos más casos imprescindibles. Lo que pretendo es animarlas a que estudien filosofía, química —ya que contamos con un formidable laboratorio—, que hagan medicina, economía e incluso derecho. Se nos facilita, ya al fin, el acceso a las universidades, pero no a la judicatura. ¿Qué interés puede haber en este veto? Rebelémonos contra él y lleguemos a los

bufetes de abogados e incluso al parlamento como diputadas.

Los ánimos estaban muy caldeados. En la sala de conferencias se respiraba un ambiente ilusionante, cargado de energía. Se abrieron debates que, al irse disolviendo por los pasillos de la Residencia, parecían la siembra de miles de semillas cayendo en tierra fértil. De allí nacería, de manera irremediable y formidable, la revolución por la educación de la mujer y para el beneficio común, para el beneficio social de toda España.

La sala se quedó vacía después de que todas las alumnas y profesoras e invitadas del Lyceum Club fueron yéndose para ocuparse de sus propias obligaciones. Mientras recogía mis papeles de la mesa se me acercó José Castillejo, secretario de la Junta de ampliación de Estudios. Subió a la tarima y con un rostro que contenía toda su ira me dijo con tono reservado:

—Señorita Maeztu: debo llamarle la atención puesto que esta Residencia, que todos los presentes patrocinamos, no se está ajustando al proyecto por el que se inauguró. Se impulsó que la Residencia fuera un lugar para fomentar el estudio de las mujeres, pero para prepararse para ser maestras, únicamente. Y usted está pasándose de lo pactado ampliando las materias hasta límites insospechados. Ya tiene usted aquí noventa estudiantes de las que la mayoría se dedica a los estudios de Magisterio, o se preparan para ingresar en la Escuela Superior de Magisterio, dos estudiantes de Música y seis de Cultura General. Pero hay una que pretende ir a la universidad. Requiero una explicación sobre sus futuros planes. Lo que ha provocado hoy entre todas ellas es más que intolerable. Nos va a generar problemas con el ministerio. ¿Quiere que nos cierren las universidades otra vez?

—Comprendo su enfado, señor Castillejo. Pero entiéndame que todos los años recorridos y habiendo estudiado en diferentes países, como Alemania, Inglaterra, Francia... para analizar cómo evolucionan, traiga esas ideas que tanto necesitamos a España. No le engaño, me gusta exponer mi idea de manera libre, a pesar de que mis patrocinadores, en este caso usted o la Junta de Ampliación de Estudios, critiquen los valores educativos que considero fundamentales. Le ruego, José, que se sume a mi revolución y transformación, y que me permita continuar con mi obra. Si usted decide lo contrario yo no puedo seguir dirigiendo la Residencia de Señoritas. Le doy un día para que lo decida y me iré.

Tuve que viajar a Nueva York, donde me convocaron para otras conferencias, y me llegaron noticias de la tensa situación que se vivía en nuestro país. Con tanto viaje delegaba la dirección de la Residencia en manos de mi fiel amiga Rafaela Ortega y Gasset, quien se apoyaba fundamentalmente, a su vez, en la secretaria Eulalia Lapresta, en cuyo talento confiaba plenamente, incluso para que se quedara toda la vida definitivamente como directora.

Desde Estados Unidos, desde Cuba, desde el país donde estuviera ofreciendo mis conferencias escribía cartas en las que me confesaba ante mi madre y mi amiga María Martos. Esta carta es del 27 de abril de 1927:

*No sabe, María, con cuanto cariño la recuerdo... Créame que, en mi perspectiva de regreso a España, el recuerdo de nuestras conversaciones y la promesa de que se volverán a realizar es una de las pocas cosas que me sonrían. Por lo demás, tiemblo al pensar en el regreso —y de buena gana me quedaría aquí, donde me ofrecen puestos brillantes— porque comprendo que cada vez tiene que serme más difícil mi actuación ahí. Yo tengo que emplear, mi querida María, en mi labor constructiva procedimientos puros de una moral que a las derechas le huelen a azufre y a las*



*izquierdas le parecen poco revolucionarios. Es el destino de toda labor de esta índole: mantenerse en la frontera, en aquella raya espiritual donde vienen a estrellarse unas veces y a fundirse otras las enconadas pasiones de ambos bandos. Desde aquí y a lo lejos, veo cuán importante es resistir con serenidad y firmeza los embates de los unos y de los otros. Pido a Dios que me dé fuerza para recorrer ese camino áspero y tan polvoriento.*

*Ramiro, al fin, no ha podido más y ha pasado el Rubicón. Nada me ha escrito y nada le he dicho yo a él, pero ¡qué cerca de mi corazón lo he sentido en este duro momento de desgarramiento espiritual y cuánto he sufrido por él! De los amigos, que han debido imaginarse que he tenido forzosamente que participar en aquel dolor inevitable, no he recibido ni una línea de aliento. De usted tampoco, María.*

*Pero no diga nada a nadie de estas mis confesiones íntimas. ¡No le quiero decir a usted, María, lo que me espera a mi regreso! ¡De esos miserables que antes no me dejaban vivir y ahora más que nunca se creerán en el deber de pronunciarse como enemigos declarados! Pero no me importa. Yo, quiero a Ramiro por encima de todo y me reconforta saber que él, que tanto contribuyó a mi formación, es un caballero perfecto en un país donde tan pocos quedan.*

En Nueva York me sentía feliz porque recibía halagos constantes de los estudiantes, quienes le pidieron a la *dean* que me contratasen para siempre. Tengo su cariño, pero me falta el de mis amigos en España. Después de esta estancia en Nueva York me fui a Cuba a impartir otras conferencias sobre el seudofeminismo, los tres grandes pedagogos del humanismo: Rousseau, Pestalozzi y Herbart, y después desarrollé temas sobre la psicología de la infancia y la adolescencia, y también sobre la cultura femenina, invitada por la institución Hispano-Cubana de Cultura. Aproveché para recorrer la ciudad, que me resultó amable y hermosa, también porque mi padre había nacido, vivido y trabajado allí. Me hubiera gustado saber si me quedaba algún familiar en esa isla donde está el núcleo de nuestra raza más importante y atrayente de la América hispana.

A mi regreso a España retomé mis labores en Madrid, pero le conté todo a mi madre buscando desahogo y consuelo:

*Aquí, en 1927, me encuentro con una vida relativamente tranquila en la universidad, que comparada con mi trabajo horrendo de la Residencia resulta casi nada. Voy a ver si con todos estos viajes puedo proporcionarme algunas economías que me permitan trabajar menos en Madrid y organizar mi vida de otro modo, pues tal como he vivido en los últimos años no puedo continuar. Ahora más que nunca, con el paso que ha dado Ramiro de aproximación al gobierno de Primo de Rivera, las gentes de la Junta, que están enfrente de la dictadura, van a hacerme la vida imposible, pues como no pueden vengarse con él lo harán conmigo, como si yo tuviese la culpa. Ya sabes tú qué gente es aquella y con qué dureza proceden con los que no piensan como ellos, pues claro está que el librepensamiento consiste en anular a todos los que piensan diferente. Por eso lo mejor es ir preparando la manera de retirarme dignamente y eso es lo que yo hago, aunque con mucho*

*sacrificio y dolor...*

Mi secretaria en el Lyceum Zenobia Camprubí, entró en la sala de mi despacho como una exhalación. Alterada, no parecía poder unir una frase completa.

—¡Qué pasa Zenobia, por Dios, aprende a controlarte!

—María, María, —sollozaba—... han herido a Victorina, Victorina Durán.

—Pero ¿por qué?, ¿qué ha ocurrido?

—Está ingresada en el hospital. Alguien la ha apaleado y han pintado en la fachada de su casa «Putas Lesbianas».

*Victorina Durán*

«La sociedad haría muy bien recluyéndolas como locas o criminales, en lugar de permitirles clamar en el club contra las leyes humanas y las divinas. El ambiente moral de la calle y de la familia ganaría mucho con la hospitalización o el confinamiento de esas féminas excéntricas y desequilibradas».

PADRE LORVEN, seudónimo

Victorina tenía la cara reventada. Sus ojos estaban inflados por la sangre contenida en los párpados, sus ojeras estaban amoratadas. La cara estaba totalmente deforme por diferentes inflamaciones, yo casi ni podía reconocerla. Sabía que era Victorina porque el médico me había llevado hasta su cama. ¿Quién haría la barbaridad de darle una paliza que casi la mata? Dudaba si acariciarla, para que sintiera algo de consuelo a través del tacto de una mano amiga, o quedarme quieta mirándola hasta que apreciara mi presencia. El diagnóstico era fatal y no sabíamos si saldría con vida a causa de la saña con que la habían agredido. La clavícula dislocada, el brazo y la muñeca también, y tres costillas rotas con perforación de pulmón derecho. La habían empujado desde lo alto de una escalera por la que estaba subiendo a su casa y de la que cayó rodando hasta chocar la cabeza contra una maceta que adornaba el descansillo. Se veía como un monstruo. Para colmo habían rasurado sin ningún cuidado el cabello oscuro de media cabeza para coserle el cráneo con más de cuarenta puntos. Lloré a causa de la indignación, por dolor, de rabia, y quería atrapar a los malvados que le habían hecho eso.

Me quedé a su lado durante días hasta que empezó a gemir. Supongo que ya se le estaba pasando el efecto de la morfina que habría que volverle a inyectar hasta calmar su dolor. Volví a coger su mano y le susurré al oído para decirle que era yo.

—Vic, soy María.

No era capaz de hablar. Los labios seguían partidos, secos y cicatrizados por la costra de sangre y casi no podía gesticular.

—No hagas esfuerzos, querida amiga. Estoy aquí. Todas estamos preocupadas por ti. No estás sola.

Una línea de lágrimas salió de sus ojos entreabiertos recorriendo su cara hasta el interior de los oídos. Era su misión. Victorina siempre mantenía, como uno de sus lemas de vida, que todos hemos venido al mundo con una o varias misiones que cumplir. Que todos tenemos algo que realizar y debemos hacerlo. Parecía que esa paliza recibida fuese parte de su misión. Había cierta dignidad en la forma de lucir sus heridas.

Victorina Durán Cebrián nació en Madrid el 12 de noviembre de 1899. Vivió en una familia donde reinaba el equilibrio y la paz, y no obstante, de alguna manera, en ella parecía que se

rompían los estereotipos tradicionales de la época, ya que su madre, Genoveva, era bailarina del Teatro Real y su padre, José, era militar, pero abonado del coliseo. Esa vida inmersa en la cultura artística podría favorecer que su padre aceptara con naturalidad que Victorina perteneciera al mundo de las artes escénicas, literarias, incluso poéticas y pictóricas. Pero no era así. Don José Durán Lerchundi hubiera preferido para su hija una vida ilustrada, pero más discreta, probablemente dedicada a las letras o, quién sabe, adaptada a una vida patriarcal bajo la tutela de un hombre bien posicionado.

El caso es que, a la postre, hubo de aceptar que Victorina enmarcara su vida, desde la infancia, entre tabiques de madera que se deslizaban sobre ruedas trasladando decorados de un lado a otro para servir de fondo a diversas escenas teatrales. Trabajaba con personas como Matilde Calvo Rodero, que dirigía y transformaba personajes con distintos trajes de épocas diversas. Ambas decoraban tabiques, maquillaban caras con colores exagerados, dirigían músicos a quienes impartían clases de diversos instrumentos, o se integraban en grupos de numerosas bailarinas y bailarines que estiraban sus piernas sobre los hombros y dejaban caer sus cabezas hasta los tobillos. Así pasaron los años entre esas gentes singulares, libros prohibidos forrados con la portada de la revista *Cosmópolis* para ocultar sus auténticos títulos perseguidos, que se intercambiaban, con sus debates y sus amigos. Victorina se convirtió en una artista polifacética: igual interpretaba un papel en una obra de teatro que pintaba cuadros o bailaba. La vocación por las artes le venía desde niña, así como la fluidez verbal y la libertad para expresarse al hablar sobre cualquier tema.

Llegó a estudiar en el Conservatorio Nacional de Música y Declamación de Madrid, después ingresó en la Escuela de Pintura, Escultura y Grabado. Para 1917 su formación ya le permitía ser profesora en la Escuela de Pintura, y fue cuando la llamé a la Residencia de Señoritas para que me ayudara a impartir clases. Su cartera de amistades era tan vasta como interesante: desde Matilde Calvo Rodero, quien se convirtió en una respetada profesora, periodista, directora de teatro, música y dramaturga, pasando por la escritora Rosa Chacel, de quien era íntima amiga, así como de su marido, el pintor Timoteo Pérez Rubio, hasta Salvador Dalí, a quien no había que presentar ni en aquella época, Maruja Mallo, destacada por su pintura surrealista, o Carlos Sáenz de Tejada figurinista e ilustrador. Eran artistas destacados e innovadores que se juntaban en grupos culturales y de ocio. Victorina era fresca, curiosa, sensual. Al año de estar impartiendo clases de dibujo como auxiliar gratuita en la Escuela Normal de Maestras de Madrid, el 17 de marzo de 1920 se convirtió en profesora especial de la Escuela del Hogar y Profesional de la Mujer durante seis años, en los que permaneció conmigo en la Residencia de Señoritas. Un año antes, en 1925, había traído un nuevo arte de París a España, en uno de sus viajes becados por la Junta de Evaluación de Estudios y para completar la formación en el extranjero, la creación del batik, una técnica para teñir las telas. Lo que podría considerarse por algunos en la época una inutilidad, llegó a arraigar en España como una cultura textil de gran atractivo, cuya enseñanza impartió Victorina en la Residencia como «procedimiento técnico relativo a la decoración del hogar susceptible de ser realizado por mujeres». En efecto, a mediados de los años veinte, en París, las artes decorativas eran una auténtica referencia del diseño mundial y constituían un significativo factor económico nacional. Victorina convirtió este trabajo, de origen malasio e indonesio sobre todo, en una importante materia para la Residencia, que trascendería hasta el Museo Nacional de Artes Industriales, fundado en 1912 y denominado Museo Nacional de Artes Decorativas desde 1927, dirigido entonces por quien fue su maestro, Rafael Doménech. Así defendía Victorina en su expediente la materia para que se impartiera la creación de batiks y lacas y el repujado de piel en la Residencia: «Forman estas pequeñas industrias un conjunto de medios

fáciles de ser puestos en práctica en trabajos individuales, que sigue constituyendo en todas las grandes naciones una fuente de riqueza femenina y que en España puede alcanzar un gran desarrollo por la facilidad con que la mujer aprende todo trabajo de carácter manual y delicadamente artístico».

Los dos meses durante los que Victorina estudió en la capital francesa fueron suficientes para que captara la esencia del gran valor que traía a España. Con sus estudios y talento, cultivado a lo largo de su vida, ilustrado con el repujado de cuero además de la especialización en las técnicas del batik, Victorina Durán empezó a promoverse en diferentes exposiciones locales, provinciales e, incluso, llegó con su arte a niveles internacionales por los que obtuvo galardones importantes. En la Exposición de Artes decorativas de París recibió la medalla de Plata en 1925, y sus amistades crecían a nivel mundial, con personalidades como Francisco Pérez-Dolz y Luis Fernández.

La vida de Victorina Durán era apasionante. Ella la hacía así siendo libre desde que levantaba cada día, y a lo largo de las horas llenas de una intensa programación.

Lo que la llevó a esa cama del hospital no fue ninguna de sus exposiciones y premios. Me atrevería a asegurar que Victorina es una de las primeras personas que habla de su vida personal, de su homosexualidad, con una sinceridad asombrosa para la época. Y me atrevería a decir más, quizá el marido de la baronesa, su actual novia, sea el responsable de que mi amiga esté ahora en la cama de este hospital entre la vida y la muerte.

A Victorina no la ha traído al hospital una enfermedad, sino su tendencia sexual.

«No sé si habré dejado de amar por haber muerto o habré muerto por haber dejado de amar».

VICTORINA DURÁN

Victorina arrastraba en su rostro la tristeza por su sufrimiento. Nos abrazamos fuerte y lloramos juntas. Entre nuestros cuerpos, que permanecieron unidos largos minutos, quedaban atrapadas todas las palabras que se convirtieron en agua y no nos dijimos. Era injusto que hubiese estado a punto de morir por un ataque inaceptable de alguien que odiaba a las mujeres que aman a las mujeres.

Jamás Victorina tuvo miedo de hablar en público sobre su lesbianismo. La personalidad de Victorina Durán se enmarcaba a la perfección entre las mujeres valientes de la época. En su caso, además de su elevado nivel intelectual, que la posicionaba entre nuestro gran grupo de mujeres amantes de modernizar España a través del Lyceum Club Femenino, hubo de luchar por su condición sexual. Ella llegaba a decir que los homosexuales eran unos cobardes. En ningún caso sentí que lo dijera de modo despectivo, sino por un intenso trabajo de autorreconocimiento y asunción de su naturaleza sentimental y física hacia las mujeres, que había que afrontar en la calle si la insultaban. Llevar hacia adelante su dignidad sin menoscabar la fortaleza personal era arduo y difícil. Vic, como la llamábamos entre los amigos, admiraba cómo los homosexuales varones afrontaban con arrojo su reivindicación pública y criticaba que ninguna mujer tuviera la valentía de confesar públicamente su lesbianismo. Ellas vivían envueltas en un silencio oscuro y profundo del que no se veían capaces de emerger. Entre las amistades de Vic, entre sus amantes, había mujeres casadas, otras que ya tenían hijos, incluso mujeres con nietos que eran lesbianas. Se amaban a escondidas disfrazando sus encuentros con falsas reuniones de amigas para poder retirarse a un lugar íntimo, con mucha suerte a la habitación o el apartamento de una de ellas, donde poder besarse, hacerse el amor, conversar libremente de sus proyectos, de sus pensamientos, de sus sensaciones.

Pasamos prácticamente toda la mañana en la Residencia donde las chicas pudieron ofrecer su cariño a Victorina. Ella vivió con mucha emoción aquel recibimiento de un gran número de mujeres que la aceptaban haciéndole sentirse libre y sin prejuicios. Luego, se marchó al Círculo Sáfico de Madrid, que había creado con un puñado de amigas que tenían en común esa lucha reivindicativa para poder gozar de una sexualidad diferente, cortarse el pelo, vestir con pantalones, fumar o conducir coches. Muchas mujeres que impulsaron nuevas ideas y cambios sociales.

—Debo irme, María —me dijo henchida en su orgullo recuperado.

—¿Quieres que te acompañe a casa? Debes ser prudente y no andar sola después de lo que

has pasado.

—No te preocupes. Federico me va a recoger con el coche para llevarme al Club Sáfico. Hemos quedado con Carmen Conde, Irene Polo, Lucía Sánchez Saonil, Salvador Dalí y Maruja Mallo.

Le sonreí al escuchar los nombres que iba enumerando.

—En verdad, querida, sois todo un batallón de personas, feministas, rebeldes y trasgresoras dispuestas a continuar viviendo abiertamente vuestra homosexualidad en esta España tan rancia como intolerante.

—Federico me ha prometido que iba a escribir una obra de teatro donde sus personajes sean homosexuales que cuenten su amor desde una visión realista, sin tapujos. Otra cosa es que pueda llevarla a cabo, ya que podría perder su prestigio en crecimiento. Sería una magnífica manera de ir denunciando la discriminación homosexual. Imagínate, Federico García Lorca subiendo a escena a personas que somos apedreadas. El teatro se quedaría vacío.

—O se llenaría, Vic, nunca se sabe. Estoy segura de que si Lorca te ha dicho eso lo hará realidad.

El Círculo Sáfico, que ellas crearon casi a la vez que la apertura de la Residencia, era un lugar de máxima seguridad para quienes lo formaban. Durante años fue el lugar donde los homosexuales podían compartir sus experiencias. Allí, además de convivir en plena libertad, exponían las cuestiones que irían abordando al objeto de ir abriéndose camino en la sociedad. Se proponían poner en escena obras de teatro que versaran sobre la homosexualidad. Se fortalecían en sus ideas para avanzar en una sociedad que había que ir educando para que todos ellos fueran aceptados. Maruja Mallo, Margarita Xirgú, Carlota O'Neill, Rosa Chacel, Elena Fortún, Irene López Heredia, Lola Membrives, Cipriano Rivas Cheriff, incluso Salvador Dalí se unieron al Club Sáfico. Matilde Ras acababa de ser nombrada en 1929 primera mujer catedrática de Indumentaria de España. Era una magnífica integrante del Club, comprometida en la defensa de la mujer que buscaba su nuevo sitio y función en la sociedad. Se enfrentó a Ramón y Cajal, Gregorio Marañón y a Pilar Primo de Rivera ante las actitudes machistas de todos ellos. A las lesbianas se las trataba como a seres inferiores, con la justificación de que el lesbianismo era antinatural.

Tengo que recordar qué papel ha representado la mujer a lo largo de la historia y cómo se nos considera ahora, tras siglos batallando para estar donde nos corresponde, que es en el mismo lugar que ocupan los hombres.

En el salón de té ya estaban todos sentados habiéndole dado un gran recibimiento a Victorina. Le regalaron dos cosas, un libro y un periódico. El libro era de la autora inglesa Radclyffe Hall y en el periódico había una fotografía de dos mujeres vestidas de negro que ocupaba toda la portada. La novela original, que había sido publicada en 1928, se titulaba *The Well of Loneliness*, que tradujeron al castellano como *El pozo de la soledad*, la primera obra moderna de temática abiertamente lésbica.

—Querida Vic. Este libro que ha llegado a mis manos te congratulará con su relato —le dijo Elena Fortún—. En Londres está causando gran revuelo por su contenido. Uno de los movimientos más formidables contra esta publicación lo ha iniciado el editor del diario *Sunday Express*, quien se ha negado a publicar cualquier entrevista con la autora porque ha dicho que «preferiría darle a un chico o una chica saludable una botella de ácido prúsico, cianuro, antes que publicar esa novela». Dice la autora que su personaje, Stephen, ofrece todo lo que se puede necesitar para

llegar a entender mejor las emociones, las sensaciones, los sentimientos que experimentan durante su amor.

—¡Pero si la única escena explícita que describe la relación sexual entre Stephen y su amante solamente dice «y esa noche no estuvieron divididas»! —exclamó un tanto alterada Margarita Xirgú.

—En Estados Unidos tampoco la dejaban entrar. Todos los ejemplares estuvieron retenidos en la aduana de Nueva York y hubo unas batallas legales impresionantes hasta que ganaron y la dejaron publicar —apuntó Victoria Kent—. Eso ha provocado que haya más interés por leer su contenido, que algunos juzgan obsceno.

—Estas polémicas resultan muy desagradables, pero la parte beneficiosa de todo ello es que se pone en boca de todo el mundo nuestra existencia, nuestro derecho a existir. Y vamos a seguir con nuestros objetivos.

Dalí preguntó a Vic quién creía que le había hecho aquello. Quién pudo haberla empujado para que rodara por las escaleras.

Los ojos de Victorina miraron hacia la parte superior izquierda donde estaban guardados sus recuerdos. Y comenzó a hablar como si se hubiera quedado sola, expresando en voz alta lo que había en su interior:

—He conocido a muchas mujeres con las que he compartido sus sufrimientos. Señoras que tras años de estar casadas y que incluso habían tenido hasta cinco hijos, me confesaron, entre sollozos, con una inmensa pena, que nunca habían sentido el placer del sexo. Esa honda sensación de vacío de cuando sabes que te estás perdiendo algo tan vital que te hace sentir que tu cuerpo está muerto. Cuando hablábamos del orgasmo ellas confesaban conocer su existencia, pero nunca lo habían experimentado, ni solas ni con un hombre en su lecho. ¿Por qué lloramos al saber que no estamos siendo amadas? Creo que lo verdaderamente anormal es que una mujer no sienta nada con su marido y pueda tener hijos, es decir, que cumpla su función de reproducción, sin sentir como el hombre el placer para lograrlo. ¿Cabe más anormalidad en la propia naturaleza?

»Yo no sabía que era homosexual. De hecho, tenía una relación con un hombre que me aportaba física y espiritualmente todo lo que podía desear. Su intelecto me seducía y teníamos una vida en pareja que se podría considerar convencionalmente satisfactoria. Jamás noté ninguna diferencia en mi ser ni en mi comportamiento que me provocara una sensación de diferencia. Hasta que un día, estando en Valencia hace varios años ya, en 1921, en Las Arenas, en la Playa del Cabañal, conocí a la baronesa M. L. Nos invitó a una fiesta que organizó en su casa con otros amigos a quienes yo no conocía en absoluto. Durante la cena la casa estaba adornada con gran exquisitez y las luces de los candelabros daban al salón un cariz cálido y tenue que aumentaba su belleza. La baronesa era muy elegante. Movía su cuerpo con gracilidad mientras nos atendía a cada uno de nosotros. Se deslizaba con sus ropas como si no caminase y flotara sobre las alfombras. Tenía un atractivo demoníaco, acentuado por su alborotado pelo rojo. Cualquier parecido con mis estereotipos estéticos era inexistente. Cuando me dijeron que estaba invitada por una baronesa imaginé que nos recibiría en su casa una señora mayor y rancia. Pero aquella figura emergió ante mí hasta dejarme arrobada e incluso algo anulada por el miedo que me hacía sentir que me estaba enamorando al verla. Su voz y la reverberación de sus risas sonaban como con una sordina de piano al pisar el pedal del eco. Manejaba a cada uno de los invitados a su antojo sin delatar, en exceso, el poder de su seducción. Se veía que le gustaba gustar. Seducía con gran maestría a sus amigos varones. Caían en su red uno a uno, todos tonteaban con ella. Mientras bailábamos uno le rodeaba, con pretendido disimulo, la cintura con su mano y ella le dejaba que acercara su vientre al pecho. La baronesa se giraba con habilidad para desprenderse del cuerpo



de ese hombre como si el giro del baile hubiera llegado con la inoportunidad de romper lo que podría haber seguido siendo una unión de alientos. A mí me estaba poniendo muy nerviosa ese juego de bailes entre unos, otros y siempre ella. Ella era el centro de atención. No por ser la anfitriona, sino por su capacidad de fascinación.

»Yo ya estaba exhausta. Quería irme a mi casa. Estaba hasta enfadada por ver cómo todos los hombres la adoraban y que ella los iba conquistando uno a uno y, a la vez, tirando al barranco del desprecio. Ardía ese salón de pasiones abortadas. La cena y el baile se prolongaron hasta las cinco de la madrugada, cuando alguien decidió que tenía hambre y deseaba ver el amanecer, por lo que nos llevaron a Ostrícola a comer ostras. El sol naciente estaba adorando el rostro de M. L., tuve celos de su luz porque yo deseaba cubrir con mis labios cada uno de los pliegues de su rostro. Sus jugosos pómulos y, sus turgentes labios. Los párpados tersos que cegaban sus ojos. Los tenía cerrados, pero yo sabía que ella estaba manejando cada uno de sus gestos matándonos a todos con el deseo. Yo quería estar a solas con ella. Todos me molestaban, y me irritaban aquellos hombres de quienes no sabía cómo desprenderme.

»Hasta que empecé a sentir un sueño que me hundía tanto que empecé a notar que mi cara se estaba marchitando. Cuando dije que quería irme a mi casa, en Benicalap, ella nos ofreció dormir en la suya. A mi amiga la llevaron a una habitación y la baronesa me acompañó a la suya en la planta superior. Recuerdo que, al cerrarse esa puerta, para mí no había más mundo que nosotras dos. Ya no necesitaba nada del exterior, ni siquiera agua, ni comida, ni trabajo, ni dinero. Ella era mi mundo entero en el primer beso que me dio. Apoyó su espalda en la puerta de la habitación y su mirada fue solo para mí. Sonrió muy confiada porque ya tenía lo que había estado muñendo toda la noche durante la cena. Ese coqueteo eterno con los hombres no era más que un formidable trabajo para provocarme unos celos que me condujeran al abismo del deseo. Me decía que era muy hermosa, mientras subrayaba todos los sinónimos de belleza con sus manos entre mis cabellos. Dibujaba el ángulo de mi barbilla con el dedo índice, gesto que hizo que una corriente de electricidad recorriera todo mi cuerpo hasta mis genitales, que ya estaban húmedos. Yo estaba excitadísima. Solo quería besarla y henchirme de su ser. Ella, a quien yo admiraba por su gran belleza y magnetismo, estaba ya dentro de mí. Los besos me sumergieron en ella, y ella se convirtió en mi esencia. Hicimos el amor durante horas. Nos quedábamos dormidas y al despertar entre sueños velados los besos nos juntaban otra vez. Las sábanas me sobran, su piel era el vestido perfecto. La admiraba tumbada de lado frente a mí. Recorría con mis manos el perfil de su nariz y su boca. El cuello me pedía mordérselo y me ahogaba en su cintura abrochada en su ombligo. Alcancé las más elevadas sensaciones de placer y felicidad.

»Así pasamos un fin de semana que no medía por el tiempo. No quería marcharme. Y ella me invitó a quedarme unos días más. Mi amiga regresó a su casa, pero yo no. Dejé abandonadas todas mis obligaciones. Nadie sabía dónde estaba yo, ni cuándo regresaría.

»Aquella misteriosa mujer fue mi primer amor. Y si digo un primer amor es porque se terminó. Había regresado a Madrid y durante largos meses yo iba y venía. Cuando estaba allí no quería regresar a Madrid. Me gastaba el dinero con el que tenía que pagar las matrículas de mis estudios en regalos para ella. Hacía planes y más planes. Ella pretendía que comprásemos un piso en la capital donde poder reunirnos. Nos escribíamos cartas donde dejábamos en cada una de nuestras líneas proyectos de vida juntas. Pero su manera de redactar me decepcionaba.

»Sus conversaciones tampoco eran muy ilustradas, ya que solo me hablaba de fiestas y de sus escapadas de casa para asistir a actos sociales. Nuestros valores estaban lejos de coincidir, así como nuestra espiritualidad alejada. Y yo confieso que necesitaba de mi pareja, de mi compañera, compartir una elevada intelectualidad de la que la baronesa carecía. Dejé de responder a sus

misivas. Ella, molesta por mi largo silencio, se presentó un día en Madrid para pedirme explicaciones por mi frialdad. Me había teleografiado, pero no quise responder. En mi estudio me encontré una nota manuscrita:

*He tenido la pena de no verte en la estación. Paciencia. Si esta tarde en tu estudio no soy más afortunada, te dejaré estar y mañana sin falta, sea la hora que sea, desde las ocho de la mañana, te espero. Si quieres, almorzarás conmigo a las dos. Preguntas por mí y dices que quieres verme en la habitación 347 del Palace. A las mujeres las dejan hacer visitas en la habitación, si son otras mujeres las visitadas. Te espero con gran impaciencia.*

*Tuya, M.*

—Por supuesto que no fui, pero tuve mis dudas. No sabía cómo romper esa relación que ya nada me aportaba. Consideré que esa estrategia facilitaría el distanciamiento, que le ayudaría a comprender que ya no me interesaba nada de ella. Lo sé, no es una actitud cortés, pero tampoco me apetecía enfrentarme a ella y que escenificase una escena de mujer desesperada. O quizá es que me enamoré tanto de su belleza que tenía miedo a caer nuevamente en sus brazos. Al poco tiempo, recibí otra carta:

*Querida, ¿te has muerto? ¡Qué ingrata eres! Ya no es cosa de decirte nada más que eso. ¿Para esto he venido a Madrid? He enviado a preguntar por ti veinte veces: ni estás ni vienes tú. Me voy muy pronto. Deseo verte antes, ¿lo conseguiré? Estoy casi siempre en el hotel, ¿vendrás? O dime dónde puedo verte. A pesar de todo, te quiere, M.*

—Fui al hotel y aún estaba metida en la cama. Había desayunado, pero no tenía prisa por levantarse o ninguna actividad que realizar. Ella me esperó durante días así, entre camisones de seda y su insuperable belleza. Pero cuando la observé me pareció una mujer que ya no conocía, incluso que no me interesaba. Y para variar, estuve muy antipática y fría con ella. Me arrepentí de haber ido.

Victorina ya me había contado la historia de su primer amor femenino. Mantenía la relación con el joven con el que salía desde hacía ya dos años. Pero ella siempre decía que con él se sentía totalmente femenina y con ella se convertía en un feliz muchacho que la protegía. Contarles esta historia a sus amigos del Círculo Sáfico le sirvió de ejercicio psicológico. Echó más demonios fuera, por si alguno quedaba aún dentro de ella. Siempre nos quedó la duda de si quien la empujó escaleras abajo, lo hizo a instancias de la baronesa M. o de su marido, en caso de que éste se hubiera percatado de las andanzas de su esposa. La verdad es que, al cabo de los años, en 1932, se volvieron a encontrar en una fiesta y ambas se saludaron con afecto. Pero, a pesar de que la baronesa estableció su vivienda en Madrid, no volvieron a verse personalmente nunca más.

Victorina rompió su relación con el hombre que había sido un enamorado sintiendo una gran pena por el daño que podría haberle producido, a la vez que una gran liberación para poder disfrutar de sus relaciones homosexuales. Después de la baronesa se quitó el corsé que la oprimía, el miedo, aunque siempre trató de vivir con elegante discreción sus relaciones posteriores con otras amigas como Margarita Ruiz de Lihory, Irene López Heredia, también llamada Irene Anet,

María del Carmen Vernacci, conocida como Aurora Guzmán, Margarita Xirgú y la actriz francesa Héléne Bouvoir... En general señoritas y señoras intelectuales, feministas, pertenecientes a su mundo literario y teatral.

Victoria Kent, al escuchar el intenso relato de Vic, le ofreció el periódico que le tenían guardado como segundo regalo.

—Mira, Vic, mira la portada del periódico.

Victorina cogió el diario portugués y se quedó observando la fotografía de una pareja de jóvenes, un hombre y una mujer, vestidos de negro.

—¿Quiénes son? —preguntó, todavía saliendo de su inmersión en la historia de su pasado, que acababa de relatar.

—Son dos mujeres, Vic. Dos mujeres que se casaron en Galicia.

—¿Cómo? ¿Cómo ha sido posible que casen dos mujeres!

—Sufrieron mucho, en su día. Esta publicación es de 1901. Están huidas en Argentina.

—Pero ¿cómo consiguieron casarse dos mujeres sin que las mataran?

—En Galicia casi lo logran. En La Coruña las humillaron por la calle. Estuvieron perseguidas y se fugaron a Portugal desde donde fueron en busca de una posibilidad de vivir en paz su vida, pero también allí las detuvieron. Alguien las ayudó a llegar al otro continente.

—¡Cielo santo! ¿Y quién las casó?

—El párroco de la iglesia de San Jorge. Él no sabía que eran dos mujeres porque una de ellas se hizo pasar por hombre. En el acta matrimonial figuran los nombres de Marcela Gracia Ibeas y Mario Sánchez. Aunque, en verdad, Mario era Elisa Sánchez. Se pintó un bigotillo incipiente, se cortó el pelo y se vistió con un traje de varón. De esa guisa se presentaron ante el párroco, al que explicaron que querían una boda discreta y por la fe católica, él no vio ninguna extraña razón para no celebrarla a solas.

—¡Qué historia tan sensacional! Estas mujeres sí que son valientes.

—Se conocieron en la Escuela Normal de Maestras de La Coruña, fueron compañeras desde que eran alumnas y convivieron en la misma casa disimulando su relación en el pueblo. Cuando las vecinas empezaron a sospechar que esas dos jovencitas se acaramelaban demasiado empezaron los problemas. Ingeniaron cien situaciones para disimular, tanto que Marcela buscó un embarazo, o no, no lo sé bien, con un muchacho del pueblo que la pretendía. Yo interpreto que quizá se acostara con él para aplacar rumores y se quedó embarazada sin pretenderlo. Pero puede que quisieran ser madres y estuviera en sus planes hacerlo de esta manera. Con el embarazo adelantado vinieron los problemas ante la Iglesia y la Guardia Civil quienes exigieron que demostraran que Mario era varón.

—Claro, y huyeron de La Coruña a Portugal.

—Exacto. Y de allí, donde no consiguieron vivir demasiado tiempo sin ser encontradas por la justicia española, alguien las ayudó a tomar un barco camino de Argentina donde estarán viviendo, espero que en paz.

—Me emociona la vida de estas dos heroínas. Marcela y Elisa. ¡Entonces, se convierten en el primer matrimonio entre mujeres! —Victorina reía a placer—. ¡Qué listas! ¡Qué listas! ¡Qué listas!... —exclamaba disfrutando de la fascinante aventura de estas dos chicas, lesbianas en pleno siglo XIX. —Desconocía esta conquista que me ayuda a luchar más por nuestros propios derechos. Ojalá estén siendo felices allá donde se encuentren.

Días después de este encuentro en el Club Sáfico de Madrid, Victorina me trajo a la Residencia el periódico para hacerme conocedora de la vida de Elisa y Marcela. Fue un tema apasionante en el que ahondamos durante una larga tarde de confesiones. Tantas, que Vic me preguntó, en medio de un breve silencio, algo que a ella sí quise responder.

—¿María, y tú por qué no te has casado? ¿No tienes novio?

—Querida amiga: es una pregunta que soy consciente que flota en el aire de nuestro círculo, entre rumores. Pero a ti sí te lo voy a contar. El hecho de que yo sea una mujer soltera, autosuficiente e independiente, ha dado y dará pie a que se siga sospechando sobre mi condición sexual. Cuando la sociedad da vida a un interrogante que las personas hacen que brote de manera gratuita, no me siento obligada a responderlo, pues no soy quien ha levantado esa duda. Yo no estoy aquí para aclarar esos interrogantes. Las sospechas sobre nuestra vida íntima suscitan mucho interés, que no es tal para mí. Estoy rodeada de diferentes tipos de personas, hombres, mujeres, niños, y lo que pretendo, desde mi posición y responsabilidad, es fundamentalmente dar accesibilidad a todas las mujeres para que puedan tener las mismas oportunidades educativas que los hombres con las que desarrollarse e independizarse si así lo desearan. Lo dejé tajantemente claro durante el discurso de mi primera conferencia. Mira, la tengo aquí guardada...

—¿Es ésta? ¿«En defensa de la Mujer»?

—Sí, la Sociedad Liberal El Sitio me ofreció impartir una conferencia y ya en 1904, hace 28 años, dije lo que tienes entre tus manos. Mira: «La sociedad cambiará cuando la mujer sepa que puede superar más perfectamente que en la actualidad los fines que la naturaleza y la sociedad le tienen señalados, es decir, cuando acepte que la mujer no es inferior al hombre, que deben dárseles medios para nivelarla con ellos y que su cerebro es perfectamente igual al de los hombres más talentosos».

—¿Cómo reaccionaron?

—Me dieron una gran ovación.

—Pero aquí te refieres directamente a que las mujeres puedan acceder a los estudios para liberarse del papel de sumisas, de ese ser inferior que a la mayoría de los hombres les interesa que seamos. Pero no hablas de la liberación sexual.

—Vic, ese no era mi cometido. Si damos a la mujer la posibilidad de que se cultive crecerá su personalidad hasta poder decidir su propia vida. Y con ello, hará lo que desee con su propio ser. Las conquistas se van haciendo poco a poco para no perder la gran batalla.

—María, no me has contestado. Has desviado mi pregunta. ¿No quieres contestarme? Si te sientes incómoda...

—Mira, estoy soltera porque mi pasión es estudiar. He pasado mi vida estudiando, viajando para formarme en países como Inglaterra, Francia, Suiza... Y sigo haciéndolo. Eso no lo aguanta ningún hombre. O yo no aguantaría a ningún hombre a mi lado. Alguien a quien tendría que dar mil explicaciones. O que supusiera un freno en mis planes. Nada me interesa de lo que me pueda aportar un hombre mientras este me resulte una carga. Por el relato de mis amigas sobre cómo son sus vidas de casadas, veo que hay pocos atractivos dentro de esas casas que a mí me puedan seducir.

—¿Pero alguno te habrá seducido, alguna vez! Eres encantadora. Para muchos hombres tienes encanto físico, les gusta tu figura menuda. Eres rubia, tienes los ojos azules y, por lo que me dicen, les gusta cuando gesticulas vivamente al hablar.

—En Bélgica, en mi visita en 1910, conocí a un joven que me resultaba interesante. Era artista y me gustaba su compañía. Recorrimos las ciudades más importantes del país. Sentí cierta admiración hacia él como socialista, pero nada más. No era todo lo intelectual que yo necesitaba.

Y necesitaría, querida. Era artista, nada más. Me interesó un poco más un profesor de filosofía que conocí en la Universidad Central, donde yo me examinaba como alumna libre de filosofía, psicología superior y ética. Pero nuestros caminos eran divergentes, él se fue a Londres y yo regresé a Madrid. No quedó de esos días más que el recuerdo luminoso de un bello cuento que vino a mezclarse juguetonamente con la austera asignatura.

—¿Lo sabe alguien?

—En aquella época le escribía cartas a mi querido amigo José Ortega y Gasset. A él le hice confidente de mis sentimientos, entonces. Él sí sabe que pude plantearme la vida con aquel artista.

—¿Y a tu madre, a tu hermano Ramiro no se lo contaste?

—No tenía mayor trascendencia. Pero sí conté en casa, durante las navidades de 1909, lo que me pasó con un profesor de Pedagogía en el Congreso de Primera enseñanza que se celebró en Barcelona. Me acompañaba mi hermana Ángela y nos invitó a comer en su casa. Yo creía que se había fijado en mi hermana, pero, no. La utilizó de excusa. Yo no le presté más atención que lo que la educación obliga, así que cuando Ángela me venía con mensajes del señor, yo los rechazaba. En verdad estoy comprometida con mi obra, con la pedagogía. Esa es mi pasión, ese es mi amor. ¿Y tú, Vic? ¿Cómo te vas a plantear de ahora en adelante tu vida?

—¿Yo? Ya te lo dije, tengo varios cometidos en esta vida y entre ellos el más importante es hablar libremente de nuestra sexualidad. No me da miedo hablar de mi lesbianismo y así lo haré. Contaré mi vida, la escribiré en libros si es necesario, pero sin perjudicar a aquellas mujeres que he amado y amaré el resto de mis días. Prefiero morir por amar que vivir sin hacerlo.

*Estudiantes contra la dictadura. Emma García y Rocío Alvear*

«Defendí en Cortes Constituyentes los derechos femeninos, deber indeclinable de mujer que no puede renunciar a su sexo. Resolved lo que queráis, pero afrontando la responsabilidad de dar entrada a esa mitad del género humano en política, para que la política sea cosa de dos».

CLARA CAMPOAMOR

Emma García, la compañera de Rocío Alvear, tiene acceso a casi todo lo que se publica en contra de la dictadura porque mantiene relaciones con un chico que pertenece a la Federación Universitaria Escolar (FUE), fundada por Antonio María Sbert y otros dos compañeros, como alternativa a la Asociación de Estudiantes Católicos (AEC), que era la hegemónica. La FUE está organizándose y cada día crece el número de estudiantes que apoyan sus textos y sus protestas. Rocío es una de ellas. Participa activamente en el movimiento estudiantil, aunque con dificultades para hacerlo, ya que tiene que justificar sus horarios en la Residencia, si bien el hecho de acudir a la universidad le proporciona cierta libertad; por lo menos en horario lectivo.

Madrid la ha transformado y ya no es la niña apocada y tímida, sin criterio, que obedecía sin cuestionarse las órdenes que recibía o el destino que le habían marcado. Ahora sabe, por ejemplo, que la mujer puede ocupar su espacio en la sociedad sin ser el apéndice de un señor, tener su propia opinión y manifestarla, luchar por lo que de verdad quiere hacer y quedarse soltera, si así lo prefiere. De repente siente que su mundo ha cambiado y que le gusta más este, elegido por ella misma, que aquel que le habían asignado.

Cada vez tiene mayor interés por la filosofía y asiste con entusiasmo a las clases de Ortega y Gasset y de Zubiri. También participa en la tertulia de la *Revista de Occidente*, que edita un número mensual y que ella lee de principio a fin. Así ha podido disfrutar con los artículos de filósofos que le han interesado muchísimo, como Bertrand Russel, Rosa Chacel... Se identificaba con Russell en que ella tampoco podía expresar en su entorno familiar sus opiniones para no escandalizar a sus padres; en el caso del filósofo a sus abuelos, ya que era huérfano desde los seis años. Le fascinaban la tolerancia y la falta de prejuicios que transmitía en sus textos y alguna de las frases por las que el filósofo inglés ha pasado a la historia.

—Emma, pienso seguir asistiendo a clase y estudiando como el curso pasado, pero también deseo tener otro tipo de actividades que vayan más allá de las clases diarias. Tengo mucha curiosidad por conocer otras maneras de pensar y asistir a charlas o conferencias diferentes a las que programan en la Residencia que, por otro lado, considero muy interesantes.

—Te entiendo perfectamente, porque Madrid es muy grande y hay muchas vidas más allá de la que nos ofrecen en la Universidad Central y en la Residencia de Señoritas.

—Totalmente de acuerdo. Pero sucede que con la rigidez de horarios que tenemos aquí, no sé cómo vamos a poder saltárnoslos.

—Yo no tengo problema, porque mis padres pidieron a la dirección de la Residencia que me dejaran ir a casa de mis tíos, que viven en Madrid. Por eso, lo único que tengo que hacer es avisar el día que voy a casa de ellos y a qué hora voy a volver.

—¿Qué es del hijo de los amigos de tus padres que estudia en Madrid y con el que tenías permiso para salir?

—Que sigue estudiando aquí y que lo que menos me apetece es salir con él —contestó Rocío.

—Bueno, pero te puede servir como excusa. Dices que vas a ir con él y, en realidad, nos vamos a otros sitios. Ahora bien, de vez en cuando tendrás que acompañarlo para ir al cine o al teatro.

—De acuerdo. Lo haremos así.

—Sé que se están organizando protestas contra el dictador para, finalmente, convocar una huelga general.

—¿Para cuándo?

—Para marzo

—¿El motivo?

—El expediente abierto al catedrático Luis Jiménez de Asúa por una conferencia que dio en la Universidad de Murcia sobre el control de natalidad.

—Como eres tú la que está más directamente en contacto con la FUE, ¿me irás avisando?

—Por supuesto.

Rocío continúa asistiendo a sus clases, estudiando todo lo necesario para sacar buenas calificaciones y tener contentos a sus padres. Así mismo, de vez en cuando sale a pasear con Ramón Guerrero, con quien a ratos se divierte y otros, cuando adopta el papel de señorito andaluz, siente deseos de tenerlo lo más lejos posible. Es verdad que ella, ahora, está más segura de sí misma y es capaz de controlar muchas de las situaciones que antes podían resultarle extremadamente incómodas. También es ella la que propone lugares para ir, que resulten entretenidos y que no sean comprometidos. Nada de bailes o similares, se había propuesto a sí misma, porque ya sabe cómo se comporta él en cuanto tiene la más mínima oportunidad.

Al mismo tiempo se preocupa mucho por estar al corriente de lo que políticamente sucede en España y de participar en todas las iniciativas encaminadas a terminar con la dictadura y a implantar una Constitución que restituya los derechos de la ciudadanía. Como el día tiene veinticuatro horas y no hay manera de alargarlo, piensa que debe distribuir bien su tiempo para que sus actuaciones resulten efectivas y no se dispersen. Así pues, cree que su participación en el movimiento estudiantil puede resultar efectiva, de la misma manera que puede aprender, y mucho, de las mujeres que tiene muy cerca y que actúan en el entorno de la Residencia y del Lyceum.

—¿Te acuerdas de la promulgación de la Ley Callejo en mayo de 1928, cuyo artículo 53 permite expedir títulos universitarios a los centros de estudios superiores privados y que están regidos por los jesuitas, en Deusto, y los agustinos en el Escorial? —preguntó Emma.

—Sí, la recuerdo. ¿Cuál era exactamente el problema?

—Que van a salir muchos licenciados procedentes de los centros educativos confesionales, por lo que los estudiantes encaminados a profesiones liberales se quieren defender.

—¿Y qué podemos hacer para evitarlo?

—La FUE está preparando una huelga general en las facultades de toda España y no solo en Madrid.

—¿Para cuándo?

—Para principios de marzo.

- ¿Y ya ha sido formalmente convocada?  
—No, se decidió en la asamblea celebrada ayer y lo anunciarán en los próximos días.  
—Gracias por la información.

La Federación de Universitarios españoles hace pública la convocatoria de huelga general y la dictadura, como respuesta inmediata, expulsa a Sbert de la universidad, lo que provoca inmediatas algaradas callejeras contra el gobierno, pero también contra la monarquía. La ola de protesta empieza a extenderse a otras universidades y Primo de Rivera reacciona destituyendo al rector de la Universidad de Madrid, así como a los decanos de todas las facultades.

Los estudiantes, bastante bien organizados, apedrean la casa del dictador y la sede del diario *ABC*, por considerarlo conservador y monárquico. Mientras tanto, la Policía y la Guardia Civil ocupan los edificios universitarios y al día siguiente lo hace el ejército.

—Han detenido a muchos compañeros y nos amenazan con perder la matrícula a los que participemos en la huelga.

—El pulso está siendo duro, pero ahora es cuando no podemos aflojar —responde Emma.

—Pues habrá que esperar para ver hasta dónde está dispuesta a llegar la dictadura.

—De momento parece que nos cierran la universidad. Eso es lo que han dicho en la asamblea hoy por la mañana.

—¿Y vamos a perder el curso?

—No lo creo, pero como vamos a continuar con las barricadas, pues ellos van a cerrar la universidad.

—Una medida muy drástica, ¿no te parece?

—Suponemos que es una medida que no pueden dilatar en el tiempo porque, ¿qué van a hacer con quienes no solo no han participado en la huelga, sino que están en contra? Además, tenemos a muchos profesores de nuestro lado y creo que de una u otra manera van a hacer público ese apoyo.

—Tienes razón. Tendrán que ceder por lo menos en esta medida. En cualquier caso, deberíamos ir estudiando por nuestra cuenta para evitar sorpresas.

—La responsabilidad te puede —comenta Emma en un tono jocoso.

Rocío aprovecha estas vacaciones improvisadas para hacer cosas que habitualmente no puede, como leer libros ajenos a los «obligatorios», ver obras de teatro y disfrutar un poco más del tiempo de ocio. Esta situación le acerca a Ramón Guerrero, que está dispuesto a hacer cualquier cosa para complacerla, pues a él le gusta muchísimo y, sin embargo, cada vez la siente más lejana. Sabe que le gusta la zarzuela que ponen en escena en el teatro Apolo, cuyo edificio será demolido poco después y en su lugar se ubicará la sede en Madrid del Banco de Vizcaya.

En el mismo representan el conocido como género chico. La obra que está en cartel es *Cádiz*, de Chueca y Valverde, con libreto en verso de Javier Burgos, que es la misma que inauguró ese teatro. El libreto tiene como referencia el valor de los gaditanos durante la guerra de la Independencia. Ramón ha sacado entradas para los dos.

Llama por teléfono a la Residencia para contarle sus planes. Debe tener mucho cuidado a la hora de trasmitírselo para que no sienta que ha decidido por ella, sin contar con su opinión. Porque si es así, se enfada.

—Rocío, ¿qué tal? Se me ha ocurrido que como estamos de vacaciones forzosas, podríamos hacer algo que nos gustara a los dos. He sabido que el teatro Apolo está a punto de desaparecer y como te gusta la zarzuela, podríamos ir a ver la última obra que van a representar. Es *Cádiz*.



Tuvo mucho cuidado en no decir que ya había adquirido las localidades.

—En principio me parece bien, pero no sé qué puedo decir en la Residencia, porque saldremos hasta muy tarde y no podré volver a dormir.

—Puedes decir que está mi madre aquí y que te invita a cenar y a dormir. Y yo te escribo y firmo la carta.

—Así, al terminar el teatro podemos ir a alguno de esos bares en los que hay tertulias nocturnas y se reúnen escritores, críticos teatrales y curiosos e interesados, como nosotros.

—Me parece una idea fantástica —respondió él por quedar bien, pues esos planes «intelectuales» no le gustaban casi nada. Lo habría pasado mucho mejor yendo a un tablao, pero era consciente de que no lo podía proponer; por lo menos de momento—. ¿Para qué día quieres que saque las entradas?

—Para el día que haya, porque si van a cerrar el teatro, lo normal es que estén muy solicitadas.

—De acuerdo.

La estratagema no podía haberle salido mejor. Lo único pesado sería la tertulia posterior, pero bueno... valía la pena. Todo por conquistarla.

Quedaron el sábado por la tarde. El acudiría a recogerla en la Residencia e irían juntos a merendar. Antes pasarían por la casa de él para dejar la maleta de fin de semana que Rocío llevaba, pues iba a quedarse esa noche en casa de Ramón.

La jornada transcurrió tal y como estaba prevista. Les gustó la zarzuela y se disponían a ir al Café Roma, ubicado en la calle Serrano, donde Gregorio Marañón y sus pupilos del Ateneo de Madrid preparaban proclamas contra la monarquía.

Por suerte para Ramón, ese día no estaba muy animado, lo que no fue obstáculo para que Rocío le contara todo o casi todo lo que últimamente había leído sobre feminismo, sufragio universal, situación de la mujer en España... De hecho, ella ya forma parte de la ANME, pero esto no piensa decírselo a su amigo.

—Hay una mujer escritora que es malagueña y se llama Isabel Oyarzábal, que está muy preocupada por la situación de la mujer en España, en su opinión muy por detrás de la del resto de los países europeos.

—Tampoco será para tanto. Yo no te veo tan atrasada.

—El problema no soy yo y las pocas que viven como yo, sino la inmensa mayoría de las mujeres en España, que no tienen acceso a la educación y desconocen sus derechos como individuo. No son conscientes de que tienen los mismos derechos que los hombres y que si no los tienen, han de luchar por conseguirlos. Hasta ahora han vivido encerradas en el ámbito doméstico, pero deberán salir de ese recinto si quieren conseguir los derechos que les corresponden. Si no, estarán abocadas a casarse bien o mal para que sea el marido quien las mantenga y, en ese punto deberán soportar todo lo que él imponga.

—Supongo que estas certezas tan absolutas que has adquirido tendrán matices, ¿o no?

—Matices, pocos. No vas a empezar tú como todos esos machistas que insultan a las mujeres que han fundado el Lyceum Club y lo hacen porque les tienen miedo. Son mujeres inteligentes y progresistas y el club que han creado es el único sitio donde la mujer puede respirar libremente.

—Me estás aturdiendo un poco. No me dejas tiempo para pensar lo que estás diciendo. Lo veo, lo leo y lo hablamos.

—De acuerdo. Cuando mañana me dejes en la Residencia te prestaré unos artículos sobre el sufragio de la mujer, escritos por Isabel Oyarzábal hace ya tiempo. Pero viene a decir que el sufragio «no es ni más ni menos que el reconocimiento por el Estado de la personalidad femenina,

en cuanto afecta a sus derechos, y que acudirá al llamamiento universal en este terreno». Y si te parece, los comentamos otro día.

—Me parece muy bien.

Sin embargo, la realidad es que no le parece tan bien, pues en el mundo del que él procede la figura de las sufragistas se prestaba a hacer chanzas ya que las consideraban medio machos y, en absoluto atractivas mujeres femeninas. Por eso, de alguna manera estaba confundido, pues Rocío no le daba la impresión de ser un medio macho y le parecía muy, pero que muy femenina. Pero pensó que las cosas se van resolviendo poco a poco y que él no tiene por qué acelerar nada. Cree que si cae rendida a sus pies, poco a poco irán desapareciendo de su mente esas, en su opinión, tonterías feministas. El pobre no sabe que su implicación en la lucha por los derechos de la mujer no desaparecerá, sino que será cada vez mayor.

Llegan a su casa y una vez dentro, le indica la habitación en la que ella va a dormir. También le muestra la suya, que no está demasiado lejos, y el baño. Por la mañana desayunarán juntos y la acompañará a la Residencia para la hora del almuerzo.

Rocío está a gusto hoy con Ramón, quien ha sido especialmente amable todo el tiempo. Por eso siente que no quiere que se marche de la habitación, quiere tenerlo cerca. Pero sabe que provocar una situación así puede desembocar en algo que ella no desea. Ella le pide que no se vaya. Él, extrañado, la mira y se queda.

—Dejemos las cosas claras —propone ella—. Yo quiero tenerte cerca, pero no quiero pasar a mayores. Si te parece bien, te quedas aquí conmigo un rato.

—Te voy a responder con la misma franqueza. Dice alguien, no recuerdo quién, que los hombres damos cariño para conseguir sexo. Evidentemente, no voy a intentar tener sexo, pero sí puedo invertir en cariño.

—Estás bromeando.

—Interprétalo como te parezca.

Curiosamente es ella la que se acerca a él y comienza a acariciarle de manera inexperta, porque nunca ha vivido una situación similar. Él la ayuda y ambos sienten que sus cuerpos tienen sintonía, que se atraen. Ella percibe que sus besos le gustan mucho y las caricias en su cuerpo también. Ramón siente que va a tener que parar para no explotar. Solo se ha quitado la ropa de cintura para arriba y no tiene intención de desnudarse totalmente. Entre risas, con las dos manos, coge cariñosamente la cara de ella y le dice: «Para mí es difícil esto, pero por ti hago lo que sea necesario». Estaba encima de ella, con los pantalones puestos y se hace a un lado.

—¿Hablamos un poco? —pregunta Ramón con la intención de que le baje la excitación.

—Muy bien —responde ella con esa frescura que él ya conoce.

—¿Eres virgen?

—Claro. Creo que eres el único hombre de los que conozco que físicamente me atrae. No voy a negarte que he tenido algunos chicos detrás de mí, pero casi inmediatamente siento que su piel no va a congeniar con la mía. Lo percibo en cuanto me rozan con la mano. En cambio, siempre recuerdo aquel chotis que bailamos juntos. Lo pasé mal porque creía estar haciendo algo prohibido, pero me gustó.

—Por lo menos ahora entiendo por qué te comportaste de aquella manera tan rara cuando para mí solo estábamos bailando. Y eso, a priori, no tiene nada de extraño. ¿Y este cambio de actitud?

—Tengo una compañera en la Residencia, que además es amiga, con la que hablo con naturalidad de casi todo, apetencias o inapetencias sexuales incluidas. Ella me ha hecho entender que gozar con el cuerpo de otro ser humano, independientemente del sexo, no está mal.

—No te entiendo.

—Pues sí, que hay hombres a los que solo les gustan los hombres y mujeres a las que solo les gustan las mujeres, y tampoco pasa nada. Porque la dictadura persiga la homosexualidad no significa que sea una aberración. También prohíbe otras muchas cosas, que tampoco son censurables.

—Esto es demasiado para mí —reconoció él algo intimidado al ver surgir tanta modernidad de una mujer que uno o dos años antes parecía una novicia de un convento de monjas.

—Lo importante en las relaciones interpersonales es no engañar y no hacer daño a la otra persona. Y lo que acuerden entre ellos es cuestión de dos. Nosotros hoy hemos hablado y hemos llegado hasta donde podíamos sin pasar a algo para lo que yo, por lo menos en este momento, no estoy preparada.

—Esto, como lo del feminismo, también tengo que meditarlo, porque no estoy nada seguro de coincidir contigo en esa manera de pensar. Pero sí estoy seguro de que me gustas muchísimo. Y ahora, si te parece, dormimos un rato. ¿Me quedo encima de la cama, medio vestido y tú te metes dentro?

—Está bien. Descansa.

—Tú también.

A la mañana siguiente desayunan juntos y él le pregunta si prefiere que almuercen juntos o que le lleve a la Residencia.

—Si no te importa, voy a la Residencia. Me gustaría mucho quedarme contigo, pero tengo cosas que hacer. ¿Hablamos a lo largo de la semana?

—De acuerdo. Nos llamamos.

Llegan a la Residencia y él espera fuera a que ella le dé los artículos de Oyarzábal.

—Ahí tienes los deberes —le dice ella con mucho cariño.

Él sonríe mientras se va.

Rocío también prefiere tomar distancia, porque el siguiente paso es hacer el amor con él y para ello quiere tener la absoluta certeza de que es eso lo que quiere hacer y que no son las circunstancias las que la impulsan a ello. Sabe que muchas chicas de su universidad aseguran que son los lastres educacionales los que impiden a la mujer meterse en la cama con un señor con la misma alegría y frivolidad con la que ellos lo hacen. Sin embargo, ella tiene la teoría de que cuando haces el amor te quitas algo más que las bragas. Es decir, no solo desnudas el cuerpo, sino también el alma.

Está deseando encontrarse con Emma para contarle su «noche loca», pero de momento no está en la Residencia. Aprovecha el tiempo para releer los puntos del ideario feminista: legalización del trabajo femenino, reglamentación del trabajo de la mujer en la fábrica, ayuda del Estado a la mujer embarazada o lactante, derecho al divorcio, abolición de la prostitución, protección a los hijos de madres solteras abandonados en orfanatos. Como España está mucho más retrasada que el resto de los países europeos, se juntan a estas otras reivindicaciones sociales, como la necesidad de asilos para ancianas desvalidas y niños huérfanos, o creación de jardines de infancia donde las madres trabajadoras puedan dejar a sus hijos.

Se acerca la hora de almorzar y lo más probable es que Emma aparezca y, efectivamente, así es. Llegada contenta porque parece que están negociando para reabrir las universidades.

—Parece que las van a reabrir, así que, tranquila, no vas a perder el curso.

—No es de eso de lo que quiero hablar contigo. Pero ya que lo has comentado, como primera impresión te diré que es una claudicación del régimen y si empieza a aflojar, a lo mejor hasta le

ganamos.

—Está bien, pero ¿qué ibas a contarme?

—Que he dormido con Ramón, solo dormido, para que no pongas en marcha tu imaginación. Nos hemos besado, acariciado y yo, por primera vez en mi vida, he sentido deseos de hacer el amor.

—Sabes que a mí ese chico no me gusta nada, que me parece un señorito pera, pero también quiero que sepas que eso no tiene nada que ver con lo que te voy a decir. Tampoco te has manoseado con muchos hombres, así que el hecho de que hayas sentido deseo de tener algo más, tampoco me parece definitivo.

—Tienes razón en que no soy la reina del toqueo, pero probablemente porque mi piel repele la piel de los chicos que han intentado acercarse a mí. Hemos estado hablando en serio y con total franqueza, por lo menos por mi parte. Le he hablado de mis inquietudes, de mi militancia en el feminismo, de mi nulo interés por convertirme en la «señora de» si ese estatus coarta mi libertad intelectual, etcétera.

—¿Y qué ha dicho?

—Me ha pedido tiempo para leer y pensar, porque se sentía abrumado. Así que nos hemos dado un plazo mutuo. Él decide si sale espantado ante una posible solterona marimacho, y yo sí, a pesar de todos los pesares, decido que él es el hombre adecuado para hacer el amor por primera vez.

—Está bien planteado.

—Gracias.

***Dimite Primo de Rivera. Fin de la dictadura. La Segunda República***

«Las cortes republicanas adolecían de un gran defecto, el mayor sin duda para una asamblea representativa: que no lo eran como cabal ni aproximada coincidencia de la estable, verdadera y permanente opinión española».  
NICETO ALCALÁ ZAMORA

La dictadura toca a su fin, escribe Mikaela en su libro y, a modo de epílogo, describe los frenéticos últimos acontecimientos que han dado con los huesos de Miguel Primo de Rivera en París.

La Asamblea Nacional fracasa estrepitosamente tres años después de su creación, pese a conseguir, por fin, elaborar un anteproyecto de Constitución de la Monarquía Española en 1929. Si hay algo rescatable en el mismo, es el reconocimiento del derecho de las mujeres a votar en las elecciones para Diputados a Cortes. En su artículo 58 establece que serán electores con derecho a voto los españoles de ambos sexos. Supone un avance frente a lo aprobado en el Real Decreto de 1924, que al tratar el sufragio femenino, concede el voto a toda mujer mayor de 23 años y libre de cualquier tutela o sujeción a la patria potestad o a la autoridad marital. Primo de Rivera había excluido a las mujeres casadas para evitar discusiones familiares.

Contra todo pronóstico, 1929 es un año aciago para Miguel Primo de Rivera, cuando debería haber representado el éxito internacional de España. Sin embargo, podría decirse que constituye el principio de su caída. El dictador, cada vez con menos apoyos, incluso en el Ejército, y con más españoles en contra, empieza a ceder y abre las aulas de las universidades que había ordenado cerrar. También devuelve sus cargos a las autoridades académicas a las que había destituido. La mayor parte de los estudiantes vuelven a las clases para no perder el curso académico, pese a que el famoso artículo 53 de la Ley Callejo no es derogado hasta el mes de septiembre.

Los fundadores de la FUE sienten que su esfuerzo y su trabajo ha servido para ser reconocidos como un estamento social a tener en cuenta, pues más allá de lograr la cesión gubernamental, han conseguido que instituciones tan importantes como la Cámara de Comercio o el diario *ABC* pidan al régimen que ceda ante las reivindicaciones estudiantiles. El viento está claramente a favor de los jóvenes reivindicativos, en parte porque nadie quiere disturbios en las calles debido a que ese mismo año van a tener lugar una serie de acontecimientos muy importantes para España: la reunión en Madrid de la Sociedad de Naciones y las Exposiciones de Sevilla y Barcelona, que se inauguran en el mes de mayo.

A finales de año todas las personas o estamentos que tienen algo que decir saben que la dictadura de Primo de Rivera no se puede estirar más, que no da más de sí. Por eso, el 31 de diciembre de 1929, el Consejo de Ministros, presidido por el rey, se reúne en el restaurante Lhardy, donde presenta su último Plan de Transición. Alfonso XIII pide unos días para estudiarlo,

lo que supone, *de facto*, la retirada tácita del apoyo real a la dictadura y el todavía no anunciado fin de la misma. Ha comprendido que si existe alguna posibilidad de salvarse él mismo y a la corona, esta pasa por desembarazarse del dictador.

Alfonso XIII intervino para manifestar su deseo de dejar bien claro que, en su opinión, se hallaba ante un gobierno incoherente, dirigido por un dictador desconcertado, que le presentaba un plan hecho de remiendos. El monarca advirtió también que, a pesar de la fachada de solidaridad que trataban de aparentar, los ministros no apoyaban el plan presentado o, cuando menos, estaban divididos acerca del mismo.

Ante esta desafección mostrada por quien durante seis años le había estado apoyando en contra de la opinión de muchas personas de reconocido prestigio, Primo de Rivera declara al final del Consejo de Ministros: «Las clases aristocráticas... me odian». Los conservadores se niegan a sumarse a la dictadura. Los que más afinidades mantienen con la Iglesia tampoco asisten a la dictadura ni aplauden sus propósitos. La banca y las industrias porque pagan más estrictamente los tributos; la clase patronal porque la dictadura se interesa por que al obrero no le falten leyes de previsión ni justicia social; los funcionarios porque se les exige más puntualidad; así como otros sectores que no apoyan con calor a la dictadura se suman inconscientes a los que dicen que ya es vieja, que está agotada. No nombra a los militares, muchos de los cuales no están con él, pues el 18 de enero el infante Carlos de Borbón, capitán general de Andalucía, le pide a su primo Alfonso que destituya a Primo de Rivera, y este a su vez le pide al rey que acepte su relevo por considerarlo cómplice de la «conspiración andaluza», a lo que Alfonso XIII se negó.

Y para colmo, los estudiantes, que habían percibido la debilidad de la dictadura creen, que pueden coadyuvar a tumbarla. Por eso, reanudan sus protestas en enero de 1930 para exigir la rehabilitación de Sbert, el reconocimiento de la libertad de asociación de los estudiantes y otras reivindicaciones. Ese mismo mes, el día 28, el dictador huye a París y presenta su dimisión al rey, que la acepta de buen grado.

—La marcha de Primo de Rivera, aunque deseada por grandes sectores sociales, nos desconcierta un poco a todos, por aquello de que contra el dictador se vive mejor —afirma Prudencio Sayagués, uno de los fundadores de la FUE, en una asamblea que han convocado para plantear su futuro como movimiento estudiantil.

—El último año ha consistido en marchar todos juntos para que desapareciera el dictador, y ahora debemos resituarnos porque poco tengo que ver yo con los directivos de la Cámara de Comercio —comentó Emilio González, el novio de Emma.

—Pero ahora los monárquicos se colocarán en su sitio, los republicanos harán lo mismo, y las izquierdas y derechas también. Ya veréis como se organizan muy bien, y nosotros siempre en nuestro sitio —señaló Emma, que se había ido a vivir con su pareja ante el escándalo de todos.

—Está claro que la pretensión del rey al nombrar inmediatamente a Berenguer jefe de Gobierno es hacer como si no hubiera pasado nada y así restablecer la normalidad institucional con el fin de que no se proclame la república.

—Pero han pasado meses y no estamos ni en una dictadura ni en una democracia. No han restablecido la Constitución de 1876, tampoco han convocado las elecciones que exige la oposición republicana.

—Unos amigos de la UGT me han dicho que los políticos sí están moviéndose para dar pasos hacia la proclamación de la Segunda República y la abolición de la monarquía y que están participando incluso los sectores sociales que siempre la han apoyado, como empresarios o clases medias acomodadas.

Los jóvenes estudiantes están bien informados porque la Alianza Republicana está promoviendo un encuentro en San Sebastián de todos los partidos republicanos, a excepción del Partido Federal Español. Aprovechan que en esas fechas, por unos u otros motivos, todos pueden estar pasando las vacaciones de verano en esa ciudad y el 17 de agosto de 1930 sacan adelante el Pacto de San Sebastián en el que acuerdan la estrategia para poner fin a la monarquía de Alfonso XIII, que se encuentra en esa misma ciudad a la que en verano se traslada toda la corte. No hacen público ningún texto sobre el contenido del acuerdo, salvo una escueta nota que publica el diario *El Sol* con lo que se dan por enteradas las personas que corresponde.

Rosa Spottorno, esposa de José Ortega y Gasset, comenta en el Lyceum que a título personal han firmado el pacto su cuñado Eduardo Ortega, Indalecio Prieto, Felipe Sánchez Román, y que Gregorio Marañón ha enviado una carta de adhesión.

En octubre se suman al Pacto de San Sebastián PSOE y UGT, con el propósito de organizar una huelga general acompañada de una insurrección militar que acabe con la monarquía sobre la base de la soberanía nacional representada en una Asamblea Constituyente.

Muchas de las mujeres que forman parte de un activo movimiento feminista, que desde la década de los años veinte, a través de distintos colectivos feministas, vienen reclamando igualdad de derechos y un lugar en la sociedad, se sienten excluidas de estos cenáculos políticos a favor de la república, lo que a algunas de ellas les molesta sobremanera.

—Sucede que muchos prohombres de izquierda son incapaces de vernos como a sus iguales. No nos niegan el derecho a estudiar e incluso a trabajar, pero no creen que seamos tanto o más inteligentes que ellos, tanto o más capaces. En definitiva, siguen considerándonos inferiores a ellos, desde el punto de vista físico e intelectual —manifiesta enojada Isabel Oyarzábal.

—Pues de los de derechas... mejor no hablar nada —comenta con sorna Ernestina de Champourcín.

—Esos nos quieren en casa cuidando del bienestar de la familia, casi es más sencillo entenderlos, aunque no compartas su punto de vista, y mira que los conozco bien porque los he sufrido —señala Rocío, que ya ha terminado la carrera y está perfectamente integrada en el grupo de mujeres del Lyceum.

—Son una pura contradicción, porque nos ven como personas no demasiado equilibradas, tendentes a la histeria y, sin embargo, dejan bajo nuestra responsabilidad el peso del equilibrio de la familia y la educación de los hijos.

—Es verdad, pero no dejaremos hasta conseguir que nos vean como iguales.

Rocío y Ramón, tras el periodo de meditación mutua habían decidido continuar con la relación, sin compromisos ni planes de futuro, lo que para él era mucho más difícil de interiorizar, porque va en contra de todo lo que había pensado toda su vida sobre la relación de pareja. Pero de verdad que el hombre lo intenta, lo que significa que la quiere una barbaridad. Quizás todo funcione sobre ruedas porque al no existir un compromiso instituido se cuidan mutuamente para retener el uno al otro.

—Nos plantearémos qué hacer cuando tú termines la carrera y decidas qué camino quieres tomar. Si te quedas en Madrid o te vuelves a Jerez... ya veremos —solía decir ella.

—Por suerte para los dos no soy tan buen estudiante como tú y todavía me queda por lo menos un año antes de decidir. Aunque creo que tú lo tienes muy claro. Te veo contenta con tus trabajos de filosofía, la sección que llevas en el Lyceum y ese grupo de mujeres, mayores que tú,

pero a las que está claro que admiras mucho.

—También porque estás tú aquí, no lo olvides.

—Lo dices para que me sienta bien.

—No, lo digo porque es verdad. Lo pasamos bien, nos apoyamos, no nos peleamos, nos queremos, ¿qué más podemos pretender?

—Esta noche ¿duermo yo en tu casa o tú en la mía? —preguntó el sin previo aviso—. Es que se te ha olvidado decir que también estamos bien en la cama.

—Prefiero que sea en la tuya, así cuando termine voy yo. ¿Recuerdas la cantidad de mentiras que tuve que decir para estar contigo cuando todavía vivía en la Residencia?

—No sé cómo conseguimos pasar inadvertidos tantas veces. ¿Qué conferencia hay hoy?

—Antes de ayer Xabier Zubiri habló de «Hegel y el problema de la Filosofía» y hoy Ortega diserta sobre «Hegel y la Filosofía de la Historia». Me gusta mucho escucharles hablar sobre la filosofía alemana. Clausura Fernando de los Ríos el 14 con «Hegel y la Filosofía del Estado».

Sin embargo, la conferencia de Ortega hubo de aplazarse del sábado 12 al lunes 14 de diciembre, fecha prevista para la de Fernando de los Ríos, que no llegó a pronunciar. Zubiri se reincorpora este año a su cátedra de Historia de la Filosofía en la Universidad de Madrid tras haber pasado dos años en Alemania, uno en Friburgo, donde conoció a Husserl y a Heidegger, y otro en Berlín, donde tomó contacto con Einstein y con Plank.

—Muy interesante. Nos vemos luego. Un beso.

Esa misma noche, al terminar la conferencia, ofrecen a Rocío la posibilidad de trabajar en la universidad como ayudante en la cátedra de Filosofía, lo que acoge con entusiasmo, porque cree que eso le ayudará a terminar el doctorado que empezó a preparar dos años antes. Vuelve a casa y se lo cuenta a Ramón, que al verla tan contenta no quiere pensar que eso la aleja todavía más de él.

—Desde ese puesto podré tener cercanía profesional con los filósofos que admiro.

—No sabes cómo me alegro.

Él la cogió como queriendo atraparla para que no se le escapara. Ella respondió a sus caricias y con una pasión más fuerte, si cabe, hicieron el amor.

Para dirigir la acción en contra de la monarquía se forma un comité revolucionario integrado por Niceto Alcalá-Zamora, Miguel Maura, Alejandro Lerroux, Diego Martínez Barrio, Manuel Azaña, Marcelino Domingo, Álvaro de Albornoz, Santiago Casares Quiroga y Luis Nicolau d'Olwer, por los republicanos, e Indalecio Prieto, Fernando de los Ríos y Francisco Largo Caballero por los socialistas.

Sin embargo, nada sale de acuerdo con lo planeado y a los dos militares que se sublevan en Jaca, Fermín Galán y Ángel García Hernández, los fusilan inmediatamente. Hay un tercero, Álvaro de Albornoz, que es juzgado por un tribunal militar acusado de formar parte del Comité Revolucionario. Lo defiende Victoria Kent, que se convierte en la primera mujer en actuar como abogada en un Consejo de Guerra y consigue su absolución.

Algunos miembros del Comité tienen que salir de España. Y a pesar del sonado fracaso, Berenguer restablece la vigencia del artículo 13 de la Constitución de 1876, que reconocía las libertades de expresión, reunión y asociación y convoca por fin las elecciones generales para el 1 de marzo de 1931. No consigue ningún apoyo y el rey lo destituye para nombrar nuevo presidente al almirante Juan Bautista Aznar, que propone un nuevo calendario electoral: municipales el 12 de abril, y después elecciones a Cortes que tendrían carácter de Constituyentes.

Todo el mundo entiende las elecciones municipales del 12 de abril como un plebiscito sobre



la monarquía, en las que las mujeres no podrán participar porque la Junta electoral las eliminó del censo.

Clara Campoamor recuerda a sus compañeras:

—Continúa en vigor, porque nadie lo ha derogado, el Estatuto municipal aprobado por Primo de Rivera que nos daba el derecho al voto a dos millones de mujeres. Deberíamos haber votado, teníamos derecho a ello —protesta la abogada bastante enfadada que, harta de tanta discriminación, no tarda mucho en fundar la Unión Republicana femenina.

Con la ausencia de dos millones de mujeres, las candidaturas republicana y socialista ganan en la práctica totalidad de las capitales de provincia, pese a haber tenido menor número de votos. El Comité Revolucionario asegura que los electores han apoyado mayoritariamente la república frente a la monarquía. Dos días después, desde los balcones de los Ayuntamientos, los nuevos concejales proclaman la Segunda República y el rey abandona el país ese mismo día. El Comité Revolucionario, integrado exclusivamente por varones, se transforma en el Primer Gobierno Provisional republicano.

—Tampoco vamos a poder votar en las elecciones generales.

—Pero sí podemos resultar elegidas si nos presentamos a las elecciones y los ciudadanos nos votan —replicó Victoria Kent.

—¿No consideras un disparate negar a la mujer el derecho al voto por considerarla incapaz y luego creerla capaz para legislar sobre los destinos del país?

—No es cuestión de capacidad, sino de oportunidad para la república. Estoy convencida de la enorme influencia que la Iglesia católica tiene en las mujeres españolas, por lo que las veo demasiado condicionadas.

—No puedo creer lo que estoy oyendo. Para ti solo la aristocracia intelectual entre las mujeres puede ejercer derechos iguales a los de los hombres y el resto, es decir la inmensa mayoría, no. Eres igual que los hombres —exclama Clara Campoamor.

—Me estás ofendiendo y como no quiero que esta discusión vaya a más, prefiero terminarla aquí si te parece bien.

Pero, casualidades de la vida, en las elecciones generales de 1931, tres mujeres entran en el Parlamento como diputadas: Victoria Kent, por el partido Republicano Radical Socialista, Margarita Nelken, por el Partido Socialista y Clara Campoamor por el Partido Radical. Esta última forma parte de la comisión encargada de elaborar el proyecto de Constitución de la nueva República y defiende la no discriminación en función del sexo, la igualdad entre hijos habidos fuera y dentro del matrimonio, el divorcio y el voto femenino.

—Vuelvo a tener enfrente a Victoria Kent en contra del derecho a voto para la mujer. Es como una pesadilla que nos persigue desde hace años —le dice a María de Maeztu en su despacho de la Residencia.

—Lo fundamental es que hemos hecho bien nuestro trabajo, pues las dos salís de esta Residencia. Tú como profesora, dando clases magistrales o impartiendo conferencias y Victoria como alumna.

—Sí, pero no me gusta que siendo las dos mujeres tengamos que discutir en público sobre el sufragio femenino.

—Es inevitable. ¡Mira que yo llevo tiempo viendo y oyendo esa discusión entre vosotras!

Y por fin llegan las jornadas de debates sobre el derecho de la mujer al sufragio. Clara Campoamor tiene que batirse con las otras dos representantes femeninas en el Congreso, pertenecientes ambas a partidos de izquierda. Es la tercera de ellas la que defiende con fervor la

igualdad de la mujer, también en lo que al voto se refiere. Los argumentos no son muy diferentes a los que llevan años arrojándose mutuamente, aunque, quizás sí, un poco más profundos y consistentes. Campoamor alega que si la mujer tiene las mismas obligaciones que los hombres, deberá tener los mismos derechos. En cuanto a la falta de educación e ignorancia de la mujer, asegura que el analfabetismo superior al de los varones está cambiando de signo. Para concluir, considera que la participación de la mujer dentro de la República supondrá un avance en todos los sentidos.

Finalmente gana Clara Campoamor por 161 votos a favor, 121 en contra y 188 abstenciones. Pero aún debe superar un último obstáculo después de que el diputado Peñalba, de Acción Republicana, proponga someter a votación que lo conseguido por Clara Campoamor no sea recogido en la Constitución que se apruebe el 9 de diciembre. Pierde por cuatro votos de diferencia (131 en contra, 127 a favor), con lo que el artículo 36 queda recogido en la Constitución de 1931.

—En los próximos comicios la mujer podrá ser elegida, pero también elegir a quien mejor le parezca —enfatisa Campoamor ante un grupo de amigas en la Residencia de Señoritas.

La llegada de la Segunda República no hace decrecer la intensísima programación cultural de la Residencia, que dos o tres veces por semana ofrece bien una conferencia, bien la lectura de algún texto por el propio autor, bien un concierto. Esa es la razón por la que tan frecuentemente se encuentran muchas de estas mujeres de vanguardia en el auditorio de Miguel Ángel 8 o en la calle Fortuny

Ese día se reúnen para preparar la intervención de Victoria Ocampo, amiga de la casa, que va a presentar un tema muy atractivo: «En Harlem. Recuerdos del barrio negro de Nueva York».

—Al hablar de Estados Unidos me viene a la memoria el recital de bailes rítmicos organizado por la profesora americana Edith Burnett, del Departamento de Educación Física del Smith College, al que acudieron residentes y alumnas externas.

—Y para terminar el curso se ofreció un exitoso recital de danza con repertorio variado, desde clásicos como Corelli o Schubert a nuevas expresiones como la «Danza mecánica».

—Fue tal el éxito que comenté por carta a mi amiga Susan Huntington Vernon lo bien que la señorita Burnett había organizado su curso de bailes y el éxito obtenido. También le dije que al curso había asistido lo que hoy constituye la aristocracia de nuestro país, o sea las hijas de los hombres que hoy están en el poder.

—Es como sueles decir, María, un pueblo no puede vivir sin su aristocracia. ¿Y quiénes constituyen la aristocracia?

—Entre las participantes estaban Carlota Salvador Sainz de Vicuña, hija de Amós Salvador Carreras, arquitecto y político republicano que será ministro de Gobernación con el Frente Popular; Anita Gasset, sobrina de Ortega; Laura de los Ríos, hija de Fernando de los Ríos y de Gloria Giner; Carmen de Castro Madinaveitia, hija de Américo Castro y futura esposa de Xavier Zubiri, que acaba de abandonar su puesto en la Iglesia; Luisa y María Gancedo, hijas de Gabriel Gancedo Rodríguez, comerciante, banquero y vinculado a la Institución Libre de Enseñanza, etcétera.

—Está bien visto. Que no falte la ironía ni el sentido del humor.

—Sigamos con la planificación de las próximas intervenciones confirmadas.

—Tenemos algo inédito de García Lorca, la lectura de *Poeta en Nueva York*, que aún no ha sido publicado. El Comité de Cooperación Intelectual patrocina la lectura y ha restringido el acto para sus socios y para quienes adquieran una tarjeta de tres pesetas en dicho Comité. En la

secretaría de la Residencia se sortearán varias entradas entre las internas.

—Desde el punto de vista literario, la lectura de *Poeta en Nueva York* en la Residencia de Señoritas en marzo de 1932 tiene una extraordinaria significación. La obra plasma las vivencias del poeta tras su estancia en Nueva York y Cuba en 1929 y 1930, en momentos de grave crisis personal. Federico, no muy satisfecho con el éxito popular de su *Cante jondo*, buscó panoramas nuevos para su vida y su obra y los encontró al otro lado del Atlántico —señala Zenobia.

—También tenemos confirmados a Unamuno, que hablará sobre «Estampas poéticas de España», un conjunto de cuadros e impresiones de diversas comarcas españolas que había recorrido como viajero o por motivos de destierro, en sus estancias en Fuerteventura y Hendaya, y Ramón Gómez de la Serna, que se ofrece a hablar de «Imágenes y arbitrariedades».

—Pues tenemos una temporada asegurada. Ahora a preparar las siguientes.

—¿Las siguientes elecciones? Porque parece que van a ser convocadas más pronto que tarde. Dicen que tras la disolución de la coalición republicano socialista, que sustenta el Gobierno de Azaña, el presidente puede disolver las Cortes y convocar elecciones. Considera que la mayoría social actual no es la que representa el Parlamento.

—Vamos a esperar a ver qué hace. Se lo podíamos haber preguntado cuando estuvo visitando la Residencia, acompañado por Fernando de los Ríos, Sánchez Guerra y Emilio Herrero y les dijo a las estudiantes aquello de: «Aunque las mujeres intelectuales ocupen la vanguardia de las mujeres, no les impedirá cumplir con sus deberes de madres».

—Sí, eso dijo. Entonces no se había roto la coalición. Si disuelve las Cortes podrán ejercer su derecho al voto las 6.800.000 mujeres censadas en nuestro país

—Y si gana la derecha les echaran la culpa a ellas.

Efectivamente, Niceto Alcalá Zamora disuelve las Cortes porque no hay ningún posible presidente del Consejo de Ministros que cumpla el mandato constitucional y tenga la doble confianza: la del presidente de la República y la de las Cortes. Por eso no tiene más remedio que convocar elecciones para noviembre de 1933.

—La unión de izquierdas se ha roto y, en cambio, la derecha y el centro derecha han formado sendas coaliciones que les beneficia en el reparto de escaños. Pero en lugar de razonar el resultado de esta manera, volverán a decir que ha sido la influencia de la Iglesia en las mujeres lo que ha inclinado el resultado hacia la CEDA y el resto de partidos de derechas —comenta una de las profesoras de la Residencia.

Rocío, que acaba de enterarse de que está embarazada y no tiene su mejor día, prefiere no hablar de política.

—Estoy cansada y muy decepcionada de estos políticos a los que solo les guían sus intereses personales. Les importamos bastante poco, pues de no ser así, habrían continuado para no desestabilizar el país. En lugar de unirse para evitar que los militares, al acecho, tengan ninguna oportunidad, aquí estamos con una nueva convocatoria.

—Como diría mi madre: no hay que llorar por la leche derramada, porque no tiene remedio.

—Tienes razón. Disculpa. Estoy cansada. Me voy a ir a casa.

Es cierto que la han decepcionado los políticos y algunos intelectuales vinculados a la política y que prefiere acometer acciones que beneficien directamente a las personas. De hecho, ya ha participado en misiones en escuelas de algunos barrios marginales y ha estado feliz. Pero ahora tiene que pensar en cómo resolver con Ramón el asunto del embarazo.

Llega a su casa y espera que él pase a buscarla para ir a tomar algo, aunque la verdad hace bastante frío y ella prefiere quedarse en casa. El estado de ánimo tampoco ayuda, porque no sabe

cómo afrontarlo. Está segura de que no va a volver a Sevilla. Puede mantenerse en Madrid con el dinero que recibe por sus colaboraciones en la *Revista de Occidente*, *Los Cuatro Vientos* y *Cruz y Raya* de Bergamín.

Llega Ramón, contento, como siempre o casi siempre que se encuentran.

—Hola, ¿qué te pasa? Tienes mala cara.

—No, no es nada. Bueno sí, sí es algo. Lo que pasa es que no sé cómo decírtelo. ¿Te acuerdas de que iba al médico porque no me sentía muy bien?

—Sí, pero no era nada grave, según me has dicho.

—Grave no, pero importante sí.

—Dímelo, que me tienes en ascuas.

—Ramón, estoy embarazada. Y no sé de cuántos meses porque he tenido la menstruación con normalidad.

—Claro que es importante y nada me puede hacer más ilusión. Ven aquí que voy a darte un abrazo y cambia esa cara. Ahora tenemos que ver cómo lo vamos a hacer. Es la primera vez en mucho tiempo que te veo como desvalida, insegura...

—Y es como me siento. No quiero que el embarazo condicione nuestra relación ni nuestras vidas y, sin embargo, presiento que lo va a hacer. Quiero seguir escribiendo, dando clases en la Residencia, ayudando en la facultad...

—¿Estás diciéndome que te quedas en Madrid?

—Más o menos, porque tú también tienes que decir qué quieres.

—Estar contigo, vivir contigo y tener este hijo contigo. Siempre que tú también lo desees.

—Pero en tus planes no entraba quedarte en Madrid al terminar la carrera.

—Los planes pueden variar y creo que tú y nuestro hijo son motivos suficientes para cambiarlos. Lo que no quiere decir que vaya a resultar sencillo.

—Gracias, porque por lo menos me ha desaparecido la angustia que tenía. No sé cómo saldrán las cosas, pero la idea de afrontarlo juntos me conforta. De momento no quiero pensar en el lío familiar.

—Pues no pensemos en eso. ¿Qué más te ha dicho el médico?

—Que me cuide y que si no pasa nada vuelva en dos meses. Te quiero mucho. Quién me iba a decir que el señorito andaluz que me parecía un tonto iba a resultar un hombre excepcional.

—Y ¿qué me dices de la niña apocada, tímida y lela que yo conocí?

Se ríen los dos y juntos se disponen a afrontar un cambio en sus vidas.

***Carta de María de Maeztu a su amiga María Martos. Enfermedad. Sufragistas inglesas. El voto de la mujer en España***

«A los peores pueblos deben ir los mejores maestros».

FRANCISCO GINER

*Mi queridísima María:*

*El encabezamiento de esta carta le explicará a V., mejor que todo lo que he de decirle en ella, mi silencio... ese silencio de seis meses que solo su bondad (más aún que su bondad su inteligencia) sabrán comprender y perdonar. Desde hace seis meses no me abandona la fiebre, María, y he venido en busca de esta celebridad a curarme. Ese es todo mi secreto: secreto que solo a usted confío y que necesito que no salga de usted.*

*El éxito en la vida requiere muchas cosas... muchas. Los que más o menos lo hemos tenido unas horas entre nuestras manos sabemos bien de qué hilos tan sutiles se compone. Pero requiere más que nada, y como condición previa, salud, que es: fuerza, energía, capacidad en la lucha para no ser vencida por los miserables: y cuando no se tiene hay que fingirla. Por eso le entrego a usted con mi secreto la mayor prenda de amistad; pero usted dirá siempre lo que digo yo: que he venido a Suiza a hacer un estudio sobre la Enseñanza en este país, etc., etc. ¡Así es la vida!*

*Su carta de enero —el mejor presente del año—, la recibí cuando ya no estaba bien. A la cantidad de cariño y amistad que usted vacía en mí, me parecía indigno contestar con una carta dictada a máquina, de las mil que escribo todos los días para salir del paso. Pude haberle puesto dos líneas, me parecía poco... y además ¡me temblaba tanto la mano! Esperaba cada día que al siguiente pasaría ya todo y yo podría dedicarle dos horas. Lo deseaba, no, lo necesitaba más por mí que por usted. No era el deseo de corresponder a su bondad y a su confianza, no pretendía pagar una deuda, no, hubiera querido hablarle, hallar en la palabra escrita el ritmo de la conversación para alejar un poco de mí el dolor de tantas cosas...*

*Su carta me interesó muchísimo: por usted, por su afecto y por lo que en ella me decía. Tuve la intención de ofrecerme incondicionalmente: temí ofenderla. Pero el contenido de su carta tan bella y tan sincera, me acompañaba noche y día: la enfermedad de Ricardo Baeza, su soledad en Mallorca, su esfuerzo heroico por vivir y trabajar para sus hijos, sus lecciones a las americanas, su afán por mostrar alegría en medio de la tragedia... no sé cómo decirlo, me recordaba mi juventud que fue, lo digo con orgullo, lo mejor y más heroico de mi vida.*

*Y pasaban los días y yo me sentía incapaz de enviarle, en dos líneas, mis emociones. Me acompañaba, con la fiebre, una tristeza infinita: la de que podía llegar hasta usted el rumor de eso que la gente llama mis éxitos y que usted pudiese pensar que la olvidaba por atender a otras damas aristocráticas. Pero usted no ha pensado eso de mí, ¿verdad?*

*En fin, tratemos de objetivar un poco lo que ha sido mi vida en los últimos meses, en todo lo que llevamos de año.*

*Yo estaba muy cansada, lo estaba desde hace tiempo. Empecé a trabajar a los diecisiete años y tengo cuarenta y tres. Quiere decir veintiséis años de una labor sin descanso, fundando escuelas, instituciones, corriendo España de punta a punta en un tren de tercera para predicar no sé qué vago ensueño, que como ensueño y como vago probablemente no tenían el más menudo valor... pero la llama encendida en mis años jóvenes se apagaba...*

*Aprovechando las vacaciones de Navidad fui a Andalucía a descansar, esto creo que ya se lo dije; y al regreso, justo al comenzar el año, empezó para la Residencia mía, que es (usted lo sabe bien) mi propia vida, más querida que un hijo, el momento de su éxito pleno. Por todas partes venían demandas, de los más remotos pueblos de España llegaban cartas pidiendo el ingreso en la Residencia y no había extranjera que llegase a Madrid que no pidiese vivir en nuestra casa o por lo menos asistir a mis cursos. Nuestras alumnas, las primeras en la Universidad; fue un momento magnífico. Aunque no vuelva a repetirse, bien vale el dolor de una vida. De América me enviaban dinero para conferencias y en nuestra biblioteca se organizaban las mejores de Madrid. Las de Ortega en la primavera fueron el acontecimiento más fastuoso del año. El teléfono no paraba un momento; no había duque ni duquesa (sobre todo duquesa) que no pidiese como favor especialísimo el asistir, el ser admitida en nuestra humilde casa. Esto enorgullecía. Así, muchachitas de la Residencia al terminar la conferencia subían apresuradas a sus cuartos a ver «el desfile de coches». A mí no, no me enorgullecía... me daba miedo.*

*La fiebre mía aumentaba con la fiebre del éxito; a veces me hacía la ilusión de que era el exceso de vitalidad de la obra que se producía a expensas de mi propia vida; pero no, no hay que trastocar las cosas; el éxito no tiene por qué producir la enfermedad. Al venir a consulta a este médico, que dicen que es un sabio, no me ha preguntado: «¿Ha tenido V. mucho éxito en la vida?», sino «¿Ha sufrido usted mucho?». No, yo tenía miedo de que al crecer mi obra creciera en la misma proporción el número de enemigos, tenía miedo a la fuerza de los pocos que tengo y que no habrían de perdonarme el delito de hacer una obra social en España. Y así fue; durante esos seis meses no me han dejado vivir, me han matado. No, todavía no, pero han hecho lo posible.*

*¡Oh, María! Qué duro, qué áspero, qué difícil, sobre todo para una mujer, es en España el camino a seguir para hacer una obra social. ¡Qué enorme delito pretender que se logre un tipo de vida más humana donde las mujeres encuentren su clima adecuado sin que tengan que sufrir lo que he sufrido yo para fabricármelo artificialmente!*

*Al ver que había llegado el momento oportuno quise ampliar mi labor y me atreví un día a pedir al secretario de la Junta, por teléfono, que me pagasen las 100.000 pesetas que desde hace dos años me debían para destinarlas —no a la*

*compra de un automóvil— sino al mejoramiento de la labor (creación de laboratorios etc.). Se me contestó que se pagasen las deudas, que me marchase de la Residencia y presentase la dimisión...*

*Tuve la audacia —y no me apena— de contestar con una carta valiente y enérgica, que ni por una orden de las más altas representaciones del país abandonaría mi puesto. «Solo las ciento cincuenta alumnas que conmigo viven podrían echarme». Mientras ellas estén junto a mí, todo el resto no vale nada.*

*En fin, ¿para qué seguir? Imagínese V. los efectos que una actitud tan audaz habrá producido allí donde solo domina la cobardía.*

*Claro está, la fiebre aumentaba: en una de las conferencias de Ortega, la duquesa de Ducal se fijó en mi estado físico, me invitó a almorzar y me dio una carta de presentación muy efusiva para el doctor Kocher, gran amigo suyo, y aquí estoy desde hace más de un mes. Ya sabe toda mi historia, es decir, la historia de mi silencio, de mi éxito y mi fracaso en seis meses.*

*Nada de esto dirá V. a nadie. Lo que he sufrido quiero haberlo sufrido a solas y mientras todos creían que eran esos los mejores tiempos de mi vida.*

*El doctor Kocher ha prometido curarme. Todo es cosa de glándulas tiroideas —no pueden estar más de moda—. Pero además mi sangre es tan espesa que dificulta la circulación y propende a congestiones... por lo que habrá que evitar los disgustos. Tendría que quedarme aquí unos meses, pero no puedo. Eso sería confesar mi incapacidad y me obligarían —entonces con fundamento— a dimitir.*

*Aquí ha estado una semana María Luisa, muy cariñosa y muy buena. Conmigo se ha portado admirablemente. Cada vez creo más que se trata de una mujer inteligente y comprensiva y fuera del medio ficticio de Madrid, es humilde, modesta, muy sencilla, sin ningún alarde de nada. A V. le hemos dedicado unos párrafos ¿no le han sonado en los oídos?*

*Deseo mucho tenerla a V. de nuevo en Madrid. Si pasan Vds. el invierno ahí, en Mallorca, veré si puedo escaparme a descansar, aunque por lo dicho advertirá V. cuán difícil me es todo.*

*No sé si podrá V. comprender estos garabatos. Me tiembla el pulso y me cansa mucho el escribir. Solo por V. hago yo este esfuerzo.*

*Escribame a Madrid donde estaré a finales de este mes para comenzar el curso en octubre. En todas sus cartas ponga en el sobre, en letra grande, clara, «particular»; de ese modo puede V. decirme cuanto quiera sin temor a que nadie abra sus cartas ni se enteren.*

*Ramiro parece que ha tenido un gran éxito en América. Ya debe estar de vuelta en Londres. Como no recibo El Sol no sé nada de nadie, ni nada de mi propia familia.*

*A esta carta deben faltarle muchas palabras que dejarán algunas frases sin sentido, pero no me atrevo a repararla por temor a cansarme más.*

*No sé si alude V. a Rosa Ortega en su carta al decir que no le escribe. A mí tampoco. Le he pedido que me mande la revista y, nada. Pero es buena y hay que perdonarla. Tal vez yo también si estuviera casada con un hombre tan célebre me permitiría tales abandonos. No lo sé. Debe ser magnífico llevar un nombre glorioso sin que haya costado nada el derecho a poseerlo. Yo para mantener el mío —muy modestito— tengo que dejarme la piel en cada escena.*

*Me canso y sin embargo no sé terminar.*

*Adiós, María, siga V. consagrándome ese tesoro de su amistad que me indemniza en parte de tantos otros dolores. No piense nunca que mi silencio es olvido y mucho menos desvío o abandono por acudir a otras más altas esferas. Nada es más alto y menos. Cada uno alcanza por su propio mérito su puesto y ahí está. Saludos a Ricardo, pero no le cuente nada de todo esto.*

*Muy suya, con un abrazo, con lo mejor de mi cariño,*

*María*

Mi querida María Martos fue, en ese momento, mi apoyo. Me cuesta mucho contar mis debilidades porque enseguida se podrían usar en contra de mis capacidades. La fortaleza imanta la seriedad que provocas en los demás, mientras que la debilidad refuerza al enemigo para contagiarme su deseo de fracaso. Mamá me conoce tan bien que es casi imposible engañarla cuando me llama por teléfono, desde Bilbao, para saber realmente cómo estoy. Mi voz es, para ella, el diagnóstico que delata mi cansancio permanente. Siempre he trabajado mucho, por gusto, desde luego, pero eso no quita que el físico se rebele ante los excesos a los que le someto con tantos viajes, en los que me mareo algo, lo cual me perturba el estómago y me hace el trayecto más pesado, y por las pocas horas que dedico al sueño. En más de una ocasión se lo decía por carta a mi hermano Ramiro, quien desde América, o Londres, desde donde estuviera viviendo, impregnaba sus cartas de palabras que masajeaban mi espíritu. Siempre me recomendaba que descansara cuando me sentía malucha. Su cariñoso recetario pasaba por aconsejarme que fuese a algún balneario donde pudiera estar en contacto con el campo, por el que pasear mientras tomaba baños de sol a media tarde. A su querida «hermanilla», como me llamaba para que sintiera más cerca su cariño, la animaba a dar esas caminatas para tomar todo el sol que pudiera. Sí, yo hacía pequeños retiros en diferentes balnearios para pasar mis vacaciones estivales, como el de Cauterets, en los Pirineos, donde me permitía estudiar, pero, también, alejarme de las voraces críticas, como la de los jesuitas que, en el año 1908, me hicieron sufrir tanto. Ahora, estoy reviviendo con creces esos episodios por la situación política en España ante tantos movimientos republicanos.

El Estado nos ha retirado las ayudas económicas, lo que me rompe el presupuesto. Hemos sobrevivido porque estoy pagándolo con las cuotas de las alumnas, funcionando como una empresa privada desde 1924. Con la Junta de Ampliación de Estudios ya no vivimos las mieles del pasado. Ellos, con los que tantos proyectos hicimos para que las mujeres pudiéramos estudiar en el extranjero y crear una escuela privada, una universidad privada en la que el Estado no interviniera, han cambiado su ideología política y ven en la mía un motivo para mi dimisión. Los nervios estallaron cuando en 1923 el general Primo de Rivera, con el acuerdo del ministro Callejo, hizo todo lo posible por cerrar la Residencia. El rey Alfonso XII anuló el decreto de suspensión tras un año entero de lucha con verdadero denuedo de muchos intelectuales que pusieron en marcha una gran campaña para evitarlo mediante publicaciones en prensa. Artículos como los que escribió mi hermano Ramiro de Maeztu, desde el 27 de noviembre de 1923 a mayo de 1924, defendiendo con convincentes argumentos la necesidad de esa escuela. La situación política ponía en riesgo nuestra supervivencia y mi trabajo se complicaba cada día más. En octubre de 1925 me nombraron directora del Patronato del Instituto Escuela, lo que comportaba una ardua labor en su refundación, puesto que debía encargarme de elegir a todo el profesorado, establecer nuevos presupuestos, diseñar normas de convivencia, dar contenido a las materias y



redirigir la orientación educativa. Castillejo presentó la dimisión y a mí me presionaban para que abandonara la Residencia, puesto que los republicanos tenían la pretensión de, a su llegada, usar la casa para sus fines políticos. La tensión era elevadísima. El trabajo era ímprobo. En medio de estas presiones políticas en las que ya nos íbamos retratando cada uno, yo me posicioné públicamente, como no podía ser de otra manera, en razón de mis experiencias vitales en los países en los que había estudiado e impartido mi doctrina educativa. Con el paso de los acontecimientos mi hermano Ramiro empezó a criticar la llegada de la república, al contrario que yo, que pensaba que con su llegada mejoraría la educación y la independencia de la mujer. Primo de Rivera le envió de embajador de España a Argentina en 1928, y allí estuvo dos años. El advenimiento de la República nos afectó a todos, mis amigas se iban de Madrid y yo me sentía cada vez más sola. Es una pena ver cómo nos separamos todos, por las ideas o por la distancia, y yo ya me siento vieja para hacer nuevas amistades; si el trabajo no ocupara toda mi actividad, me sentiría muy triste.

Por eso me decidí a comprarme una casa para descansar en Biarritz. Allí mi querida amiga Carmen Corrons también tenía una y estando con ella me animaba a amueblarla y disfrutar de la decoración, un ejercicio que me alejaba de mis obligaciones cotidianas sobre el estudio, teniendo que pensar cómo iba a combinar unas cortinas o alfombras con los sillones del salón.

Así estábamos, la familia repartida por diferentes puntos de España. A mamá la invitaba mi hermano Gustavo a que pasara temporadas, sobre todo de verano, en Estella. Una de las más hermosas ciudades que hay en Navarra, con pocos habitantes, pero muy acogedores con los visitantes. Allí Gustavo encontró su lugar, un sitio donde poder beber de múltiples inspiraciones que le proporcionaba la cultura de la ciudad monumental, histórica, y los pueblos del Valle de Yerri a donde tanto le gustaba ir a pintar. En uno de sus viajes paró allí, cual peregrino del Camino de Santiago, y durante un paseo por el Parque de Los Llanos, lleno de árboles, flores, pájaros, campos de césped, fuentes y bancos, sintió la llamada de que ese paisaje debía ser la primera imagen que viera cada día de su vida. Se enamoró de una pequeña casita blanca desde la que se podía escuchar el susurro del río Ega, que lo baña, y decidió comprarla. Sé que su plan es quedarse a vivir allí definitivamente, y puede que cuando mamá necesite más ayuda por su avanzada edad, él querrá cuidarla junto a su muchacha fiel, Julia Landa. De mis otros hermanos, Ramiro casi siempre vivía en el extranjero, y aunque Miguel y Ángela vivían en Madrid y Santoña respectivamente, más cerca me sentía de Ramiro que de cualquier otro. Son emociones que no se eligen. Brotan de tu corazón de manera indomable por mucho que se quiera disimular. Ramiro para mí era el fundamento emocional de mi vida. Con su inspiración alimentaba mis cuestiones espirituales, mis preocupaciones académicas y mi futuro. Él me ayudó de manera determinante a ser quien soy. Acepto los dibujos que sobre mi personalidad hacen de mí. Me definen de muchas maneras según el momento circunstancial en que me hallo cuando una persona me conoce. En conferencias, donde se me terminaba ovacionando, destacaban mi viveza verbal, pero en general se me tachaba de tener una fuerte personalidad y de ser muy orgullosa. Por todo ello me apodaron «María la Brava». ¿Cómo pretenden que sea si tengo que batallar con cientos de problemas diarios que, desde la mayoría de las administraciones gubernamentales, quieren acabar con mi obra?

Mientras vivía y estudiaba en Alemania, en 1913, escribí para la revista *Estudio I* un extenso artículo, que fue publicado el 6 de junio, sobre la situación del *Feminismo* que en Londres había sacado a las calles a miles de mujeres. En él decía:

*Si se atiende a la información de la prensa pensarán, tristemente, que el*

*feminismo está en crisis, porque según la misma, si la labor de la mujer no es callada, lenta, tranquila, pone en grave riesgo la causa del feminismo. Al grito de ¡Votes for Women!, miles de mujeres se lanzan a la calle si el gobierno inglés no cede pronto a sus demandas de derechos políticos. Tal actitud violenta, de reto y de conquista, resta simpatía a su causa, por lo que la prensa de todos los colores políticos censura unánimemente el movimiento. Y a la crítica unen «el corrosivo disolvente de la caricatura burlesca», elemento gráfico que revela, mejor que las crónicas, la injusticia y la ironía amarga con que se ha juzgado este movimiento. Y, es más, al calificar sus actos se les niega lo que no se ha negado jamás, en el proceso histórico, a los revolucionarios y reformadores de todos los tiempos. Se les niega ese sentimiento generoso que mueve al héroe a sacrificar su paz a favor de las generaciones siguientes.*

*En vez de ridiculizar el gesto heroico de esas mujeres, promueven un desorden social. ¿No sería más piadoso que tratásemos de justificar ese movimiento explicándonos las causas que impulsan a las sufragistas a la acción militante? ¿Es que tenemos derecho a desentendernos con frívolo gesto de ese problema social, hondo, humano, que flota en el ambiente, que está en nuestros corazones pidiendo una solución inmediata? ¿Por qué no nos detenemos a analizar el proceso doloroso, la amargura infinita de esas vidas antes de mostrar una actitud hostil? El que añade una palabra despectiva al coro de las murmuraciones generales, ¿ha observado alguna vez toda la profundidad trágica que encierran esas vidas femeninas que se deslizan lentas, grises, monótonas, alimentadas por un vago ensueño que no lograron realizar, y sin un fuerte contenido espiritual que llene el vacío de sus horas y les preste una significación concreta y definida?*

*Pues bien: las sufragistas inglesas representan el descontento general de una parte de la humanidad que sufre y calla; son el eco y portavoz de millones de mujeres, de virtud resignada y paciente, que viven ignoradas en el rincón de una casita humilde, esperando que surja la voz liberadora que les diga, como a Lázaro un día el Nazareno: «¡Resucita y anda!».*

*El que no se sienta con valor ni energía suficiente para aportar una solución a este problema que se impone en nuestros días con su fuerza aterradora, debe tener, por lo menos, un rasgo de compasión para ese dolor y un movimiento respetuoso para el feminismo que representa. (...)*

*Algunos escritores modernos queriendo hallar una fórmula conciliadora, establecen una diferenciación de funciones entre ambos sexos y asignan al varón la fuerza física, la razón y la creación de productos objetivos y culturales; mientras que a las mujeres, en cambio, el de criadoras de hombres y mujeres, la emoción, la raza, la vida. La mujer tendrá siempre superioridad en aquellas ocupaciones como enfermeras, maestra, etc., que son en cierto modo maternas. E inferioridad en aquellas ocupaciones menos emocionales que requieren más fuerza física o mental que sentimiento.*

*Pero el problema así planteado no resuelve la cuestión. Es mucho más complejo Si la mujer ha de reservar sus energías para la procreación de la raza, se hace preciso que el hombre pueda mantenerla con su trabajo. Pero como no sucede así, queda siempre un gran número de mujeres solteras a quienes las necesidades de la vida lanzan al mercado del trabajo, donde surge la competencia enojosa para todos.*

*El exceso de demanda disminuye las condiciones de las ofertas, y como siempre que la razón se obscurece la injusticia se impone a esa mujer, primera víctima de la civilización que crearon los hombres, se le paga menos su trabajo y se le cierran las puertas de un gran número de profesiones. Y así nace ese movimiento feminista que se impone con su fuerza abrumadora. Las mujeres que en él participan no pueden significar un empeño vano e inconsciente, porque las guía un sentimiento moral, un anhelo de reforma, un ansia infinita de liberación humana.*

*De ahí la enorme dificultad de presentar este problema de un modo metódico. Porque, ¿qué piden, en concreto las sufragistas inglesas? Piden el reconocimiento de su ciudadanía como un medio de hacerse respetar de los hombres. Pide, o deben pedir, la participación en la cultura. Si cultura significa cultivo, trabajo, la mujer tiene derecho a participar en la cultura, esto es, en el trabajo. Negárselo sería inmoral, sería tratarla como a cosa, como a ser extrahumano, indigno de trabajar. Por tanto, es un problema estrictamente cultural. La mujer quiere participar en la cultura. Y como ser humano pide colaboración en toda clase de trabajo. Reconoce, sin embargo, que el sufragio es solo un medio para conseguir la reforma de leyes. Aunque no sea el mejor; pero un medio, nunca un fin.*

*Cuando los azares de la vida, las condiciones económicas o los vicios actuales de la sociedad la priven de la suprema función que le asigna la naturaleza, la de criar y educar a sus hijos, la mujer no se resigna a laborar tan solo en los bajos menesteres del taller o de la fábrica, o en las faenas del campo, sino que requiere cooperar también en los grados superiores de la cultura humana: arte, ciencia, moral, política. Quiere tomar parte activa en el proceso de la civilización, en la marcha de la humanidad. Quiere contribuir a la reforma de las leyes, a la constitución de los pueblos. Siente, tal vez más hondamente que el hombre, el drama del sufrimiento humano en los niños pobres, en las mujeres abandonadas..., y como no se resigna a contemplarlo impávida desde el rincón florido de su corazón, quiere orientar la opinión pública y dirigir los destinos humanos desde la cátedra universitaria, desde el foro, desde el parlamento.*

*Lector, ¿hay en esto algo de inconsciente, de ilógico? ¿Merece las diatribas de la sátira? (...)*

*De aquí que el movimiento sufragista se vea envuelto en una antipatía popular profunda y vigorosa. Porque frente al tipo de la mujer emancipada, se levanta el tipo de la antisufragista, representado por las mujeres casadas o solteras que cuentan con probabilidades de casarse por su atractivo personal o sus medios de fortuna. Estas no quieren ni oír hablar de la emancipación económica, porque lo único que desean es encontrar un marido en ventajosas condiciones, cosa que se hace más difícil si las mujeres demandan un puesto en la economía social. De aquí surge una lucha cruel, la más enconada de todas, entre las mismas mujeres. Por eso el mayor obstáculo que se ofrece al feminismo no lo presentan los hombres, sino las mujeres, aquellas para quienes la emancipación económica resulta, no una idea liberadora, sino una promesa de esclavitud. (...)*

*No obstante, por muy grandes que sean los errores cometidos, gravita en el fondo de su causa un principio tal de justicia que no puede hacerse esperar la hora del triunfo. Las mujeres del pueblo no sienten necesidad de pedir una independencia especial, puesto que en sus demandas de mejoras económicas se unen al movimiento*

*obrero formando con él una sola clase. Las mujeres de las clases altas solo desean que su situación actual se prolongue. A ratos ven la monotonía de las horas que pasan, pero no entrevén, no sospechan otros mundos. A veces se suman a uno de los movimientos sociales, pero en realidad no quieren cambiar de postura. Inconscientemente viven aferradas a un conservadurismo inexpugnable. En cambio, las mujeres de la clase media son, por sus condiciones especialísimas, las que prestan el mayor contingente a este movimiento feminista en todos los países del mundo. Porque ellas representan ese descontento general promotor de todo impulso de reforma. Su vida se consume en la privacidad de una vida humilde, de miseria mal encubierta. Los escasos recursos de la familia se gastan en la carrera del varón, mientras la hija espera paciente, los años de su juventud, al mesías que no llega nunca. En los países católicos hallan, todavía, campo a sus actividades en los conventos, con la función de abadesa. Pero en estas naciones protestantes del Norte, la lucha adquiere caracteres agudos y estalla con su fuerza abrumadora. Estas mujeres han entrevisto en sus casas, en el comercio con sus hermanos, la posibilidad de una cultura humana y las ventajas liberadoras que proporciona el varón. Han empezado a estudiar de niñas y lo han dejado en la adolescencia, precisamente cuando la trama de los sueños se mezcla con el tejido de la vida. Las novelas narcóticas, la literatura frívola, prestan fuego a la hoguera y no saben más que eso: soñar. Quieren trabajar y no saben dónde ni cómo: algunas afrontan valientemente la vida, pero la vida les vuelve la espalda. Hasta que un día las aguas rebosan el cauce, y el descontento estalla; la amargura, concentrada años y años en el silencio de su corazón, adquiere un gesto trágico y se lanzan a la calle en actitud revolucionaria.*

*Sus actos solo podrán ser juzgados con plena imparcialidad cuando se analicen, al correr de los años, las mejoras obtenidas. Pero hoy el feminismo no está en crisis.*

Este artículo se leyó mucho en España. Clara Campoamor y Victoria Kent me escribieron para contarme los efectos que tuvo en nuestra sociedad, que se vio criticada. Ellas dos, estudiantes de política y derecho, defensoras a ultranza de los derechos de la mujer española, representaban esa lucha londinense en nuestro país. Su trabajo fue absolutamente decisivo años después cuando lucharon contra todos estos problemas para que las mujeres pudieran votar.

Pocos meses después de que se proclamara la Segunda República, el 14 de abril de 1931, tres mujeres consiguieron ser diputadas y sentarse a tomar decisiones en el Parlamento: Clara Campoamor, Victoria Kent y Margarita Nelken.

Con Clara y Victoria había presenciado apasionantes y acalorados debates sobre el derecho al voto femenino. El trato hacia las mujeres era vejatorio cuando argumentaban que no podíamos votar hasta cumplir los cuarenta y cinco años «dada la debilidad psíquica y de voluntad e inteligencia de las mujeres antes de esa edad». Había quienes argüían que éramos unas histéricas e irracionales. Aunque, según contaban tanto Clara como Victoria, la Iglesia era uno de los mayores frentes a combatir, puesto que, en esa sociedad tan profundamente conservadora, convencían en sus declaraciones que los maridos podían dirigir la opinión electoral sobre sus esposas hacia la derecha. Eso justamente era lo que Victoria dijo ante las Cortes aquel histórico día: «Creo que el voto femenino debe aplazarse, lo dice una mujer que, en el momento crítico de decirlo, renuncia a un ideal. Cuando transcurran unos años y vea la mujer los frutos de la República y recoja la mujer en la educación y en la vida de sus hijos los frutos de la República, entonces, señores diputados, la mujer será más ferviente, la más ardiente defensora de la

República (...) Si las mujeres españolas fueran todas obreras, si las mujeres españolas hubiesen atravesado ya un periodo universitario y estuvieran liberadas en su conciencia, yo me levantaría hoy frente a toda la Cámara para pedir el voto femenino. Pero en esta hora yo me levanto justamente para decir lo contrario y decirlo con toda la valentía de mi espíritu».

*Conmemoración y evocación de la Residencia de Señoritas. Vida cotidiana*

«Del propio pueblo y de sus ondulantes opiniones nos vienen las ideas».

BENITO PÉREZ GALDÓS

Para conmemorar el veinte aniversario de mi obra organicé una gran celebración. Corría el año 1935 y la Residencia de Señoritas estaba floreciente. Teníamos más pabellones, las peticiones para acoger a más alumnas nos llegaban por cientos, aunque ya teníamos doscientas diez residentes, la económica de la casa estaba equilibrada, y hay que decir que el advenimiento de la República y la supresión de algunos conventos había aumentado de tal modo la demanda en estas instituciones de la Junta que no sabía cómo íbamos a hacer para atenderlas. Esa celebración consistía en reunir al mayor número de internas de toda nuestra historia, aunque no hubiera camas para ellas. Era capaz de ponerlas a dormir en el jardín con tal de que no faltara ninguna al aniversario, que yo consideraba de tremenda trascendencia. Organicé conferencias impartidas por los autores más ilustres, y yo escribí un solemne discurso titulado «La mujer».

Después de veinte años de ir implantando novedades para favorecer y mejorar el sistema educativo, vi oportuno aplicar un sistema de financiación al estilo americano. Es decir, para abaratar los gastos de la casa por los servicios establecidos, el gasto de la calefacción, cuyo carbón resultaba muy caro de costear, el servicio de comedor con cocina incluida, y el médico, ya que teníamos a una doctora a nuestro servicio con enfermería propia, propuse convertirlo en cooperativa. Hasta el momento nos guiábamos por un libreto, un pequeño folleto de doce por ocho centímetros de unas cuarenta páginas, cuya denominación oficial era *Información para las Estudiantes de la Residencia de Señoritas*, y en el cual en la portada estaba reflejado el logotipo de la casa, un efebo. Al final al libreto le quitamos oficialismo y le llamábamos el «libro azul». No era más que un breve informe, que constituía la expresión compendiada de aquellos usos que desde la fundación de nuestra obra, en 1915, han sido la práctica de nuestro vivir cotidiano y que, en sus rasgos esenciales, fueron instituidos por las mismas alumnas, creadoras del espíritu que hoy anima nuestra labor. La colaboración de todas las alumnas se sumó a esta obra, a la que aportaron aquellas iniciativas que podían ser útiles y favorecer a la comunidad de estudiantes que viven en esta Casa. En este informe cabe destacar que existían prohibiciones, como que no se permitía fumar dentro del edificio. Si así lo deseaban, para ello tenían el jardín. Había que hacerles distinguir entre el respeto a quienes no eran fumadoras y les molestaba el humo del tabaco, asegurarse de evitar peligros de incendio y la higiene de todo el edificio. Los juegos recreativos como las cartas u otros de mesa estaban restringidos a realizarse en el salón de té, pero nunca en los dormitorios. No quería que las chicas se arrebullaran con gritos en sus habitaciones, que al ser compartidas podrían crear problemas de convivencia. Era inevitable que se nos pasara alguna

reunión clandestina. A las once de la noche era la hora, casi oficial, en que debían interrumpir charlas, cerrar libros y apagar luces para descansar en los inofensivos brazos de Morfeo, como definían las propias chicas. A veces, si era víspera de fiesta, en algún cuarto media docena de insurrectas prolongaban la velada unas horas más. Entre todas reunían café, galletas, dulces, vino de Málaga y el más variopinto servicio de tazas y copas. Pronto llegaban las provisiones a su fin; la charla duraba bastante más, porque se abordaban todos los temas... menos el hablar mal de los hombres; y es que estaban todavía en la edad de las ilusiones. Las que pensaban madrugar para recibir la comunión se retiraban. De las que quedaban, una o dos caían en el pecado de agravar la fiesta sacando a relucir el cigarrillo inglés. Les atraía el hecho de que estaba prohibido, tal vez la añoranza que despierta su aroma y más que nada la coquetería de siluetear gestos elegantes. Los nudillos de una vecina invitaban al definitivo silencio. Decaía la charla y triunfaba el sueño. Se cumplía más de la una de la madrugada; se iniciaba el desfile; andando en la punta de los pies procurando convertirse en peso pluma para que los lamentos de la tarima no avisaran al centinela del pabellón de que alguien andaba por los pasillos a horas intempestivas.

Con la llegada de la primavera las chicas sucumbían ante sus encantos. Carmen Munárriz, lo contaba así en la revista *Estampa*, el 15 de abril de 1923:

*Al llegar ese tiempo los árboles del jardín comienzan a desperezarse; no tardan en cubrirse de una verde fronda, albergue de cientos de gorriones que se pasan el día entonando himnos al sol, en peleas y flirteos. El ambiente está cargado de malos consejos; nos dicen que dejemos los libros, que nos pongamos un vestido vaporoso y con la misma sonrisa del repertorio, vayamos al campo a saludar a la primavera en plena apoteosis.*

*Pero ninguna hace caso. Puede más la vecindad de los exámenes con su cosecha de laureles y cucurbitáceas. En las puertas comienzan a aparecer avisos de: «Silencio. Estoy estudiando». Con los oídos tapados unas recitan en voz alta a las paredes, otras en los bancos y sillas del jardín se dan la espalda como si hubiese una epidemia de enfados, pequeños grupos de peripatéticas recorren lentamente los paseos.*

*En mayo se acentúan los síntomas; las luces permanecen encendidas hasta las primeras horas de la madrugada, y muy temprano los ojos enrojecidos y las caras pálidas bajo las mantillas, desfilan camino de la próxima iglesia a oír misa y comulgar, hacer novenas, ofrecimientos y conseguir recomendaciones de los santos favoritos. No se habla más que de estudios y de profesores que no quedan muy bien parados cuando empieza el desfile de los «cates». ¡Qué lloreras entre las poco afortunadas! Unas porque consideran injusta la nota o porque temen las iras de los padres; alguna tiene pánico al novio porque esperaba para casarse al terminar la carrera. Y el suspenso representa dilación. Unas cuantas se ven con la carrera terminada y, cosa rara, demuestran una alegría muy convencional, que contrasta con las de sus compañeras que se preparan para el verano. Es que en la Residencia pasaron varios años, lo mejor de su juventud.*

En esa misma entrevista, la residente Munárriz, contaba cómo se veía la transformación física de las chicas llegadas desde fuera, desde su pueblo a la capital cuya influencia se delataba en su propio cuidado:

*A veces viene, de un pueblo olvidado, una muchacha con moño, cejas pobladas y vestido pasado por la censura. Al cabo de algún tiempo notábamos algo nuevo en ella, está mejorada, le descubrimos atractivos insospechados y nos cansábamos de decirle: ¡qué bien te sienta Madrid! ¡Si pareces otra! Lo que le sienta es el arreglo. Su trabajo le ha costado decidirse, pero al fin ha sacrificado la largura de la falda y el moño en el altar de la moda. Una compañera ha ido arrancando con unas pinzas las patitas de mosca que desdibujan sus cejas. Siguió la adquisición de un colorete —que emplea al principio con timidez—, el «Tangee» para los labios —que es tan caro como discreto— y el «Rimmel» y...*

*Al volver a su pueblo está desconocida. Tal vez fuera mejor que no hubiese variado, porque también su espíritu es otro y le cuesta amoldarse al rusticismo de ese ambiente que antes era su elemento. Pero a costa de su sacrificio se beneficia su gente, que recibe aires de fuera, nuevas ideas que con el tiempo darán su fruto.*

*Las mujeres se revolucionan ante el refinamiento de la ropa interior de color, del esmalte de uñas... y del cepillo de dientes. Esto lo digo recordando lo contado por una maestra, a quien sorprendió una labradora haciendo uso del dentífrico y el cepillo. Poco menos que escandalizada le exclamó: «Con cepillico a la medida y medicinas. ¡Así ya se pueden tener los dientes majos!».*

*Pasan dos, tres años; un día vemos en el «hall» de la «Resi» (así llamábamos las alumnas a la Residencia porque era muy largo de pronunciar constantemente. Así que le decíamos la «Resi» que además suena a música: «la-re-si») una participación de boda con el ofrecimiento de una casa en un pueblo de nombre desconocido. Es ella, que se ha casado con un maestro, un médico, un rico labrador. Revive por unos días en el recuerdo de las que la conocieron, se organiza una suscripción para enviarle un pequeño obsequio y no se vuelve a saber nada de ella, absorbida por el pueblo.*

A veces, los horarios de visita de amigos y familiares eran restringidos a dos días a la semana, los jueves y los domingos de cuatro a ocho de la tarde. Todas las alumnas se administraban por las mismas normas. Veía trascendental para la reafirmación de nuestras estudiantes que comenzaran a cuidar de toda la casa. Asumirían la limpieza de sus habitaciones, de algunas zonas comunes, aprenderían a servir la comida de tal manera que, en el futuro, podrían ser además de mujeres intelectuales, profesionales y con carrera, dueñas de sus propios hogares sin tener que depender de un servicio que les tuviera que atender ni al que tener que pagar. Esto de tener sirvientes en casa encarece mucho la vida y las chicas deben saber cocinar y ser hacendosas de sus cosas personales. Me gusta construir mujeres completas, estudiosas e independientes. Me di cuenta de que las estudiantes extranjeras, al venir de países más avanzados, disfrutaban de privilegios que no podían gozar las españolas. Así pues, quise reconducir esta diferencia porque las hispanoamericanas podían salir dos veces a la semana hasta la una de la madrugada. Y eso debí modificarlo, pues producía mal efecto que tuvieran permitido volver de la calle cuando quisieran. A las españolas no les permitíamos ni que sus novios las acompañaran hasta casa. Les sugeríamos que las despidiesen en la reja del límite de la parcela. Si tenían que decirse más cosas que se escriban cartas para hacer ejercicio de redacción que siempre les vendrá bien. Algunas fueron castigadas debido a que nos engañaron.



Carmen Munárriz contaba con mucha gracia que era natural que el amor les interesara a esas chicas de entre veinte y treinta años tanto como la química, el derecho romano o la historia de la pedagogía. Me contaba, durante una tarde de té, que casi todas tenían novio, ausente o en Madrid, al que guardaban más o menos fidelidad (más bien más que menos). Entre ellas destacaban dos o tres que llevaban varios años de relaciones; eso les daba prestigio, y servían de consejeras a las novicias en esta asignatura, porque corría el dicho de que si una mujer conservaba al novio en Madrid de un curso a otro, era seguro que se casaría con él. De todas las carreras al alcance de la mujer, la del matrimonio sigue siendo la preferida. Hace algún tiempo, según la versión de la residente Munárriz, tuvimos una extranjera bajita, rubia; pasaba poco menos que inadvertida hasta que comenzó a recibir gigantescos ramos de rosas, de claveles, cajas de bombones, libros lujosamente encuadernados. Se los regalaba un novio español que acababa de conocer. Estaban, confiesa ella, deslumbradas, como si una estrella de cine hubiera aterrizado en nuestro mundillo estudiantil. Una se atrevió a averiguar el número de claveles de un ramo y el precio de cada uno para calcular, por el dinero gastado, el grado de pasión del admirador. Se reunían en el cuarto para repartirse las flores, devorar los bombones, leer los libros, comentar la expresión de las dedicatorias y sonsacarle la receta para enamorar así a los hombres. Imposible ponerla en práctica. Su admirador no había tenido nunca novia; ella era su primera ilusión... ¡Cualquiera encuentra en Madrid un caso igual, aunque sea sin la aureola de las flores y los bombones!

En una ocasión unas residentes nos pidieron permiso para hacer una excursión a Aranjuez, y descubrimos que se marcharon a Toledo con unos cadetes. Siempre debía ir con las excursionistas una persona de apoyo para evitar que sus relaciones con los chicos se complicasen más. Durante la Semana Santa hacíamos intercambios de chicas con la Residencia Internacional de Señoritas Estudiantes de Barcelona. Se promovía numerosas excursiones a Sevilla, Toledo, hasta Marruecos y París. Con tal de poder realizarlas invertían el dinero que hiciera falta. Si les coincidía con que estábamos a mitad de mes y ya se tenían que rascar los bolsillos, pedían adelantos en Secretaría, donde se lo adelantábamos sin poner ningún inconveniente. Muchas preferían, antes que recurrir a pedir un préstamo, que se lo dieran las más pudientes de la casa. Era divertido ver cómo tocaban de puerta en puerta a ver quién tenía dinerito en la cartera.

—Enriqueta; ¿tienes dos duros para prestarme? Te los devolveré cuando mis padres me ingresen el mes que viene la paga —preguntó Margarita Mayo.

—¡A buena parte vienes! ¡Debo seis duros! ¡Si alguna te presta me lo dices para también pedirle yo, porque ese pabellón está agotado! —exclamó Enriqueta.

—Yo me quiero comprar unos zapatos, un sombrero nuevo y unas medias. Así que no iré a esta excursión para poder ahorrar y comprarme lo que considero que es ahora de primera necesidad.

—Pues yo necesito ya una nueva crema de cara, y mi colonia está a punto de acabarse.

—¿Has mirado si hay algo anunciado en el cartel del pasillo? —preguntó Enriqueta.

—Vamos a ver si hay nuevas ofertas —la animó Margarita.

Ambas, Enriqueta y Margarita, salieron de la habitación y por el pasillo llegaron hasta la pared donde colgaba un gran recuadro de corcho en el que figuraban numerosos escritos y algún dibujo realizado a mano. Había más compañeras leyendo los carteles.

—Hola, Matilde, ¿qué buscáis?

—Tengo una boda y me gustaría ponerme algo elegante. Un cuello de visón, por ejemplo, o un vestido largo.

Pura Cendán empezó a leer en voz alta todo lo que allí se exponía. «Juana Moreno tiene unas

botas que no sabe quién se las ha prestado. Se ruega a su dueña que las reclame».

—Vaya por Dios. Esto es lo malo de prestar sin la responsabilidad de saber devolver en modo y forma. Lo sorprendente es que no se acuerde de quién se las ofreció —remarcó Josefina.

Todas rieron.

—A ver aquí qué reclaman: «Un grupo de pianistas ruegan a la señorita que, distraídamente, se llevó el chotis “¡Ay qué mareo!” lo devuelva cuanto antes». Madre mía, esto es un auténtico mercadillo. ¡Cabe de todo!

—Pues espero que esta criatura consiga lo que pide, aunque lo tiene más difícil. «He perdido una “estilo” en la “biblio”. Gratificaré con pasteles a quien me la devuelva. Carmen Isern, pabellón verde».

—Margarita, aquí se venden unos zapatos que te pueden interesar, «Vendo unos zapatos flamantes del número 36; hacen el pie más pequeño y andan solos. Se han usado una vez. Costaron treinta pesetas; los dejo por veinte. Están expuestos en el cuarto número 3R». Qué fácil lo pone habiendo dibujado los zapatos de frente y de perfil. La verdad es que son muy bonitos.

—Voy a buscarlos. Si me gustan puestos se los compro hoy mismo.

El mercadeo de compra, venta y cambio de guantes, sombreros, vestidos, jerséis, entre ellas, fluía como un río vigoroso y las unía como si fueran hermanas. Hay que tener en consideración que había muchachas que se sentían muy solas después de haber dejado sus lugares de origen y vivir separadas de su entorno. En el caso de Pura Cendrán, lo pasó especialmente mal tras su llegada de Galicia. Era la única gallega durante su estancia de seis años en la Residencia. Lloró muchas noches, muchos días, pero lo disimulaba con todas sus fuerzas. Fortaleció su carácter. Ya tenía veinticinco años y era de las mujeres a las que le dejábamos libertad para salir y entrar por su cuenta. Adoraba rodearse de intelectuales y se la veía con mucha frecuencia al lado de Gabriela Mistral, cuyas doctrinas y poemas le resultaban sensacionales. Pero nunca faltaba a las conferencias de Ortega y Gasset, Marañón, y mi propio hermano Ramiro.

Pura observaba con cierto interés a Habencio, el único hombre que había en la Residencia, que nos arreglaba y cuidaba el jardín, y se encargaba de echar el carbón a la estufa para que tuvieran una temperatura agradable para poder estudiar, o leer. Tenían una buena amistad, pero lejos de las sospechas de Rafaela Ortega solo eran dos amigos que compartían conocimientos sobre el mantenimiento de la casa. Se veían cada día cuando Habencio se encargaba de dejar un recipiente con agua caliente, cada mañana, a la puerta de todas las habitaciones. No había agua corriente en los cuartos y se pasaba frío hasta que en 1923 se hizo la obra para la llegada de la calefacción.

Pura fue perdiendo la timidez con el resto de internas. Se le hizo insoportable aguantar a su primera compañera de cuarto, una andaluza cascabelera, por lo que hizo todo lo posible por encontrar una habitación en la que estar sola. Le costó más dinero, ya que según el tipo de habitación costaba seis pesetas diarias, en las que se incluía la manutención, la biblioteca, el laboratorio y demás, y pasó a pagar cincuenta pesetas mensuales más por una habitación cuyo balcón daba a Rafael Calvo.

Las normas de comportamiento se aplicaban también cuando se veían solas ante nuevas situaciones vitales, como visitar otras ciudades, en las que se relajarían hasta llegar a la desinhibición. Para chicas como Pura, Madrid era una ciudad donde perderse, incluso en el angustioso sentido de tener dificultades para regresar. Se formaron varios grupos de amigas. Yo la veía mucho con Fanny González, una alumna de León, con quien solía salir de compras o a ver escaparates por la calle Fuencarral en la que, como ella misma me contaba, había muchas zapaterías. Su paseo consistía en ir desde la Residencia hasta la Puerta del Sol por la calle

Almagro. Y con frecuencia iban a merendar a Molinero en la calle de las Torres, cerca de Infantas y del casino militar, donde por una peseta, incluida la propina, les ponían un té o chocolate completo con tostadas, mantequilla, azucarillo para el agua, mermelada, un pastelito y tres pastas de té. De allí, iban a la Puerta del Sol. Y cogían, eso por el año 23, el trole hasta el hipódromo, en el número 8, que hacía el recorrido Sol-Bombilla, Sol-Hipódromo, con parada en Rafael Calvo. Si llegaban tarde, empezaba la cena a las nueve y no estaba yo, que presidía la mesa del comedor, sus compañeras les servían el primer plato. Todo lo advertía, y sí que era estricta, pero las veía muy felices.

A sabiendas de ello les remarcábamos que se mantuvieran puntuales, que guardaran la compostura allá donde fuesen y se les rogaba que no mostraran admiración en voz alta y que no tomaran apuntes. En caso de realizar visitas a museos o centros de culto, lo harían muy arregladas de traje, con boina. La cabeza debía permanecer cubierta en las iglesias porque ya se estaba implantando de manera creciente el desprendimiento de los sombreros. No me importa que vayan descubiertas por Madrid o cuando el equipo de hockey va a los campos de los Altos del Hipódromo a hacer natación o remo, incluso durante los cursos de verano que organizamos en la Residencia de Jaca, pero no es de mi gusto ser descortés con los estamentos más sagrados. Los padres de esas criaturas habían delegado esa responsabilidad en mí. El exceso de celo estaba justificado, pues, mientras estuvieran a mi cargo. Por su desobediencia fueron castigadas durante todo el curso sin poder salir a pasear ni ir al teatro ni al cine. Podrán parecer medidas extremas, pero, aun doliéndome a mí misma privarlas de esa libertad, aprendían a no volver a repetirlo nunca más. Es parte de nuestra aplicación de la disciplina. Consensuada, siempre, con sus padres, claro está.

Escribí los detalles de mi nueva propuesta a Carolina Marcial Dorado, que era la encargada de la jefatura del departamento de español del Bernard College:

*El 1 de octubre, para conmemorar los veinte años de vida de la Residencia, inauguramos un grupo llamado «Cooperativa» que lo hemos planeado copiando un poco las instituciones análogas que ustedes tienen ahí. En ese grupo las muchachas pagaran solamente cinco pesetas diarias, o sea 1.200 ptas. por los ocho meses de curso, es decir, que por unos 165 dólares una alumna americana podría pasar su curso de ocho meses en la Residencia. Reservamos cinco plazas para extranjeras en ese grupo, de modo que si no puede obtener la beca tal vez haya alguna señorita que pueda pagar esa pequeña cantidad. Preferiríamos alguna que haya vivido en un college, en una casa de tipo cooperativa, esto es, sin servicio, porque así ayudaría a las muchachas españolas a formar un espíritu adecuado a este tipo de institución.*

Este nuevo sistema de «cooperativa» lo pusimos en práctica, con la ayuda de mi querida Eulalia Lapresta —cuya función era decisiva en los quehaceres administrativos de la Residencia—, en la casa de Rafael Calvo, la que hace esquina con Fortuny, en el pabellón verde. Fue un éxito, pero duró solo un año debido a la tensión política que se vivía en España. Animaba a las solicitantes de México a que vinieran a España con cartas, ya que tras la renuncia de Primo de Rivera, el cambio político no había afectado nada a las instituciones que yo dirigía y a pesar de los discursos más o menos revolucionarios que todos los días se pronunciaban y de los que tendrían ellos noticias exageradas por diferentes periódicos, la vida en España se deslizaba con la misma tranquilidad de siempre sin que hasta ese momento hubiera nada grave que hiciera suponer

cambios bruscos. Solo, poco tiempo después, en febrero de 1931 se empezaron a marchar varias alumnas, treinta para referirlo con exactitud. Todos estábamos entonces muy preocupados con las cosas políticas: de momento parece que tenemos un paréntesis de paz con esta concentración monárquica que solo Dios sabe cuánto durará. Yo, personalmente, como tengo en el gobierno muy buenos amigos estoy tranquila en cuanto a mi obra, pero dudo que gocemos mucho tiempo de ese seudoparaiso. Las izquierdas se organizan y trabajan para conseguir el ideal de sus propósitos y sobre la posibilidad de sus éxitos se discute mucho. Nadie se expresa francamente...Tenemos miedo a la dictadura del proletariado.

Yo quiero a mi hermano Ramiro por encima de todas las cosas, a pesar de que su ideología política estaba diferenciándose cada vez más de la mía. Ramiro estaba en contra de la llegada de la República.

En cambio, yo confiaba en que esa llegada mejorase la educación y la independencia de la mujer. Pensé que, en ese momento, en las Cortes estaría representada la mujer porque podía ser elegible y suponía que al hacerse la nueva Constitución se le daría el voto, de modo que en las primeras cortes ordinarias que sucedieran a las Constituyentes la mujer tendría voto y podría elegir sus representantes. Esperaba mucho del voto femenino. El Partido Reformista, fundado en 1912, en el que militaron Benito Pérez Galdós, mi querido José Ortega y Gasset, Azaña y Melquíades Álvarez, era una atracción para mi hermano. Pretendían formar un Tribunal Constitucional para que fuese independiente del gobierno e incluso de los partidos políticos. Se buscaba una Constitución simple, porque en otro caso, la democracia iba a resultar un automóvil sin freno y con mala dirección. Pero cuando se creó la Constitución no les gustó. Estas tensiones hacían que yo tuviera que elegir entre seguir con mi obra o tirarla por la ventana. Y como esta obra es mi vida, me aferré a ella tanto como al amor que mantenía por mi hermano. Todo acercamiento de Ramiro al general Primo de Rivera me perjudicaba sobremanera en mis relaciones con la Junta; los miembros de esta se mostraban cada vez más antipáticos y complicaban cada una de las gestiones.

La política no nos iba a separar, por muchas discusiones ideológicas que pudiésemos tener. Yo estaba al tanto de las novedades surgidas del Congreso, que leía por la prensa, pero tampoco quería profundizar de la que disfrutaba con las tertulias que formábamos con diferentes amigos. Si la izquierda se fortalecía yo lo que pretendía era continuar haciendo crecer mis proyectos del sistema educativo, y estaba convencida de que con el nuevo régimen todos seríamos propietarios y nos encontraríamos muy bien.

Pero nada más lejos de lo que ocurrió con la llegada de la República, que decía, nos afectó a todos.

Hace tiempo que no tengo contacto con muchos amigos, de los que nos estamos distanciando. La gente se ve obligada a comportarse en público como le dicta su ideología y no su educación. A Ortega dejé de verlo casi por completo, así que sintiéndome terriblemente sola, me seguí refugiando en mi trabajo y mis estudios. Además, hemos aumentado tres pisos en las casas de la Residencia y estamos terminando un magnífico edificio, modelo en su género, para el Instituto Escuela, lo que acapara mi tiempo y mi interés. Por otra parte, la disolución de la Compañía de Jesús se está llevando a cabo pacíficamente, sin el menor gesto violento ni el menor ruido. ¡Quién lo había de decir! ¡Parece que hemos caminado siglos en nueve meses!

Ví a Pérez Galdós un día más. Me llamó para que quedásemos a tomar el té y lo invité a que

se acercara a la Residencia donde Federico ensayaba su obra *La Barraca*. También estaba pendiente del grupo de teatro al que me gustaba recibir para que se sintieran arropados. Sacarles de las bambalinas de sus habituales escenarios suponía para todo el equipo un gran esfuerzo por la desubicación. Estaban acostumbrados a las idas y venidas, pero a pesar de que la Residencia les trataba de favorecer en todos sus requerimientos, suponía un especial esfuerzo para ellos. Mi interés era que las alumnas que cursaban estudios artísticos y musicales pudieran tener la oportunidad de participar en esas representaciones. Considero un éxito que así lo hicieran, ya que hasta Eulalia Lapresta se animó a acompañarlos durante su primer verano por los pueblos de España. Salían todos los domingos a representar *El mancebo que se casó con mujer bravía*. Les servía para profesionalizar sus aprendizajes académicos, añadiendo que en la realidad debían cuidar, lavar, planchar y coser el vestuario que se iba estropeando. Por esta iniciativa fui criticada, insultada por Andrés Amorós como la «putrefacta». ¡Qué duro es tener que soportar los insultos frente a las mentes más obtusas!

Sentados entre las sillas del anfiteatro preparado para la función, Galdós me animó recordándome aquel 16 de julio de 1903, cuando estrenó su comedia *Mariucha*.

—¿Recuerdas mi obra *Mariucha*, María?

—Cómo no, querido Benito. Te estoy muy agradecida por aquello.

—Fuiste mi inspiración para escribir ese texto. Esa mujer aristócrata madrileña que quería corregir los males de la sociedad por medio del trabajo, pero acaba sucumbiendo al amor y se casa con su novio.

—Sí, pero yo no tenía novio —subrayé de manera irónica.

—Fue motivo para que el entusiasmo le llevara a tu hermano Ramiro a escribir aquel cariñoso artículo «Dos Mariuchas».

—Escribió otro, más en relación con la obra: «Mariucha y el público» y Azorín dijo: «(...) a su vida de inacción infecunda: pero ha quedado en la ciudad una moza, Mariucha, hija de esos magnates. Ha sacrificado los seculares prejuicios a su independencia para el trabajo. Y yo, mientras contemplo los eventuales iluminados del palacio, en el sosiego de la noche, pienso en esta muchacha, en Mariucha, que es como la encarnación poderosa, noble, elocuente, de una España audaz y renovadora».

—Fue después de eso cuando conocí a José Martínez Ruiz. No suponía que *Azorín* fuera tan callado y tímido, y que termináramos alcanzando una excelente y duradera amistad.

—Benito, fue tan hermoso lo que escribió mi hermano que me emociono al recordarlo. Me sé de memoria todo el artículo, pero me estremece el amor que traslucen sus palabras al escribir: «Evoco tu imagen *Mariucha* verdadera, para contemplar en lo negro de mis párpados cerrados el conjunto luminoso de tus crenchas rubias, de tu amplia, pálida y grave frente pensadora, la de la mano nerviosa en que apoyas la cabeza inclinada, y de los ojos claros, penetrantes y enigmáticos con que tu alma curiosa y altanera se asoma al mundo en actitud de estudio alerta y de reto». — Las dos *Mariuchas*, la de la vida y la del drama, revolotean por mi espíritu. Qué generoso se mostró con ese artículo.

—¿Qué sientes al escuchar una de las mejores definiciones que te adornan?

—Él reflejaba que ambas *Mariuchas* habíamos nacido entre algodones y que la vida nos hizo perderlo casi todo. Emprendimos nuestros proyectos que se veían amenazados por la falta de dinero para conseguir su perpetuación. Pero la parte de amor es la que nos diferencia totalmente. Porque tu *Mariucha* ficticia sucumbe al amor y yo no disfruto de él porque no lo he tenido. Así que la posibilidad de casarme era más que remota, del todo imposible. Mi amor es mi obra, Benito. Es lo que me sigue manteniendo viva. Pero han sido años muy largos, de mucho trabajo,

que ya me pesan demasiado. ¿Que qué siento por mi hermano? Amor profundo y honda preocupación.

—Anímate, tienes responsabilidades importantes. Eres la primera mujer pedagoga, directora de centros donde se alimenta el intelecto, la cultura y la moral de muchas mujeres. Tus clases en la universidad son ejemplares. Cuando viajas por España las alumnas salen a tu paso para aclamarte. Te quieren, María, te necesitan.

—Soy consciente de ello. Hace pocos días me visitó Marie Curie, quien me invitó a comer a la embajada, pero preferí celebrar con Victoria Kent su nombramiento como directora general de Prisiones. Me resulta más importante estar al lado de esa criatura que he visto crecer, estudiar y alcanzar sus sueños. Pero sepa, querido amigo, que me siento muy cansada, muy sola, y creo que ya es hora de emprender otro camino dedicado solo a mi intelecto.

El 10 de agosto de 1932 se produjo un intento de golpe de estado contra la Segunda República que llevó a mi hermano Ramiro de bruces a la cárcel. La «sanjurjada», que estaba liderada por el general José Sanjurjo desde Sevilla, pretendía que el ejército se levantara por toda España. No lo logró, pero sí tuvo a Ramiro detenido durante dieciocho días en la cárcel. La fracasada intentona militar se vio perjudicada porque no fue seguida unánimemente por todo el ejército, pero tuvo la nefasta consecuencia de que muchos republicanos pensaran que el peligro de asonada estaba definitivamente conjurado. Estuvimos tremendamente preocupados y siempre sentí el consuelo de mi amiga María Martos, que ya vivía fuera de Madrid y con quien me carteaba haciendo un repaso de los males acontecidos que tanto me afectaban física y emocionalmente.

*El día 4 hemos celebrado el aniversario de la Fundación del Lyceum: seis años. ¡Qué seis años de vida intensa ha vivido España en este tiempo! Con qué ilusión fundamos esa obra para contribuir al despertar de la mujer española, sin sospechar que estaba tan cerca este movimiento que a todos nos ha unido y... separado.*

*(...) Mi trabajo aumenta y aumenta sin cesar. Desde octubre estoy explicando en la universidad las cátedras de Pedagogía e Historia de la Pedagogía que corresponden a Zulueta y que él no puede dar por estar en el Ministerio. Es decir, dos cátedras que llenarían la vida de un hombre, de cualquier hombre, son para mí un aditamento sobre la dirección del Instituto Escuela y de la dirección de la Residencia. Pero V. sabe cuán honda y sincera es mi vocación por la cátedra y es un rato de felicidad para mí el que paso en la universidad con los alumnos. Hombres y mujeres que estudian y trabajan con el mayor entusiasmo.*

*Disfruto de la sede del Instituto Escuela, un nuevo edificio que está siendo el orgullo de Madrid y de España: factura moderna del mejor buen gusto. En fin, todo muy bien. Todos los amigos políticos, Fernando de los Ríos, Domingo Barnés, cariñosísimos conmigo.*

*Tuve, ya sabe, el disgusto de Ramiro: dieciocho días en la cárcel, de gran angustia porque no sabíamos qué iba a pasar. Pero todo el mundo se portó muy bien y a mí, personalmente, me sirvió para que me diera cuenta de la gran estimación que me tenían algunas personas del gobierno. Yo he quedado muy agradecida a todos y especialmente a Santiago Casares, que es hombre recto, justo y bueno. Pero he sufrido mucho y me encuentro en una soledad interior como nunca me he sentido en la vida.*

*Ahora, al perder a Ramiro, quiero decir, al perder todo lo que durante muchos años ha representado su apoyo (como dice la gente, su sombra) sé lo que es caminar sola, trágicamente sola en un mundo como el actual, donde por todas partes brotan espinas.*

*(...) Yo he hecho una nueva casa —muy linda— para la Residencia que la inauguraré uno de estos días.*

*He pasado las vacaciones en África, y estando allí le escribí a Ortega a Málaga, donde ha dado dos magníficas conferencias.*

*El domingo se inauguró el pabellón de Filosofía y Letras —el primero que se ha hecho— en la Ciudad Universitaria. Asistió el Gobierno y habló Fernando de los Ríos admirablemente y el presidente de la República (un encanto oírle); y hoy he explicado mis clases allá en un aula deliciosa, hablando del Renacimiento en la Educación.*

*En el trabajo, y solo en el trabajo, encuentro mi clima adecuado.*

Tras la liberación de Ramiro ya nos veíamos lo justo. Coincidíamos en algunas conferencias y nos llevábamos bien de trato. Pero aquella unión en ese momento estaba muy mal herida. Maldita política.

*Elecciones de 1933. El golpe de Estado de julio de 1936*

«Si tu marido te pide prácticas sexuales inusuales, sé obediente y no te quejes; si sugiere la unión, accede humildemente. Teniendo en cuenta que su satisfacción es más importante que la de la mujer y si siente la necesidad de dormir, no le presiones o estimules la intimidad».  
Libro de la Falange Española

El resultado final de las elecciones de 1933 fue la derrota de los republicanos de izquierda y de los socialistas y el triunfo de la derecha y del centroderecha. La coalición de la derecha no republicana, que obtiene doscientos escaños, está compuesta por la CEDA, como partido hegemónico, el Partido Agrario, los monárquicos «alfonsinos» de Renovación Española y los monárquicos carlistas de la Comunión Tradicionalista, además de algunos independientes «agrarios y católicos». El centro derecha y el centro obtienen ciento setenta diputados y está formado por el Partido Radical, los liberal-demócratas, los progresistas, el PNV, la Lliga Regionalista, el Partido Republicano Gallego y el Partido Republicano Conservador. La izquierda, en cambio, reduce su representación y consigue menos de cien parlamentarios.

Un parlamento tan polarizado no logra estabilizarse y menos con Gil Robles conspirando para hacerse con la presidencia de gobierno, algo a lo que se resiste el presidente de la República, porque la CEDA no es una formación política adepata a la República. De hecho, hay quien considera que está más próximo a los militares golpistas que a la democracia, porque en su programa estaba incluido el indulto a los responsables del intento de golpe de estado de 1932, capitaneados por Sanjurjo. Tras nombrar sucesivamente a varios independientes como presidentes del Consejo de Ministros, Alcalá Zamora no tiene más remedio que disolver las Cortes en enero de 1936.

De nuevo suenan los sables, porque un grupo de generales planea sublevarse el 19 de febrero si el Frente Popular gana las elecciones y fracasa así la vía política para impedir que la izquierda vuelva al poder. Gil Robles y la CEDA pierden las elecciones y pretende que el presidente del Gobierno en funciones, Manuel Portela Valladares, anule los comicios y declare el «estado de guerra», lo que de hecho supondría que los militares se hicieran con el poder. También se lo pide Calvo Sotelo, líder de Renovación Española, y finalmente lo hace el que es jefe del Estado Mayor del Ejército, el general Franco, que junto a Fanjul y Goded están situados en puestos clave en la cadena de mando. Sin embargo, fracasan al no conseguir que ninguna guarnición se subleve. Franco se echa para atrás y el presidente en funciones entrega el poder al Frente Popular, la coalición ganadora, sin esperar a que se celebre la segunda vuelta de las elecciones, prevista para el 1 de marzo.

El 19 de febrero Manuel Azaña, líder del Frente Popular, forma gobierno, integrado exclusivamente por ministros republicanos de izquierda y, lógicamente, una de las primeras



decisiones que adopta es alejar a los militares golpistas de los centros de poder. El general Goded fue destinado a la Comandancia militar de Baleares; el general Franco, a la de Canarias; el general Mola al gobierno militar de Pamplona. Otros generales significados, como Orgaz, Villegas, Fajul y Saliquet quedaron en situación de disponibles.

El general Mola prepara desde Pamplona un golpe de Estado contra el Gobierno de la República con el fin de conquistar el poder, instaurar una dictadura militar, presidida por el general Fajul, con la misión de restablecer el orden público e imponer el imperio de la Ley, anular la Constitución de 1931 y reforzar el Ejército. Tras varios meses de minuciosa gestación decide que el golpe tendrá lugar el 18 de julio de 1936. La sublevación triunfa en algunas provincias y fracasa en otras, con lo que España queda dividida en dos zonas, la que está controlada por los sublevados y la que es fiel a la República. Este fracaso del golpe tiene como consecuencia una cruenta guerra civil entre españoles que termina en marzo de 1939 con el fin de la República.

*Prisión de Ramiro de Maeztu. María prepara su salida de España*

«La humanidad está dirigida por políticos y en ellos difícilmente se descubren las huellas que ha dejado el estudio de Platón o Aristóteles».

RAMIRO DE MAEZTU

¡Han detenido a Ramiro! ¡Han detenido a Ramiro! A mamá se le caía el teléfono de la mano. Yo no sabía ni con quién estaba hablando. Su profundo desconuelo y sus lágrimas me hicieron sospechar que este segundo arresto de mi hermano, en pleno pronunciamiento militar con el que se iniciaba la Guerra Civil, iba a ser más complicado que el anterior.

Era mi cumpleaños. Cumplía cincuenta y cinco años. Me había ido a mi casa de Biarritz a descansar unos días junto a mi madre y mi hermano Gustavo, al menos mientras se calmase la situación en Madrid. Desde allí seguíamos todos los movimientos militares por la radio. En los periódicos, los días posteriores al 18 de julio de 1936 empezaron a publicarse las listas de las personas que estaban siendo detenidas: condes, duques, intelectuales, escritores, periodistas, obreros rasos... miles de personas de toda condición eran retenidos y llevados al calabozo. Y del calabozo a prisión. La detención de mi hermano Ramiro fue publicada en toda la prensa madrileña, en *The Times* y en *La Prensa* de Buenos Aires. Lugares donde él había vivido y trabajado dejando una determinante impronta. La preocupación por su futuro en prisión llevó a que muchos escribiéramos a nuestros contactos más influyentes para que fuese liberado. Desde Buenos Aires, la dirección del diario *La Prensa*, escribió una carta al mismísimo Manuel Azaña, haciéndole valer el argumento de que Ramiro sobrepasaba los límites de la política. Un hombre que había sido embajador en Argentina, o que había trabajado en Inglaterra, no merecía estar privado de libertad. Se había cumplido uno de los peores temores, ya que muchos amigos que ya estaban abandonando España le invitaban a que se fuera con ellos o que regresara a Argentina hasta que aquí se calmaran los ánimos. Ramiro no quiso abandonar el país, y sucedió la desgracia. Se refugió en casa de su alumno y amigo íntimo José Luis Vázquez Doderó, a quien también detuvieron. Fui a ver a su reciente esposa, Dolores de Bonifaz Ybarra, con quien se había casado cuatro meses antes.

—Querida Dolores, cuéntame cómo sucedió.

—El día 30 de julio estábamos en casa tomando el té. Nos sobresaltaron unos hombres que tenían más pinta de bandidos que de militares. Serían más de una docena. Irrumpieron en el salón y al ver a Ramiro, que estaba con nosotras, la tía Concha —pobre tía Concha, con lo mayor que es, casi se muere en ese trance— y yo, le preguntaron de muy malas maneras y peor tono si era párroco. Creo que dijeron si era el párroco «Negrete». Él respondió que no. Naturalmente se presentó como diplomático, exembajador de la Argentina y crítico literario, pero no lo creyeron. Hubo mucha tensión, María, ahí saltaban voces, insultos, se produjeron forcejeos, no había manera

de que se entendieran por mucho que Ramiro insistía en que se estaban equivocando, que cometían un error con su detención. Pidió que liberasen a la tía Concha, pero no tuvieron compasión, tampoco con ella. Los encañonaron de manera humillante. Las voces hicieron que de inmediato bajara mi esposo, quien estaba en la planta de arriba, e hicieron lo mismo con él, sin mediar palabra. Los esposaron y encañonaron a los dos. Luego llegaron varios policías. Había algo extraño, porque los milicianos les dijeron que llegaban a tiempo. ¿A tiempo, María? ¿A tiempo de qué? No entendíamos nada. Y un policía le contestó que sí, que llegaban tiempo. Ese mismo fue el que se enfadó mucho al ver la fotografía del rey en la pared del salón.

—¿Se los llevaron a comisaría?

—Sí, a la de Buenavista. He intentado ir a ver a mi marido, pero está prohibido hacerles visitas. Tengo información que me pasan, pero la situación es muy delicada. Se juegan la vida al contarme cómo están. Por lo visto el inspector, en cuanto estuvo con ellos, les preguntó directamente: «¿Qué tal el Movimiento?». Y cogió el teléfono para llamar a la Dirección. No me saben decir a quién exactamente, pero el Inspector dijo «hemos encontrado a Maeztu de visita en la calle Velázquez», y que no tenía más que un bastón.

María, lo iban a poner en libertad según las órdenes recibidas, incluso Ramiro se había despedido de José Luis y la tía Concha. Salió a la calle y volvió a entrar en comisaría despavorido. Unos milicianos lo quisieron meter a la fuerza en un coche, pero él pudo zafarse y regresar a comisaría donde estaba más seguro. Al subir la escalera, desde la calle, le contó al inspector que unos milicianos querían llevárselo en el coche.

—Esos milicianos no tendrían otra intención más que asesinar a mi hermano.

—El inspector atendió su petición de dejarle en comisaría donde tenía más seguridad que en la calle. De Buenavista lo trasladaron, a las dos de la madrugada, a los calabozos de Infantas.

Este es uno de los capítulos más crueles y dolorosos de mi vida. Mi hermano, quien supone para mí mi propia vida, mi alma, estaba encerrado en la cárcel y no me dejaban verlo. Lo intenté de varias maneras hasta que la señora del ministro consejero de Chile, Bebé Morla, a quien tanto deben los españoles, me facilitó la entrada y conseguí mi propósito. Mientras tanto, mi cuñada, Alice Mabel Hill, iba a visitarlo una vez a la semana, gracias a un permiso que había obtenido a través de una importante gestión por parte de la embajada inglesa. Durante esos meses Ramiro escribía cartas, cartas para su hijo Juan Manuel que había podido salir de Madrid. Un acto heroico y difícil del que se congratulaba Ramiro. Alice le ayudaba a que sus artículos, que seguía escribiendo en prisión, llegaran hasta su destino. «La incógnita del Hombre» fue su último artículo y Alice lo envió al diario *La Prensa* para que al menos fuera publicado en Argentina.

«La humanidad está dirigida por políticos y en ellos difícilmente se descubren las huellas que ha dejado el estudio de Platón o Aristóteles». Su vehemencia por dejar escritos sus pensamientos no veía límites en que no le dieran cuartillas. El papel higiénico era un soporte idóneo para terminar su obra *Defensa del espíritu*. Pasaba otros largos ratos de cárcel leyendo, pintando y jugando al dominó.

En agosto toda mi obra empezaba a derrumbarse. Quise mantenerme en mis cargos, pues mi teoría ya es conocida, y así se lo dije a mi amiga María Martos en 1925: ni por una orden de las más altas representaciones del país abandonaría mi puesto. Solo las alumnas que conmigo viven podrían echarme. Mientras ellas estén junto a mí, el resto no vale nada.

Nunca imaginé la traición. Eulalia me dijo en julio que se iba de vacaciones a Burgos y no la

volví a ver hasta navidad. Mis planes eran que se quedara como directora. Imaginé que la policía me seguía y propuse a la Junta que me facilitaran ir a Cuba para corresponder la invitación que me habían hecho para dar nuevas conferencias allí. En septiembre me destituyeron de mis funciones. El 21 de septiembre, exactamente, recibí una orden ministerial que establecía mi cese como directora de la Residencia. Un grupo de residentes, a cuyo frente estaban Regina Lago, Aurora Arnáiz, Pilar Coll Alas, Teresa Andrés y Esperanza González, parecen ser las instigadoras de que me destituyeran. Era un grupo perteneciente a las Juventudes Socialistas Unificadas, que las americanas bautizaron como *rather red*, bastante rojas. Estaban convencidas de que yo era contraria a la República y Largo Caballero tampoco veía adecuado que estando mi hermano en prisión yo siguiera en el cargo. Lo suficiente para convertir mi obra, mi casa, en un refugio para un batallón antigás o un sanatorio para enfermos tuberculosos. Espantada me quedé cuando hallaron una pistola en el jardín de Fortuny. No pude ni auxiliar a treinta alumnas que, por haber quedado incomunicadas, no podían sentirse a salvo. Al final se las llevaron a un hotel de Rafael Calvo.

Sin nada en mis manos, vacía de proyectos, solo me quedaba abandonar España. Antes de emprender camino al exilio volví a visitar a Ramiro.

El martes 6 de octubre lo vi por última vez. Había en el locutorio dos rejas separadas por un metro de distancia. Cuando llego, Ramiro avanza hacia su reja alto, erguido, finamente rasurado el rostro; tiene más que nunca en esa hora el porte distinguido, inconfundible; el hombre que con su actitud va a sellar todo cuanto escribió y cuanto dijo a lo largo de su vida. Tuvo la plena conciencia de su misión histórica. Ahí está presto a dar su vida por su idea, por su fe.

Nunca se me olvidará esa última entrevista con aquel hombre que parecía un iluminado. Empezaba a hacer mucho frío; él no tenía más que un trajecillo de verano y era imposible mandarle un jersey de lana porque lo impedían las milicias. Tampoco se le podía enviar comida. El frío y el hambre habían dejado en su rostro una huella magnífica de santidad... Mi emoción era tan profunda que no dejaba paso a la indignación. Me parecía estar en presencia de uno de esos seres que Dios elige para que sirvan de nuncios y precursores de una nueva era.

No se quejaba de nada, no pedía nada. Tenía una fe inquebrantable en la victoria y en la virtud de su causa. Seguía con apasionado fervor el avance de las tropas, victoriosas por aquellos días.

«Y tú, ¿qué piensas?», me preguntó con aquel cariño apasionado que me tenía. Yo, que tenía ya en el bolsillo el pasaporte para marcharme a América y presentía que era aquella la última vez que lo veía, le dije: «Que tú tenías razón, Ramiro».

Solo por darle la alegría que le proporcionaron mis palabras valía la pena incluso haberle engañado. Pero no, no le engañé. Él ha sido en muchas cosas un precursor, y aunque su causa no triunfe hoy, triunfarán un día sus ideales. Tienen que triunfar. La humanidad está siguiendo un camino que no conduce a parte alguna. Eso que se entrevé y se presiente en Europa, aquí, en América, se percibe con absoluta claridad. Cada día que pasa, hombres y mujeres trabajan menos, se divierten más y están más apegados a los bienes de la tierra. Unos y otros se han olvidado del reino del Espíritu. Pero al espíritu no se le vence, porque es inmortal. Un día más o menos lejano, reclamará sus fueros.

Habíamos discutido mucho en los últimos años, pero no hubo discrepancias fundamentales y si en algún instante pudo parecer que yo seguía un camino distinto es porque él me enseñó a cumplir con mi deber y entendía que el mío era continuar al frente de mis instituciones sin abandonarlas en la hora de peligro. Pero ahora que he sido destituida de todos mis cargos vuelvo a ser libre de nuevo, y a solas con mi destino puedo seguir la ruta que me señala Dios.

*María de Maeztu en Nueva York. Asesinato de Ramiro. Traslado a Argentina. Visita a España. Pérdida de la Residencia*

«La libertad se aprende ejerciéndola».

CLARA CAMPOAMOR

Mi vida se derrumbaba. Con mi hermano Ramiro en prisión y mi madre ya octogenaria, aunque cuidada por mi hermano Gustavo y nuestra fiel Julia Landa, que seguían en Estella, incomunicados, sin poder regresar a Bilbao.

Salí desde Madrid con intención de viajar a Nueva York donde recuperaría mi cátedra, gracias a la ayuda de mis buenos amigos Ricardo Baeza y Julio Álvarez del Vayo. Pero antes debía pasar por Estella para despedirme de mi madre. Envié dinero a mis allegados en zonas republicanas, que estaban viviendo carencias. Y tras coger muy pocas cosas de casa me marché por Francia. Pasé por mi casa en Biarritz, recogí otras pertenencias y me reuní con Eulalia Lapresta en zona franquista.

Tres meses después de estar en la gran manzana, muy ocupada con mi reconfortante trabajo, en el Bernard College de la Universidad de Columbia impartiendo clases de Literatura española, seguía sumida en honda tristeza por estar tan alejada, y preocupada por mi familia. Recibí entonces otra penosa carta de mi madre:

*Estella, 12 de marzo de 1937*

*Queridísima hija María:*

*Recibí tu carta en la que decías que te embarcabas el 3 en el vapor Isla de Francia y por estas fechas ya estás en Nueva York. ¡Pobre hija mía! ¡Con cuánto dolor te despedí en San Sebastián! ¡Tú también te hacías la fuerte, pero estabas muy triste! En otras circunstancias tu ida a América no tendría nada de particular, puesto que has estado allí otras veces y vas a casa de personas conocidas, pero en estas circunstancias en que nos vemos la familia, tan atribulada por esta espantosa guerra, ¡todas las separaciones se hacen más dolorosas!*

*Yo tuve que estar en San Sebastián tres días más por causa de la nieve que interrumpió el tránsito de los autobuses de San Sebastián a Estella, pero hice bien el viaje de regreso a esta casa, con gente conocida. Vi a mi nieto Juan Manuel varias veces y el chico parece inclinarse a hacerse oficial, si le admiten, pues son muchos*

*los que, estando en su caso, se presentan ahora.*

*Hablé largo con Gustavo de todos tus asuntos y me prometió que él pondrá de su parte todo lo que pueda para ayudar a Eulalia a recoger tus cosas cuando se presente el momento, pues él irá a Madrid con el monumento para la primera Misa de campaña.*

*Ayer me envió Eulalia las cien pesetas que me decías y le escribí enseguida dándole las gracias.*

Cada carta que recibía de mi madre me suponía un vuelco en mi corazón. Sus noticias paliaban mi soledad, pero nada me decía de Ramiro. Y si nada me decía de él era porque ella tampoco tenía noticias. La correspondencia era vigilada y había que escribir con ciertas claves para que no se entendiera el mensaje por el censor. Consensuamos que, en el caso de referirnos a Ramiro, aún en prisión, hablaríamos del enfermo: «el enfermo se puede recuperar» o «el enfermo está grave» o «el enfermo está muy grave». Así lo hizo mamá en otra carta que me escribió el 14 de abril de 1937, que cambiaba su nombre, Ramiro, por Miro. «Del pobre Miro seguimos sin noticias. No hago más que pedir a Dios para saber algo, y nada, ¡siempre nada!».

Aunque mi madre era consciente de que yo estaba protegida por grandes amigos como el profesor Vernon, el marido de Susan Huntington, por Francisco Onís y Margarita Mayo de quienes me separaban cien kilómetros de distancia, fácilmente superables, mantenía vivos sus deseos de que la familia pudiera reunirse. Buscaba plazas en escuelas. Me envió un recorte del *Diario de Navarra* en el que se anunciaban nuevas plazas para ocupar en las Escuelas Normales. Creíamos que la guerra duraría menos, pero aquello se prolongaba y cada día que pasaba tenía que rendirme ante esa realidad: planear mi futuro en América. Mantenía el contacto, tan necesario para mí, con amigos que estaban en el exilio, como Ortega, que vivía en París. A él seguía contándole mis inquietudes académicas, el éxito de mis conferencias, le confesaba mis debilidades puesto que las dudas sobre mi valía me invadían al enfrentarme ante quinientas personas. Pero las ovaciones, como nunca antes las había recibido, reforzaban mi inseguridad y confortaban mis achaques físicos.

En junio viajé hasta Buenos Aires invitada por la directora de la revista *Sur*, Victoria Ocampo, donde leí la primera conferencia de mi nueva etapa vital. Y con el entusiasmo aún vivo escribí a Ortega:

*Acabo de dar mi primera conferencia; todavía me golpea el corazón. Un éxito como no lo he tenido ni lo volveré a tener nunca. Y como a V. se lo debo en gran parte, sean estas primeras impresiones henchidas de emoción para V.*

*Había despertado una expectación tremenda y he vivido unos días muerta de miedo ante el temor de no responder a lo que de mí se esperaba.*

*Había más de quinientas personas. Ha asistido el ministro, el alcalde, el embajador, profesores de la universidad y de La Plata, los decanos de las facultades y todo el profesorado femenino, consejo nacional de mujeres, etc., etc.*

*Una hora antes de la conferencia Victoria Ocampo me ha enviado una espléndida cesta de crisantemos; en la conferencia me han colmado de claveles rojos.*

*(...) La señora Bebé Lausinema es un encanto; apenas recibió su carta me llamó al teléfono con la voz emocionada. No es afecto lo que tiene por V., es un culto. Hoy*

*he conocido en Amigos del Arte a todo el grupo: mujeres únicas en belleza y distinción. Todo ello, Ortega, me parece un cuento de hadas. A solas en mi cuartito del hotel me palpo para ver si soy yo misma. Y no hablemos del éxito periodístico, porque durante una semana no me han dejado vivir. ¡Lástima que los que hacen los reportajes son tan imbéciles que apenas resulta una información bien!; y no hablemos. Tampoco de los retratos que publican todos los días; parece que acabo de cometer un crimen.*

*No deja de ser una ventaja, porque luego cuando me presento a sus amigas se sorprenden de mi gesto humilde.*

*V. tiene aquí un inmenso prestigio. Digan ahí lo que quieran los que han venido, V. es el único que ha dejado huella.*

*Ya me han invitado de la Universidad de la Plata, de Córdoba y de Rosario.*

*Ahora mi único miedo es si sabré mantenerme en el lugar en que he quedado hoy. Casi no duermo; trabajo horas sin cesar...*

*En fin, hasta el final no puede decirse. Gracias de nuevo, Ortega, hoy más que nunca me siento su discípula y su amiga fraternal que saluda a V. y a Rosa.*

*María*

Ocurrió lo peor. El 29 de octubre, Manuel Muñoz, director general de Seguridad, militante de Izquierda Republicana, firmó una orden para que se realizara el traslado de un grupo de presos hasta Chinchilla. Se hizo una «saca», la selección de los presos entre los cuales figuraban dos Ramiros famosos: Ramiro de Maeztu, mi hermano y Ramiro Ledesma Ramos, el fundador de las JONS. Ledesma cuyo carácter era más alterado se revolvió contra los guardias que los iban a trasladar y de camino a la calle donde esperaban los furgones para su traslado, se giró y les gritó: «¡A mí me matáis donde yo quiera, no donde vosotros queráis!» Y lo ejecutaron allí mismo, en prisión. Al resto los llevaron a Aravaca, les amarraron los brazos con alambres, a la altura de los codos, de dos en dos. A todos los colocaron frente al pelotón de fusilamiento y mi hermano, antes de ser fusilado dijo a sus verdugos: «Vosotros no sabéis por qué me matáis, pero yo sí sé por lo que muero».

El aberrante crimen cometido contra mi hermano nos sumió en un profundo dolor. Mamá me contaba que sus cartas me las escribía sobre la mesa del salón que tanto le gustaba a Ramiro. A esa mesa, decía, mi hermano la quería tanto como a ella. Sobre ella habíamos aprendido todos los hermanos a leer y a escribir. Por lo que una sencilla superficie de madera para mi madre suponía el gesto que nunca podría volver a hacer: acariciar la piel de su querido hijo, fusilado, cual consuelo hecho tacto sobre un espíritu etéreo.

La situación en España se iba tranquilizando por lo que mi madre y mi hermano Gustavo pudieron regresar a Bilbao, donde se encontraron la casa mejor de lo que esperaban. Las viviendas vacías podían ser tomada por los milicianos y, en efecto, la casa de mi familia no había sido una excepción. Cuando entraron en la casa todo estaba manga por hombro. Se notaba que allí habían dormido durante meses gentes sin escrúpulos ni respeto ninguno. Sintieron la violación de su intimidad, pero lejos de arredrarse, me contó que en pocos días reorganizaron todas las estancias, hicieron una profunda limpieza de la casa en la que había hasta heces por los rincones,

arreglaron los desperfectos que habían generado en los muebles, cuyo estado era deplorable, y la cocina. Gustavo, que pudo recuperar algo de su ropa y sus grabados, se encargó de pintar todas las paredes buscando en cada brochazo una frontera de pureza que borrara hasta el olvido de semejante abuso.

La economía familiar no estaba al límite, aun así yo seguí enviándole un giro de cien pesetas al mes a través de una cuenta del Banco de Bilbao, aunque en algunos momentos me podía permitir aumentar esta mensualidad. Con el tiempo me animé a enviarles ropa que aprovechaban todas las mujeres de la casa, mi madre, mi hermana Ángela, mi cuñada y mi sobrina. A mi madre no le gustaba ni recibir mi dinero ni pedirme más ayuda. Pero se vio obligada a vencer su orgullo cuando se les avecinaban apreturas. Doña Juana se iba haciendo mayor y continuar con la dirección de la Academia Maeztu en Bilbao le pesaba ya. Compartió conmigo la decisión de traspasarla a unas profesoras de confianza para poder ir a vivir definitivamente a Estella, donde impartió clases particulares de francés e inglés que la mantenían ocupada y vivaz. Era muy querida en ese delicioso pueblo, donde los vecinos les mostraban su generoso cariño. Su vida allí mejoraba la de Bilbao y se trasladaron definitivamente a la villa tranquila, más barata, donde mi madre y Gustavo se sentían más a gusto.

Miguel y Ángela pudieron desplazarse hasta el norte tras la llegada del ejército de Franco a Santoña. A Miguel lo encontró muy desmejorado, mucho más que a su esposa Ana de la Cortina, viuda de José del Perojo. Las vías se reabrieron y todos pudieron abrazarse tras largos meses de angustia y dificultades para comunicarse, cosa que pudieron hacer gracias a la colaboración de la Cruz Roja.

A la par que mi familia iba reestructurándose yo tenía una intensa vida en Argentina. El sensacional éxito con el que me acogían en Buenos Aires fue el detonante de que me ofrecieran quedarme allí a vivir. Me sedujo tanto la ciudad como todos los que me aclamaban en mis conferencias, lo que me motivaba para seguir escribiendo muchas más. Pero tenía que regresar a Nueva York, donde conservaba mi plaza, debido a mi compromiso con Vernon. Fue el mismísimo presidente de la nación, el señor Agustín Pedro Justo, quien utilizó todo su talento y poder para invitarme a quedarme con ellos. Me sentí tan sorprendida como presionada en cierta medida. Por cortesía, como gratitud a todas sus atenciones, fui a despedirme de él, a su despacho. Le comenté que el día 4 regresaba otra vez a Nueva York y me espetó con un tono muy contundente que deshiciera ese viaje. Que debía quedarme para realizar el proyecto que un grupo de personas — los que habían visto mi obra en Madrid— vivían con gran emoción. Allí, donde hacen planes con un año de antelación, es difícil que entiendan que pueden surgir cosas inesperadas que son inevitables. Era la primera vez que me ocurría algo así, añadiendo la presión de sus palabras que cargó sobre mi conciencia al recordarme todo lo que habían hecho para salvar la vida de Ramiro. Es cierto que los argentinos fueron casi los únicos que trataron con escritos detener el terrible destino de mi hermano. En España, ¿qué hicieron los intelectuales?, ¿sus amigos de la juventud, que no pronunciaron una sola palabra ni pusieron su firma para salvar la vida del hombre más bueno? ¿Cómo y por qué no hubo una voz, una sola voz, en España que se levantara en su defensa? ¡Si hasta Baroja le dio la espalda!

Cuando el presidente Justo me recordó su intervención, otro grado de responsabilidad recayó sobre mí para tomar finalmente la decisión de no regresar a Nueva York. Quedé muy mal ante Onís, que se enfadó conmigo de manera desproporcionada, le parecí una ingrata, una informal por mi conducta. Nada de eso se correspondía con la realidad. El señor Vernon tuvo una reacción muy violenta al comunicarle que me quedaría en Buenos Aires, pues no me comprendió. Me siento muy



dolida y tremendamente sola. Hube de asumir con tristeza que si me retiraban la palabra era porque nuestra amistad estaría cosida con hilvanes. Traté de restablecer esa amistad, pero no estaba solo de mi mano. Toda esa situación me afectó mucho. Abrir una Residencia nueva, desde cero, era para personas jóvenes como yo lo había sido en 1915, pero no ahora que estoy débil, enferma y sola, sin las personas que tanto me ayudaron para realizar mi obra. Creí sinceramente que se podría hacer otra obra, en deuda por todo lo que Argentina nos había dado y me quedé a vivir allí.

Fui acogida inicialmente en la casa de mi admirada y queridísima amiga Victoria Ocampo, que también se encargó de animarme mucho a tomar esta determinación. Ambas éramos felices porque nos compenetrábamos a la perfección. En mi hondo sentimiento de nostalgia ella me daba argumentos para que me ilusionara con los nuevos proyectos sin dejarme abatir. Convocaba reuniones y cenas, cafés y charlas para que me fuese integrando en la sociedad porteña. Yo continué impartiendo conferencias, asistiendo a actos donde seguía conociendo a grandes intelectuales y reencontrándome con españoles que también vivían exilados en Buenos Aires. Gracias a la influencia de mi hermano Ramiro me invitaron a escribir en el periódico *La Prensa* de manera regular; eso y la cátedra en la facultad me ayudaban a defenderme. Al dinero que ganaba por estos trabajos, debo añadir el de dar cursos de filosofía en Amigos del Arte, para las señoras de la Sociedad que no saben filosofía y sostienen con sus honorarios mis clases. Con otras conferencias, por las que me llegaban a pagar hasta mil pesetas cuando normalmente se retribuyen a cien, alquilé mi primera casa en la calle Viamonte 550, en el centro de Buenos Aires. Económicamente no me defiendo mal, tengo un conductor y coche que me trasladan donde necesito, pero el trabajo es duro —trabajo que exige un mínimo de brillantez, como las conferencias, y desgasta mucho—. La labor cotidiana me deja poco tiempo para escribir y eso es lo que tendría que hacer; publicar tres o cuatro libros que esperan tras horas de meditación y soledad.

Los problemas salieron a relucir con el paso de los pocos años y la llegada de un nuevo ministro, que tenía fama de inteligente y honesto, pero que por lo que me dijeron debía ser muy antiespañol. De modo que los españoles no podíamos esperar su ayuda. Desde la guerra se prohibió la inmigración española por temor a la entrada de comunistas y que ello crearía un confusionismo un poco extraño. El pueblo argentino y, sobre todo, las clases altas simpatizaban entonces más que nunca con España y los españoles, pero los políticos tenían un cierto temor a la invasión hispana y preferían la inmigración de otra parte de Europa. Ya no había presupuesto para la Residencia porque la economía del país empeoraba. El valor de la moneda había bajado de manera importante y dejaron el proyecto a un lado. Mi función en Argentina no tenía, para mí, mayor interés. No me sentía apoyada por un gobierno al que no le gustaba que fuera española. Quería, de manera insistente, regresar a España, pero la guerra en Europa hacía muy peligroso el viaje por mar. De alguna manera quería poner rumbo hacia mi país, en el que cada vez que lo había visitado desde mi exilio, los planes eran cambiantes. La expatriación, de manera indefinida, no es posible. Ni aquí están dispuestas las esferas oficiales a darnos puestos permanentes. El grupo de nuestros amigos, y en especial de Victoria, con esa generosidad que es casi una locura, quieren que vengan extranjeros, sobre todo españoles. La burocracia no quiere que vengan foráneos, y mucho menos los españoles, porque la competencia es mayor.

El día de la entrada de los nacionales en Madrid fue para mí muy triste porque con las

banderas victoriosas no iba Ramiro. Y me temo que las juventudes triunfadoras olviden pronto a sus mártires. Es la ley de los fuertes. Retomé mis contactos con las autoridades del Ministerio de Educación, ante quienes expuse oficialmente las conversaciones que estaba compartiendo con mi madre y mi amigo Ortega y Gasset. Temía de veras la hora de la reconstrucción. Ganar la paz nos va a costar más que ganar la guerra. Porque los españoles servimos más y mejor en las horas heroicas que en las apacibles de trabajo. Y el ambiente europeo no acompaña nada.

No quería estar allí sin poder retomar la dirección de la Residencia. Para ello prefería emprender otra nueva al otro lado del océano. Todo eran una sucesión de interrogantes para mí sobre qué hacer cuando la paz llegara a restablecerse por completo y supiera si podría volver o no a la Residencia. Tenía mis dudas de si merecería la pena rehacerla, o estaba definitivamente muerta. O si debía dejar paso para que lo hicieran los jóvenes. Rafaela Ortega había fallecido por un derrame cerebral y para mí ella era de gran apoyo en la Residencia. Pero el Estado Nuevo veía nuestra obra como hecha por el enemigo, por lo tanto decidieron implantar una nueva política escolar diferente a la de la Segunda República. Sinceramente, entre la insistencia de mi madre que, llena de ilusión y convencimiento, me pedía que regresara a dar clases en la Escuela Normal y recibiendo desde miles de kilómetros noticias de que mi sobrina Mariuca ya había cumplido los dieciocho y mi sobrino Juan Manuel, hijo de Ramiro, había sufrido de pleuresía en el frente, todo hacía que mi separación me doliera más. La soledad de la Pampa es la soledad más profunda que puede habitar el hombre, pone el alma en comunicación con el misterio de lo infinito, que es Dios. Y luego la visión constante de una humanidad que no lo es nunca en su pleno y auténtico sentido, produce ese extraño temblor sentimental que impulsa a nuevos caminos porque los que aquí se recorren y los que desde aquí se vislumbran, se entrevén o se presienten, no conducen a parte alguna.

Mi familia, mi familia... mi querida familia a la que tanto necesitaba. El tormento por el asesinato de mi hermano no me abandonaba ni un solo día. Me sentía frustrada por no poder compartir con mi familia todos los acontecimientos. En 1944 les empecé a mandar productos que en España estaban muy caros, azúcar, conservas, café... No podían comprar el café que tanto deseaban y ya sabemos que la dictadura prohibía justo lo que el pueblo anhelaba. En la Segunda República se fiscalizó y vigiló el café torrefacto, se vigilaba la circulación de cafés según los países de origen. La llegada de mis paquetes se había convertido en un gran acontecimiento familiar. Al llegarles el aviso de correos, en un papel casi transparente con dos franjas amarillas, mi madre cantaba por toda la casa «¡paquete de María, paquete de María!». Saltaba a la calle con una ilusión que arremolinaba el aire de la calle convirtiendo su paso en viento. El tacto del papel de cera liado con una cuerda era ya el primer tesoro, que les provocaba una emoción como si fueran a encontrarme a mí ahí dentro. Y al quitarlo con cuidado, con temor a romper el papel que desenvolvían como si fuera una seda, descubrían el contenido. Cada lata les parecía un manjar, el café lo disfrutaban como si fuera viejo whisky frente al aguachinado que aún tomaban allí. Los paquetes de María eran un motivo de máxima felicidad que perduraba casi hasta el siguiente recibo.

Seguía pendiente de las noticias de mi sobrino, que continuaba luchando en el frente, donde le hirieron tres veces. Esa guerra nos hizo sufrir mucho, solo Dios lo sabe; por la maldad de unos cuantos hombres que han puesto bien a recaudo sus vidas y las de sus hijos sin intereses. Y todavía hay quien dice que eso es el pueblo español. ¡Como si los nuestros, nuestros hijos, no fueran también pueblo! Tampoco pude acompañar a mi hermana Ángela cuando perdió a su esposo Ángel Rosales en Santoña. Me reconfortó que en el funeral, donde hubiera deseado abrazarla, se

pusiera el abrigo de piel de potro que le había regalado en uno de mis paquetes. Se sintió profundamente triste ante su precipitada muerte. Su hija, que era entonces su mejor compañía, después del funeral hubo de regresar a Bilbao para seguir con sus estudios. Estaba cursando Magisterio. Mariuca había heredado en casa el espíritu del estudio que era fuente de sabiduría y de independencia económica. Yo me encargué de que la falta de ingresos no le impidiera matricularse y comprar los libros necesarios, porque la mejor herencia que podía dejarle a mi querida sobrina Mariuca era pagarle la carrera.

Mi cuerpo empezaba a fallarme por lo que acudí a hacerme una revisión médica. El último electrocardiograma detectó una lesión en mi corazón. Casi no dormía, estaba muy cansada, los viajes me fatigaban demasiado y escribir las conferencias me costaba mucho trabajo. Mi estado espiritual era muy bajo, como le confesé en pleno desahogo a mi querida amiga Margarita de Mayo. Mientras le escribía, no pude evitar que mi mano se deslizara sobre el papel como si de la pluma en vez de tinta saliera mi propia sangre:

*Vivía muy triste. Los primeros años llevé bien el destierro. En esta América que fue hispana (que ya no lo es en parte, por culpa nuestra) se sufre al llegar un fenómeno de espejismo. Al oír hablar el mismo idioma pensamos que hemos arribado a una región ibérica; Guadarrama, Toledo o más bien Cádiz o Sevilla.*

*Luego vemos —lo vemos con dolor infinito— que el criollo no es el español, y además no quiere a España, salvo en contadísimas excepciones que se hallan, por lo general, en gente de origen vasco que han sido los más leales a su estirpe.*

*En Estados Unidos ya se sabe desde el primer instante que somos extranjeros. Aquí, el convencimiento viene luego cuando hemos echado raíces afectivas pensando que pisábamos en tierra firme. ¡Y todo es polvo y arena, qué dolor! Pero es dolor fecundo y a mí me está dando la posibilidad de engendrar libros, cosa de la que no me creía capaz. Cada libro, eso sí, es un grito en el destierro. Pero así escribí Ramiro en los últimos años. Y sus discípulos han convertido ese eco en voz.*

*Creo que se debería hacer aquí una pequeña Residencia permanente a base de un grupo de chicas americanas. Y que podía utilizarse también para argentinas. No es que yo quiera meterme en esa empresa, mi única ilusión ahora es escribir libros —pero alguien debería hacerlo y a Carmen Corrons Acha le gustaría intervenir en la parte económica—. Ya sabe usted que Carmen fue expulsada de la Residencia. Ahora manda allí Enriqueta Martín, que goza del favor de Mrs. Vernon. La vida si no fuera trágica sería cómica.*

*Yo no quiero más Residencia; tengo aquella espina clavada en el corazón, muy aguda y muy adentro. Me moriré aquí, Margarita. Ya este año me hallaron los médicos una lesión en el corazón —era la espina que ellos no saben ver—. El último electrocardiograma ha sido completamente favorable. Pero... ya no siento el corazón.*

*Si viene Carmen me mudaré de casa. No puedo seguir más tiempo en esa soledad. Tengo que tener mi pequeño hogar. Este año de 1941 que ahora va a terminar ha sido espantoso de tristeza y abandono. Aquí las gentes ideológicamente están donde han estado siempre a partir de 1810 y no hay nada que hacer. Pero la tierra es generosa y buena, y atrapa por las plantas de los pies y retiene. Así se ha hecho América. Todo emigrante pensó en volver y no volvió. De haber vuelto no*

*existiría América. Estoy escribiendo el libro sobre Ramiro, ya casi terminado. Por correo marítimo le enviaré el prólogo para que vea en qué tono de angustia está escrito. Muy suya.*

*Un abrazo con todo cariño,*

*María*

En 1944 saqué el arrojo de volver a España. Bueno, para ser sincera, sabía que iba solo de visita al menos en principio. Necesitaba mi patria, a mi familia, pero antes debía evaluar la situación para aclarar todas mis dudas de si podría regresar y qué hacer en ese caso. Lo primero que hice fue ir a Estella a ver a mi madre. Nuestro reencuentro fue muy emotivo. Ese abrazo se quedó grabado en mi pecho, que amplificaba nuestros sollozos. Ese no saber cuándo vas a volver a ver a una madre, esa incertidumbre de cuándo la vida se la llevará es una angustia latente en mi corazón. Dios me dio la gracia de poder reencontrarme con ella y con Gustavo, quien había adquirido gran notoriedad en Estella por haberse convertido en un artista de enorme prestigio. Daba valor a la ciudad, que le correspondía con gratitud. Durante horas que pasábamos charlando surgían todos los temas de política y de mis viajes a otros países de la América Latina que había visitado y donde había recibido grandes ovaciones: en Santiago de Chile, donde había personas poderosas que no me querían e intentaron suspender mi conferencia, y a donde acudí porque desconocía esas intenciones, mi conferencia se acabó convirtiéndose en un éxito, casi tan grande como los que viví en Argentina, en Córdoba, Rosario, Mendoza...

—Y qué fue lo más aclamado, María —me preguntaba con avidez mi madre.

—Pues, como no son eruditos, para lograr su comprensión e iluminar los conceptos simplificaba las teorías, que se quedan muchas veces sumergidas y encerradas bajo la difícil filosofía. Vivimos en un mundo enloquecido. Todos los días los diarios de la mañana, con sus antenas concentradas al otro lado del mar, nos llevaban allí las noticias de Europa; las novedades de la nueva guerra en Europa, que había estallado en 1939 y que no se sabía cuándo acabaría. Esa guerra no es como las anteriores que el mundo ha presenciado. No se lucha por límites de territorios ni por la defensa de la independencia nacional. No es una guerra militar, donde el hombre pelea con el hombre en despoblado y triunfa la voluntad del héroe. Hoy se lucha por imponer una u otra ideología política; luchan en la retaguardia los valores económicos. Son guerras civiles; son revoluciones sociales. Luchan unas clases contra otras como si obedeciesen tácticamente la consigna de Marx, al mandato de aquel hombre que no acertó a ver que las clases todas son igualmente necesarias, tienen que vivir en coordinación y no en conflicto. Parece como si en vez de seguir la ley del progreso anunciado por Comte en su filosofía positiva, se siguiese la «ley del eterno retorno» enunciada por Nietzsche. Hay que buscar la unidad del hombre. Unidad que pretendió romper el Renacimiento, la filosofía cartesiana y la Reforma protestante. Yo aprendí esa verdad un día de octubre de 1936 en una celda de la cárcel de Madrid donde estaba encerrado mi hermano; oyendo las palabras de un preso recibí la más alta lección que hay que proclamar a los cuatro vientos. Es un deber acudir a iluminar el camino, a poner las bases de esa nueva edad, aunque solo sea con la humilde tarea de acarrear materiales.

—Hija, son palabras escritas en las que se entiende claramente que estás pensando en España, hay en ellas pesadumbre, un dolor infinito que llevamos en nuestra carne durante años. Está el espíritu de Ramiro en todas esas palabras.

Irrumpió entonces como una exaltación mi sobrina Mariuca, recién llegada de Bilbao. Sus

gritos de alegría tan disparatados solo se podían justificar por su juventud y porque a mí me encantaba escuchar esa voz lanzando todo tipo de frases cariñosas que me curaban todas las heridas espirituales.

—Siéntate, cariño. ¿Estás preciosa! ¿Tienes novio?

—No, tía. No tengo novio aún. ¿Pero por qué me lo preguntas así de sopetón? ¡Me haces sentir incómoda!

—Déjala María, déjala —dijo mi hermano Gustavo.

—Ya encontrará su Juan —le dijo su abuela tomando su cara con las manos.

Bajé a Madrid para arreglar algo penoso que me pesaba como un yunque en la espalda: intentar restablecer mi puesto. Le hice saber mi opinión al gobierno de Franco y a la que dirigía en esos tiempos la nueva Residencia en la que, por cierto, no se podía estudiar ni a Pestalozzi ni a Unamuno, pero sí al padre Poveda. Mi obra la habían destruido para convertirla en una escuela de teresianas, en la que primaba más la enseñanza religiosa que fomentar las matriculaciones de las mujeres en la universidad. Reclamé mi antiguo puesto bajo el argumento de que había sido destituida por los comunistas. Mi pasado no era una buena carta de presentación para los franquistas, a pesar de ser hermana de Ramiro de Maeztu, que era uno de sus héroes. Lo que conseguí fue que se revisase mi expediente como profesora numeraria de la Escuela Normal, depurándome la anterior sanción y confirmando mis derechos. Volví a ser profesora numeraria de Pedagogía y su Historia en la Escuela Normal de Magisterio de Ávila, con carácter provisional, hasta que en su día se me adjudicase una plaza definitiva por el turno reglamentario.

Así lo hice, me mudé a la casa donde había estado viviendo José Ortega y Gasset junto a su esposa Rosa, que dejaron en la avenida Quintana 520 esquina con Ayacucho, en un barrio aristocrático.

Fui a la Residencia. Llevaba ocho años sin estar en mi casa. Cuando encaminé mis pasos por la calle Fortuny la emoción ascendía por mi cuerpo. Miraba con los ojos tan abiertos la fachada de la casa que parecía que iba a reencontrarme con mi propio hijo. Era mi hija, sí, era mi obra, mi casa, mis muchachas. Mi Residencia, que de ser el hogar y plataforma de cientos de muchachas para llevarlas hacia la libertad cultural, en la guerra convirtieron en una cárcel de mujeres. Ninguna me reconoció al entrar en el jardín. Un joven muchacho que andaba por el vestíbulo me preguntó si necesitaba algo.

—¿La puedo ayudar?

—Estaba viendo cómo había sobrevivido a la guerra.

—Estamos arreglando muchas cosas. Ahora estamos con la escalera, que la hemos puesto de mármol porque antes era de... —No recordaba de qué era antes, así que la completé yo misma.

—Antes era de linóleoum.

Ese joven no había reconocido a María de Maeztu ni en su propia casa.

Me fui llorosa, muy triste y apesadumbrada. No podía imaginar un final tan descorazonador. Se lo conté a Soledad Ortega, quien, al verme tan abatida, convocó a numerosas alumnas que me agasajaron con flores y cartas. En ese encuentro charlamos durante horas, y por todo le preguntaba a cada una de ellas. Por sus estudios, sus carreras y trabajos y algún matrimonio que ya había tenido sus frutos.

—María —dijo Carmen Castilla—, ¿cuándo regresa a España definitivamente? Aquí la necesitamos mucho.

—Este será mi último viaje a Sudamérica. Ahora que he estado en España sé que he de vivir aquí, en mi casa, con mi familia, mis libros, mis recuerdos, y poder reunirme otra vez con mis mejores amigos.

—¡Qué buenas noticias! María, me ha servido mucho cómo ha ilustrado usted la situación de América en la entrevista que ha aparecido en *ABC*, la que le hizo Enrique del Corral.

—Es la única que he dado y no daré más.

—María, ¿cuándo regresará con nosotras?

—No lo sé, pero volveré. Por muchos kilómetros que me separen de vosotras mi vida se queda aquí. Mi alma se queda aquí, mis amores se quedan aquí. De un modo u otro, este es mi país y a él me debo y en él estaré.

***Regreso a Argentina. Visita a España. María de Maeztu muere en Mar del Plata***

«Quizá la obra educativa que más urge en el mundo sea la de convencer a los pueblos de que sus mayores enemigos son los hombres que les prometen imposibles».

RAMIRO DE MAEZTU

El viaje en barco se me hizo especialmente pesado. Esos días que invertíamos en cruzar el océano eran un auténtico martirio para mí. No me podía imaginar cómo tuvieron que sufrir los emigrantes que para ir a América pasaban tres meses encerrados en un barco. El vapor ha hecho que evolucionemos acortando de manera absoluta el tiempo necesario para trasladarnos. Aun así, la travesía se me hacía eterna. Leía poco y escribía menos. Conseguí sobreponerme a los vaivenes del viaje para redactarle unas letras de agradecimiento a Dorotea Lecumberri, que era la que cuidaba a mamá. Le escribí con total sinceridad, ya que a todos los hijos nos da vergüenza delegar una función que debería ser sagrada, pero ella se había convertido en una hija más por tantas horas de atención y cariño. Yo hubiera querido reintegrarme a la vida española y, entre otras cosas fundamentales, dedicarme a cuidar a mi madre, pero de momento no veía la manera. Mamá ya estaba mayor y enferma.

Paseaba por la proa cada día porque caminar me sentaba mejor que si permanecía sentada. Llevaba conmigo mis pensamientos, mientras recorría los suntuosos salones, decorados con exquisito gusto italiano, impresionantes. La belleza del trasatlántico era indiscutible, y resultaba interesante el grupo humano que se desplazaba en el mismo edificio de hélices y turbinas. Dos mil pasajeros, de los cuales unos pocos intentábamos iniciar alguna conversación que nos entretuviera. Casi todos éramos españoles que habíamos abandonado nuestro país por culpa de la guerra. En la decisión de dejar España de aquellos con los que charlé había ciertas coincidencias: comprender que en tu ciudad no hay libertad y vives bajo la presión de que te podrían matar por solo un pensamiento era motivo suficiente como para agarrar cuatro bultos llenos de ropas básicas y gastar tus ahorros en unos pasajes que fueran la puerta de salida de toda una familia. Hubo muchos que, como yo, nos fuimos solos. Entre estos era donde yo encontraba más identificación porque, al menos, los que viajaban con sus esposas e hijos vivirían juntos el desgarró que padece un emigrante.

Hice algo de amistad con una señora, la esposa de un médico, al que le ofrecieron trabajo en la embajada de Buenos Aires. De ella pude escuchar lo que yo ya estaba agotada de sentir. Porque la impresión que a mí me produce Hispanoamérica es distante y distinta, pero eso se advierte después de algún tiempo. Se lo conté al periodista del *ABC* en esta última visita a España. Cuando el español desembarca en el puerto y oye hablar el idioma de Castilla piensa que ha llegado a una provincia española. Le cuesta advertir que el argentino es ya otro pueblo, otro hombre, que pertenece a un continente distinto. De inicio todo son alegrías e ilusiones, creyendo que estás

llegando a una segunda casa con todos tus derechos y comodidades. Que vas a poder empezar de cero, pero con todo lo aprendido. El idioma, el mismo idioma es lo que produce esta impresión al principio. Luego vienen los reproches de que los españoles no conquistamos América, sino que la invadimos, poco menos, y que abusamos de todo su pueblo. En especial de las mujeres. Mire, los conquistadores tuvieron una influencia hispana, pero un ideal americano. Los primeros españoles tuvieron que vivir una vida primitiva, dura, difícil, pero ellos no eran primitivos. Llegaban cargados de una cultura milenaria, de la gran cultura hispana, y tienen que olvidarse de su herencia para atender a las necesidades urgentes que el Nuevo Mundo les impone. América se incorpora al proceso de la historia cuando Europa está viviendo la Edad Moderna. América, de un brinco, va desde la prehistoria hasta el siglo XV, saltando por encima de la Edad Antigua y la Edad Media. El salto es, de veras, mortal, y tiene que dejar amputado alguno de sus miembros. Es un comienzo de vida absolutamente nuevo en el mundo. Los modernos Estados europeos habían sido hechos lentamente, basándose en sustituciones anteriores. América tuvo que hacerse a toda velocidad, copiando a Europa en una tierra con unos hombres que no eran europeos. La tarea era demasiado difícil. Si España la realiza con plenitud, es gracias a su genio creador. Si España pone atención a los problemas de Hispanoamérica, podemos todavía realizar unidos grandes empresas.

Vivir en el extranjero, vivir en otro país para poder sobrevivir, tan lejos a tu tierra que te impide frecuentarla, te hace poner en valor lo que es tu país. España es una maravilla. ¿Cómo podía dejar otra vez mi tierra? ¿Cómo sobreviviría a ese dolor tan intenso y permanente? España es sencillamente un lujo: su paisaje, su aire, su sol y, sobre todo, su pueblo, son los mejores del mundo. Este pueblo mío, del cual me enorgullezco, no podrá ser vencido nunca, nunca. Así lloraba mientras me despedía de mi vida entre las olas del mar cuando no veía ni tierra ni horizonte.

Llevas toda la vida construyendo una estructura que eleve la calidad de las gentes para que la sociedad, para que tu país progrese, y las diferencias ideológicas acaban con todo en un momento. La España que yo dejaba, pero que seguía en marcha, estaba aniquilando la cultura establecida, como el mal irreparable que a mí me hicieron impidiéndome la prosecución de mi obra. Me nacieron enemigos que impidieron y estorbaron que yo volviera a ocupar mi puesto en España. No obstante, no dejé de realizar todo tipo de gestiones para recuperar mi plaza allí. Conseguí, en esta visita, los documentos oficiales que me reconocían como funcionara. Para mantener mi plaza desde Argentina no fue fácil que me ubicaran en el servicio cultura de la embajada de España en Chile, que difícilmente podía sostener si no aparecía por allí a trabajar casi a diario. Se tomó como un cargo honorífico. Sí logré que me proporcionaran un puesto en la embajada de Argentina como agregada de Cultura, para no perder el puesto de trabajo mientras lo recuperaba otra vez en Madrid.

Los amigos nos hacíamos unos a otros más tolerable nuestra vida. En algunos momentos llegábamos a olvidar las ausencias ensimismados en nuestros intensos debates. La referencia de Ramiro era inevitable, porque él nos inspiró a todos los que allí estábamos esa tarde de abril de 1945.

Una de mis mejores amigas era María Martos, con quien tantos años mantuve una relación epistolar, y ahora la vida nos había reunido en Buenos Aires. Me gustaba celebrar reuniones en mi casa; solían asistir Claudio Sánchez Albornoz, Ramón Gómez de la Serna, Ramón Pérez de Ayala, su esposa Mabel Rick y el matrimonio Eusebio Gorbea y su mujer, Encarnación Aragonés. En una de estas reuniones, llamaron al timbre. Con total cortesía y por la confianza que nos otorgábamos se levantó a atender Ricardo Baeza, esposo de María Martos.

—María —me dijo mientras permanecía en pie ante mí y sus ojos delataron un mal presagio.



—¿Qué sucede, Ricardo?

—Es un telegrama que llega desde España.

Me temblaban tanto las manos que me era casi imposible despegar la hoja. En el membrete estaba escrito el nombre de mi hermana Ángela. En el remitente solo ponía Ángela Maeztu. La dirección era de Estella. Que Ángela me escribiera desde Estella, sin que ella viviera allí, y que me enviara un telegrama en lugar de una carta, ya delataban noticias precipitadas que me llenaban de zozobra.

Todos mis amigos permanecían en silencio, presintiendo, como yo, algo malo.

Leí la línea que había escrita. «Querida María: mamá ha fallecido rodeada de la familia y en brazos de tu sobrina Mariuca. D.E.P. Te quiere tu hermana».

Me derrumbé, mi cuerpo era presa de pequeñas convulsiones producidas por un escalofrío que recorría en mi estómago. El corazón alterado me provocó un fuerte mareo con casi un desmayo. Hubo que llamar al médico para que controlase las taquicardias ante esta noticia, que nada me ayudaba porque sentía que lo estaba perdiendo todo, poco a poco, o quizás demasiado deprisa. Mi madre murió cuando había cumplido ochenta y ocho años de una vida fructífera dedicada a sacar adelante, sola, a sus cinco hijos. Sobrevivió a la muerte de Ramiro y a mi prolongada ausencia. Se le quedó en los labios la frase que tantas veces me repetía: regresa a casa, hija mía. La culpa se instaló como uno de los peores diablos en mi remordimiento. No podía ir, no quería quedarme.

Jacinto Miquelarena, Pedro Murlaine Michelena y Mariano Daranas se sumaron a nosotros en la misa que organizamos en memoria de doña Juana Whitney.

—Cómo te comprendo, María, en este profundo dolor que te invade; has perdido a tu hermano Ramiro, ahora a tu madre: tu primera admiradora.

—Has de sobreponerte. Lo conseguirás en cierta medida si te reincorporas de inmediato al trabajo.

Así lo hice, rindiéndome ante tanta pérdida que me hundió más. Seguía escribiendo los libros que tenía en curso y continuaba impartiendo conferencias.

Pocas noticias podía esperar que me llegaran de casa. Allí la cotidianidad era dominante y de agradecer. Ellos también sufrieron mucho, pero al fin llegó una buena noticia: Mariuca había aceptado contraer matrimonio con Alfonso Lastagaray. Su decisión, por lo tremendamente unidas que estábamos mi sobrina y yo, he de confesar que favoreció que mi espíritu se iluminara por esa frescura contagiosa. La vida empezaba para una nueva pareja que se habían encontrado entre cientos de personas, y se habían elegido para forjar una nueva existencia. Era ilusionante imaginarlos eligiendo su casa, los muebles y cómo aprenderían a convivir cada día. Era bonito soñar con sus vidas: levantarse de la cama mirando a los ojos de tu pareja, en los que se encuentran las respuestas del amor, de la amistad. Mimarse con la manera de preparar el desayuno, mientras charlarían de sus planes para el día, que luego cotejaban en largas charlas por las noches a la hora de cenar. Imaginarme esa vida que yo no tuve dio luz a mi corazón. Puede que la noticia me permitiera tener la certeza de que la posibilidad de retomar una vida con proyectos también era para mí. E imaginé, en ese momento, que había llegado mi oportunidad. Planificamos pasar todos juntos las navidades tras años de tanta crudeza.

Estuve en España desde diciembre de 1946 hasta febrero del 1947: dos meses en los que había asumido quedarme, hasta el punto de que me compré un piso con mucha luz, cuatro grandes ventanales, y una gran estantería para poder colocar toda mi biblioteca, de suelo a techo. Estaba en la calle Núñez de Balboa, en el número 71, séptimo piso. Fui a comprar muebles con mi

sobrino Mariuca, que me ayudaba a elegir y a cargar. Encontré dos sillones cordobanes magníficos y un sofá chéster. La mesa para trabajar la elegí muy parecida a la que tenía mi madre en casa, que tanto significado tiene para nosotros. Ya me imaginaba mi estancia allí. El sol entraría por esas grandes ventanas mientras yo estaría estudiando sentada en mi cordobán alimentando mi intelecto, que tanto me complace, o escribiendo mis conferencias y libros pendientes en tan maravillosa mesa de madera.

Todo empezaba a fluir. Con gran emoción recibí una gran noticia de la Universidad de Madrid, donde habían decidido crear la Cátedra Ramiro de Maeztu. ¡Dios mío! Con qué agradecimiento asistí a los actos de establecimiento de una cátedra dedicada a mi querido hermano. Se iban recomponiendo las cosas, se enderezaban los hierros torcidos, se borraban de nuestra memoria los golpes del pasado. La luz me insuflaba energía hasta poder dar mi primera conferencia después de mi exilio: «La vida y la obra de Ramiro de Maeztu», que ofrecí con todo mi orgullo a la multitud de asistentes que se congregaron en el Instituto de Cultura hispánica. Me esmeré para mi primera aparición oficial después de diez años sin poder entregarme ante el público en España.

Elegí uno de mis vestidos negros y mantuve mi costumbre de cubrir mi cabeza con uno de mis eternos y alabados sombreros. Solo me permití la licencia, para que me vieran en un mejor estado, de arreglarme el pelo recogíéndomelo con un prendedor, que dejaba caer mi cabello sobre mi hombro derecho. Llevaba la cara tapada hasta la nariz con un velo del mismo color negro. Era la manera de expresar con mi vestimenta el dolor por la desaparición de mi querido hermano.

La vida en familia, recuperando amigos, y las reuniones eran muy frecuentes. Una de las comidas la recordaré con singular emoción: Juan Manuel, mi querido sobrino huérfano de Ramiro, nos comunicó que se casaría con la chica a quien acababa de presentarnos, Nelly Manos de Zúñiga. Una niña encantadora, pero a la que yo quise conocer a solas.

La invité a mi casa, pero le pedí que no viniera acompañada por mi sobrino.

Abría la puerta cuando hizo sonar el timbre. Yo había reunido a varios amigos, entre los que se encontraban el escritor Claudio de la Torre, que era cultísimo y muy ameno. Supe que la pobre criatura estaba impresionada al verme, quedó como hechizada por la energía que le transmitía y por la que ella me dijo que me suponía. Le di un beso de bienvenida.

—Lo cierto, María, es que Juan Manuel no me habla mucho de su familia. Pero yo sí sé de usted, de su biografía y su gran trabajo para impulsar la cultura femenina en España.

—Gracias, querida. Trataremos de que esta noche no la olvides nunca.

Me giré para que todos me vieran bien y me planté, de pie, en medio del salón para anunciar a todos, con voz tono triunfal:

—¡Esta preciosidad es la novia de mi sobrino Juan Manuel!

Los aplausos arrojaron el anuncio, que dio inicio a una estupenda velada.

—¿Dices que no conoces a María? —irrumpió con su habitual ironía Claudio—. Esa manera de moverse no la he visto antes nunca. Y tampoco a una mujer que hable tan deprisa, como quien tiene mucho que decir y no quiere perder el tiempo en respirar. Ahí donde la ves, menudita, posee una enorme energía, tan poquita cosa en apariencia y sin embargo tan extraordinaria.

—¿Cómo te sientes, Nelly? —pregunté a la muchacha cuando se marchaba.

—María, estoy muy agradecida por su invitación. He pasado una noche muy agradable y todos, que son tan cultos e importantes, se han comportado de una manera tan natural que me ha hecho sentir como si los conociera de toda la vida. Muchas gracias. No quisiera que esto acabase nunca. ¿Vendrá a nuestro enlace?

—¡Por supuesto, Nelly! ¡Por nada de mundo me perdería vuestra boda!

Todos estábamos felices. Pero mi hermano Gustavo falleció el 9 de febrero por culpa de una tuberculosis intestinal que arrastraba desde hace tiempo. Fue un duro golpe verlo morir con solo sesenta años. De pequeños todos decíamos que seríamos longevos como mamá, pero al final hemos salido a papá muriéndonos abruptamente.

Gustavo adoraba Estella. Vivió en una casita donde encontró la inspiración para pintar todas sus obras. Puedo decir sin rubor que todo el pueblo fue al funeral, que celebramos en la iglesia de San Juan. Las fuerzas vivas de la comunidad presidieron a nuestro lado el entierro. En el cementerio, al salir, tomó mi brazo el alcalde.

—Doña María... —me dijo con un gran respeto—. Quisiera crear un museo como agradecimiento del cariño que su hermano ha dado a esta ciudad y a todos sus vecinos. Su madre doña Juana y Gustavo han ayudado mucho a la formación de nuestra comunidad. Me gustaría que llevara su propio nombre: Museo Gustavo de Maeztu.

—Sí, señor alcalde. A mi hermano le gustaba bromear diciendo: «o Londres o Estella». Cuento con mi apoyo. Me encargaré de que toda su obra esté en ese Museo que usted propone. Muchas gracias en nombre de toda la familia Maeztu. Estella, se ha convertido también en mi hogar por influencia de lo que siempre me han transmitido mi madre y hermano, por los años de felicidad que hemos podido gozar aquí, toda la familia, en nuestros más duros momentos. Y gracias, también, por haberle nombrado hijo adoptivo de la ciudad. Es un honor que deseo corresponder como se merece.

Tras el funeral de Gustavo empecé a ver que mi vida podría consumirse, como le había pasado a mis hermanos, a mi madre, y comenzaba a sentir por mí misma. Mi insuficiencia cardíaca, aunque vigilada por el doctor, podría hacerse presente de manera contundente. Ese mismo año, el 2 de diciembre de 1947, aproveché para redactar a mano ciertas novedades en mi testamento. Siempre he sido muy organizada, pero el testamento estaba ya obsoleto por las desapariciones de mi familia. Para mí era importante que mis sobrinos y mis hermanos Ángela y Miguel supieran qué tendrían que hacer si yo faltase. Dejé escrito de mi puño y letra algunas voluntades: acababa de adquirir una casa de la que me enamoré en Buenos Aires, que tenía ya ciertos lujos como teléfono, agua caliente y calefacción central, heladera, y todas las comodidades del confort moderno. Tenía un gran salón comedor de dos piezas, dos dormitorios grandes, un dormitorio para la criada y un gran cuarto de baño. Esa casa era mitad de libros, mitad vidrio y todo ello bañado por el sol.

Así era mi hogar en Argentina, que ya deseaba empezar a poner en alquiler. Organizar el traslado de todos mis libros a España era una operación ímproba. Pero había que hacerla.

No quise esperar a que pasaran las navidades, que eran fechas en las que parece que la administración vacaciona desde principios de mes hasta después de Reyes. Me dejé seducir por una invitación de mi querida amiga y profesora Erly Danieri. Ahí donde la ves, menudita, posee una enorme energía, tan poquita cosa en apariencia y sin embargo tan extraordinaria.

—María, ánimo a venir con nosotros a pasar las fechas de la Navidad en Mar del Plata.

—Gracias Erly. Estoy exhausta. Desde que fui al dentista no he recuperado las fuerzas. Me vendrán bien unos paseos por La Plata para ver si me sanan todos estos males que me aquejan.

—¿Qué te sucede? —quiso saber Erly, a quien no había querido preocupar.

—Fui al dentista para que me extrajera la muela del juicio que me había provocado un flemón. La intervención fue más compleja de lo que inicialmente creíamos. Me dijo que me anestesiaría para poder trabajar mejor y la operación que me han hecho en la boca me ha dejado un poco débil.

—Hablaemos con el doctor otra vez si es necesario. Allí estarás muy bien atendida por nosotros.

Así pues, regresé a Argentina, de nuevo con ilusión.

Al salir del piso, Erly encontró una carta en el rellano de la escalera. El cartero no había acertado y el sobre no llegó a entrar en el interior. Lo recogió y, regresando a la casa, se lo dio a María.

—María, una carta de tu hermana Ángela. Ábrela por Dios, ¡son noticias de España!

Aquella carta me hizo sentir mayor, pero tan feliz como cuando iba de universidad en universidad conquistando triunfos. Mi sobrina había tenido un niño al que bautizaron con el nombre de Alfonsito.

Era el mejor regalo de Reyes que podía recibir. Viendo el mar, el Mar del Plata, le escribí a Ángela para contarle mis novedades. Poco quedaba para la boda Juan Manuel, que tanto me emocionaba presenciar. Le conté lo que me había ocurrido en el dentista y lo débil que me encontraba. Suponía que me recuperaría a tiempo para coger el avión de Iberia del 14 de enero.

Erly invitó al recién nombrado embajador de España en Argentina, José María de Areilza, quien me adornó con grandes elogios toda la noche. Era buen amigo de Ramiro y padrino del hijo de Juan Manuel, a quien había puesto el nombre del hombre que me dio la vida, nombre que pronuncié hasta mi último minuto. Cansada, me retiré a mi habitación. Tumbada en la cama empecé a sentir mucho frío, en los brazos y en el cuerpo. Las piernas estaban heladas, las manos, congeladas. Me tapaba con las mantas, pero no entraba en calor. No podía moverme, todo el cuerpo se me paralizaba. ¡Qué angustia, señor! Quería pedir ayuda, pero estaba sola. Era imposible acercarme al teléfono, ni tenía voz para hacerme notar. Tenía mi cuerpo paralizado, estaba muerta de frío y sola. Sola.

## Epílogo

La llegada de la dictadura con la Guerra Civil rompe todas las ilusiones de libertad, poder político civil, independencia de las mujeres, las cuales, gracias a décadas de lucha feminista habían conseguido derechos legales, cotas de libertad que no tenían antes, equiparación de derechos con los hombres, la legitimidad de tener voz propia o ser sujeto de su propio destino. Hasta tal punto fue así, que el papel público de la mujer eclosiona en la Edad de Plata de la literatura española, que produce afamadas escritoras, poetisas, filósofas, pedagogas... Con el franquismo la mayoría sale rumbo al exilio hacia Latinoamérica, Estados Unidos o Francia. María de Maeztu quiere resistir con la Residencia, pero cuando su hermano Ramiro es asesinado, a ella no le queda más remedio que partir rumbo al exilio. El Lyceum también desaparece.

El país retrocede enormemente, sobre todo en lo referente a los derechos de la mujer. El artículo 25 de la Constitución de 1931 cita la igualdad de todas las personas independientemente de su sexo: «No podrán ser fundamento de privilegio jurídico: la naturaleza, la filiación, el sexo, la clase social, la riqueza, las ideas políticas ni las creencias religiosas. El Estado no reconoce distinciones ni títulos nobiliarios». Este artículo permite que la mujer ocupe espacios que estaban exclusivamente reservados a los hombres. Y el artículo 36 reconoce el derecho de la mujer al sufragio.

Durante la Segunda República también se aprueba el divorcio de mutuo acuerdo y el reconocimiento de los mismos derechos para hijos habidos fuera y dentro del matrimonio; es despenalizado el adulterio de la mujer, permitida su admisión en carreras que le estaban vetadas, como Derecho, en igualdad con los hombres, Notarías o Registros. Así mismo, se logra el acceso de las mujeres a cargos públicos, el derecho del sexo femenino a tener la patria potestad de los hijos y el matrimonio civil. Se obliga al Estado a regular el trabajo femenino, prohibiendo el despido por matrimonio o por maternidad y se aprueba la equiparación de salarios. En 1937, en plena Guerra Civil, Federica Montseny, la primera mujer en la historia de España que ocupa un ministerio, aprueba la ley del aborto.

En el ámbito de la Educación se permitieron las escuelas mixtas y la coeducación, se crean escuelas nocturnas para trabajadores y se reduce notablemente el analfabetismo. La homosexualidad no está perseguida al haber sido eliminada del Código Penal.

Pero el franquismo anula estos derechos y cuarenta años después, al término de la dictadura en 1975, fue como si las mujeres empezaran desde cero a reconquistar derechos y libertades que la dictadura les negó.

El franquismo produjo, entre otras muchas desgracias, dos exilios importantes: el de los intelectuales y profesores que hubieron de salir de España, o permanecer en ella despojados de sus cargos, y el de la mujeres, a las que el nacionalcatolicismo omnipotente despojó de todos los derechos tan arduamente adquiridos, gracias a la labor casi heroica de cientos de pioneras, entre las cuales destacó con luz propia María de Maeztu.

## Agradecimientos

A IDOIA ESTORNÉS Zubizarreta, historiadora, escritora y directora de la actualización de la *Enciclopedia General Ilustrada del País Vasco*, que me enseñó a estudiar en profundidad los asuntos de los que quiero escribir, y al resto de los miembros de la Asociación Clara Campoamor de Gipuzkoa, que me enseñaron a ser feminista cuando resultaba muy difícil, allá por los años ochenta, porque la sociedad veía como algo negativo, denigrante y hostil esta lucha por la igualdad entre los sexos.

A mi madre, que nos educó a las tres hermanas insistiendo en la necesidad de tener una educación académica lo más amplia posible para así poder ser independientes económicamente, «porque la independencia de una mujer no llega mientras no sea independiente económicamente».

A La Esfera de los Libros y a Carmen Fernández de Blas, por confiar una vez más en mí como escritora, y a Mariló Montero por aceptar ilusionada la propuesta que le hice para compartir este interesante trabajo que hemos escrito con ganas e ilusión tras meses de estudio e investigación.

CARMEN GURRUCHAGA

A María Josefa Lastagaray, autora del libro *María de Maeztu Whitney. Una vida entre la pedagogía y el feminismo*, sobrina-nieta de María de Maeztu e hija de Ángela Maeztu, por abrirme las puertas de su casa, por abrirme el álbum de su vida, por contarme la vida de su familia, la de María, por cederme información, su indispensable libro, determinantes documentos con los que poder hacer justicia y ser lo más fiel posible a la vida de María de Maeztu cuya historia aún está por descubrir.

A María José Comenge Puig, hija de la alumna de María de Maeztu, Francisca Puig Sanchís, quien me relató auténticas historias de una de las indispensables alumnas de la Residencia de Señoritas.

A Alfredo Valverde y Javier Villalón, dirección de la biblioteca de la Residencia de Estudiantes, por orientarme hacia el camino correcto.

A Jorge Magdaleno Cano, director de la biblioteca y del archivo de la Fundación Ortega Marañón, quien me mantiene abiertas las puertas de la Residencia de Señoritas y me permite el acceso a toda la documentación requerida. Por dejarme estar en la Residencia de Señoritas, en plenas obras, donde me inspiré y sentí la vida de María y sus chicas.

A la editorial La Esfera de los Libros, por apoyarme, dirigirme y acompañarme en esta fascinante empresa de escribir mi primera novela.

A Mamen Gurruchaga, por compartir éste proyecto único por necesario, y que siendo mujeres tan antagónicas, ponemos en las valiosas manos de las personas lectoras.

A la memoria de María de Maeztu por existir, dar y entregar su vida por nosotras, por nuestra cultura y libertad.

MARILÓ MONTERO